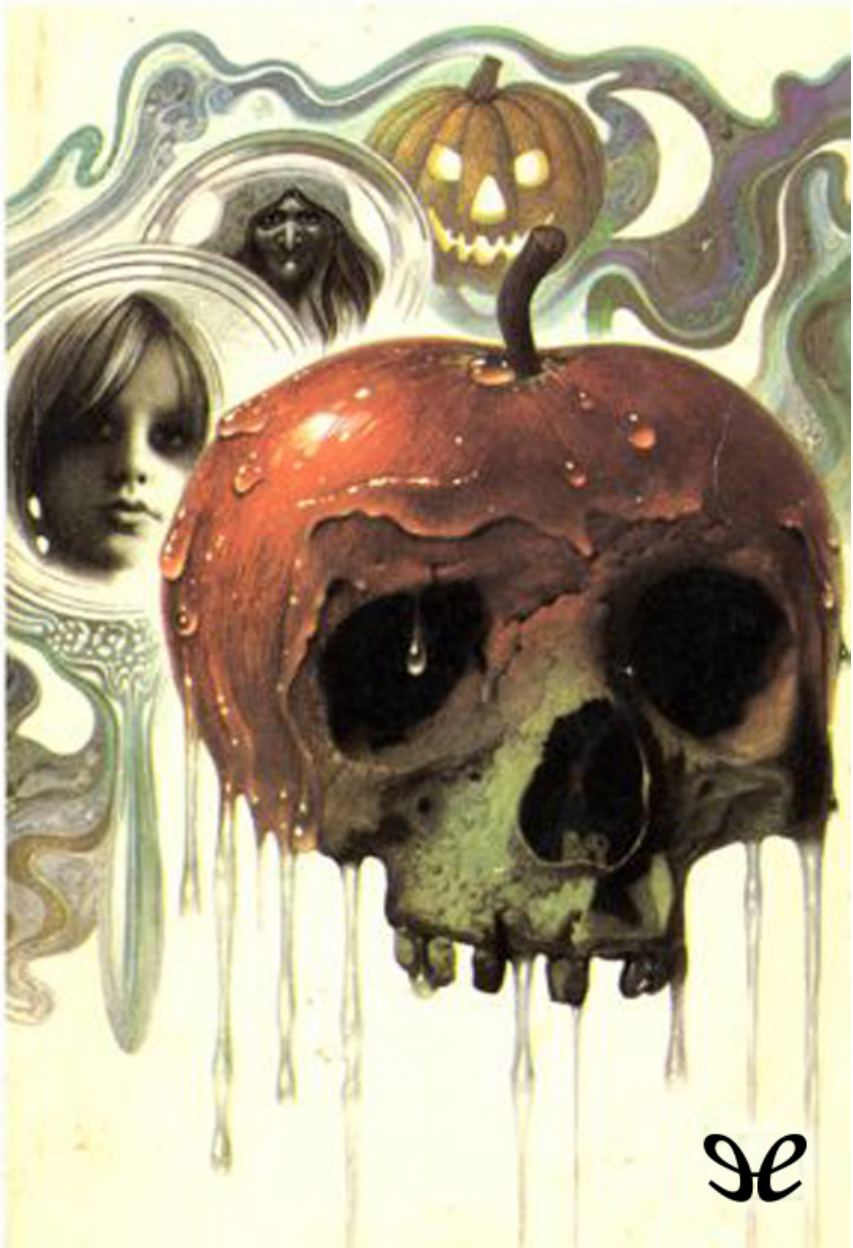
AGATHA CHRISTIE

LAS MANZANAS

Selecciones de Biblioteca Oro



Ariadne Oliver está de visita en casa de su amiga Judith Butler. La casa hierve de actividad, pues se prepara una fiesta juvenil y hay que organizar diversos juegos. Nadie tiene tiempo o ganas de prestar atención a Joyce, una pequeña que afirma haber presenciado un asesinato; el anuncio se toma como el invento de una mente muy imaginativa, para no decir mentirosa, que es la fama que persigue a Joyce. Pero poco tiempo pasará antes de que la propia Joyce aparezca muerta y tenga que intervenir Hércules Poirot a resolver el caso.

Agatha Christie

Las manzanas

Hércules Poirot - 38

ePub r1.0
Hechadelluvia 27.08.14

Título original: *Hallowe'en Party*
Agatha Christie, 1969
Traducción: Ramón Margalef Llambrich

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.1

A P. G. Wodehouse, cuyos libros y narraciones han iluminado mi vida durante muchos años. Quiero con esta dedicatoria también demostrarle mi complacencia por haber tenido la amabilidad de decir que disfruta con la lectura de mis novelas.

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra

AMBROSE (Nora): Buena amiga de Janet White.
ANN: Hermana de Joyce.
BEATRIZ: Una de las jóvenes asistentes a la fiesta juvenil.
BENFIELD (Charlotte): Joven muerta extrañamente.
BUTLER (Judith): Amiga de Ariadne Oliver.
DRAKE (Rowena): Típica dama de carácter organizador y mandón; en su casa es donde se celebra la fiesta juvenil.
EMILYN: Directora del colegio de la señorita Whittaker.
FERGUSON (doctor): Médico del pueblo donde se desarrollan los hechos.
FERRIER (Lesley): Amante de la tabernera Griffin; muere asesinado.
FULLERTON: Abogado de los intereses de la señora Llewellyn.
GARFIELD (Michael): Joven arquitecto, de ideas profesionales avanzadas.
GORDON (Pete): Acusado de la muerte de Benfield.
GRIFFIN (Harry): Propietario de la taberna «El Cisne Verde».
HUDD (Thomas): Acusado de la muerte de Benfield.
JOYCE: Jovencita con ganas de figurar cuya muerte desencadena los hechos.
LEAMAN (Harriet): Mujer de limpieza.
LEOPOLD: Hermano de Joyce, su ambición le lleva a la muerte.
LLEWELLYN-SMYTHE: Señora fallecida en circunstancias misteriosas.
MIRANDA: Joven y hermosa hija de Judith, de carácter dulce y

romántico.

OLIVER (Ariadne): Escritora de novelas policíacas, amiga de Poirot.

POIROT (Hércules): El célebre y bigotudo detective belga, de deducciones brillantes y acertadas.

RAGLAN (Timothy): Inspector de policía, buen amigo de Poirot.

REYNOLDS (señora): Madre de la desgraciada Joyce, Ann y Leopold.

SEMINOFF (Olga): La chica *au pair* de la señora Llewellyn; desaparecida.

SPENCE: Superintendente de la policía, ya retirado; es buen amigo de Poirot.

WHITE (Janet): Bella joven asesinada.

WHITTAKER (señorita): Maestra de escuela.

CAPÍTULO I

ARIADNE Oliver se había unido a la amiga en cuya casa pasaba una temporada, Judith Butler, con objeto de ayudarla en los preparativos de una fiesta juvenil que iba a celebrarse aquella misma noche. En aquellos instantes, la casa era imagen verdadera de una caótica actividad. Varias mujeres de carácter enérgico entraban y salían de las habitaciones, moviendo sillas, pequeñas mesas, jarrones de flores y amarillas calabazas que colocaban estratégicamente, en puntos previamente estudiados.

La víspera de Todos los Santos era la fecha señalada para la fiesta, en la que participarían muchachos y muchachas de edades comprendidas entre los diez y los diecisiete años[1].

La señora Oliver, apartándose del grupo de personas más nutrido, se apoyó en una de las paredes de la estancia en que se encontraba.

Tenía en las manos una gran calabaza amarilla, que examinaba con ojo crítico.

Hizo un movimiento de cabeza para apartar de su frente, muy prominente, un mechón de grisáceos cabellos.

—La última vez que tuve ocasión de contemplar algo igual estaba en América. Fue el año pasado. A centenares. Por toda la casa. Nunca había visto tantas calabazas juntas. La verdad es que nunca supe la diferencia que existía entre una especie de calabaza y

otra. A ver… ¿Cómo se llama ésta?

—Lo siento, querida —dijo la señora Butler, un segundo después de haberle pisado a su amiga un pie.

La señora Oliver se apretó más contra la pared.

—La culpa ha sido mía —declaró—. Ando siempre por en medio. Me he quedado encantada al ver tantas calabazas, de la especie que sean. He pensado en las que estuve contemplando en las tiendas, en las casas particulares, con velas o pequeñas lamparitas en su interior, o ensartadas con un hilo. Muy interesante todo, en realidad. No se trataba entonces de la tradicional reunión de la víspera de Todos los Santos, sino del Día de Acción de Gracias. Ahora asocié esas calabazas con dicha víspera, que tiene lugar a finales de octubre. El día de Acción de Gracias viene mucho después, ¿no? ¿No es por noviembre, hacia el día tres? Puntualicemos… El día treinta y uno de octubre es la víspera de Todos los Santos, ya mentada. Al día siguiente, en París, la gente acostumbra visitar los cementerios para depositar flores en las tumbas de sus familiares y amigos. No es una fiesta triste. Todos los niños visitan esos lugares y disfrutan lo suyo. Se va a los mercados primero, para adquirir ramos y más ramos de flores deliciosas. Nunca éstas, en París, resultan más bellas que en esa clásica jornada.

Un puñado de afanosas mujeres tropezaban de cuando en cuando con la señora Oliver. Ninguna prestaba atención a sus palabras. Andaban demasiado ocupadas con lo que llevaban entre manos.

La mayor parte de ellas eran madres de familia, hallándose auxiliadas por una o dos competentes solteronas. Veíanse chicos y chicas de dieciséis o diecisiete años, encaramados a lo alto de unas escaleras, o encima de unas sillas, colocando objetos de adorno, calabazas y polícromas bolas a una distancia conveniente del suelo. Varias muchachas de edades comprendidas entre los once y los quince años habían formado animados grupos, y dejaban escapar frecuentes risas de sus gargantas.

—Y después del Día de Todos los Difuntos y de las visitas a los cementerios —continuó diciendo la señora Oliver, sentándose en el brazo de un sofá—, viene el de Todos los Santos. Me parece que

estoy en lo cierto…

Nadie respondió a tales consideraciones. Luego, la señora Drake, una atractiva mujer de mediana edad, quien era la organizadora de la fiesta, formuló unas cuantas aclaraciones sobre aquellos puntos.

—Yo no daría a esta reunión el carácter propio de las que se celebran la víspera del Día de Todos los Santos, aunque pudiera pasar por una de ellas. Es más bien la Fiesta de los Mayores de Once Años en general. Abarca ese sector juvenil. Figuran aquí, principalmente, chicos y chicas que se disponen a abandonar «Los Olmos» para pasar a otros colegios.

—Tus palabras no resultan muy exactas, Rowena —dijo la señorita Whittaker, colocándose bien las gafas sobre su nariz, al tiempo que hacía un gesto de desaprobación.

La señorita Whittaker, maestra en aquella localidad, sentía un amor exagerado por la precisión.

—Debido a que nosotras prescindimos de los alumnos de once años hace ya algún tiempo.

La señora Oliver abandonó el brazo del sofá, pronunciando unas palabras de excusa.

—La verdad es que he sido poco útil aquí. Me he limitado a permanecer sentada, diciendo tonterías referentes a las distintas especies de calabazas…

«Y buscando un adecuado descanso a mis castigados pies», pensó, deseosa de tranquilizar su conciencia. No se sintió suficientemente culpable para pronunciar aquellas palabras de forma que todos la oyeran.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó. A continuación lanzó una exclamación—. ¡Qué manzanas más hermosas!

Alguien acababa de entrar en la habitación con un cesto de manzanas. La señora Oliver se pirraba por esta fruta.

—Son de esas grandes, rojas… —comentó.

—La verdad es que no son muy buenas —manifestó Rowena Drake—. Pero tienen muy buen aspecto. Ésas se hallan destinadas al juego del cubo. Son más bien blandas, de manera que los que concursen podrán cogerlas fácilmente con los dientes. ¿Quieres llevártelas a la biblioteca, Beatrice? El juego del cubo y las manzanas siempre da lugar a que se derrame un poco de agua.

Ahora bien, en vista de que la alfombra de la biblioteca es ya bastante vieja, da igual que se moje… ¡Oh! Gracias, Joyce.

Joyce, una chica robusta de unos trece años de edad, se hizo cargo del cesto. Dos de las manzanas se salieron de éste deteniéndose por alguna misteriosa razón a los pies de la señora Oliver.

—A usted le gustan las manzanas, ¿verdad? —inquirió Joyce—. Lo he leído en alguna parte. O lo he visto en la televisión… Usted es esa señora que escribe novelas policíacas, ¿no?

—Sí —respondió la señora Oliver.

—Tendríamos que hacer algo aquí que tuviese que ver con los crímenes. Por ejemplo: debería darse un crimen durante la fiesta, para que entre todos buscásemos la solución del enigma que se planteara.

—No, gracias —dijo la señora Oliver—. No quiero volver a vivir esa experiencia.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Verás… En una ocasión me vi en una situación semejante y la cosa no fue un éxito precisamente.

—Pero usted ha escrito un puñado de libros ya —alegó Joyce—. Les habrá sacado mucho dinero…

—En cierto modo —manifestó la señora Oliver, pensando ahora en los impuestos sobre la renta.

—Y usted creó un detective de nacionalidad finlandesa.

La señora Oliver admitió este hecho.

—¿Por qué de nacionalidad finlandesa?

—He ahí una pregunta que me he formulado muchísimas veces —dijo la señora Oliver, pensativa.

La señora Hargreaves, la esposa del organista, entró en la habitación resoplando. Llevaba en una mano un gran cubo de plástico verde.

—¿Qué tal irá este chisme para el concurso de las manzanas? Creo que el verde es un tono alegre.

La señorita Lee, que trabajaba con el doctor, opinó:

—Un cubo de hierro galvanizado sería mejor. Es más difícil de volcar. ¿Dónde se va a hacer eso, señora Drake?

—Creo que el mejor sitio es la biblioteca. La alfombra de la

estancia es vieja y como siempre se derrama un poco de agua…

—De acuerdo. Rowena, aquí hay otro cesto de manzanas.

—Permítame que le ayude —propuso la señora Oliver.

Cogió las dos manzanas que se habían caído al suelo. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, se llevó una a la boca, pegándole un mordisco. La señora Drake le arrebató la otra manzana, colocándola en un cesto. Oyóse un murmullo de conversaciones.

—¿Dónde va a ser lo del «Snapdragon»?

—También en la biblioteca. Es la habitación más oscura de todas.

—No. Lo haremos en el comedor.

—Tendremos que colocar algo sobre la mesa primero.

—Sí. Primero irá un paño verde y encima una plancha de goma.

—¿Qué me decís de los espejos? ¿Llegaremos a ver realmente en ellos a nuestros esposos?

Quitándose los zapatos disimuladamente y mordisqueando todavía la manzana, la señora Oliver se dejó caer una vez más sobre el brazo del sofá, observando a las personas que se movían por la habitación con ojo crítico. Estaba diciéndose, con mentalidad de autora de novelas: «Si tuviese que escribir un libro en el que figurase toda esta gente, ¿qué argumento planearía? Aquí no hay más que buenas personas, creo… Sin embargo, ¿quién sabe si…?».

Se dijo que resultaba fascinante, en determinados aspectos, no saber nada acerca de aquellos seres. Todos vivían en Woodleigh Common. Algunos circulaban de un lado para otro con sus marbetes, por así decirlo, debidos a los detalles que conservaba en la memoria facilitados por Judith. La señorita Johnson… Algo que ver con la iglesia. No, la hermana del párroco… ¡Oh, no! Era la hermana del organista, por supuesto. Rowena Drake parecía «mangonearlo» todo o casi todo en Woodleigh Common. La resoplante mujer que había traído el cubo, un cubo de plástico particularmente espantoso. Pero bueno, es que la señora Oliver nunca había sido aficionada a las cosas de plástico. Y luego estaban los chicos, los chicos y las chicas, de diez y once años para arriba.

Hasta aquel momento todos eran nombres exclusivamente para la señora Oliver. Había una Nan, una Beatrice, una Cathie, una Diana y una Joyce. Esta última parecía una muchacha muy segura

de sí misma, muy aficionada a formular preguntas. Había otra chica, llamada Ann, que se veía a mucha altura por encima de las demás, superior. Se encontraban allí dos chicos adolescentes que daban la impresión de haber ensayado con sus cabellos diversas clases de peinados, con unos resultados catastróficos.

Entró en la estancia un chico más pequeño, moviéndose por ella con aire tímido.

—Mamá envía estos espejos por si pueden servir —dijo con voz apenas audible.

La señora Drake se hizo cargo de ellos.

—Muchas gracias, Eddy.

—Son espejos muy corrientes —manifestó la chica que respondía al nombre de Ann—. ¿Llegaremos a ver en ellos los rostros de nuestros futuros esposos?

—Algunas de vosotras, sí; otras, no —contestó Judith Butler.

—¿Vio usted alguna vez el rostro de su marido durante una de estas reuniones, en su tiempo?

—Desde luego que no —opinó Joyce.

—Es posible —declaró Beatrice—. A eso se le llama P. E. S., es decir, percepción extra-sensorial —añadió complacida por la oportunidad que se le deparaba de hablar de un tema de gran actualidad.

—Yo he leído uno de sus libros —dijo Ann, dirigiéndose a la señora Oliver—. *The Dying Goldfish*, se titulaba. Es muy bueno —añadió cortésmente.

—A mí no me gustó esa novela —declaró Joyce—. Me pareció que había poca sangre en ella. A mí me agradan las historias de crímenes con mucha sangre.

—Resultan algo repulsivas, ¿no te parece?

—Pero son muy emocionantes.

—No siempre —indicó la señora Oliver.

—En cierta ocasión, yo presencié un crimen —manifestó ahora Joyce.

—No digas tonterías, Joyce —dijo la señora Whittaker, la profesora.

—Lo que acabo de decir es verdad —insistió Joyce.

Cathie miró a Joyce con los ojos dilatados, a causa del asombro.

—¿De veras que tú has presenciado un crimen?

—Naturalmente que no —medió la señora Drake—. No digas más disparates, Joyce.

—Yo he visto cometer un crimen —recalcó Joyce—. Lo vi, lo vi, lo vi…

Un chico de unos diecisiete años de edad que se hallaba encaramado a lo alto de una escalera bajó la vista, muy interesado.

—¿Qué clase de crimen fue ése? —preguntó.

—No lo creo —manifestó Beatrice.

—Claro que no —dijo la madre de Cathie—. Joyce se acaba de inventar eso.

—No he inventado nada. Yo presencié un crimen.

—¿Y por qué no lo denunciaste a la policía? —inquirió Cathie.

—Porque yo no sabía que se trataba de un crimen cuando presencié *aquello*. Fue mucho tiempo después cuando me di cuenta de lo que había pasado realmente… Algo que una persona dijo hace solamente un mes o dos me hizo pensar de repente: «Por supuesto, lo que yo vi fue un crimen».

—Ya lo veis —señaló Ann—. Eso es una fantasía, un disparate.

—¿Cuándo sucedió todo esto? —preguntó Beatrice.

—Hace años —contestó Joyce—. Yo tenía muy pocos años entonces.

—¿Quién asesinó a quién? —quiso saber Beatrice.

—No debo contaros nada —manifestó Joyce—. Os asustan demasiado estas cosas por lo que veo.

La señorita Lee entró con otra clase de cubo. La conversación se centró sobre el tema de los cubos de plástico y de hierro galvanizado. ¿Cuál de aquellos dos tipos era más adecuado para el juego de las manzanas? La mayoría de los presentes visitaron la biblioteca, para conocer el escenario del divertido concurso. Algunos jóvenes intentaron ansiosos de demostrar sus habilidades. Se vieron enseguida muchas cabelleras mojadas; la alfombra sufrió un remojón; alguien se presentó allí con unas toallas para que todos se secaran. Al final quedó decidido que el cubo de hierro galvanizado era preferible frente al de plástico. Este último se volcaba con nada…

La señora Oliver dejó en la estancia un cesto de manzanas

destinado al concurso para el día siguiente. Volvió a coger otra…

—En los periódicos leí una vez que era muy aficionada a esa fruta —dijo la voz acusadora de Ann o Susan.

No sabía quién le acababa de hablar.

—Es mi principal debilidad —reconoció la señora Oliver.

—Sería muy divertido que le gustasen los melones —objetó uno de los chicos—. Tienen más jugo. Dejaría huellas de los que se comiera por todas partes —agregó el chico paseando con anticipado placer la vista por la alfombra.

La señora Oliver, sintiéndose un poco avergonzada por aquella proclamación de su debilidad, salió de la habitación para ir en busca de otra cuyo emplazamiento no resultara demasiado fácil de descubrir. Subió por una escalera y al llegar a un descansillo tropezó con una pareja de jovencitos, un niño y una niña todavía, estrechamente abrazados, y que se hallaban apoyados en la puerta del recinto que ella deseaba alcanzar. La parejita no le hizo el menor caso. Los dos suspiraban. La señora Oliver consideró un momento sus posibles edades aproximadas. El chico contaría quince años y quizás ella tendría poco más de doce, si bien su busto hacía pensar en dos o tres más.

«Apple Trees[2]» era una casa de regulares dimensiones. Tenía varios rincones agradables. ¡Qué egoísta era la gente!, pensó la señora Oliver. Nadie pensaba en el prójimo. Este tópico acudió a su mente enseguida. Le había sido inculcado sucesivamente por una doncella, un ama de casa, su abuela, dos tías, su madre y otras personas.

—Dispensadme, chicos —dijo la señora Oliver, alzando la voz con toda claridad.

El chico y la chica se estrecharon todavía con más fuerza, uniendo apasionadamente sus labios.

—Dispensadme —repitió la señora Oliver—. ¿Queréis hacer el favor de dejarme pasar ahí dentro?

Muy a disgusto, los dos jovencitos se separaron, mirándola con ojos agresivos. La señora Oliver se deslizó dentro del cuarto inmediatamente y echó el pestillo.

La puerta no ajustaba muy bien. A sus oídos llegaron fácilmente unas palabras pronunciadas por los que se habían quedado fuera.

—¿Qué te parece? Así suele ser la gente —dijo una voz incierta de tenor—. ¿Es que esa señora no ha visto que no queríamos que nos molestasen?

—La gente es muy egoísta —respondió la muchacha—. Generalmente, cada uno piensa en sí mismo, despreocupándose por completo de los demás.

—Sí. Al prójimo no se le guarda nunca la menor consideración —remachó el jovencito.

Capítulo II

Los preparativos para las reuniones de juventud dan a los organizadores, normalmente, más trabajo que las clásicas fiestas pensadas para las personas adultas. Unos bocadillos de calidad, algunos refrescos, complementados con la limonada de rigor, bastan para poner en buen orden de marcha una reunión. Puede que cueste más, pero las molestias son infinitamente menores. Ariadne Oliver y su amiga Judith Butler se mostraron de acuerdo con este punto.

—¿Qué te parecen estas fiestas destinadas a la gente menuda, esto es, a los que cuentan diez, once años o más?

—La verdad es que no sé mucho acerca de ellas —confesó la señora Oliver.

—En cierto modo —manifestó Judith—, yo creo que ofrecen menos complicaciones. Empiezan a prescindir de todos los mayores. Y se dicen capaces de preparárselo todo por sí mismos.

—¿Y es cierto?

—Con arreglo a nuestro leal modo de entender las cosas, no —manifestó Judith—. Corrientemente, olvidan proveerse de ciertos elementos imprescindibles y adquieren en cambio otros de los que nadie hace el menor caso. Después de desentenderse de nosotros por completo, nos acusan de no haberles puesto a mano cosas con las que no han logrado dar. La gente joven rompe mucha vajilla de loza y cristal y otros efectos; hay siempre entre ella algún tipo

indeseable o aquel que se hace acompañar por un amigo detestable… Ya sabes lo que pasa… Luego vienen las drogas, un poco de hierba, el L.S.D., las cuales siempre he pensado que cuestan dinero, pero, al parecer, no es así, por la facilidad con que se consumen.

—Yo me inclino a pensar que son cosas raras —apuntó Ariadne Oliver.

—Y desagradables… La hierba tiene un olor muy desagradable.

—Me parece muy deprimente el capítulo de las drogas —comentó la señora Oliver.

—Bueno, por lo que a esta reunión respecta todo marchará bien. Ahí está Rowena Drake para conseguirlo. Como organizadora es maravillosa. Ya lo verás.

—No creas que tengo muchas ganas de reuniones —suspiró la señora Oliver.

—Tienes que asistir a ésta, aunque estés una sola hora con esa gente. Te gustará. Lo pasarás bien. Ojalá no tuviese fiebre Miranda… La pobre criatura ha sufrido una gran desilusión al ver que no podría asistir.

La reunión se inició a las siete y media. Ariadne Oliver tuvo que admitir que su amiga estaba en lo cierto. La gente fue puntual. Todo marchó magníficamente. La fiesta había sido bien planeada y todo fue como un reloj. Hubo lámparas azules y rojas en las escaleras y profusión de amarillas calabazas. Chicas y chicos se presentaron con escobas decoradas, para la competición que se iba a celebrar. Tras los saludos de rigor, Rowena Drake anunció el programa de la noche.

—Primeramente, tendremos el concurso de las escobas decoradas. Habrá tres premios. Luego, vendrá el corte del pastel de harina. Eso se hará en el pequeño invernadero. A continuación, veremos lo que sucede con las manzanas… Ha sido confeccionada ya una lista que se pondrá en la pared, en la que aparecen relacionados todos los concursantes… Seguidamente, el baile. Cada vez que las luces se apaguen habrá cambio de parejas. Después, las chicas pasarán al pequeño estudio y se les hará entrega de los espejos. Tras esto será servida la cena y vendrá lo del «Snapdragon» y el acto de entrega de premios.

Como sucede en todas las reuniones, al principio las cosas marcharon con arreglo al plan trazado previamente, de un modo riguroso. Las escobas fueron admiradas por todos. Eran unas miniaturas preciosas. En conjunto, los adornos no resultaron ser de gran calidad. La señora Drake dijo en un aparte a sus amigas:

—Aquí, como en todas las fiestas de esta clase, hay dos o tres chicos o chicas que una sabe perfectamente que obrando con un espíritu de estricta justicia no se llevarían premio alguno. Entonces, para que encajen en el ambiente, es preciso hacer alguna trampa inocente y contentarlos de alguna manera.

—No tienes escrúpulos, Rowena.

—En realidad, no. Dispongo las cosas para que sean distribuidas equitativamente. El caso es que todo el mundo aspire a ganar algo.

—¿En qué consiste el juego del pastel de harina? —preguntó Ariadne.

—¡Ah, claro! Usted no se encontraba en la casa cuando nos pusimos a prepararlo. Bien… Hay que rellenar un recipiente con harina, apretando ésta todo lo que se pueda. Encima de la masa se coloca una moneda de seis peniques. Después, cada concursante procura cortar un trozo de pastel sin tirar aquélla. El que falla, queda eliminado. Así hasta que sólo queda uno, que recibe la moneda como premio, claro está. Bueno, vamos a la tarea.

De la biblioteca salían gritos de alborozo. Celebrábase en ella el concurso de las manzanas. Los concursantes regresaban de allí con las caras remojadas y huellas de agua sobre sus ropas.

Uno de los momentos de mayor animación se produjo a la llegada a la casa de la «bruja», encarnada por la señora Goodbody, una mujer de la localidad que se ganaba la vida haciendo faenas de limpieza por las casas. La buena señora se hallaba en posesión de una nariz ganchuda y una barbilla saliente, poseyendo por añadidura la habilidad de proferir unos raros chillidos con la garganta, de naturaleza evidentemente siniestra.

—Bueno, ahora te toca a ti. Te llamas Beatrice, ¿no? Beatrice… Un nombre muy interesante. ¿Quieres saber cómo va a ser tu esposo, eh? Perfectamente. Siéntate aquí, querida. Sí, sí… Bajo la luz. Siéntate aquí y sostén este pequeño espejo entre las manos. En cuanto las luces se apaguen verás aparecer en él la cara que ansías

conocer. Mantén bien firme el espejo… *Abracadabra, ¿qué veré? La cara del hombre que se casará conmigo. Beatrice, Beatrice: vas a contemplar el rostro del hombre que te agradará más que ningún otro*.

Un repentino foco de luz cruzó la habitación desde lo alto de una escalera colocada detrás de una pantalla. El foco iluminó un punto de la estancia señalado previamente y la luz fue reflejada por el espejo que se encontraba en las manos de Beatrice, sumamente excitada en aquellos instantes.

—¡Oh! —exclamó Beatrice—. ¡Le estoy viendo! ¡Le estoy viendo! ¡Lo veo en mi espejo!

El foco se esfumó repentinamente. Se encendió la luz de la habitación y una fotografía en colores pegada a una cartulina descendió del techo. Beatrice se puso a bailar de un lado para otro alocadamente.

—¡Era él! ¡Era él! ¡Lo vi! —chilló—. ¡Oh! Es un atractivo muchacho de barba pelirroja.

La muchacha se lanzó sobre la señora Oliver, que era la persona que tenía más a mano.

—Mire, mire… ¿Verdad que es maravilloso? Es como Eddie Presweight, el cantante «pop». ¿No opina usted igual que yo?

La señora Oliver estaba contemplando, a su juicio, una de las caras que, bien a su pesar, veía todos los días en el periódico de la mañana. La barba, discurrió, había sido un toque posterior.

—¿De dónde salen todas estas cosas? —inquirió.

—¡Oh! Rowena se las encarga a Nicky. Un amigo de éste, Desmond, colabora en la empresa. Está habituado a efectuar todo género de experimentos en el laboratorio fotográfico. Aquí se manejan sin muchos quebraderos de cabeza patillas, bigotes o barbas. Luego, con ayuda de la luz y todo lo demás, las chicas se quedan encantadas.

—No puedo evitar el pensar que las chicas son bastante tontas en nuestros días —comentó Ariadne Oliver.

—¿Y no cree que siempre lo han sido? —inquirió Rowena, interviniendo.

La señora Oliver reflexionó unos instantes.

—Creo que tiene usted razón —admitió.

—Bueno, ahora le ha llegado el turno a la cena —anunció la

señora Drake.

La cena estuvo bien. Helados, dulces, quesos… Chicos y chicas comieron de todo, hasta hartarse.

—Y ahora —dijo Rowena—, lo último de la noche: el «Snapdragon». Por ahí, más allá de la despensa. Bien. Primeramente los premios, ¿eh?

Los premios fueron presentados y luego se oyó el lamento clásico, en forma de llamada, de un hada. Los presentes regresaron a toda prisa al comedor.

De la mesa habían sido retirados los platos y demás objetos. Aquélla había sido cubierta por un paño verde, siendo colocada encima una gran fuente de llameantes uvas. Todos chillaban, abalanzándose, procurando quedarse con algunas de las ardientes uvas, con voces de: «¡Oh! ¡Me he quemado! ¿No es delicioso?». Poco a poco el «Snapdragon[3]» fue chisporroteando, hasta apagarse por completo. Fueron encendidas las luces. La reunión había llegado a su fin.

—La reunión ha sido un éxito —sentenció Rowena.

—¡No faltaría más, con la serie de molestias que usted se ha tomado!

—Ha sido todo magnífico —indicó Judith con su gesto sereno de costumbre—. Magnífico. Hubo una pausa.

—Y ahora —agregó un tanto fatigada—, tendremos que aclarar esto un poco. No podemos dejarlo todo para mañana, para cuando vengan esas pobres mujeres a limpiar…

Capítulo III

En cierto piso de Londres sonó el timbre del teléfono. El propietario de aquél, Hércules Poirot, se agitó en su sillón. Sintióse, de pronto, contrariado. Sabía perfectamente qué significaba aquella llamada. Su amigo Solly, con quien tenía que pasar la velada, reavivando su vieja controversia, interminable, sobre el real culpable del crimen de los Baños Municipales, en Canning Road, iba a decirle que no podía acudir a la cita. Poirot, quien se había hecho de algunas leves pruebas que favorecían su personal hipótesis un tanto forzada, sentíase profundamente decepcionado. No creía que su amigo Solly aceptara sus sugerencias, pero estaba convencido de que cuando aquél, a su vez, exteriorizara sus fantásticas creencias, él, Hércules Poirot, lograría con toda facilidad demolerlas en nombre de la cordura, la lógica, el orden y el método. Le resultaba enojoso, cuando menos, que Solly no apareciera por allí aquella noche. Al hablar con él en las primeras horas de la jornada tosía continuamente por el catarro.

—Estaba muy resfriado —se dijo Hércules Poirot—. E, indudablemente, a pesar de los medicamentos de que dispongo aquí, a mano, habría terminado, probablemente, por contagiarme su constipado. Es mejor que no venga. *Tout de même* —añadió con un suspiro— eso significa que me espera una velada terriblemente aburrida.

Eran muchas las veladas que pasaba aburrido ahora, pensó Hércules Poirot. Su mente, pese a funcionar espléndidamente (él no tenía la menor duda acerca de tal extremo), requería determinados estímulos externos. Nunca se había hallado en posesión de un cerebro filosófico. Había momentos en que casi se arrepentía de no haberse dedicado al estudio de la Teología en vez de incorporarse a las fuerzas policíacas en su juventud. ¿Qué número de ángeles podía danzar en la punta de una aguja? Habría sido interesante sentir que eso era lo que en realidad interesaba y discutirlo apasionadamente con un colega.

Entró su servidor, George, en la habitación.

—Era el señor Salomón Levy, señor.

—¡Ah, sí!

—Lamenta mucho no poder venir por la noche a esta casa. Se encuentra en cama, con un fuerte ataque de gripe.

—No tiene ningún ataque de gripe —manifestó Poirot—. Está resfriado, simplemente. Ahora todo el mundo se cree bajo los efectos de la gripe. Esto suena a cosa más importante. La gente, en tales casos, se muestra más afectuosa y compadecida. Lo malo del resfriado común es que no suscita las mismas consideraciones de simpatía de los amigos.

—Lo mejor que puede pasar, señor, es que no venga por aquí, después de todo —declaró George—. Esos resfriados de cabeza son muy contagiosos. No le iría a usted nada bien caer en cama con uno de ellos.

—Sería extraordinariamente tedioso —comentó Poirot.

El timbre del teléfono sonó de nuevo.

George se dirigió a la mesita en que estaba aquél.

—Yo atenderé la llamada —dijo Poirot—. Estoy seguro de que se trata de cualquier nadería. Pero de todos modos… —se encogió de hombros—. En algo hay que pasar el rato.

—Muy bien, señor —contestó George, abandonando la habitación.

Poirot se llevó el micro al oído.

—Hércules Poirot al habla —declaró con cierta solemnidad, destinada a impresionar a la persona que se encontrase en el otro extremo del hilo telefónico.

—Es maravilloso —contestó una voz saturada de ansiedad. Era una voz femenina. La respiración de su dueña parecía muy agitada —. Di por descontado que no se encontraría usted en casa, que habría salido.

—¿Y por qué habría de pensar eso? —inquirió Poirot.

—Porque estoy convencida de que en nuestros días todas las cosas se confabulan contra nosotros. Todo nos sale mal. Cuando alguien necesita ver urgentemente a una persona, cuando no se puede esperar, hay que esperar, de un modo ineludible. Yo he querido ponerme en contacto con usted urgentemente, enseguida…

—¿Y usted quién es? —preguntó Hércules Poirot.

La voz femenina delató la gran sorpresa de su dueña.

—¿No se lo imagina? —preguntó la mujer incrédula.

—Sí, sí me lo imagino. Usted es mi amiga Ariadne.

—Estoy en un terrible estado de excitación nerviosa…

—Sí, ya me he dado cuenta de ello. ¿Ha estado usted corriendo? La noto casi sin aliento.

—No he estado corriendo, precisamente. Es efecto de la emoción. ¿Puedo ir a verle *enseguida*?

Poirot dejó que pasaran unos segundos antes de contestar. Su amiga, la señora Oliver, parecía hallarse tremendamente excitada. Le pasara una cosa u otra, dedicaría un largo rato a la exposición de sus preocupaciones, aflicciones, desengaños o lo que fuese lo que estuviera atormentándola. Una vez asentada en los dominios de Poirot, resultaría difícil para éste inducirla a regresar a su casa sin pecar de descortés. Los hechos o cosas que excitaban a la señora Oliver eran tan numerosos y sorprendentes, a menudo, que era preciso ir con cuidado para evitar el comienzo de cualquier discusión sobre ellos.

—Algo la ha trastornado, amiga mía.

—Sí. Desde luego que estoy trastornada. No sé qué hacer. No sé… ¡Oh! No sé nada. Lo que yo creo que debo hacer es ir a verle y contarle… contarle lo que ha sucedido, pues usted es la única persona capaz de tomar una decisión y de señalarme un camino a seguir. Así, ¿puedo ir a verle?

—Naturalmente que sí. Me encantará recibirla.

Su comunicante colgó el micro de pronto y Poirot llamó a

George, reflexionó unos momentos y le dijo que preparase una limonada y una copa de coñac.

—La señora Oliver se presentará aquí dentro de unos minutos —le explicó.

George se retiró. Regresó con la copa de coñac, que era para su señor, quien la aceptó con un gesto de satisfacción. Unos instantes más tarde, George dejaba en una mesita la limonada, bebida que gozaba de las preferencias de la señora Oliver. Poirot tomó un sorbo de licor, preparándose para la dura prueba que indudablemente le aguardaba.

—Es una lástima —murmuró—, que Ariadne sea tan aparatosa. Y sin embargo, debo reconocer que se halla en posesión de una mente nada vulgar. ¿Qué tendrá que decirme? *Et bien*, en la vida hay que correr necesariamente ciertos riesgos.

Sonó un timbre. Esta vez era el de la puerta del piso. La visitante no se limitó a oprimir el botón levemente. El timbrazo duró unos segundos.

—Con seguridad que esta mujer está muy excitada —comentó Poirot.

Oyó los pasos de George al encaminarse a la entrada. La puerta fue abierta y antes de que su servidor tuviese tiempo de anunciar a la visitante, ésta entró precipitadamente en el cuarto de estar, seguida por George, quien llevaba en las manos una prenda parecida a un chubasquero de pescador.

—¿Qué diablos llevaba usted puesto? —inquirió Hércules Poirot —. Acabe de entregar a George su impermeable. Está mojado.

—Claro que está mojado —contestó la señor Oliver alargando ahora al servidor de Poirot su gorro—. Terriblemente mojado. Nunca había pensado en el agua antes. Como tema de una reflexión, el agua es algo tremendo…

Poirot contempló a su visitante con profundo interés.

—¿Quiere usted una limonada? —inquirió cortésmente—. ¿O prefiere un vasito de *eau de vie*?

—El agua me inspira un odio atroz —declaró la señora Oliver.

Poirot se mostró sorprendido.

—La odio, sí. Nunca había pensado en ello. Nunca había pensado en las cosas a que puede dar lugar.

—Mi querida amiga: siéntese aquí. George se ha hecho cargo ya de lo que llevaba encima… ¿Qué era concretamente esa prenda, que sólo he visto parcialmente?

—La compré en Cornualles —dijo la señora Oliver—. Es un auténtico chubasquero de pescador.

—Muy útil efectivamente, para un pescador —declaró Poirot—, pero creo que resulta poco adecuada para usted. Es molesta, entorpece sus movimientos. Pero, en fin, siéntese aquí y cuénteme.

—No sé por dónde empezar —dijo la señora Oliver dejándose caer en un sillón—. En ocasiones, pienso que no puede ser realmente cierto. Sin embargo, es algo que ha sucedido de veras.

—Veamos…

—He venido aquí para ponerle en antecedentes de todo. Y ahora que me encuentro en su casa, delante de usted, ya se lo he dicho; no sé por dónde empezar…

—¿Tenemos que comenzar necesariamente por el principio?

—Yo ignoro en realidad también dónde radica el principio. Es posible que todo quedara iniciado mucho tiempo atrás.

—Cálmese —recomendó Poirot—. Ensamble mentalmente los distintos hilos de la trama y hábleme. ¿Qué es lo que la ha trastornado tanto?

—Usted también se habría alterado —opinó la señora Oliver—. Es lo que yo supongo, al menos —movió la cabeza cavilosa—… Lo bueno de usted es que se toma todas las cosas con mucha calma.

—Muy a menudo, ésa es la mejor conducta que se puede seguir.

—De acuerdo —manifestó la señora Oliver—. Todo empezó en una reunión.

—¡Ah, sí! —exclamó Poirot, aliviado al constatar que se trataba de un acontecimiento normal—. Usted participó en una reunión y en el transcurso de ella pasó algo.

—¿Usted sabe lo que es una «Hallowe'en Party»? —inquirió Ariadne.

—Sí —contestó Poirot—. Estas reuniones se celebran el día 31 de octubre —parpadeó ligeramente al agregar—. Es cuando las brujas montan en sus escobas.

—Hubo sus escobas en la fiesta —explicó la señora Oliver—. Fueron fijados unos premios para las mejores concursantes.

—¿Unos premios?

—Sí. Para las que estaban adornadas con más gusto y originalidad.

Poirot miró a su amiga, receloso. El alivio que había experimentado al oírle hablar de una reunión se esfumó. Por el hecho de saber que Ariadne Oliver no era aficionada al alcohol no formuló ninguna de las suposiciones que suelen hacerse en estos casos.

—Era un reunión infantil. Mejor dicho: juvenil, puesto que se hallaba planeada para chicos y chicas de edades superiores a los diez u once años. La mayoría estaban en trance de pasar de una etapa escolar secundaria a otra superior.

—Confieso que no acabo de entenderla… ¿De qué desea usted hablarme concretamente?

Habían comenzado a hablar de cierto tipo de reuniones y se pasaban insensiblemente, según comprobó Poirot, alarmado, al tema de la enseñanza.

La señora Oliver suspiró profundamente.

—Todo empezó realmente con las manzanas.

—¡Oh, sí! —dijo Poirot—. Tratándose de usted no podía empezar de otra manera, ¿eh?

Poirot se puso a pensar en un pequeño vehículo que bajaba por una ladera. Una mujerona lo gobernaba. Iba cargado de sacos llenos de manzanas. Al romperse uno de ellos, las manzanas iniciaron una carrera pendiente abajo, en cascada…

—Sí —dijo, más que nada por animar a su interlocutora—. Hablábamos de manzanas…

—Eran manzanas que flotaban en un cubo lleno de agua —puntualizó la señora Oliver—. Es uno de los juegos que se practican en esas reuniones.

—Desde luego, creo haber oído hablar de él.

—Se hicieron muchas cosas allí. El juego que acabo de indicarle, el del pastel de harina con una moneda encima, el juego de los espejos…

—Para que las chicas viesen el rostro de su amado, ¿no?

—En efecto. Por fin empieza usted a comprender —subrayó la señora Oliver.

—Todo eso pertenece al folklore del país, querida. Y la reunión en que usted tomó parte fue escenario de tales actividades, ¿verdad?

—Sí. Todo fue acogido con gran entusiasmo allí por los concurrentes. La fiesta terminó con el «Snapdragon». Usted sabrá lo de las uvas ardiendo en el centro de una gran fuente. Supongo —la voz de la señora Oliver, algo ronca, se quebró ligeramente en este momento—, opino que fue entonces cuando…

—Cuando…, ¿qué?

—Cuando se cometió el crimen. Después de la sesión del «Snapdragon», todos se fueron a sus casas —informó la señora Oliver—. Por entonces no podían dar con ella.

—No podían dar, ¿con quién?

—Con una chica llamada Joyce. Todos se pusieron a llamarla y miraron por todas partes. Se creyó que había regresado a su casa, en compañía de alguien. Su madre se sintió muy enojada. Cabía la posibilidad de que Joyce se hubiese sentido cansada o enferma y que se hubiera ido sin despedirse de nadie. Era muy descuidada… La madre dijo todas las cosas que suelen decir las madres en estos casos. Bueno, el caso es que no podíamos localizar a Joyce.

—¿Y resultó cierto que se había ido a su casa sin previo aviso a nadie de lo que hacía?

—No. No se había ido a su casa… —contestó la señora Oliver, a quien la voz tornó a quebrársele—. Al final la localizamos… Estaba en la biblioteca. En la estancia habían jugado los muchachos a coger las manzanas que flotaban en el agua con los dientes… El cubo todavía se encontraba allí. Era un cubo grande, de hierro galvanizado. No habían querido utilizar el de plástico. Quizá, de haber empleado éste, no habría pasado nada. Le faltaba pesadez, rigidez… Hubiera terminado por ser volcado…

—¿Qué pasó? —inquirió Poirot, severamente.

—Allí fue encontrada Joyce —declaró la señora Oliver, reiterativa—. Alguien, alguien la había forzado a sumergir la cabeza en el agua en que flotaban las manzanas. Alguien había mantenido su cabeza sumergida hasta que la chica se ahogó. Murió ahogada. Ahogada en un cubo de hierro galvanizado lleno casi por completo de agua. Estaba arrodillada frente a aquél, como si hubiese

intentado asir unas manzanas con los dientes. Odio las manzanas —declaró Ariadne—. No quiero volver a verlas…

Poirot miró fijamente a su amiga. Extendió una mano y vertió un poco de coñac en un vaso.

—Bébase esto —dijo—. Le sentará bien.

Capítulo IV

La señora Oliver ingirió el coñac y se secó los labios.

—Es verdad. El coñac me ha caído bien. He estado a punto de sufrir un ataque de histeria.

—Ha experimentado una gran emoción, ya lo veo. ¿Cuándo sucedió lo que acaba de contarme?

—Anoche. ¿Fue anoche realmente? Sí, sí, desde luego.

—Y usted decidió venir a verme…

No se trataba de una pregunta, ni nada por el estilo. La frase era una solicitud de más información.

—Y usted, decidió venir a verme… ¿Con qué fin?

—Pensé que usted podría aclarar el misterio. Ya habrá advertido que no es nada sencillo el caso.

—Lo mismo puede resultar sencillo que complicado. Esto depende de muchos factores. Es preciso que me dé a conocer detalles. Supongo que la policía se habrá hecho cargo de este asunto. Me imagino que sería requerida la presencia de un médico. ¿Qué dijo el hombre?

—Va a hacer una encuesta —notificó la señora Oliver.

—Es lógico.

—Mañana o pasado mañana.

—Esa chica, Joyce… ¿Qué edad tenía?

—No lo sé con exactitud. Creo que doce o trece años.

—¿Poco desarrollada para su edad?

—No, no. Cualquiera habría dicho que tenía más años. Era una chica metidita en carnes.

—¿Con formas femeninas bien acentuadas? ¿Atractiva?

—Sí. Pero no creo que el móvil del crimen fuese… El problema habría quedado reducido a unos términos más simples, ¿no?

—Es el tipo de crimen —declaró Poirot—, que uno localiza todos los días en la prensa. Una chica es atacada… Todos los días se dan sucesos. El que nos ocupa ocurrió en una casa particular, lo cual es menos corriente, diferenciándose por ello de los demás. Pero, en fin, es posible que entre éste y los otros no existan tantas diferencias. Usted, Ariadne, no me lo ha dicho todo todavía, ¿eh?

—No, creo que no. No le he dicho todavía por qué razón he venido a verle a usted.

—¿Usted conocía a esa Joyce bien?

—Ni bien ni mal… Será mejor que le explique cómo llegué a aquel sitio.

—¿A qué sitio?

—Hablo de un lugar llamado Woodleigh Common.

—Woodleigh Common —repitió Poirot, pensativo—. Donde últimamente…

Se interrumpió de pronto. La señora Oliver siguió:

—No está a mucha distancia de Londres. A alrededor de unos cincuenta kilómetros me figuro que quedará. Está cerca de Medchester. Es uno de esos sitios que cuentan con pocas edificaciones y la mayoría recientes. Una zona residencial. Hay una buena escuela por las proximidades y la gente se desplaza con facilidad a Londres y a Medchester, donde trabaja normalmente. Se trata de un lugar poblado por personas de tipo medio con unos ingresos que pudieran llamarse razonables.

—Woodleigh Common —repitió Poirot caviloso.

—Yo pasaba unos días allí en casa de una amiga mía llamada Judith Butler. Es viuda. Este año participé en un crucero por las islas griegas. Judith también. Nos hicimos amigas durante el viaje. Tiene una hija llamada Miranda, que ahora cuenta doce o trece años de edad. Unos amigos suyos organizaron la fiesta que le he dicho antes y ella hizo que me presentara en la misma, alegando

que podía aportar alguna idea interesante.

—¡Ah! ¿No le aconsejó que organizara, como juego, la búsqueda del asesino en un crimen simulado o algo por el estilo?

—¡Gracias a Dios, no! —respondió la señora Oliver—. ¿Usted cree que me hubiera prestado al juego?

—Lo que sucedió allí fue terrible… Y me pregunto: ¿pasaría todo por el hecho de encontrarme yo en aquella casa?

—No lo creo, amiga mía. Por lo menos… ¿Había personas en la reunión que sabían quién era usted?

—Sí —reconoció la señora Oliver—. Una de las jóvenes habló de los libros que yo había escrito y de que le gustaban los crímenes. Así es como… Bien. Eso es lo que me lleva a la causa de que yo haya recurrido a usted.

—Que por cierto no me ha explicado todavía…

—Verá… Al principio no pensé en ello. De una manera directa, se entiende. Los chicos hacen a veces cosas raras. Hay chiquillos y chiquillas raros, que…

—¿Se encontraban algunos adolescentes allí?

—Había dos muchachos de dieciséis a dieciocho años.

—Supongo que uno de ellos pudo hacerlo… ¿No es eso lo que la policía piensa?

—La policía no dice lo que piensa, pero se comporta como si diese eso por cierto.

—¿Era Joyce una chica atractiva?

—No lo creo. Bueno, usted quiere saber si resultaba atractiva para los chicos.

—Tome al pie de la letra mi pregunta.

—No creo que resultara una muchacha muy agradable —explicó la señora OIiver—. Invitaba poco al diálogo. Era de esas muchachas que gustan de exhibirse y de ser más que nadie. Claro, la edad es terrible. Lo que estoy diciendo parece algo despiadado, pero…

—Ante un crimen, no es nunca descortesía ni impiedad decir lo que la víctima era realmente —manifestó Poirot—. Por el contrario, la sinceridad es muy necesaria, imprescindible. La personalidad de la víctima nos conduce muchas veces a la causa o arranque del crimen. ¿Cuántas personas se encontraban en la casa en el momento de suceder aquello?

—Pues… Supongo que habría allí cinco o seis mujeres, las madres de algunas niñas, una maestra, la esposa de un médico o hermana, me parece, dos parejas ya entradas en años, los dos chicos de dieciséis a dieciocho años de edad, una muchacha de quince, dos o tres de once o doce… Bien. Ya se puede usted imaginar la tónica de la fiesta. En total, habría de veinticinco a treinta personas.

—¿Y gente extraña?

—Todos se conocían entre sí, tengo entendido. Naturalmente, había distintos grados de amistad entre esas personas. Como ocurre en todas partes. Creo que las chicas frecuentaban el mismo colegio en su mayoría. Había un par de mujeres traídas con objeto de que se ocuparan de la preparación de la cena y cosas por el estilo. Cuando la reunión terminó, la mayoría de los chicos y chicas regresaron a sus casas en compañía de sus madres. Yo me quedé con Judith y otras dos señoras, a fin de ayudar a Rowena Drake, la organizadora de la fiesta. Pretendíamos reducir un poco el trabajo con que se enfrentarían al día siguiente las mujeres de la limpieza. Ya se puede usted imaginar lo que había allí: harina por el suelo, agua derramada, papeles y otras cosas. Barrimos y después pasamos a la biblioteca. Y entonces fue cuando… cuando la encontramos. Inmediatamente, me acordé de lo que ella había dicho.

—De lo que había dicho…, ¿quién?

—Joyce.

—¿Qué es lo que dijo? Llegamos ahora a eso, ¿no? Nos estamos acercando a la causa determinante de su presencia aquí, ¿verdad, mi querida amiga?

—Sí. Pensé que sus palabras no significarían nada para un doctor, para la policía, para cualquier otra persona por el estilo. Me figuré, en cambio, que a usted sí le dirían algo.

—*Et bien*… Hable de una vez. ¿Se trata de algo que Joyce dijo en la reunión?

—No… Con anterioridad. La tarde en que todas nos dedicábamos a dejar listas las cosas. Se habló de que yo me dedicaba a escribir novelas policíacas y entonces declaró Joyce que ella había presenciado un crimen. Su madre le llamó la atención, invitándole a no decir disparates y una de sus amigas la acusó de estar inventándose un cuento. Entonces, Joyce insistió en que ella

había visto en una ocasión cometer a alguien un crimen. Nadie la creyó, sin embargo. Todos los presentes se echaron a reír y ella acabó muy enfadada.

—¿La creyó usted?

—No, por supuesto que no.

—Ya, ya —se limitó a contestar ahora Poirot.

Guardó silencio durante breves momentos, apoyando un dedo en el borde de la mesa.

—¿No dio la chica detalles? ¿No citó ningún nombre?

—No. Contestó despectivamente varias veces a las preguntas de sus amigas, irritada porque éstas se rieron de ella. Las personas mayores se enfadaron, simplemente, sin más. Pero la gente de su edad no se contentó con eso. Todos empezaron a decirle: «Bueno, Joyce… ¿Cuándo fue cometido el crimen? ¿Por qué no nos hablaste nunca de él?». La chica respondió en una ocasión: «Lo había olvidado todo. Hace mucho tiempo de ello».

—¡Ajá! ¿Como cuánto?

—Joyce aclaró que habían transcurrido varios años. «¿Por qué no recurriste a la policía entonces?», inquirió una de las chicas. Ann, me parece, o Beatrice. Era una muchacha que adoptaba unos aires de superioridad terribles.

—¡Ajá! ¿Y qué contestó ella a eso?

—Joyce respondió: «Es que entonces yo no supe que se trataba de un crimen».

—Una respuesta sumamente interesante —comentó Poirot, incorporándose un poco en su sillón.

—Se mostró un tanto confusa luego —explicó la señora Oliver—. Dése cuenta: intentaba justificarse. Y cada vez se enfadaba más porque los unos tomaban a broma cuanto decía. Insistieron en preguntarle por qué no había recurrido a la policía. Y ella siempre respondía lo mismo: «Es que entonces yo no sabía que se trataba de un crimen. Fue después cuando identifiqué realmente qué era lo que había visto, interpretándolo bien».

—Pero nadie quería creerla… Ni siquiera usted, ¿verdad? En cambio, a raíz, de su muerte, a usted, Ariadne, se le ocurrió pensar que la chica había estado diciendo la verdad, ¿no?

—Justamente. No sabía qué hacer… más adelante, pensé en

usted.

Poirot inclinó la cabeza gravemente, como dándole las gracias. Guardó silencio unos momentos diciendo después:

—Tengo que formular una pregunta muy seria. Le ruego que reflexione antes de contestarme. ¿Usted cree que la chica presenció *realmente* un crimen? ¿O se figura que ella, simplemente, *creyó* haberlo visto?

—Me inclino por lo primero —dijo la señora Oliver—. En aquellos instantes, sin embargo, no pensaba así. Me imaginé que Joyce recordaba vagamente algo que viera en alguna ocasión y que pretendía darse importancia, atraer sobre su persona la atención de los presentes. La vi hablar con mucha vehemencia: «Lo vi. Os digo que lo vi. Vi todo lo que pasó».

—¿Y luego?

—Me acordé de usted, decidiendo venir a verle —manifestó la señora Oliver—. Su muerte sólo tiene sentido si alguien cometió un crimen y la chica lo presenció.

—Cabe establecer ciertas conclusiones. Es posible que el crimen fuese cometido por una de las personas que participaron en la reunión. Esa misma persona tuvo que encontrarse en la casa en las primeras horas, en las de los preparativos, oyendo las declaraciones de Joyce.

—¿Usted no pensará que he dejado volar la fantasía, que todo esto acabo de inventármelo, verdad? —inquirió la señora Oliver—. No habrá pensado, ¿eh?, que cuanto le he referido es el fruto de mi imaginación…

—No. Una chica fue asesinada —declaró Poirot—. Fue asesinada por alguien que tenía fuerzas suficientes para obligarla a permanecer con la cabeza introducida en un cubo lleno de agua. He aquí un feo crimen, cometido, podríamos decirlo así, sobre la marcha, sin tiempo que perder. Alguien se sintió amenazado. Y la persona amenazada procuró pasar a la acción lo antes posible, para librarse de lo que se le venía encima.

—Joyce no podía conocer la identidad del autor del crimen que presenció —opinó la señora Oliver—. Quiero decir que ella no habría dicho lo que dijo de haber sabido que en la habitación se hallaba la persona directamente interesada en aquella historia.

—En efecto —corroboró Poirot—. Creo que está usted en lo cierto ahí. Presenció un crimen, pero no llegó a ver la faz del asesino. Tenemos que ir más allá de todo eso.

—No comprendo exactamente qué es lo que usted quiere darme a entender.

—Pudo suceder que alguien que visitara la casa durante el día y oyera la acusación de Joyce estuviese enterada del crimen y supiese quién lo había cometido. A lo mejor era una persona estrechamente relacionada con el agresor. Pudo haber sido un hombre que se creyera el único ser al corriente de lo que había hecho su esposa, su madre, su hija o su hijo. Pudo tratarse de una mujer también que se hallase informada sobre lo que hiciera su marido, madre, hija o hijo. En todo caso, estoy hablando de una criatura humana convencida de que era el único ser en la tierra conocedor de un secreto grave… Y al empezar a hablar Joyce…

—¿Entonces?

—Decidió que la chica tenía que morir.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

—Verá… —dijo Hércules Poirot—. Acabo de recordar por qué me sonaba a algo familiar el nombre de Woodleigh Common.

Capítulo V

Hércules Poirot se quedó mirando la pequeña puerta que daba acceso a Pine Crest. Tratábase de una casita de bellas líneas modernas, construida a conciencia. La respiración de Hércules Poirot resultaba un poco agitada en aquellos instantes. La edificación que contemplaba había sido adecuadamente bautizada. Estaba en la cumbre de un promontorio y en el cerro se veían algunos pinos. Contaba con un diminuto jardín. Un hombre de buena talla, ya entrado en años, avanzaba con alguna dificultad por el sendero interior de la finca, portador de una gran regadera de hierro galvanizado.

El superintendente Spence ya no tenía plateadas las sienes tan sólo. Las canas se habían extendido por toda su cabeza. Sin embargo, su complexión seguía siendo, aparentemente, la misma. Se detuvo para observar al visitante que se encontraba en la puerta de su vivienda. Hércules Poirot no hizo el menor movimiento.

—¡Válgame Dios! —exclamó el superintendente Spence—. Tenía que ser usted. Sí. Me ha costado trabajo creerlo, pero veo que no me he equivocado. Estoy viendo a Hércules Poirot.

—Exactamente. Me ha reconocido enseguida. Esto constituye una satisfacción para mí.

—Su bigote sigue siendo el mismo —apuntó Spence.

Dejó la regadera y acercóse más a la puerta.

—Me hallaba dedicado a exterminar las malas hierbas de mi jardín… ¿Y que es lo que le trae por aquí, amigo Poirot?

—Lo que me ha llevado a muchos sitios distintos en mis buenos tiempos —respondió Hércules Poirot—. Lo que, en cierta ocasión hace ya muchos años, le llevó a usted a mí: el crimen.

—Yo ya no tengo nada que ver con él, amigo mío. Ahora mis ataques personales van contra las malas hierbas exclusivamente. Es lo que estaba haciendo: utilizando un herbicida. Nada sale fácil. Siempre hay imponderables. Habitualmente, el tiempo nos produce graves decepciones. Es preciso que llueva, pero no mucho, que haya sequedad, pero no tanta como para que… Bueno, dejemos eso. ¿Y usted cómo ha sabido que iba a encontrarme aquí?

Spence abrió la puerta y Poirot pasó al jardín.

—Por Navidad me envió usted una tarjeta de felicitación y en ella aparecían sus nuevas señas.

—¡Oh, sí! Es verdad. Soy un hombre anticuado, ¿sabe? Me gusta enviar tarjetas de felicitación por Navidad a mis viejos amigos.

—Y yo le agradezco que me cuente entre ellos —dijo Poirot.

Spence declaró:

—Ahora soy un viejo, efectivamente.

—Los dos lo somos.

—Sus cabellos no blanquean como los míos —observó Spence.

—La química se encarga de evitar tan brusco cambio de tono —declaró Hércules Poirot, sonriendo—. No hay por qué aparecer ante la gente forzosamente con una cabellera blanca. A menos que uno tenga ese capricho.

—Bueno, creo que el negro azabache no me iría nada bien —manifestó Spence.

—De acuerdo. Tiene usted un aspecto mucho más distinguido con sus canas.

—Nunca me he tenido por un hombre de aspecto distinguido.

—Pues yo hace tiempo que lo tengo clasificado como tal. ¿Por qué ha sido eso de venir a vivir a Woodleigh Common?

—La verdad es que quise unir mis fuerzas a las de una hermana que ya estaba aquí. Ella perdió a su esposo y sus hijos son casados, viviendo en la actualidad uno en Australia y el otro en África del Sur. Entonces, me trasladé a esta casa. Los haberes pasivos no dan

para mucho en nuestros días, pero los dos juntos lo pasamos bastante bien. Vamos a sentarnos.

Spence condujo a su visitante hasta una terraza protegida por mamparas de cristal, en la que Poirot vio varios sillones y una o dos mesitas. El sol de otoño bañaba agradablemente aquel rincón.

—¿Qué quiere usted tomar? —inquirió Spence—. Bueno, la verdad es que aquí no hay donde elegir. Desde luego, no cabe pensar en esta población en las pasas de Corinto, el jarabe de rosas o cualquiera de sus originales preferencias. ¿Le apetece una botella de cerveza? ¿O quiere que llame a Elspeth para que le prepare un buen té? ¿Prefiere un refresco de los de moda hoy en día? ¿Un vaso de chocolate? Mi hermana, Elspeth, es muy aficionada al chocolate.

—Es usted muy amable, Spence. Un refresco me caerá bien.

El superintendente entró en la casa apareciendo poco después con dos vasos grandes llenos de líquido hasta sus bordes.

—Me uno a usted en la bebida —declaró.

Spence colocó los vasos sobre una de las mesitas, frente a ellos.

—Pues por lo que iba usted diciendo hace unos momentos… Yo he terminado ya definitivamente con el mundo del crimen. De modo muy especial con el tipo de delitos que actualmente se dan…

—A uno de ésos quería referirme precisamente ahora.

—¿Se está usted refiriendo al de la chica que murió ahogada en un cubo, que fue encontrada con la cabeza metida dentro de él?

—Sí —respondió Poirot.

—No sé por qué ha venido usted a verme —declaró Spence—. Yo ya no tengo nada que ver con la policía. Todo lo mío pertenece al pasado.

—Usted fue policía y seguirá siéndolo mientras viva —observó Poirot—. Es lo que nos sucede a todos. Es decir, el punto de vista del policía prevalece siempre sobre el del hombre corriente y moliente. Sé muy bien con quién estoy hablando. Yo empecé a trabajar dentro de las fuerzas policíacas de mi país.

—Es verdad. Recuerdo que me dijo eso mismo en otra ocasión. Bueno, supongo que el punto de vista de uno ha de resultar algo retorcido, forzado. Piense usted que hace mucho tiempo que renuncié a mis actividades profesionales cotidianas.

—Usted habrá oído comentarios, no obstante —señaló Poirot—.

Usted tiene amigos en su misma profesión. Tiene que haberse enterado forzosamente de lo que piensan o sospechan, de lo que saben, incluso.

Spence suspiró.

—Uno sabe demasiadas cosas —declaró—, lo cual constituye una de las molestias peculiares de hoy. Se comete un crimen, un crimen de corte familiar y se sabe, es decir, saben, lo policías en activo, quién es, probablemente, el autor del delito. No dicen nada a los periódicos, pero los agentes hacen sus averiguaciones y *se enteran*. Esto no quiere decir que vayan a ir más lejos… bueno, ciertas cosas presentan sus dificultades.

—¿Está usted pensando en las esposas, en las amigas y todo lo demás?

—En parte, sí. Al final quizás la policía de turno da con su hombre. A veces transcurre un año o dos. Yo aseguraría, Poirot, que actualmente las chicas incurren en errores de elección a la hora del matrimonio con más frecuencia que en mis buenos tiempos.

Hércules Poirot consideró detenidamente aquella cuestión acariciándose el bigote.

—Sí —resolvió—. Es posible que tenga usted razón. Sospecho que la mayor parte de las muchachas han sentido debilidad por hombres de pésimas cualidades, en posesión de atractivos puramente externos, muy discutibles. Lo que ocurre es que en el pasado muchas de ellas tuvieron sus buenos «guardaespaldas».

—Cierto. Había gente que cuidaba de ellas. Sus padres no las perdían de vista. Sus tías y sus hermanas mayores las aleccionaban. Las hermanas y hermanos más jóvenes estaban al tanto de lo que se «cocía» a su alrededor. Los padres no se negaban a inmiscuirse en sus asuntos, hallándose muy bien dispuestos a actuar si se precisaba la expulsión o alejamiento del indeseable. En ocasiones, por supuesto, las chicas contrariadas optaban por huir con el hombre elegido, contra viento y marea. Pero es que en la actualidad no necesitan recurrir a esos remedios heroicos. La madre no sabe con quién sale su hija, el padre se mantiene sumido en la misma ignorancia, los hermanos están informados, quizá, pero deciden guardar silencio, para que a su vez no les moleste nadie.

»Ahora, cuando los padres se niegan a dar su consentimiento

para la boda, la pareja se presenta ante un magistrado y se las arregla para procurarse el permiso o licencia matrimonial. Y más tarde, cuando el joven elegido, de quien todo el mundo sabe que es una "perla", procede a demostrar ante los ojos de todos, incluida su esposa, que, efectivamente, es una terrible adquisición, ¡ya está el gato en la talega! Pero, en fin… El amor es el amor. La chica se niega a creer que su Henry tenga unos hábitos repugnantes, inclinaciones delictivas y todo lo que viene después. Mentirá por él, se empeñará en hacer ver a los suyos lo blanco negro y a la inversa… Sí. La cosa es difícil. Más de lo que parece. Bueno, no vamos a ganar nada diciendo que cualquier tiempo pasado fue mejor. Tal vez nos quedemos nosotros solos pensando eso.

»Perfectamente. ¿Y cómo ha sido el entrar usted en relación con este asunto, Poirot? Este sector del país le es ajeno, ¿no? Usted me parece que ha vivido siempre en Londres. Vivía allí al menos, cuando nos conocimos.

—Vivo todavía en Londres. Me ocupo de este asunto a petición de una amiga, la señora Oliver. ¿Usted se acuerda de la señora Oliver?

Spence levantó la cabeza y cerró los ojos, reflexionando, al parecer.

—¿La señora Oliver? Creo que no.

—Se dedica a escribir libros. Novelas policíacas. Haga un esfuerzo… Usted la conoció por la época en que me indujo a realizar las investigaciones concernientes al crimen de la señora Macginty. Naturalmente, se acordará de la señora Macginty…

—¡Dios mío! Claro que me acuerdo. Pero de eso hace mucho tiempo. Me echó usted una mano entonces, Poirot, una mano que me vino muy bien. Requerí su ayuda y usted no me la regateó precisamente.

—Me sentí muy halagado cuando decidió consultar conmigo los detalles del caso —manifestó Poirot—. He de decir que me sentí desesperado en una o dos ocasiones. El hombre a quien teníamos que salvar era un tipo difícil, por el que apenas se podía hacer nada. Era el individuo clásico, decidido a no intentar nada que pudiese resultar favorecedor. Había que salvarle de la última pena, creo… ¡Ha transcurrido tanto tiempo desde entonces!

—Se casó con aquella muchacha, ¿no? La primera, ¿verdad? No hubo nada que hacer con la de los cabellos rubios, ¿eh? Me pregunto cómo les irá en la actualidad. ¿Ha tenido noticias de ellos?

—No —dijo Poirot—. Presumo que todo les marcha a las mil maravillas.

—No sé qué es lo que esa muchacha vería en aquel hombre.

—He aquí una de las grandes cosas de la Naturaleza —comentó Poirot—. Muy frecuentemente, un individuo carente de atractivos resulta atrayente e incluso enloquecedor a los ojos de algunas mujeres. Lo único que cabe esperar después de observar un fenómeno de este tipo es que los jóvenes en cuestión se casen y vivan felices el resto de sus vidas.

—No creo que aquella pareja consiguiese vivir feliz de tener en su casa a la madre…

—Por supuesto —dijo Poirot—. O al padrastro.

—Bien. Aquí estamos los dos hablando de nuevo de los viejos tiempos. Todo eso pasó a la historia. Siempre pensé que aquel hombre (no logro recordar su apellido ahora), debiera haber montado una funeraria. Tenía el rostro y los modales adecuados. Quizás acabara abriendo un negocio así. La chica tenía algún dinero, ¿no? Pues sí. Habría hecho un funerario estupendo. Le veo vestido de negro de los pies a la cabeza, dando órdenes a sus empleados, durante el funeral de turno. Quizás hubiera sabido hablar con entusiasmo de la madera de olmo o de teca destinada a la construcción de los féretros. Como no podía prosperar era haciendo seguros o vendiendo fincas —Spence guardó silencio unos momentos, diciendo luego, de repente—. La señora Oliver. Ariadne Oliver. *Manzanas*. ¿Fue así como llegó a tener contacto con este asunto? Y a esa pobre criatura la obligaron a meter la cabeza en un cubo lleno de agua, con unas manzanas a flote, en el curso de una reunión… ¿No fue eso lo que suscitó el interés de la señora Oliver?

—No creo que fuesen las manzanas únicamente la causa de su particular interés —opinó Poirot—. Es que participó en la reunión.

—¿Vivía aquí?

—No. Ella no vive aquí. Pasaba unos días en casa de una amiga, una señora apellidada Butler.

—¿Butler? Sí, la conozco. Vive no muy lejos de la iglesia. Es

viuda. Su esposo era piloto de líneas aéreas. Tiene una hija. Una criatura muy atractiva. De excelentes modales. La señora Butler es una mujer encantadora, ¿no le parece?

—Apenas la conozco, pero sí, creo que es una mujer muy atrayente.

—¿Y qué relación tiene todo esto con usted, Poirot? Usted no se encontraba aquí cuando ocurrió el hecho, ¿verdad?

—No. La señora Oliver fue a verme a Londres. Estaba muy alterada. Insistió en que yo debía hacer algo.

Los labios del superintendente se distendieron en una sonrisa.

—Ya. La historia de siempre. Yo fui a verle a usted porque deseaba también que hiciese algo…

—Y yo he dado un paso adelante más —manifestó Poirot—. He venido a verle.

—¿Porque desea que intente algo asimismo? Ya le advertí que yo no me encuentro en condiciones de emprender nada.

—Está en un error. Usted, por ejemplo, puede hablarme de la gente de aquí, de las personas que habitan en este lugar. De las que se encontraban en la reunión. Está en condiciones de descubrirme la personalidad de los participantes en la fiesta. Puede hablarme de los padres y las madres de los chicos presentes en aquélla. Puede hablarme de la escuela, de los profesores, de los abogados de aquí, de los médicos. Hubo alguien que en el transcurso de la reunión consiguió que una chica se arrodillara ante un cubo de agua y manzanas, diciendo al mismo tiempo, riendo, quizá: «Voy a enseñarte el mejor método para coger una manzana con los dientes. Me sé muy bien el truco». Seguidamente, él, o ella, colocó una mano en la cabeza de la muchacha… No haría nada, ni forcejearía lo más mínimo, probablemente.

—Un asunto muy desagradable —comentó Spence—. Es lo que pensé al enterarme del caso. ¿Qué desea saber concretamente? Llevo en este lugar un año. Mi hermana vive desde hace más tiempo aquí… Dos o tres años. No se trata de una comunidad muy dilatada. La gente no suele acomodarse en estas casas indefinidamente. Va y viene. Es lo normal. El cabeza de familia trabaja en Medchester o Great Canning o en cualquier otro sitio de las proximidades. Los hijos frecuentan el colegio que hay aquí. Cuando el padre cambia de

empleo, la familia se traslada. No es una comunidad integrada por elementos fijos. Hay gente que vive aquí desde hace mucho tiempo. Por ejemplo, la señorita Emilyn, la profesora; el doctor Ferguson… Pero, en general, la población fluctúa bastante.

—Yo supongo —dijo Hércules Poirot—, después de convenir con usted en que se trata de un asunto repugnante, que habrá tenido ocasión de conocer a la gente de aquí merecedora de este adjetivo…

—Sí —declaró Spence—. Es en lo primero que se fija uno, ¿verdad? Y lo siguiente que uno busca en un caso como el presente en un adolescente de este tipo. ¿A quién puede ocurrírsele estrangular o ahogar a una chica de trece años? Al parecer no hay una intención sexual, ni nada que se le parezca, lo cual constituye el primer objetivo del investigador en este asunto. Ahora se dan estos sucesos en las ciudades y aldeas. También aquí veo un incremento si comparo lo que sucede hoy con lo que sucedía en mi juventud. Creo que hay muchos seres que andan sueltos cuando debían estar recluidos. Y es que tenemos los manicomios llenos hasta la saturación. Debido a esta superpoblación de las casas de salud, los médicos se ven obligados a decir a muchos pacientes: «Vuelva a la vida normal. Intégrese en el seno de la familia», etc. Más adelante, pasa lo que tiene que pasar. El desventurado o la desventurada siente el apremio extraño… y ya tenemos a la persona que es encontrada muerta en una zanja o que cae en la tentación de subir a un coche con un extraño. Muchos niños y niñas han sido víctimas de esto, pese a la reiteradas advertencias de sus padres. Pues sí, amigo Poirot, hay muchas cosas de ésas en la actualidad. Demasiadas.

—¿Cómo ve el desarrollo de los acontecimientos en el caso que nos ocupa?

—Hubo alguien en esa reunión que sintió ese apremio malsano a que acabo de aludir. Quizá se trate de una primera experiencia; puede que no… Cabe la posibilidad de que haya aquí alguien que haya tenido que ver en otro tiempo con la historia de un ataque contra una criatura. Por lo que sé hasta ahora, en este poblado no figura ninguna persona de ese tipo. Oficialmente, quiero decir. Había dos chicos en la reunión, en la edad idónea para hacer pensar mal a un investigador. Nicholas Ransom es un muchacho de buen

ver, que contará diecisiete o dieciocho años, una edad muy crítica. Creo que procede de la Costa Oriental de no sé que punto de ella. No tengo nada que decir del muchacho. Me parece un ser normal, pero… ¿quién sabe? Está Desmond, a quien le fue hecho una vez un informe psiquiátrico, aunque, en definitiva, eso no quiere decir nada.

»Tuvo que ser alguno de los que tomaban parte en la reunión, si bien pudiera haber entrado alguien en la casa, procedente de Dios sabe dónde. En las casas en que se celebra una reunión, lo corriente es que las puertas estén abiertas. Pudo haber un curioso que desease ver qué era lo que sucedía en el interior de la vivienda. Nada más fácil que deslizarse dentro. Corría cierto riesgo, desde luego. ¿Se avendría la chica a intentar el juego de las manzanas en compañía de una persona que no conocía? Bueno, a todo esto, Poirot, usted no me ha explicado todavía concretamente qué es lo que le ha llevado a ocuparse en este asunto. Me ha dicho que fue cosa de la señora Oliver… ¿Se trata de alguna extravagante idea suya?

—Bueno, tanto como extravagante… Es verdad que los escritores conciben a veces ideas de este tipo, son especialmente inclinados a ellas. Se trata de pensamientos muy remotamente relacionados con lo probable. Aquí lo que cuenta, sin embargo, es lo que ella oyó decir a la muchacha.

—¿A Joyce?

—Sí.

Spence se inclinó hacia delante, mirando a Poirot con fijeza.

—Se lo referiré con todos sus detalles.

Poirot procedió a contar a su amigo cuanto le dijera la señora Oliver.

—Ya —manifestó Spence al final de su discurso—. La chica dijo entonces que había presenciado un crimen… ¿No señaló cuándo ni cómo?

—No —declaró Poirot.

—¿Qué es lo que le llevó a decir eso?

—Alguna observación, creo, referente a los crímenes en los libros de la señora Oliver. Alguien señaló que en sus novelas no había suficiente sangre o que andaban escasas de cadáveres. Entonces fue cuando se produjo la intervención de Joyce.

—Habló en tono jactancioso, ¿no? Es la impresión que yo he sacado de su relato.

—A la señora Oliver le pasó lo mismo. Sí, la chica demostró ahí mucha jactancia.

—Quizá mintiese.

—Cabe muy bien la posibilidad.

—Los chicos son aficionados a las declaraciones sensacionales cuando pretenden llamar la atención sobre sus personas o producir determinado efecto. Por otra parte, es posible que fuese verdad lo que dijo. ¿Es eso lo que usted pensó?

—No sé… —contestó Poirot—. Una chica alardea de haber presenciado un crimen. Varias horas más tarde, la chica en cuestión aparece muerta. Tiene usted que admitir que existe fundamento para pensar que nos hallamos ante una causa y su efecto consiguiente… De ser así, hubo una persona que no quiso perder el tiempo.

—Eso es radical —reconoció Spence—. ¿Usted sabe exactamente cuántas personas se hallaban presentes en el momento de formular la muchacha su sorprendente declaración?

—La señora Oliver dice que habría allí de catorce a dieciséis personas, quizá más. Cinco o seis chicos y chicas y algo así como media docena de mayores, los que colaboraron con la organizadora de la fiesta. Para una información exacta, no obstante, he de confiar en usted.

—Bueno, eso será bastante fácil de averiguar —opinó Spence—. No es que tenga la información a mano pero no me costará trabajo obtenerla, gracias a la gente de esta localidad. En cuanto al cariz de la fiesta ya me lo imagino… Estarían en mayoría las mujeres, por descontado. Los padres no suelen hacer acto de presencia en las fiestas juveniles. Echan un vistazo a la casa, todo lo más, o acuden posteriormente a recoger a los suyos. El doctor Ferguson estaba allí. También el párroco… Pensemos en las madres, las tías, las asistentas sociales, las dos profesoras del centro escolar… ¡Oh! Puedo facilitarle una lista integrada, aproximadamente, por catorce chicos y chicas. El más joven tendrá menos de diez años…

—Y yo supongo que entre ellos sabrá distinguir aquellos que podríamos clasificar como probables…

—Bien. Eso no será tan fácil ahora, si lo que usted piensa es cierto.

—Quiere decir que ya no va a andar tras una personalidad perturbada en el terreno sexual, ¿no?, que en vez de eso va a intentar dar con alguien que habiendo cometido un crimen consiguió huir, no ser descubierto, con alguien que jamás esperó ser identificado y que de repente sufrió una fuerte impresión, al advertir que se hallaba en un error.

—No sé, no sé… Ya veremos —replicó Spence—. Por aquí no abundan los delincuentes. Y, desde luego, cuando se ha cometido algún delito grave, por estos contornos, la cosa no se ha distinguido precisamente por su espectacularidad.

—Delincuentes los hay en todas partes. En potencia o efectivos… Algunos de estos últimos viven a cubierto de toda clase de sospechas, por cualquier causa. Están tranquilos debido a que faltan pruebas contra ellos. Imagínese lo que supondrá para un sujeto de éstos la revelación repentina de la existencia de un testigo de su crimen.

—¿Y por qué no habló Joyce con toda claridad en el momento oportuno? He aquí algo que me agradaría mucho saber. ¿Hubo alguien que la sobornó, invitándola a guardar silencio? Este paso se me antoja demasiado peligroso, no obstante…

—No —repuso Poirot—. Yo deduzco de lo que me dijo la señora Oliver que la chica no identificó lo presenciado en su momento como un crimen.

—¡Oh! Seguramente, eso es muy improbable —opinó Spence.

—Bueno, no tiene por qué serlo —declaró Poirot—. Estaba hablando una criatura de trece años. Recordaba una escena que había presenciado en el pasado. No sabemos exactamente cuándo. Quizá data de tres o cuatro años antes. Vio algo, pero no comprendió su auténtica significación. Esto es aplicable a un puñado de cosas, *mon cher*. A un accidente automovilístico algo fuera de lo corriente, por ejemplo… Piense en un coche que por su disposición haga pensar en que el conductor se lanzó directamente sobre la persona que luego resultó herida o muerta. Una criatura puede no considerar que todo fue *deliberado* en el momento preciso. Más adelante, alguien alude a lo que esa criatura vio u oyó un año o

dos antes. Entonces, avivado el recuerdo, llega a decirse: «A o B, o X, hizo aquello *a propósito*. Tal vez se tratara de un auténtico crimen y no de un simple accidente».

»Existen muchas otras posibilidades. Tengo que admitir que algunas de ellas me han sido sugeridas por mi amiga, la señora Oliver, a quien no le cuesta mucho trabajo hallar una docena de soluciones para un mismo problema, la mayor parte de ellas, no muy probables, pero todas ellas bastante posibles. Pensemos en unas tabletas vertidas en una taza de té puestas en manos de alguien… Algo así, por el estilo. Un empujón oportuno propinado a una persona en un sitio peligroso. Por aquí no hay escarpaduras impresionantes, lo cual es una lástima desde el punto de vista del establecimiento de las hipótesis probables. Quizá sea una historia de tipo criminal leída por la chica, la cual acaba relacionándola con un accidente. Puede que se trate de un incidente que le produjo alguna extrañeza al ocurrir. La jovencita lee la novela, o lo que sea, y entonces se dice: «Bueno, eso puede ser de esta manera o de esta otra. Yo me pregunto si ella o él, obró deliberadamente». Pues sí, amigo mío, son muchas las posibilidades.

—Y usted ha hecho acto de presencia aquí para dedicarse a estudiarlas, ¿no es así?

—Yo creo que es una empresa de gran interés para todos —afirmó Poirot.

—¡Ah! Usted y yo nos hemos visto obligados siempre a tener en cuenta a los demás, ¿eh?

—Usted, Spence, se halla en condiciones de facilitarme una información excelente. No en balde conoce a la gente de este poblado.

—Haré todo lo que pueda por complacerle —declaró Spence—. Para ello, he de confiar en el sano juicio de Elspeth. Pocas cosas hay acerca de la gente de este lugar que ella no conozca.

Capítulo VI

MUY satisfecho por lo que había logrado con aquella entrevista, Poirot se despidió de su amigo.

La información que ansiaba poseer llegaría a sus manos oportunamente. Acerca de eso no tenía la menor duda. Había conseguido interesar a Spence en aquel asunto. Y Spence, una vez lanzado sobre una pista, como el buen sabueso que había sido, no se apartaría de ella fácilmente. La reputación de que gozaba como miembro, ya jubilado, de la Brigada de Investigación Criminal, le haría ganar amigos sin mucho esfuerzo en el sector policíaco de la localidad.

Poirot consultó su reloj de pulsera. Diez minutos más tarde vería a la señora Oliver frente a una casa llamada «Apple Trees». La verdad era que ese nombre resultaba misteriosamente apropiado…

Siguiendo el camino que le habían indicado, Poirot llegó puntualmente a una casa con fachada de rojos ladrillos, de estilo georgiano, rodeada por un seto vivo en el que había un haya, que abarcaba un bonito jardín.

Introdujo una mano por entre los hierros de la puerta y soltó el pestillo, pasando al interior. Encima de aquélla vio un rótulo que rezaba: «Apple Trees». Un sendero le condujo hasta la entrada de la vivienda. Semejante a una de esas figuras de ciertos relojes suizos que aparecen de pronto al dar las horas, la puerta de la casa se

abrió, emergiendo del interior la señora Oliver, quien se aproximó inmediatamente a los peldaños de acceso.

—Es usted terriblemente puntual —dijo la señora Oliver, casi sin aliento—. Le he estado observando desde una ventana.

Poirot se volvió, cerrando cuidadosamente la puerta del jardín. Prácticamente, en cada uno de sus encuentros con la señora Oliver, casuales o premeditados, surgía casi de inmediato el tema de las manzanas. Cuando no estaba comiéndose una manzana, acababa de comérsela… O bien era portadora de una cesta de manzanas. Hoy, sin embargo, no había ninguna fruta de aquéllas a la vista. Poirot hizo un gesto de aprobación. Hubiera sido, a su juicio, un detalle de mal gusto estar mordisqueando distraídamente una manzana allí, en el escenario de lo que había acabado en tragedia. Ahí era nada: la muerte repentina de una criatura de trece años de edad. No le agradaba pensar en ello, y por no gustarle pensar en ello estaba decidido precisamente a que fuese hora tras hora el tema de sus reflexiones, hasta que, por un procedimiento u otro, lograra hacer brillar la luz en la oscuridad, descubriendo claramente lo que había ido a ver allí.

—No sé por qué no ha accedido usted a quedarse en la casa de Judith Butler —manifestó la señora Oliver—. Eso era mejor que instalarse en una pensión de quinta categoría.

—Me gusta examinar las cosas a solas, en cierto modo —contestó Poirot—. Es preciso mantenerse un poco aparte, no sumergirse por completo en este ambiente. No quiero falsear mi perspectiva.

—Tendrá que sumergirse de todas maneras en este ambiente —repuso la señora Oliver—. ¿No va a verse obligado a hablar con todos o casi todos?

—Ineludiblemente —reconoció Poirot.

—¿A quién ha visto usted hasta ahora?

—Al superintendente Spence, mi buen amigo.

—¿Cómo está?

—Mucho más viejo que antes.

—Es natural —dijo la señora Oliver—. ¿Y qué otra cosa podía esperar? ¿Le ha parecido más sordo, más miope, más gordo o más delgado?

Poirot reflexionó unos segundos.

—Ha perdido muchas carnes, desde luego. Utiliza gafas para leer la prensa. No creo que esté sordo… Por lo menos, no se le nota.

—¿Y qué opina sobre este asunto?

—Va usted muy deprisa, amiga mía.

—¿Y qué es lo que usted y él van a hacer exactamente?

—Yo ya he planeado mis movimientos —dijo Poirot—. Primeramente, he visto a mi amigo, consultándole algunos detalles. Le pedí que me facilitara una información que me costaría trabajo conseguir por otros medios.

—¿Van a ponerse los policías de por aquí a sus órdenes? ¿Piensa averiguar por ellos todo lo que usted desea saber?

—Yo no diría tanto, pero, en fin, sí… Esos son los derroteros que han seguido mis pensamientos.

—¿Y después?

—Me he presentado aquí, madame. He querido ver el escenario del drama.

La señora Oliver volvió la cabeza, paseando la mirada por la casa.

—Como escenario de un crimen no parece ser lo más adecuado, ¿verdad? —inquirió.

Poirot pensó: «¡Qué instinto más seguro el de esta mujer!».

—No —reconoció—. No parece ser la casa más apropiada para un suceso de este tipo. Después de ver *dónde* fue, hablaré con la madre de la chica. Usted me acompañará. Oiremos lo que ella pueda decirnos. Esta tarde hablaré con el inspector local de policía. Mi amigo Spence se ocupará de concertar la entrevista, a una hora apropiada. También charlaré con el médico de la localidad. Es probable, asimismo, que vea a la directora del colegio. A las seis saborearé una taza de té y merendaré en compañía de mi amigo Spence y su hermana. Al mismo tiempo, cambiaremos impresiones.

—¿Qué más cree usted que irán a decirle?

—Me interesa mucho hablar con la hermana de Spence. Ella lleva aquí más tiempo que él. Los hermanos empezaron a vivir juntos a raíz de la muerte del cuñado de Spence.

—¿Sabe usted qué es lo que me recuerda su persona? —inquirió la señora Oliver—. Pues un computador. Se está usted programando

a sí mismo. Usted, amigo Poirot, no cesa de asimilar cosas y más cosas, dedicándose luego a esperar para ver qué es lo que sale de todo.

—Su idea no tiene nada de disparatada —manifestó Poirot con mucho interés—. Es verdad. Mi papel es el de un computador. Me estoy alimentando de continuas informaciones.

—Supongamos que lo que obtiene en definitiva son respuestas erróneas…

—Eso es imposible —objetó Poirot—. Los computadores no incurren en equivocaciones.

—Es algo que se da por descontado, claro. Sin embargo, una se queda sorprendida al observar lo que sucede a veces. Le hablaré, por ejemplo, del último recibo de electricidad que pagué. Sé que existe un proverbio que reza: «Errar es de humanos». Ahora bien, un error humano no tiene nada que ver con lo que haría un computador de caer en él. Entre. Va a conocer a la señora Drake.

La señora Drake era una mujer digna de tenerse en cuenta, pensó Poirot. Era alta, hermosa. Habría cumplido los cuarenta años. En sus cabellos se advertían unos leves toques de gris; sus azules ojos brillaban. Rezumaban eficiencia por las puntas de sus dedos. Siempre que la señora Drake organizara una reunión el éxito estaba asegurado. En el cuarto de estar, sobre una bandeja, había dos tazas de café en compañía de unos bizcochos, aguardándoles.

Poirot se dio cuenta de que «Apple Trees» era una casa admirablemente conservada.

Estaba bien amueblada; tenía alfombras de extraordinaria calidad; todo se veía escrupulosamente limpio y pulido. Cierto que no había ningún objeto que destacara allí del resto, pero eso no se echaba a ver. Las cortinas eran de unos tonos agradables, aunque convencionales. Habría podido ser alquilada a un inquilino no vulgar sin necesidad de llevar a cabo cambio alguno en su interior.

La señora Drake saludó cortésmente a Poirot, ocultando obstinadamente lo que éste sospechaba que era una sensación de enojo, enérgicamente contenido, por la posición a que había sido llevada durante un acto social, en el transcurso de cual habíase cometido algo tan antisocial como un crimen.

En su calidad de miembro destacado del poblado de Woodleigh

Common, Poirot sospechaba que la mujer se sentía molesta por haber sido probada de un modo raro y temporal su ineficiencia. Lo que había ocurrido allí no hubiera debido ocurrir. Si hubiese sido otra persona, en otra casa… Bueno, así, la cosa ya cambiaba. Lo inaudito era que sucediera aquello en una reunión proyectada para el elemento juvenil de la comunidad por ella, en una fiesta dada por ella, organizada por ella… De una manera u otra, ella hubiera debido *preverlo*, poner los medios para impedir que sucediera lo que había sucedido. Y Poirot albergaba también la sospecha de que rebuscaba irritada en su mente, afanosa por dar con una razón explicativa del singular fenómeno. No era que intentase dar con el motivo determinante del crimen, no. En lo que andaba empeñada era en localizar el detalle inadecuado en la persona de alguien que se hubiese erigido colaborador suyo, dando lugar, por una mala interpretación o por falta de sensibilidad, al terrible fallo.

Con voz bien timbrada, la de una conferenciante distinguida y habituada a encararse al público, la señora Drake dijo:

—Señor Poirot: me complace mucho su presencia en esta casa. La señora Oliver me ha dicho que su ayuda puede sernos muy valiosa en los momentos presentes para resolver esta terrible crisis.

—Tenga usted la seguridad, señora, de que yo haré cuanto esté en mi mano para ayudarles. Se habrá dado cuenta, sin embargo, de que en este asunto no son precisamente facilidades lo que vamos a encontrar.

—Desde luego, éste es un asunto difícil —declaró la señora Drake—. Parece increíble, completamente increíble que lleguen a suceder cosas como ésta. Supongo —añadió—, que la policía goza profesionalmente de muy buena reputación. No sé si juzgará indispensable aquí la intervención de Scotland Yard. Parece arraigar la idea de que la muerte de esta pobre niña ha de tener una significación local. No es necesario que se lo haga notar, monsieur Poirot, ya que después de todo usted leerá tantos periódicos como yo, pero la verdad es que en la campiña se han dado ya muchos casos desgraciados relacionados con criaturas de escasa edad, niños y niñas. Cada vez son más frecuentes. Día tras día, el número de mentes perturbadas aumenta, aunque he de señalar que actualmente las madres no cuidan de sus hijos adecuadamente,

como hacían antes. Los chicos van y vienen de sus colegios solos, por las noches, o a horas muy tempranas del día. Y los muchachos, igual que las muchachas, se comportan estúpidamente cuando, por ejemplo, alguien al volante de un coche se les ofrece para llevarlos a cualquier parte, especialmente cuando el coche es de los que llaman la atención. Se creen lo que los demás les dicen. Supongo que esto es imposible de evitar.

—Bueno, madame, pero lo que sucedió aquí es muy distinto…

—¡Oh! Ya lo sé… Ése es el motivo de que haya pronunciado la palabra *increíble*. Todavía me cuesta trabajo creerlo… Todo había sido previamente ordenado, de acuerdo con un plan. Habíanse tomado las medidas necesarias para que todo se deslizase como sobre ruedas. Por eso se me antoja todo… increíble. Personalmente, considero que hay que buscar lo que yo llamo una significación externa. Alguien entró en la casa… No era esto difícil en aquellas circunstancias. Tenía que ser una persona perturbada mentalmente. Cabe pensar en uno de esos seres que no se encuentran en las casas de salud por la sencilla razón de que no hay sitio ya en ellas. Hay que ceder los alojamientos disponibles a los enfermos de gravedad. Uno de estos desventurados seres se asomó en cualquier momento por una de las ventanas de la casa, viendo que en ella se celebraba una reunión juvenil. El desventurado observador (si es que se puede sentir compasión por tales seres, cosa que a mí me cuesta trabajo en ocasiones), se hizo acompañar por la pobre criatura, asesinándola luego. Nadie piensa nunca que eso pueda pasar… Y, sin embargo, aquí ha pasado.

—Si tuviera usted la amabilidad de enseñarme dónde…

—Desde luego. ¿No le apetece otra taza de café?

—Gracias. No.

La señora Drake se puso en pie.

—La policía se inclina a pensar que todo ocurrió cuando lo del «Snapdragon». Hicimos eso en el comedor.

La señora Drake cruzó el vestíbulo, abriendo una puerta. Parecía en aquellos instantes un ama de casa que estuviese atendiendo a unos huéspedes. Señaló la gran mesa y las pesadas cortinas de terciopelo.

—Estábamos a oscuras aquí, por supuesto. La única iluminación

de la estancia la proporcionaban las llamas de la fuente. Y ahora…

Cruzó de nuevo el vestíbulo y abrió otra puerta. Poirot vio una habitación pequeña con sillones, pinturas deportivas por las paredes y estanterías llenas de libros.

—La biblioteca —explicó la señora Drake, estremeciéndose—. El cubo se encontraba aquí. Sobre una lámina de plástico, claro…

La señora Oliver no había entrado en la estancia, quedándose en el vestíbulo.

—No puedo entrar —explicó a Poirot—. Me causa una impresión…

—Aquí ya no puede verse nada de particular —declaró la señora Drake—. Le estoy enseñando a usted *dónde fue*… ¿No era eso lo que me pidió?

Poirot, a quien iban dirigidas estas últimas palabras, asintió.

—Habría por aquí, mucha agua derramada…

—El cubo estaba lleno, desde luego —aseguró la señora Drake.

Miró a Poirot como si éste se hubiese esfumado de pronto.

—Y habría agua en el plástico. Naturalmente, si alguien cogió a la chica por el cuello, obligándola a permanecer unos momentos con la cabeza sumergida, derramaría mucha agua.

—¡Oh, sí! Durante el juego, el cubo tuvo que ser llenado dos o tres veces.

—Entonces cabe pensar que el autor del crimen tuvo que salir de aquí mojado también…

—Sí, claro.

—¿Nadie observó nada en este sentido?

—No, no. El inspector me hizo también esa pregunta. Hacia el final de la velada, a decir verdad, casi todos acabaron despeinados, mojados o cubiertos de harina, según. En este sentido no parecen existir pistas útiles. Bueno, es lo que pensó la policía.

—Claro —contestó Poirot—. Me imagino que la única pista útil radica en la niña en sí. Desearía que me dijese todo lo que sabe usted acerca de ella.

—¿Acerca de Joyce?

La señora Drake pareció sentirse entonces un tanto desconcertada. Era como si Joyce, en su mente, se hubiese alejado tanto ya que se quedara sorprendida con la evocación.

—La víctima constituye siempre un elemento de gran importancia —declaró Poirot—. Sepa usted que a menudo, la víctima es la *causa* del crimen.

—Bueno, supongo que comprendo lo que quiere decir —manifestó la señora Drake, a quien, evidentemente, se le notaba lo contrario—. ¿Volvemos al cuarto de estar?

—Y ya en él me hablará de Joyce —sugirió Poirot.

Tornaron a acomodarse en los mismos sillones.

La señora Drake se hallaba ahora un tanto perturbada.

—No sé qué quiere oír de mí, monsieur Poirot —declaró—. Seguramente, la información que usted necesita puede obtenerla consultando a la policía o a la madre de la chica. Será muy doloroso para la pobre mujer, pero…

—No me interesa el juicio de una madre que llora a su hija muerta —repuso Poirot—. A mí me parece más reveladora y directa la opinión de cualquier otra persona con un buen conocimiento de la humana naturaleza. Me atrevería a afirmar, madame, que usted ha sido una activa trabajadora en el sector social, dentro de esta comunidad. Creo que no hay nadie con mejores cualidades que usted para resumir el carácter y condiciones de la niña desaparecida.

—Bien… Resulta un poco difícil… Pasa siempre lo mismo con los chicos de esa edad… Ella tenía trece años. Doce o trece… A esa edad todos son iguales.

—Desde luego que no. Perdone, madame. Las diferencias tanto en el carácter como en sus aptitudes, de una chica a otra, varían muchísimo. ¿Era de su agrado la muchacha?

La señora Drake pareció considerar la pregunta un poco impertinente.

—Pues… Desde luego, me… agradaba. Quiero decir… Bueno. Los niños me gustan. A la mayor parte de la gente le ocurre lo mismo.

—Tampoco en eso estoy de acuerdo con usted —declaró Poirot —, yo conozco chicos y chicas que no tienen ningún atractivo.

—Es verdad, sí… Lo cierto es que, generalmente, las criaturas actuales no están bien educadas. Todo parece ser dejado a los profesores y ellas se toman demasiadas libertades. Eligen sus amigos

libremente y… ¡ejem!… ¡Oh, monsieur Poirot!

—¿Era una chica agradable Joyce o no lo era? —insistió Hércules Poirot.

La señora Drake le miró y su gesto traducía una grave censura.

—Hágase cargo, monsieur Poirot: Joyce, esa pobre criatura, está muerta.

—Muerta o viva, eso es algo que importa mucho. Si era una niña agradable con todos resultará más difícil de explicar la existencia de alguien dispuesto a atentar contra su vida. Y en el caso contrario, podríamos llegar hasta ciertas personas que la miraran con especial antipatía…

—Bueno, supongo que eso no es cuestión de simpatías o antipatías…

—Pudiera serlo. Tengo entendido también que en la reunión declaró haber sido testigo de un crimen.

—¡Oh, ya salió eso! —exclamó la señora Drake, desdeñosamente.

—¿No tomó usted su declaración en serio?

—Naturalmente que no. Lo que dijo fue una tontería.

—¿Cómo fue llegar a hacer tal afirmación?

—La presencia de la señora Oliver aquí suscitó el interés de las muchachas. No en balde es usted una persona famosa, amiga mía —manifestó la señora Drake, dirigiéndose a Ariadne.

Aquellas dos palabras últimas de su frase salieron de los labios de la dueña de la casa sin la más mínima inflexión de entusiasmo.

—No creo que aquello se hubiese producido de otro modo… El caso es que las muchachas andaban algo excitadas con la presencia de la conocidísima escritora…

—Y entonces Joyce declaró que había visto a alguien cometer un crimen —señaló Poirot, pensativo.

—Sí, Joyce dijo eso o algo por el estilo. Yo, la verdad, ni siquiera la escuchaba realmente.

—Pero usted recuerda que ella dijo eso, ¿no?

—¡Oh, sí! Lo dijo, desde luego. Pero yo no di crédito a sus palabras —manifestó la señora Drake—. Su hermana la hizo callar, muy oportunamente.

—Y la chica, por este motivo, se enojó, ¿no?

—En efecto, insistiendo en que era verdad lo que había dicho.

—O sea, alardeó de haber sido testigo de un crimen.

—Si usted lo quiere expresar de este modo, sí.

—Podía ser verdad lo que afirmaba —declaró Poirot.

—¡Qué disparate! Yo no la creí, ni por un momento —manifestó la señora Drake—. Aquélla era una estupidez de las de Joyce.

—¿Era una estúpida la muchacha?

—Bueno, era una chica a quien agradaba mucho causar sensación donde estaba —declaró la señora Drake—. En todo caso, siempre pretendía haber hecho o visto más que cualquiera de sus amigas.

—No era una criatura que cayera bien a la gente —aventuró Poirot.

—Desde luego que no. Era una de esas chicas a quienes hay que forzar a guardar silencio.

—¿Cómo reaccionaron sus conocidas y amigas? ¿Se sintieron impresionadas?

—Se burlaron de ella. Naturalmente, esto no hizo más que empeorar las cosas.

—Bien —dijo Poirot, poniéndose en pie—. Me satisface mucho poseer una información directa en lo tocante a ese punto —inclinóse cortésmente sobre su mano—. Adiós, madame. Muchas gracias por haberme permitido echar un vistazo al escenario de este desagradable suceso. Espero no haber reavivado demasiado bruscamente sus recuerdos.

—Naturalmente siempre es doloroso este asunto como tema de conversación. Yo estaba muy encariñada con la idea de la reunión, esforzándome porque todo marchara bien. Y lo conseguía, al principio. Hasta que ocurrió la terrible desgracia. Ahora lo único que puedo hacer es procurar olvidarla. Por supuesto, la ocurrencia de Joyce al presentarse ante los demás como testigo de un crimen no pudo ser más desafortunada.

—¿Ha sido Woodleigh Common escenario de algún crimen?

—Que yo recuerde, no —respondió la señora Drake con firmeza.

—En esta época de continuos delitos que nos ha tocado vivir —observó Poirot—, tal hecho constituye un detalle poco corriente, ¿no le parece?

—Bueno… Creo haber oído hablar de un camionero que mató a un camarada suyo… Fue una historia por este estilo, no estoy segura… También se supo aquí de una pequeña cuyo cadáver fue hallado en un pozo situado a unos veinticinco kilómetros de distancia… Pero de eso han transcurrido ya algunos años. Fueron crímenes vulgares, carentes de interés. Derivados de los abusos alcohólicos, creo yo.

—Desde luego. Cuesta mucho trabajo pensar que hubiesen podido ser presenciados por una chica de doce o trece años.

—Nada menos probable, diría yo. Y puedo asegurarle, señor, que la declaración de la chica fue formulada con el único fin de impresionar a sus amigas… y también, quizás, a cierta famosa persona.

La señora Drake dirigió una mirada más bien fría a la señora Oliver.

—Naturalmente —manifestó la señora Oliver—, yo tengo mucha culpa de lo ocurrido por haber hecho acto de presencia en la reunión.

—¡Oh, no, querida! ¡Nada de eso! ¡No ha sido mi intención sugerir tal cosa, ni mucho menos!

Poirot suspiró en el momento en que se apartaba de la casa, con la señora Oliver a su lado.

—El sitio es de lo menos indicado que he podido ver como escenario de un crimen —comentó mientras se aproximaban por el sendero interior a la puerta de la valla—. No advierto ninguna atmósfera especial; no se «huele» por ningún lado la tragedia; no hay ningún personaje destacable, que «valga la pena asesinar»… Haría, no obstante, una excepción con la señora Drake…

—Le entiendo perfectamente. Usted se da cuenta de que puede resultar una persona auténticamente irritante a veces. Yo la veo muy complacida consigo misma…

—¿Cómo es su esposo?

—¡Oh! Es viuda. Su marido falleció hace un año o dos. Contrajo la polio y vivió inútil durante mucho tiempo. Tuvo que ver con la banca en el aspecto profesional, me parece. En su juventud se destacó mucho como deportista y en todo cuanto requería una gran actividad, por lo cual vivió muy amargado durante sus años de

hombre inválido.

—Es natural —comentó Poirot.

Éste se quedó pensativo, diciendo al cabo de unos momentos:

—Veamos… ¿Hubo alguna persona entre las presentes que tomara la afirmación de Joyce en serio?

—Lo ignoro. Me inclino a pensar que no.

—¿Cómo cayó la cosa entre sus amigas?

—Pensaba en ellas precisamente. No. No creo que hubiese una sola entre ellas que diese crédito a lo que Joyce dijo. Todas pensaban que se trataba de una invención.

—¿También usted pensó igual?

—Bien. Pues sí, en realidad sí —replicó la señora Oliver—. Desde luego —añadió—, a la señora Drake le agradaría creer que no fue cometido nunca ningún crimen, pero no puede llegar a sus afirmaciones tan lejos, ¿verdad?

—Entiendo que todo esto ha tenido que resultarle doloroso.

—Supongo que sí, en cierto modo —declaró la señora Oliver—. Me imagino, no obstante, que en los momentos actuales habla ya con cierta complacencia de lo acaecido. Entiéndame usted bien… Yo no creo que se resigne a permanecer con la boca cerrada en todo instante, así porque sí.

—¿Le es simpática esa mujer? —inquirió Poirot— ¿Tiene usted a la señora Drake por una mujer agradable?

—Hay que ver lo que le agrada formular preguntas difíciles. Bueno, las suyas resultan muy embarazosas, generalmente —manifestó la señora Oliver—. A usted lo único que parece interesarle es saber si la gente es agradable o no. Rowena Drake es una persona mandona. Es de esos seres que gustan de regirlo todo; quienes les rodean han de limitarse a obedecer forzosamente. En mayor o menor extensión, ella gobierna esta comunidad, me atrevería a pensar. Pero lo hace de una manera eficiente. Todo depende, al enjuiciarla, de si le gustan a usted o no las mujeres mandonas. Personalmente, a mí me hacen poca gracia…

—¿Qué opina acerca de la madre de Joyce, a quien dentro de poco veremos?

—Es una mujer muy agradable. Un tanto estúpida se me antoja, sin embargo. A mí me da mucha lástima. Debe ser terrible para una

madre ver morir a una hija tan violentamente, ¿no? Y aquí todo el mundo cree que se trata de un crimen sexual, lo cual empeora las cosas.

—Pero, bueno, no ha habido prueba alguna de que la chica fuese atacada por un muchacho… En lo que tengo entendido, al menos.

—No, pero a la gente le gusta pensar en esa clase de sucesos. Todo se torna más intrigante. Usted ya conoce la manera de ser de algunas personas…

—Uno cree conocerla, que no es lo mismo, amiga mía. Lo que sucede realmente, la mayor parte de las veces, es que no sabemos del prójimo nada en absoluto.

—¿Y no sería mejor que en esta visita a la señora Reynolds le acompañara mi amiga Judith Butler? Ésta la conoce, en tanto que yo soy una extraña para ella.

—Haremos las cosas tal como las hemos planeado.

—Perdón. No me acordaba de que el programa del computador estaba en marcha ya —murmuró la señora Oliver, con un leve destello de rebeldía.

Capítulo VII

La señora Reynolds era un carácter completamente distinto del de la señora Drake. En ella no se advertía el aire de competencia que se observaba enseguida en esta última. Nada de su persona tampoco inducía a pensar que cambiaría con el tiempo.

Vestía de luto y llevaba en una mano, estrujado, un pañuelo húmedo. Evidentemente, lloraba con el menor pretexto.

—Ha sido usted muy amable —dijo dirigiéndose a la señora Oliver—, hacer venir aquí a uno de sus amigos, con objeto de ayudarnos —la mujer estrechó la mano de Poirot, observando a éste con vacilante mirada—. La verdad es que no se me ocurre qué puede hacer ya nadie por nosotros… Nada me devolverá a mi pobre hija. ¡Oh! Es terrible… ¿Cómo puede ser que haya personas capaces de matar a criaturas de esa edad? Si ella hubiese proferido algún grito, al menos… Aunque supongo que el asesino la forzaría inmediatamente a permanecer con la cabeza dentro del cubo… ¡Oh! La sola imagen de lo sucedido me horroriza. Pensar en ello supone para mí un terrible tormento.

—Por Dios, señora. Yo no abrigo precisamente la intención de atormentarla. Por favor, no piense ahora en eso. Yo sólo pretendo hacerle unas cuantas preguntas, por si las respuestas correspondientes pudieran ayudarnos a… a dar con el asesino de su hija. Ya me imagino, naturalmente, que usted no posee la más leve

idea acerca de su probable identidad.

—¿Qué idea voy a tener sobre eso? Jamás se me había pasado por la cabeza el pensamiento de que a mi hija podía ocurrirle semejante desgracia. Woodleigh Common es un sitio agradable… Como la gente de aquí… Supongo que el criminal sería algún ser extraño a esta población que entraría en la casa por una de sus ventanas. Quizá fuera un consumidor habitual de drogas u otro degenerado por el estilo. Vio luces, diose cuenta de que se celebraba una reunión en la casa y se introdujo en ella, sin más…

—¿Está usted segura de que fue un hombre y no una mujer quien atacó a su hija?

—Tuvo que ser un hombre —respondió la señora Reynolds, impresionada—. Supongo que fue un hombre… No pudo ser una mujer, ¿verdad?

—Una mujer de fuerzas suficientes para…

—Creo que, a mi manera, le entiendo… Sí, las mujeres, actualmente, hacen gimnasia, gozan con frecuencia de una constitución atlética, tienen tanta fuerza como muchos hombres. Sin embargo, me cuesta trabajo creer que pueda existir una mujer capaz de cometer una acción como… como… Joyce era una niña tan sólo… Joyce no contaba más de trece años.

—Mire usted, señora: yo no quiero alargar mi estancia en esta casa innecesariamente. Tampoco pretendo formular preguntas molestas, embarazosas. No quiero trastornarla aludiendo una y otra vez a los hechos que han de resultarle muy dolorosos, lógicamente. Yo únicamente quería referirme a una observación salida de los labios de su hija durante la reunión… Creo que usted no se encontraba presente. ¿Es así?

—No, yo no estaba allí… En los últimos días no me había sentido muy bien. De otro lado, las reuniones juveniles siempre me han resultado pesadas, fatigosas. Los llevé en el coche, regresando más tarde, para recogerlos… Las tres criaturas fueron juntas, ¿sabe? Estoy refiriéndome a Ann, la mayor, con sus dieciséis años, y a Leopold, que cuenta casi once… ¿Qué fue lo que Joyce dijo? ¿No querría usted hablarme de ello?

—La señora Oliver, que estuvo en la reunión, le dirá cuáles fueron exactamente las palabras pronunciadas por su hija. Dijo,

según creo, que había sido testigo presencial de un crimen.

—¿Joyce se expresó en tales términos? ¡Oh! ¡No es posible! ¿De qué crimen pudo ser ella testigo presencial?

—Bien… A todo el mundo le pareció eso improbable —declaró Poirot—. Yo me pregunté si usted opinaría lo contrario. ¿Le habló en alguna ocasión la chica de tal cosa?

—¿De haber presenciado un crimen? ¿Quién? ¿Joyce?

—Tiene usted que pensar —señaló Poirot—, que la palabra «crimen» pudo haber sido utilizada por Joyce de una manera un tanto libre o arbitraria. Esto no es de extrañar en una chica de su edad… Con ese vocablo pudo aludir alguien a una persona atropellada por un vehículo, a una riña que tuviese por escenario la orilla de un río o un puente, con la caída de uno de sus contendientes… Pudo tratarse incluso de una escena no iniciada en serio, pero que tuviese consecuencias desgraciadas.

—Pues la verdad es que no acierto a recordar nada por el estilo que hubiese sucedido y que Joyce pudo haber presenciado. Nunca me habló de nada raro… Mi hija debió de estar bromeando…

—Hablaba muy en serio —declaró la señora Oliver—. Insistió en que había sido testigo de un crimen, sin lugar a dudas.

—¿Dio alguien crédito a sus palabras? —inquirió la señora Reynolds.

—Lo ignoro —respondió Poirot.

—Yo creo que no —declaró la señora Oliver—. O quizá nadie quiso animarla a continuar hablando en aquel sentido diciéndole que tomaban sus afirmaciones en serio.

—Todo el mundo se inclinó entonces a tomar sus palabras en broma, asegurando que la chica se había inventado lo que decía —opinó Poirot, menos amable en aquellos instantes que la señora Oliver.

—Bueno, hay que reconocer que sus oyentes se mostraron muy poco o nada corteses —indicó la señora Reynolds—. Como si Joyce mintiera todos los días con cosas como ésa…

La madre de la desventurada chica se mostró ahora profundamente irritada.

—Voy a decirle lo que yo pienso, señora —manifestó Poirot—. Lo más seguro es que la chica incurriera en algún error. Es decir,

cabe la posibilidad de que hubiese presenciado algo que a su entender podía ser tomado por un crimen. Lo más probable era que se tratara de algún accidente.

—Lo habría puesto en conocimiento de su madre, ¿no? —inquirió la señora Reynolds, todavía irritada.

—Es lógico suponérselo —contestó Poirot—. ¿No le habló de nada especialmente extraño nunca? Pudiera habérsele olvidado, señora Reynolds. Sobre todo si no era un asunto realmente importante.

—¿Cuándo?

—No lo sabemos —repuso Poirot—. He aquí una de las dificultades con que tropezamos… La cosa pudo datar de hace tres semanas… o tres años. La muchacha señaló que «era muy joven» al producirse el suceso. ¿Qué entiende por «muy joven» una criatura de trece años? ¿Usted no se acuerda de ningún acontecimiento sensacional, o de alguna resonancia, en estos momentos?

—Pues… no. Bueno, siempre oye una referir cosas que la impresionan en mayor o menor grado. También se leen gacetillas raras en los periódicos: mujeres solas que se ven atacadas, o jóvenes parejas… Pero no acierto a evocar nada especialmente memorable, nada que suscitara claramente el interés de Joyce…

—Y si Joyce aseguró positivamente que había presenciado un crimen, ¿usted creería en la sinceridad de sus palabras?

—Ella no tenía por qué mentir —afirmó la señora Reynolds—. También pienso en que pudo formar un juicio de algo que vio erróneamente.

—Tiene usted razón, señora Reynolds —Poirot hizo una pausa —. ¿Podría hablar ahora, durante unos momentos, con sus otros hijos, también presentes en la reunión?

—Pues sí… Aunque no sé qué espera usted oír de ellos. Ann se encuentra en estos instantes en la planta superior, haciendo sus deberes. Prepara unos exámenes. Leopold se halla ahora en el jardín, montando un pequeño avión.

Leopold era un chico fuerte, redondo, sólido. Al parecer, la construcción mecánica era capaz de absorberle por completo. Tuvieron que transcurrir todavía unos momentos antes de que se decidiera a concentrar su atención en las preguntas que Poirot le

dirigió.

—Tú te encontrabas allí, ¿verdad, Leopold? Oíste lo que tu hermana dijo, ¿no? ¿Qué es lo que dijo?

—¡Oh! ¿Se refiere usted a lo del crimen?

Ahora daba la impresión el chico de que se sentía fascinado.

—Sí, en efecto, me refiero a lo del crimen —declaró Poirot—. Tu hermana afirmó que había visto cometer un crimen en cierta ocasión. ¿Juzgas tú verdad semejante cosa?

—No. Desde luego que ella no vio nada —respondió Leopold—. ¿A quién pudo mi hermana ver matar? Eran cosas de Joyce… Joyce era así.

—¿Qué quieres darnos a entender con tus palabras, Leopold?

—A Joyce le gustaba exhibirse —afirmó Leopold al tiempo que procedía a doblar un alambre, haciendo una expresiva mueca—. Joyce era una estúpida… Se habría prestado a decir lo que fuese con tal de conseguir que los demás se quedasen pasmados, fijándose en ella.

—¿Crees tú que inventó todo lo que dijo?

La mirada del chico se desplazó de Poirot para detenerse en el rostro de la señora Oliver.

—Supongo que mi hermana aspiraba a impresionarla a usted un poco —declaró el muchacho—. Usted se dedica a escribir novelas policíacas, ¿verdad? Yo me figuro que Joyce hizo cuanto estaba a su alcance con el propósito de destacarse de sus amigas.

—¿Se comportaba así de manera habitual? —quiso confirmar Poirot.

—¡Oh! Con tal de significarse habría sido capaz de declarar lo que fuese —supuso Leopold—. Apostaría cualquier cosa, sin embargo, a que nadie dio el menor crédito a sus palabras.

—¿Y tú oíste lo que dijo? ¿Crees que hubo alguien que diese crédito a sus palabras?

—Bueno, yo oí sus palabras, pero sin hacer caso de ellas… Beatrice y Cathie se echaron a reír. Las dos calificaron sus declaraciones de «cuento» o algo semejante, no recuerdo…

Poirot pensó que el pequeño Leopold había dicho todo lo que tenía que decir ya.

Subieron a la planta superior. Ann, una muchacha que parecía

contar algo más de dieciséis años, estaba de codos sobre una mesa, ante unos cuantos libros de estudio, abiertos.

—Sí. Yo estuve en la reunión —afirmó.

—¿Oíste decir a tu hermana que había sido testigo presencial de un crimen?

—¡Oh, sí! No hice el menor caso de aquello, sin embargo.

—¿Juzgaste una mentira la afirmación de tu hermana?

—Aquello no podía ser verdad. Hace muchísimo tiempo que aquí no ha habido ningún crimen.

—Entonces, ¿a qué atribuyes las manifestaciones de tu hermana?

—¡Oh! A Joyce le gustaba presumir delante de todo el mundo. Le agraciaba exhibirse. Solía contar una maravillosa historia referente a un viaje suyo a la India. Mi tío había estado allí y ella aseguraba haberle acompañado. Eran muchas las condiscípulas que llegaron a creer en sus palabras.

—Bueno, y tú, Ann, no recuerdas que en los últimos tres o cuatro años haya sido este lugar escenario de algún crimen…

—Aquí se han dado sucesos corrientes —repuso Ann—. Me refiero a los que una lee a diario en los periódicos. Y en realidad no ha sido Woodleigh Common el centro habitual de tales hechos… Más bien pensaría en Medchester…

—¿Quién crees tú que pudo haber asesinado a tu hermana, Ann? Tú conocerías a todas sus amistades; tú sabrías de algunas personas a las que ella no caía muy bien.

—No acierto a pensar en nadie que abrigara la intención de matarla. Me figuro que quien hizo eso no debía de andar bien de la cabeza. ¿Cree usted que una persona sensata…?

—¿No conocías tú a nadie que hubiese reñido de mala manera con ella? ¿No se llevaba *especialmente* mal con alguien?

—Usted desea saber si tenía algún enemigo… Creo que eso es una tontería. La gente carece de enemigos, realmente. Simplemente: hay personas que no le caen a una bien. Y al revés…

Cuando Poirot y la señora Oliver se apartaban de la entrada de la habitación, Ann agregó:

—No quiero hablar mal de Joyce, puesto que ya murió, y sería una gran desatención por mi parte… Sin embargo, he de hacer

constar que era una incorregible embustera. Lamento verme obligada a decir estas cosas de mi hermana, pero no miento…

—¿Hacemos progresos en algún sentido? —inquirió la señora Oliver al abandonar la casa en compañía de Poirot.

—En absoluto —replicó Hércules Poirot—. Resulta muy interesante… —añadió, pensativo.

La señora Oliver hizo una mueca como para evidenciar que no estaba de acuerdo con él.

Capítulo VIII

ERAN las seis de la tarde en Pine Crest. Hércules Poirot se llevó una salchicha a la boca, saboreando luego un largo trago de té. El té resultaba muy fuerte para el gusto de Poirot. Encontró la salchicha, por otra parte, deliciosa, perfectamente cocinada. Su mirada se paseó por la mesa, en dirección a la señora Mackay.

Elspeth Mackay no se parecía en nada a su hermano, el superintendente Spence. Donde él era ancho y curvado ella aparecía angular y estrecha. La afilada nariz de la mujer daba la impresión de husmearlo todo astutamente. Unía a los dos hermanos, no obstante, cierto aire familiar inconfundible. Sobre todo en lo que afectaba a los ojos y a la fuerte marcada línea en la mandíbula superior. Poirot pensó que bien podía confiar en el sano juicio de aquellas dos personas. Elspeth y Spence se expresarían de manera distinta, pero a eso quedarían reducidas las diferencias esenciales. El superintendente hablaría lenta y cuidadosamente, como resultado de unas detenidas y metódicas reflexiones. La señora Mackay saltaría siempre que se terciara con viveza, lo mismo que un gato al lanzarse sobre un ratón.

—Mucho es lo que depende del carácter de esa chica, de Joyce Reynolds —afirmó Poirot—. He aquí lo que más me desconcierta.

Miró inquisitivamente a Spence.

—No puede usted guiarse por lo que yo le diga —declaró Spence

—. Llevo muy poco tiempo aquí. Será mejor que dirija sus preguntas a Elspeth.

Poirot enarcó las cejas inquisitivamente. La señora Mackay fue tan vivaz como siempre en su respuesta.

—Yo diría que esa chica era una embustera.

—¿No cree usted que uno pudiese confiar en ella, dando crédito a sus palabras?

Elspeth hizo un movimiento denegatorio de cabeza.

—No. La muchacha era capaz de forjar cualquier cuento. Yo nunca la hubiese creído…

—¿Hablaba entonces con la pretensión de destacarse de los demás?

—Probablemente. Ya le habrán hablado de la historia del viaje a la India, ¿no es así? Hubo algunos oyentes de sus fantasías que la creyeron… La cosa se fundamentó en unas vacaciones pasadas en el extranjero por uno de sus familiares… No sé si fue su padre o su madre quien visitó la India o si la expedición fue emprendida por su tío o su tía…

»El caso es que la muchacha, al final de aquellas vacaciones, se hizo con un buen repertorio de cuentos. Hablaba de no sé qué *maharajá*, de una cacería de tigres con elefantes. Mucha gente se hacía lenguas ante sus experiencias. Yo pensé, enseguida que pasó aquello, que la chica había puesto muchos detalles de su invención. Me figuré al principio que exageraba. ¡Ah! Pero sus historias crecían y crecían. Cada vez se encontraban más tigres en ellas. Usted ya me entiende, ¿no? El número de tigres y de elefantes llegó a ser exagerado. No le venían de nuevo a la niña, además, tales cuentos…

—¿Andaba siempre procurando llamar la atención?

—Ha dado usted en el clavo. La muchacha se perecía por acaparar la atención de los demás.

—Bueno, bueno —objetó el superintendente—, pero por el hecho de haber urdido toda una historia en torno a un viaje que nunca realizó no se puede afirmar que todo cuanto dijo la muchacha era mentira.

—Seguro que dijo algunas verdades también —manifestó Elspeth—, pero yo me atrevería a afirmar que aquéllas no fueron demasiadas.

—De manera que en el caso concreto de Joyce Reynolds presentándose como testigo presencial de un crimen, usted diría que lo más probable es que estuviese mintiendo, inclinándose por considerar sus manifestaciones en ese sentido una pura patraña…

—Tal vez sería mi actitud, sí —respondió la señora Mackay.

—Pudieras incurrir en un error —medió su hermano.

—Pues sí —repuso ella—. Cualquiera está expuesto a ello. Esto me hace pensar en la vieja historia del chico que gustaba de dar voces de alarma con excesiva frecuencia, exclamando: «¡El lobo! ¡El lobo!». Más adelante, cuando se enfrentó realmente con el lobo, nadie le creyó, de modo que la fiera terminó por despedazarle tranquilamente.

—Concretando, pues…

—Yo diría todavía que lo más probable es que la chica estuviese mintiendo en aquellos momentos. No quiero, sin embargo, extremar las cosas. Pudo ser que ella viese algo. No precisamente lo que dijo, siendo *algo*…

—Siendo por ello asesinada —manifestó el superintendente Spence—. No pierdas de visto eso, Elspeth: le costó la vida.

—Es verdad —repuso la señora Mackay—. Y por tal razón he admitido la posibilidad del error. No obstante, no hay más que preguntar a cualquiera de sus amigas y conocidas para convencerse de que las mentiras salían de su boca con la mayor naturalidad. Joyce tomaba parte en una reunión, y se mostraba excitada. Estaba empeñada en producir cierta impresión…

—En realidad, en la reunión nadie creyó en sus palabras —alegó Poirot.

Elspeth Mackay movió la cabeza dubitativamente.

—¿A quién pudo haber visto asesinar ella? —inquirió Poirot.

Su mirada pasó alternativamente desde el superintendente a su hermana…

—A nadie —replicó la señora Mackay, con decisión.

—Aquí tienen que haberse producido algunas muertes a lo largo de…, por ejemplo, los tres últimos años.

—Naturalmente —comentó Spence—. Las de costumbre… Ha habido gente de edad, personas inválidas que… Se ha hablado también de algún que otro motorista atropellado por un coche…

—¿No saben ustedes nada acerca de una muerte inesperada fuera de lo normal…?

—Pues… —Elspeth vaciló una vez más—. Yo diría que…

Medió Spence en la conversación, ahora.

—Aquí he anotado unos cuantos nombres —dijo aquél, tendiendo una nota a Poirot—. He querido ahorrarle algunas molestias, evitarle algunos pasos…

—¿Me sugiere aquí algunas víctimas?

—No sé… Hay algunas posibilidades…

Poirot leyó lo escrito en voz alta:

—La señora Llevellyn-Smythe. Charlotte Benfield. Janet White. Lesley Carrier…

Poirot hizo una pausa. Mirando a sus interlocutores, repitió el primer apellido.

—La señora Llewellyn-Smythe…

—Pudiera ser —comentó la señora Mackay—. Sí. Ahí pudiera usted dar con algo interesante.

La hermana de Spence añadió unas palabras confusas que dejaron desconcertado a Poirot.

—Hubo allí una muchacha que desapareció cierta noche —manifestó Elspeth—. Nadie volvió a oír hablar de ella.

—¿En relación con la señora Llewellyn-Smythe?

—Sí. Se trataba de la doncella. Ésta pudo muy bien haber vertido algo en cualquiera de los medicamentos que tomaba su señora… Y entró en posesión de todo su dinero, ¿no? ¿Es acaso lo que se imaginó que sucedería en su día?

Poirot miró a Spence, en demanda de aclaraciones.

—Y ya no se volvió a saber de ella jamás —declaró la señora Mackay—. Con estas chicas extranjeras siempre acaba pasando lo mismo.

Poirot aventuró ahora:

—¿Tenía la señora Llewellyn-Smythe en su casa a alguna chica *au pair*[4]?

—Exactamente. La muchacha vivía con la anciana dama, desapareciendo una semana o dos después del fallecimiento de su señora…

—Me imagino que se iría con algún hombre —declaró Spence.

—De haber sido así, aquí nadie lo conocía —manifestó Elspeth —. Son detalles que en estos lugares siempre acaban divulgándose profusamente. No se escapan así porque sí…

—¿Se figuró alguien del lugar que se habían dado anomalías en lo tocante a la muerte de la señora Llewellyn-Smythe? —quiso saber ahora Poirot.

—No. La mujer padecía del corazón. El médico la atendía con regularidad.

—Sin embargo, usted ha encabezado la lista de posibles víctimas con su nombre, ¿eh?

—Bueno, sí… Era una mujer rica, muy rica. Su muerte no sorprendió a nadie. No obstante, pareció a todos repentina. Yo diría que el doctor Ferguson se quedó sorprendido. Vamos a decir que ligeramente sorprendido. Creo que él confiaba en que viviera todavía algunos años más. Claro que los médicos sufren estas sorpresas frecuentemente. La señora Llewellyn-Smythe no era de las personas que se pliegan dócilmente a las instrucciones del doctor. Se hallaba advertida, pero hacía siempre lo que se le antojaba. Fijémonos, por ejemplo, en una de sus pasiones: le gustaba la jardinería, una afición nada indicada para una paciente cardíaca.

Fue Elspeth quien habló ahora:

—Vino aquí al declinar su salud. Había estado viviendo en el extranjero. Se presentó en este lugar porque quería vivir cerca de sus sobrinos, el señor y la señora Drake, adquiriendo entonces Quarry House. Tratábase de una gran casa de estilo victoriano. La finca abarcaba una cantera que a ella le atrajo mucho, viendo en la misma ciertas posibilidades. Como había mucha agua por las inmediaciones, gastó miles y miles de libras en el trazado de un jardín. Para ello hizo venir desde Wilsey un especialista, con objeto de que se ocupase del proyecto. Bueno, tengo que decirle que es algo que vale la pena contemplar…

—Iré a ver ese jardín, desde luego —manifestó Poirot—. ¡Quién sabe! Tal vez pudiera sacar de él algunas ideas…

—En su lugar, yo me daría una vuelta por allí, por supuesto. Vale la pena…

—¿Y dice usted que la mujer en cuestión era muy rica? —inquirió Poirot.

—Era viuda de un armador de los más fuertes. Tenía mucho dinero, en efecto…

—En realidad, su muerte no resultó inesperada, a causa de su dolencia. Pero pareció a muchos repentina —aclaró Spence—. Fue debida a causas naturales. Sobre eso no hubo dudas. Un fallo del corazón… La enfermedad tiene un nombre muy largo, que ahora no recuerdo por completo. Está relacionada con la coronaria…

—¿No se habló de realizar ninguna encuesta sobre la muerte de esa señora?

Spence movió la cabeza de un lado para otro.

—Son cosas que se han dado antes —manifestó Poirot—. A una mujer ya entrada en años se le dice que tenga cuidado, que no suba ni baje corriendo las escaleras, que no se entregue a las prácticas de jardinería, siempre demasiado violentas, y así sucesivamente. Pero cuando se trata de una señora enérgica que se ha dedicado con entusiasmo toda su vida a la jardinería, lo usual es que mire todas esas recomendaciones con muy poco respeto.

—Es verdad. La señora Llewellyn-Smythe convirtió la cantera en algo maravilloso… Bueno, esto, en verdad, fue obra del artista que contrató. Tres o cuatro años estuvieron trabajando en aquella empresa. Ella había visto algunos jardines, en Irlanda, creo, con motivo de un «tour» de aficionados. Pensando en cuanto tuvo ocasión de admirar durante aquel viaje, su finca quedó bellamente transformada. ¡Oh, sí! Aquello había que verlo para creerlo.

—Nos enfrentamos, pues aquí —dijo Poirot—, con una muerte natural, certificada por el médico de la localidad. ¿Se trata del mismo médico que hay aquí ahora, a quien en breve voy a ver?

—Es el doctor Ferguson, sí. Tendrá ahora unos sesenta años. Es un buen médico. Aquí le quiere todo el mundo.

—Con todo, hubo alguien que pensó en la posibilidad de que la anciana muriera asesinada. ¿Existen otras razones aparte de las que ya hemos estudiado?

—Pensemos en la chica *au pair* —sugirió Elspeth.

—¿Por qué?

—Esa muchacha debió falsificar el testamento. ¿Quién hizo tal cosa si no fue ella?

—Usted no se ha acordado de decirme alguna cosa… —comentó

Poirot—. ¿Qué significa esa historia referente a un testamento falsificado?

—Bueno… Hubo un pequeño alboroto cuando llegó el momento de probar la autenticidad del testamento de la dama fallecida…

—¿Tratábase de un testamento nuevo?

—Era lo que en términos legales se denomina un codi… un codicilo…

Elspeth se quedó con la mirada fija en Poirot, quien asintió.

—La mujer había hecho varios testamentos antes —aclaró Spence—. Todos venían a ser lo mismo: donativos para las fundaciones benéficas, legados para los servidores más antiguos, etcétera. Ahora bien, lo esencial de su fortuna, en todos esos documentos, iba a parar a su sobrino y a la esposa de éste, quienes eran sus parientes más cercanos.

—¿Y en cuanto al codicilo…?

—En virtud de lo especificado en el codicilo —manifestó Elspeth —, todo iba a parar a manos de la doncella, *por su* abnegación, por la devoción con que la muchacha había *servido a su señora*. Algo por el estilo era lo que se decía en el documento.

—Dígame más acerca de esa chica *au pair*.

—La muchacha procedía de no sé qué país centroeuropeo. Me parece que tenía un nombre muy largo…

—¿Cuánto tiempo estuvo la muchacha con la anciana?

—Poco más de un año.

—Usted se ha referido a esa mujer en todo momento como si hubiese sido una anciana… ¿Qué edad tenía la señora Llewellyn-Smythe realmente?

—Contaría más de sesenta años. Yo diría que sesenta y cinco o sesenta y seis.

—No era tan anciana entonces —comentó Poirot, afectado.

—La señora Llewellyn-Smythe hizo varios testamentos —manifestó Elspeth—. Como ya Bert le ha dicho: todos venían a ser lo mismo. Dejaba dinero a una o dos fundaciones benéficas y luego cambiaba los nombres de las entidades favorecidas, o alteraba las sumas asignadas como recuerdos a los servidores más viejos. Pero el dinero en su casi totalidad, iba a parar siempre a su sobrino y a la esposa del mismo. Creo que hubo por en medio algún viejo primo,

fallecido hacia la época en que ella desapareció del mundo de los vivos. La mujer dejó el «bungalow» al especialista en jardinería cuyos servicios contratara, para que lo habitase todo el tiempo que quisiera. Cedió también una renta para que los jardines fuesen cuidados adecuadamente, permitiéndose la entrada en ellos del público curioso, esto es lo que hubo poco más o menos, en términos generales.

—Supongo que la familia alegaría que sus intenciones habían sido alteradas por algún agente externo, que habían existido ciertas influencias inadmisibles.

—Es muy probable que se hablara de eso —contestó Spence—. Pero la verdad es que los abogados se ocuparon de la falsificación con extraordinaria viveza. Por lo visto, no se trataba de un «trabajo» muy convincente. La localizaron casi inmediatamente.

—Se supieron cosas que demostraron que la chica *au pair* pudo haber hecho la falsificación con toda facilidad —declaró Elspeth—. Fíjese en esto: solía escribir la muchacha numerosas cartas en nombre de la señora Llewellyn-Smythe… Al parecer, a esta le disgustaban las misivas mecanografiadas. Las consideraba una falta de atención personal cuando había que dirigirse a unas buenas amigas. Cuando no se trataba de una carta de negocios, solía ordenar a su doncella que la escribiese imitando su letra y firmándola con su nombre y apellidos. La señora Minden, la mujer de la limpieza, oyó un día a la dueña de la casa expresarse en tales términos. Supongo que la doncella se habituaría a imitar la letra de su señora día tras día y que luego, de repente, se le ocurriría que podía sacar muy buen partido de su habilidad. Y así fue lo que vino después… Sin embargo, como ya he dicho, los abogados actuaron con gran diligencia, descubriendo la falsificación…

—¿Los abogados de la señora Llewellyn-Smythe?

—Sí. Eran Fullerton, Harrison y Leadbetter… Componen una firma muy respetable de Medchester. Estos nombres siempre se ocuparon de los asuntos de la señora Llewellyn-Smythe. Requirieron los servicios de los peritos, se formularon preguntas… La chica fue sometida a un interrogatorio y después se esfumó. Perdióse un día, dejando tras ella la mitad de sus efectos personales. Se iban a emprender determinadas acciones legales contra la muchacha, pero

ella no esperó a que eso fuese una realidad. Se evaporó. En fin de cuentas no es tan difícil, realmente, salir de este país. Basta con obrar con oportunidad… Actualmente, cualquiera puede hacer un viaje de veinticuatro horas de duración al continente europeo, y no exigen siquiera el pasaporte. Un viajero, en estas condiciones, puesto al habla con algún amigo situado al otro lado, puede alargar su desplazamiento a la medida de sus deseos antes de que las autoridades lo adviertan. Lo más seguro es que la muchacha regresara a su patria, o que cambiara de nombre, o que se refugiara en el domicilio de algunos amigos…

—Y pese a tales hechos, todo el mundo siguió pensando que la señora Llewellyn-Smythe había fallecido de muerte natural, ¿no? —inquirió Poirot.

—Sí. Creo que no existieron dudas sobre ese particular. Vamos a ver… Supongamos que la niña, la pequeña Joyce, en su día, hubiese presenciado cómo la doncella administraba unos medicamentos a su señora y que ésta comentase: «Esta medicina tiene un sabor diferente ahora», aclarando que se había tornado más amarga, o que tenía un gusto muy peculiar.

—Cualquiera diría que estuvieses escuchando las palabras de la buena señora, Elspeth —dijo el superintendente Spence—. Refrena tu impetuosa imaginación, querida…

—¿En qué momento del día falleció la señora Llewellyn-Smythe? —preguntó Poirot—. ¿Por la mañana? ¿Por la noche? ¿Bajo techado? ¿Al aire libre? ¿En su casa? ¿Lejos de su casa?

—En su casa, desde luego. Un día abandonó el jardín jadeando. Respiraba con cierta dificultad. Dijo que se encontraba muy fatigada y que quería acostarse. Para decirlo rápidamente: nunca más había de despertar de su sueño. Lo cual desde el punto de vista médico es natural…

Poirot sacó una pequeña agenda. Una de sus páginas estaba encabezada por una palabra: «Víctimas». Bajo ella escribió: «Número 1. Se sugiere la señora Llewellyn-Smythe». En las siguientes páginas de la agenda anotó los otros nombres que Spence habíale facilitado. Preguntó, expresivo:

—¿Charlotte Benfield?

Spence replicó sin vacilar:

—Aprendiza de dependienta. Dieciséis años de edad. Varias heridas en la cabeza. Fue hallada en un solitario sendero, en las proximidades de una arboleda. Hubo unos sospechosos: dos jóvenes. Ambos habían salido con ella de cuando en cuando. No fueron halladas pruebas.

—¿Ayudaron a la policía en sus indagaciones? —preguntó Poirot.

—Sirvieron de bien poco a los agentes. Estaban asustados. Dijeron unas cuantas mentiras; se contradijeron, incluso. No pudieron ser detenidos como probables agresores. Pero cualquiera de los dos pudo haber sido el asesino.

—¿Su descripción?

—Peter Gordon. Veintiún años. Un desocupado. Había estado colocado en un par de ocasiones, pero los empleos le duraban poco. Un individuo perezoso. De muy buena presencia física. Ha estado arrestado por sustracciones menores y cosas por el estilo. Nunca estuvo metido anteriormente en actos violentos. Anduvo en compañía de varios jóvenes delincuentes, pero habitualmente supo no ensuciarse del todo las manos.

—¿Y el otro?

—Thomas Hudd. Veinte años. Tartamudo. Un sujeto tímido, un neurótico. Quería ser profesor, pero no logró superar las pruebas exigidas. Un chico criado por una madre viuda. El caso típico. Mamá había procurado tenerle siempre pegado a sus faldas. El hombre se colocó en una papelería. Nada de índole criminal se conoce acerca de él. Hay una posibilidad psicológica. La muchacha coqueteó con él bastante. Podemos citar como móvil posible el de los celos, pero no existen pruebas reales sobre las que ahondar. Los dos presentaron sus coartadas. La de Hudd partía de su madre, ésta se hallaba dispuesta a jurar ante quien fuese que el chico se había encerrado en casa con ella la noche del suceso, y no surgió nadie alegando que lo hubiese visto por algún sitio y menos por las inmediaciones del lugar del crimen. Al joven Gordon le fue reforzada su coartada por algunos de sus camaradas menos recomendables. La coartada en cuestión valía poco, pero no pudo ser rechazada. No existía una base sólida para proceder así.

—Y todo eso sucedió…, ¿cuándo?

—Hace unos dieciocho meses.

—¿Dónde?

—En el camino de un sector campestre situado a no mucha distancia de Woodleigh Common.

—A cerca de un kilómetro y medio de la población, aproximadamente —contestó Elspeth.

—Es decir, cerca de la casa de Joyce, ¿no? Hablo de la vivienda de los Reynolds…

—No. Eso fue en el lado opuesto del poblado.

—No es probable que se trate del crimen que Joyce presenció, si hemos de dar crédito a sus manifestaciones —dijo Poirot pensativo —. Cualquiera, al ver que una chica es golpeada en la cabeza despiadadamente por un joven piensa en que se halla frente a un intento de asesinato. Nunca esperará a que transcurra un año para afirmar que vio cómo era cometido un crimen.

Poirot leyó otro nombre.

—Lesley Ferrier.

Volvió a hablar Spence.

—Pasante de abogado. Veintiocho años. Trabajaba para los señores Fullerton, Harrison y Leadbetter, en Medchester.

—Creo que usted dijo antes que ésos eran los abogados de la señora Llewellyn-Smythe…

—En efecto.

—¿Y que le pasó a Lesley Ferrier?

—Fue apuñalado por la espalda. Esto sucedió no lejos de la taberna del «Cisne Verde». Se dijo que tuvo relaciones amorosas con la esposa de Harry Griffin, el propietario. La mujer era un buen ejemplar. Todavía lo es, realmente. Se ha torcido un poco, quizás, en los últimos tiempos. A Lesley Ferrier le llevaría cinco o seis años… Pero, en fin, le gustaban jóvenes.

—¿Y el arma?

—El arma no fue hallada. Los rumores proclamaron que Lesley había roto con la mujer, entrando en relaciones con una joven cuya identidad nunca fue precisada a satisfacción…

—¡Ah! ¿Y de quién se sospechó en este caso? ¿Del marido o de la mujer?

—La verdad es que las sospechas se centraron en los dos —

declaró Spence—. Se notó más preferencia por la esposa. Era una mujer medio gitana, de ardiente temperamento. Pero hubo otras posibilidades. Nuestro Lesley no llevaba una vida inmaculada, impecable… Apenas cumplidos los veinte años, se vio en un lío, por haber falsificado unas cuentas. Funcionaron algunas circunstancias atenuantes, entre ellas la de proceder el muchacho de un hogar deshecho. Las recomendaciones de sus mismos patronos le valieron. Salió del asunto con una sentencia breve y al salir de la prisión ingresó en el despacho de Fullerton, Harrison y Leadbetter.

—¿Y llevó después una vida recta?

—Pues… Nada se pudo demostrar del todo en ese sentido. Parece ser que fue fiel a sus jefes, pero no es menos cierto que se encontró mezclado en algunas transacciones con sus amigos de discutible moralidad.

—¿Entonces?

—Se pensó que había sido apuñalado por uno de sus camaradas menos recomendables. Cuando se anda con malas compañías, todo es de esperar. Y una vez frecuentados ciertos medios no es tan fácil desentenderse de determinados amigos.

—¿Algo más?

—Pues sí… El hombre tenía una buena suma en su cuenta corriente. No había habido más que entregas en metálico. No hubo medio de saber la procedencia del dinero. Aquí había un indicio sospechoso.

—Tal vez se tratara de una serie de hurtos de los cuales fueran víctimas los señores Fullerton, Harrison y Leadbetter… —sugirió Poirot.

—Ellos dijeron que no. Pusieron sus papeles en manos de un contable que estudió a fondo el asunto.

—¿Tampoco la policía tenía la menor idea sobre la procedencia del dinero?

—No.

—Creo que aquí tampoco nos enfrentamos con el crimen a que aludió Joyce.

Poirot procedió a leer el último nombre.

—Janet White.

—Fue hallada estrangulada en un camino que constituye un

atajo entre el colegio y su casa. Compartía un piso con otra profesora. Nora Ambrose. De acuerdo con las manifestaciones de Nora Ambrose, Janet White, en ocasiones, se había expresado con temor al mencionar un hombre con quien estuviera en relaciones hasta un año atrás. El individuo en cuestión le había dirigido cartas amenazándola. Acerca del hombre no se consiguió averiguar nada. Nora Ambrose no sabía cómo se llamaba. Tampoco estaba al tanto de sus señas.

—¡Ajá! —exclamó Poirot—. Este asunto ya me convence más.

Señaló con una gruesa raya el nombre de Janet White.

—¿Por qué razón? —inquinó Spence.

—Este crimen se presta más a lo sugerido por Joyce. Pudo haber sido presenciado por una chica de su edad… Es posible que ella reconociera a la víctima, una profesora con cuyo rostro quizás estuviese familiarizada, quien, tal vez, le hubiese dado clases. Probablemente, no conocía al atacante. Ella pudo haber presenciado una riña, un forcejeo, una pelea entre la muchacha que conocía y un hombre desconocido. Lo más seguro es que no considerase la extraña escena una cosa realmente grave, dejando de pensar en ella… ¿Cuándo fue asesinada Janet White?

—Hace dos años y medio.

—He aquí un período de tiempo —señaló Poirot—, que encaja perfectamente en la historia… La chica, Joyce Reynolds, pensaría al principio que el individuo que había estado sujetando a Janet White por el cuello sólo deseaba aprovecharse… No se le pasaría por la cabeza la idea de que intentase matarla. La explicación justa, la más adecuada, surgiría en su mente más tarde, al crecer…

Poirot hizo una pausa, mirando a Elspeth.

—¿Está usted completamente de acuerdo con mi razonamiento?

—Sé perfectamente a dónde desea usted ir a parar —replicó Elspeth—. Sin embargo, se me antoja que está dando unos rodeos enormes. Usted busca ahora una víctima perteneciente al pasado en lugar de lanzarse a la búsqueda de un individuo que asesinó a una niña aquí, en Woodleigh Common, hace tres días.

—No se preocupe —contestó Poirot—. De ese pasado en que estoy ahondando iremos al futuro. Pronto salvaremos la distancia existente entre esos dos años y medio y hoy. Por consiguiente,

tenemos que considerar algo que ustedes, sin duda, habrían considerado ya. ¿Había entre la gente de Woodleigh Common participante en la famosa reunión de la víspera de Todos los Santos alguien que hubiese tenido que ver con algún crimen cometido tiempo atrás?

—Podemos estrechar algo más la cosa ahora —manifestó Spence —. Es decir, si procedemos correctamente al aceptar su suposición de que Joyce fue asesinada por el hecho de haber proclamada públicamente que había presenciado un crimen… Pronunció tales palabras mientras se efectuaban los preparativos con vistas a la reunión. Es posible que nos equivoquemos al estimar tal paso como el móvil del crimen, pero… Para mí que obramos correctamente al pensar que alguien que escuchó sus afirmaciones decidió actuar con la mayor rapidez posible.

—¿Quiénes se hallaban presentes en la casa al hablar la chica? —inquirió Poirot.

—Redacté una lista.

—¿Con todo cuidado?

—Con el máximo de los cuidados. La comprobé varias veces. Aquí están los dieciocho nombres.

RELACIÓN DE LAS PERSONAS PRESENTES DURANTE LOS PREPARATIVOS PARA LA REUNIÓN DE LA VÍSPERA DE TODOS LOS SANTOS

Señora Drake (dueña de la casa)
Señora Butler
Señora Oliver
Señorita Whittaker (profesora)
Simón Lampton (sacerdote)
Rev. Charles Cotterel (vicario)
Señorita Lee (ayudante del doctor Ferguson)
Ann Reynolds
Joyce Reynolds
Leopold Reynolds
Nicholas Ransom
Desmond Holland

Beatrice Ardley
Cathie Grant
Diana Brent
Señora Carlton (asistenta doméstica)
Señora Minden (mujer de la limpieza)
Señora Goodbody (colaboradora)

—¿Seguro que aquí no falta ninguna persona?

—No puedo darle todo género de seguridades en ese aspecto —manifestó Spence—. Nadie podría hacerlo. Hay que tener en cuenta que en esas ocasiones entran y salen de las casas personas constantemente. Unas aparecen con una colección de bombillas de colores; otras proporcionan varios espejos; hay quien aporta unas cuantas fuentes grandes, o suministran un buen cubo de plástico… Allí entraba y salía gente a cada paso. Estos colaboradores no se quedaban a ayudar a los demás. Por consiguiente pudo haberse presentado allí alguien que pasase inadvertido por completo. Pero, en cambio, ese alguien, aunque hubiese permanecido allí unos segundos, habría podido oír las palabras pronunciadas por Joyce dentro del cuarto de estar. Había levantado la voz… No podemos limitarnos exclusivamente y rigurosamente a esta lista, pero convengamos en que es la más completa de que disponemos. Aquí la tiene. Échele un vistazo. Junto a los nombres he anotado una breve descripción.

—Muchas gracias. Y ahora, una pregunta tan sólo… Usted debe de haber interrogado a algunas de estas personas, a aquéllos, por ejemplo, que asistieron a la reunión. ¿Aludió alguna a lo que Joyce dijera sobre el hecho de haber sido testigo presencial de un crimen?

—Creo que no. No existe de ello un registro oficial. Lo primero que oí sobre el particular es lo que usted me dijo.

—Interesante —comentó Poirot—. Podría calificarse también de notable.

—Evidentemente, nadie tomaría aquello en serio —dijo Spence.

Poirot, reflexivo, asintió.

—Estoy citado con el doctor Ferguson —dijo—. No quiero hacerle esperar.

Parsimoniosamente, plegó la hoja de papel que Spence le había

entregado, guardándosela en uno de sus bolsillos.

Capítulo IX

El doctor Ferguson era hombre de unos sesenta años de edad. De ascendencia escocesa, resultaba una persona de modales más bien bruscos. Miró a Poirot, de arriba abajo. Sus ojillos, bajo las pobladas cejas hundidos, brillaban astutamente.

—Siéntese, ¿quiere?

—Quizá debiera empezar por explicarle… —dijo Poirot.

—No es necesario que me explique usted nada —repuso el doctor Ferguson—. En un sitio cómo éste todo el mundo se halla al tanto de lo que ocurre. Esa señora, la famosa autora de novelas policíacas, le hizo venir como una especie de dios de los más célebres detectives, para que dejara en ridículo a los oficiales de policía. Esto es, más o menos, la verdad, ¿no?

—En parte —contestó Poirot, sonriendo—. Vine aquí con la intención de visitar a un viejo amigo, el ex superintendente Spence. Vive en este lugar, con su hermana.

—¿Spence? ¡Hum! Un buen tipo el tal Spence. De la raza de los «bull-dog». Es un policía honesto, de la vieja escuela. Nada de cesiones estúpidas. Nada de violencias. Y no tiene absolutamente nada de tonto, por añadidura. Un hombre íntegro donde los haya, sí, señor.

—Usted lo ha calibrado correctamente.

—Bien —dijo el doctor Ferguson—. ¿Qué es lo que usted le ha

indicado y qué es lo que él le señaló a usted?

—Él y el inspector Raglan han sido amabilísimos conmigo. Espero poder decir de usted lo mismo.

—Yo no tengo en qué basarme para ser amable —repuso el doctor Ferguson—. Ignoro qué fue lo que sucedió. Una niña mete la cabeza en un cubo, en el transcurso de una reunión, muriendo ahogada… Un asunto muy feo. Claro que esto de que en un hecho delictivo figure como víctima una niña no constituye nada del otro mundo. A lo largo de los últimos siete o diez años he sido llamado varias veces para que echase un vistazo a algunas criaturas asesinadas… Fueron demasiadas, a decir verdad. Anda por ahí mucha gente que debía estar vigilada o internada en casas de salud. ¡Ah! Pero lo malo es que en los asilos ya no hay sitio. Estas personas circulan libremente, van de un lado para otro, se expresan como las demás, tienen un aspecto corriente… Lo pasan a gusto. Sin embargo, no es lo corriente que participen en reuniones. Supongo que se imaginan que corren demasiado peligro en ellas. No obstante, la novedad es algo que siempre atrae al asesino que pudiéramos calificar de perturbado mental.

—¿Tiene usted alguna idea sobre la identidad de la persona que mató a esa chica?

—¿Usted cree que ésta es una pregunta que yo puedo contestar sin más? Sería necesario disponer por mi parte de algunas pruebas, ¿no? Tendría que actuar a hablar con cierto margen de seguridad, ¿no es así?

—Podría usted formular alguna suposición —aventuró Poirot.

—Cualquiera puede formular suposiciones más o menos arriesgadas. Cuando requieren mis servicios como médico en cualquier casa, tengo que adivinar si mi joven paciente de turno va a padecer el sarampión o si bien lo suyo es un caso de alergia a los mariscos o a las plumas de la almohada de su cama. Tengo que formular preguntas para averiguar qué ha comido el enfermo, qué ha comido, si ha dormido muchas horas o pocas, si ha tenido relación constante con otros chicos. He de enterarme si en cualquier autobús atestado ha coincidido con los hijos de la señora Smith, o la señora Robinson, los cuales pasaron en su totalidad el sarampión. He de enterarme de muchos otros detalles… Seguidamente, yo doy

una opinión referente a los probables factores determinantes de la enfermedad. Es decir, formulo lo que se llama, permítame especificárselo, el diagnóstico. Es algo que no se hace nunca atropelladamente. Hay que asegurarse siempre.

—¿Usted conoció a la chica?

—Desde luego. Figuraba entre mis pacientes. Aquí somos dos los médicos: Worrall y yo. Yo he sido siempre el médico de cabecera de los Reynolds. Joyce era una chica rebosante de salud. Pasó por las dolencias infantiles habituales. No ofrecía nada de particular, nada que llamara excesivamente la atención. Comía demasiado; hablaba con exceso. Esto de hablar con exceso no le acarreó ningún grave perjuicio. Lo de comer sin ton ni son, sí: le ocasionó lo que en otro tiempo se denominaba un ataque biliar. La muchacha supo por experiencia propia lo que eran las paperas. Y también las viruelas locas. No hubo más.

—Es posible que la niña hablara más de la cuenta en una ocasión, cosa que usted reconoce que se inclinaba a hacer…

—De manera que usted va detrás de eso, ¿eh? Llegaron a mis oídos ya algunos rumores…

—Andamos detrás de un móvil, de una razón.

—¡Oh, sí! Es lógico, se lo concedo. Pero existen otras razones actualmente aparte de las corrientes. La respuesta radica hoy en día en los mentalmente perturbados. La cosa funciona así en las cortes de justicia: nadie ganó nada con su muerte, nadie la odiaba… ¿Entonces? ¡Ah! Pero es que yo pienso que con los chicos de ahora no hay por qué andar detrás de una razón. La razón se encuentra en otra parte. La razón radica en la mente del asesino. Hablo de su perturbada mente, de su maligna mente o de su tortuosa mente. Puede usted emplear el calificativo que le parezca. Yo no soy ningún psiquiatra. A veces me fatiga oír las siguientes palabras: «Requiérase el correspondiente informe del psiquiatra…». Y esto sucede a raíz de alguna jugada perpetrada por un muchacho en cualquier lado, después de haber roto algunos cristales, de haber sustraído unas botellas de whisky, de haber robado algunas monedas, de haber golpeado en la cabeza a alguna mujer ya entrada en años… En eso queda todo. El informe del psiquiatra habría de afectar a otras personas…

—Y en el presente caso, ¿a qué otras personas enviaría usted a casa del psiquiatra?

—Usted está pensando en aquellas que se encontraban en la reunión de la otra noche, ¿eh?

—Efectivamente.

—El asesino se hallaría entre ellas, ¿no le parece? De otro modo, no se habría producido un asesinato. ¿Estamos de acuerdo? El asesino figuraba entre los invitados, se encontraba entre las personas que contribuían a que la fiesta fuese un éxito. También pudiera haberse colado por una de las puertas o ventanas del edificio con el deliberado propósito de causar un mal. Es muy probable que conociese todos los rincones de la vivienda. Podía haber estado allí con anterioridad, escudriñándolo todo. Piense en un hombre. O en uno de los muchachos. El hombre o el muchacho quería matar a alguien. No es nada del otro mundo. En Medchester tuvimos ya un caso semejante. Se aclaró al cabo de seis o siete años. Tratábase de un chico de trece años. Ansiando dar muerte a alguien, mató a un niño de nueve, robó un coche, recorrió una distancia de diez o doce kilómetros, enterró el cadáver y se fue, llevando una vida intachable luego, hasta la época en que cumplió los veintiuno o veintidós años. ¡Cuidado! Conocíamos sus afirmaciones en este aspecto. Pudo muy bien haber continuado con las mismas prácticas. Es lo más probable… Averiguaría que le producía cierto placer matar. No hay que suponer que causara muchas víctimas, ya que entonces la policía, de un punto u otro, habría terminado por localizarlo. Pero de cuando en cuando sentía aquel apremio especial… El informe del psiquiatra: cometía los crímenes hallándose mentalmente perturbado. Estoy intentando decirme a mí mismo que eso es lo que sucedió aquí ahora… Algo por el estilo, de todos modos. Pero, naturalmente, yo no soy psiquiatra. A Dios gracias. Tengo en cambio varios amigos especialistas en esa rama de la Medicina. Algunos de ellos… Bueno, no hay más remedio que decirlo: algunos de ellos habrían de pasar a su vez por la consulta del psiquiatra, aunque parezca paradójico. Este sujeto que mató a Joyce, seguramente, tiene unos padres normales, posee unos modales corrientes, ofrece un aspecto impecable. Viéndolo, a nadie se le ocurriría pensar que presentaba algo anormal. ¿No le ha

pasado alguna vez dar un mordisco a una roja y jugosa manzana para acabar encontrando en lo más profundo de ella algo podrido, sumamente desagradable e inesperado? Hay muchos seres humanos actualmente que se ofrecen a nosotros igual que la manzana del ejemplo. Y creo que en los últimos tiempos estas personas han dado en abundar más que nunca.

—¿Y usted no ha llegado a sospechar de nadie particularmente?

—No me está permitido adelantar la cabeza sin más y señalar la existencia de un criminal. Necesito pruebas para proceder así.

—Sin embargo, usted ha admitido la posibilidad de que el criminal figurase entre las personas que participaron en la reunión…

—En algunas historias detectivescas se presentan tales situaciones. Probablemente, su amiga, la escritora, se halla familiarizada con ellas. Tengo que admitir en el presente caso la posibilidad de que el asesino estuviese allí. Pudo ser uno de los invitados, un miembro del servicio doméstico. Alguien que se colara por una de las ventanas. No se trata de una dificultad insalvable, de haberse tomado la molestia de estudiar previamente el punto de acceso. Pensemos también en que un cerebro anormal podía haberse sentido seducido por la original idea de cometer un crimen en el marco de una reunión tradicional de la víspera de Todos los Santos. Éste es el punto de arranque de que se dispone, ¿no? Hay que pensar en alguien que se encontraba en la reunión…

Bajo las pobladas cejas, los inquietos ojos del doctor brillaron una vez más al mirar a Poirot.

—Yo mismo me encontraba allí también —declaró—. Llegué a la casa tarde, solo para ver qué tal marchaba todo.

El médico hizo un enérgico gesto de asentimiento.

—Sí. Ahí está el problema. Es como una de esas típicas gacetillas sociales que publican todos los periódicos: «Entre los presentes se encontraba…». *Un asesino*, declararía yo, por mi cuenta…

Capítulo X

POIROT pasó la mirada por «Los Olmos», aprobando con un discreto gesto todo lo que se ofreció a su vista.

Le hicieron pasar al interior del edificio enseguida. Una joven le guió hasta el estudio de la directora. La señorita Emilyn, que se hallaba sentada detrás de una mesa, se puso en pie para saludarle.

—Encantada de conocerle, señor Poirot. He oído hablar de usted con frecuencia y en tonos admirativos.

—Es usted muy amable —respondió Poirot.

—Me habló de usted una antigua amiga mía, la señorita Bulstrode. Dirigió anteriormente Meadowbank. Es posible que usted la recuerde…

—Es de esas personas que uno olvida difícilmente. Es una gran personalidad.

—En efecto —replicó la señorita Emilyn—. Ella hizo de Meadowbank el colegio que es en la actualidad —suspiró ligeramente antes de añadir—. Últimamente, sin embargo, el centro ha cambiado bastante. Los objetivos que se pretenden alcanzar son distintos, como distintos son asimismo los métodos utilizados. Pero en el colegio se advierte aún una línea continuada, progresiva, de distinción, de mejoras, de respeto a las tradiciones… Bueno. Es que hemos de esforzarnos, además, por no vivir demasiado inmersos en el pasado.

»Usted ha venido a verme, indudablemente, para hablar conmigo de la muerte de Joyce Reynolds. No sé si usted siente algún interés particular por este caso. Me imagino que el asunto se sale del marco normal de sus actividades. ¿La conocía usted personalmente? ¿Conocía a su familia?

—No —respondió Poirot—, vine aquí a petición de una antigua amiga mía, Ariadne Oliver, quien estaba pasando una temporada en este lugar, hallándose presente en la reunión de la víspera de Todos los Santos.

—Esa mujer escribe unos libros deliciosos —comentó la señorita Emilyn—. He tenido ocasión de hablar con ella en una o dos ocasiones. Bien… Eso facilita las cosas, a mi entender. No habiendo por en medio sentimientos de carácter personal, se pude hablar con entera franqueza. Si me permite que le dé mi opinión, le diré que en aquel ambiente era una de las cosas más improbables que podían suceder. Los chicos y las chicas implicados no tenían la edad más a propósito para un hecho de tal naturaleza. Yo pensaría en un crimen psicológico. ¿No está de acuerdo conmigo?

—No —replicó Poirot—. Creo que lo que se cometió allí fue un crimen simplemente, un crimen como tantos otros. Y su autor obraría impulsado por un móvil sórdido, quizá.

—¿De veras? ¿Y la causa determinante?

—La causa determinante fue una observación formulada por Joyce; no realmente en el transcurso de la reunión, tengo entendido, sino antes, cuando se estaban efectuando los preparativos, en presencia de los chicos de más años y otros colaboradores. La muchacha declaró que había visto cometer un crimen.

—¿Creyeron los demás en sus palabras?

—En general, creo que sus palabras fueron acogidas con mucho escepticismo.

—Esperaba esa respuesta. Joyce… Bueno voy a hablarle con entera franqueza, monsieur Poirot. Ciertos sentimentalismos exhibidos a destiempo no deben ofuscar nuestra razón. Joyce era una chica del montón, una criatura mediocre más bien. No era estúpida, pero tampoco poseía un cerebro privilegiado, ni mucho menos. Era, realmente, una chica particularmente entusiasta de la

mentira. Resultaba muy presumida. Hablaba de cosas que no habían sucedido nunca, más que en su imaginación. Deseaba impresionar a toda costa a sus amigas, a quienes la escuchaban. A consecuencia de eso, sus auditorios habituales se inclinaban a rechazar de plano las historias que se empeñaba en referir.

—¿Sugiere usted que habló de haber sido testigo presencial de un crimen sin más objeto que el de darse importancia, sin más afán que el de intrigar a alguien?

—Sí. Y yo diría más: a quien deseaba impresionar particularmente en esa ocasión era a Ariadne Oliver…

—De manera que usted no cree que Joyce fuese testigo presencial de ningún delito, ¿eh?

—Yo pondría en duda tal cosa.

—¿Opina usted, como otras personas, que la chica se inventó la historia a que quiso aludir?

—Yo no afirmaría tanto. Es posible que ella presenciara, por ejemplo, un accidente de automóvil; quizá viera a alguien recibir en la cabeza un fuerte pelotazo por los alrededores del campo de golf; cabe la posibilidad de que viese algo que acabase haciéndola pensar en un asesinato…

—En consecuencia, la única suposición que podemos formular que tenga ciertos visos de verosimilitud es la de la presencia de un criminal en la reunión de la víspera de Todos los Santos…

—Desde luego —manifestó la señorita Emilyn—. Desde luego. Ésa parece una idea lógica, ¿no?

—¿Posee usted alguna idea referente a la probable identidad del asesino?

—He ahí una pregunta sensata —declaró la señorita Emilyn—. Después de todo la mayoría de los chicos y chicas de la reunión tenían edades que oscilaban entre los nueve y los quince años. Supongo que en su mayoría habrían pasado por mi colegio. Yo he de saber algo acerca de ellos, así como sobre sus familias…

—Creo que una de sus profesoras murió estrangulada por un tipo desconocido hace un año o dos…

—¿Se refiere usted a Janet White? Ésta tendría unos veinticuatro años. Un tipo emocional. Por lo que yo sé, iba sola… Quizá se hubiese citado con algún joven. Era una muchacha que atraía a los

hombres, de una manera normal. La policía no dio con su asesino. Fueron interrogados algunos jóvenes, pero no se hallaron pruebas suficientes para actuar contra ninguno. Fue un desagradable caso desde el punto de vista de las autoridades y del propio público.

—Usted y yo tenemos ya algo en común: no aprobamos el crimen.

La señorita Emilyn estudió detenidamente a su interlocutor. Su rostro no cambió de expresión, pero Poirot se dio cuenta de que estaba siendo calibrado muy atentamente.

—Me gusta su forma de exponer la cuestión —dijo ella—. A juzgar por lo que se lee u oye hoy en día parece ser que el crimen, en determinados aspectos, se está haciendo lentamente aceptable para un gran sector de la comunidad a que pertenecemos.

La señorita Emilyn guardó silencio durante unos instantes y Poirot también calló. Éste se imaginó que estaba considerando un plan de actuación.

La señorita Emilyn se puso en pie, oprimiendo el botón de un timbre.

—He pensado que será mejor que hable con la señorita Whittaker.

Pasaron cinco minutos después de haber abandonado la habitación la señorita Emilyn. Luego, se abrió la puerta de la estancia, entrando en ella una mujer que contaría unos cuarenta años. Llevaba el pelo corto. Era éste algo rojizo. La mujer se movía con gran viveza.

—¿Monsieur Poirot? —inquirió—. ¿En qué puedo servirle? La señorita Emilyn piensa, desde luego, que en algo.

—Pues si la señorita Emilyn opina así, lo más seguro es que no se equivoque. Sé ya muy bien a qué atenerme con respecto a su persona.

—¿La conoce a fondo?

—Esta tarde he hablado con ella por vez primera en mi vida.

—Pues ha necesitado usted muy poco tiempo para formarse una opinión sobre su interlocutora de hace unos momentos.

—Supongo que va usted a decirme que no ando desencaminado en mi suposición.

Elizabeth Whittaker suspiró brevemente.

—¡Oh, claro que está en lo cierto! Me figuro que todo esto viene a cuento con motivo de la muerte de Joyce Reynolds. No sé exactamente cómo ha empezado usted a ocuparse del caso. ¿Por mediación de la policía?

La señorita Whittaker hizo ahora una mueca de desagrado.

—No, no, ¡qué va! Todo ha sido privadamente, a través de una amiga.

La mujer se sentó en el borde de una silla, enfrentándose decididamente con Poirot.

—¿Qué es lo que usted desea saber?

—No creo que sea necesario decírselo. ¿Para qué formular preguntas que puedan carecer por completo de importancia? ¿Para qué perder el tiempo? Aquella noche, en la reunión, sucedió algo que es, quizá, lo que a mí me interesa conocer especialmente. ¿Usted me entiende?

—Sí.

—¿Estuvo usted en la reunión?

—Estuve en la reunión —la señorita Whittaker se quedó pensativa unos instantes—. Tratábase de una reunión excelente, bien dirigida, bien organizada. Habría allí unas treinta y tantas personas. Estoy contando a todos los presentes: chicos, gente joven, adultos… Me acuerdo de algunas mujeres de la limpieza y asistentas domésticas…

—¿Usted colaboró en las disposiciones que fueron tomadas, según creo, a primera hora de la tarde, o por la mañana?

—La verdad es que allí no había nada que hacer, en realidad. La señora Drake se desenvolvía perfectamente al enfrentarse con los diversos preparativos en marcha, ayudada por unos cuantos chicos y chicas, muy pocos. Preparativos de carácter doméstico eran los que allí se necesitaban…

—Entendido. ¿Y usted tomó parte en la reunión como una invitada más?

—Así es.

—¿Y qué fue lo que sucedió?

—Indudablemente, usted estará informado acerca de la marcha en términos generales de la reunión. Seguramente, lo que pretende es que le dé cuenta de algo especial, si es que realmente advertí allí

algo especial, lo cual podría tener alguna significación, ¿no es así, monsieur Poirot? Estoy empeñada en no hacerle perder el tiempo, ¿sabe?

—Estoy absolutamente seguro, señorita Whittaker, de que usted no va a hacerme perder un solo minuto. Refiéramelo todo, por favor, en el lenguaje más simple posible.

—Los diversos episodios de la reunión se desarrollaron en el orden previamente convenido. El último fue el del «Snapdragon», algo más propio de Navidad que de la víspera de Todos los Santos… El «Snapdragon», como usted sabe, no es otra cosa que un puñado de uvas bañadas en coñac que arden en el centro de una fuente… Hay que hacerse con los granos de uva… Estallan las risas fácilmente. El elemento juvenil es presa de una gran agitación…

»Hacía mucho calor en aquella habitación y decidí salir unos momentos al vestíbulo. Hallándome en éste vi a la señora Drake en el instante en que abandonaba el cuarto de aseo existente en la primera planta. Era portadora de un gran jarrón lleno de flores y hojas otoñales. Detúvose unos segundos junto a la barandilla antes de empezar a bajar. Miraba a sus pies y no en dirección a mí. Había fijado la vista en el otro extremo del vestíbulo, donde existe una puerta que conduce a la biblioteca.

»Como acabo de decirle, la señora Drake se detuvo unos momentos antes de empezar a bajar los peldaños. Llevaba el jarrón algo inclinado. El objeto parecía pesado y yo supuse que estaría lleno de agua. La señora Drake procedió a afirmarlo contra su cadera mientras que con la mano libre buscaba la barandilla. Y mientras miraba hacia el extremo que ya he señalado del vestíbulo, atendiendo distraídamente a la colocación del jarrón, inesperadamente hizo un violento movimiento… Fue tomo un sobresalto lo que experimentó. Sí: algo le asustó.

»Entonces, el jarrón se le escapó de la mano, derramándose el agua que contenía sobre su vestido, antes de estrellarse sobre los peldaños, donde se hizo añicos.

—Comprendido —dijo Poirot.

Contempló en silencio el rostro de su interlocutora durante un buen rato. Calificó los ojos de ella de astutos. Evidentemente, se encontraba frente a una excelente observadora. Habían pasado a

pedirle opinión acerca de lo que la mujer acababa de referirle.

—¿Qué es lo que usted creyó que le había producido aquel sobresalto?

—Después, reflexionando, me dije que la señora Drake tenía que haber visto algo especial en aquellos instantes.

—Usted creyó que había visto algo —repitió Poirot, pensativo—. ¿Por ejemplo?

—Ella, ya se lo he dicho, miraba en dirección a la puerta de la biblioteca. Calibré la posibilidad de que hubiese visto como se abría… Quizá viera girar el tirador… Pudo haber descubierto a una persona que se disponía asalir de la otra estancia… Lo más seguro es que viera a alguien que no esperaba ver.

—¿Fijó usted la vista también en la puerta en cuestión?

—No. Yo miraba en dirección opuesta, yo estaba pendiente de lo que hacía la señora Drake.

—¿Y usted está convencida de que la mujer vio algo que le produjo un gran sobresalto?

—Sí. Sería una nimiedad, quizás. Estas cosas suceden con cierta frecuencia. Hay una puerta que se abre, inesperadamente, para permitir la salida de una persona que no se espera ver… Entonces, involuntariamente, lo que se tiene en las manos, a causa de nuestro asombro, parece escapársenos de ellas, yendo a parar al suelo. Es lo que le pasó a la señora Drake con su jarrón de flores y hojas, lleno de agua.

—¿Vio usted salir a alguien por aquella puerta?

—No. Yo no miraba hacia ella. En realidad, pienso que nadie llegó a salir al vestíbulo por allí. Probablemente, quienquiera que fuese, tornó a entrar en la habitación.

—¿Qué hizo la señora Drake, después?

—Lanzó una exclamación de disgusto, bajó apresuradamente las escaleras y me dijo: «¿Ha visto usted lo que he hecho? ¡Qué torpeza la mía! ¡Soy una calamidad!». Furiosa, apartó los cristales con los pies, echándolos a un lado. Yo la ayudé en la tarea de depositar los fragmentos de vidrio en un rincón, provisionalmente. No era el momento más oportuno para emprender la limpieza a fondo de las escaleras. Chicos y chicas estaban empezando a abandonar el cuarto del «Snapdragon». Cogí un paño y sequé un poco los peldaños más

húmedos… Minutos más tarde, la reunión tocaba a su fin.

—¿Y no habló la señora Drake de que había experimentado un fuerte sobresalto? Claro está, mucho menos aludiría a la causa probable de aquel susto…

—No dijo absolutamente nada en tal aspecto.

—Pero usted cree que se sobresaltó…

—Probablemente, monsieur Poirot, usted lo que piensa es que estoy armando mucho alboroto en torno a un detalle que carece de importancia.

—No. Nada más lejos de mi pensamiento que eso —repuso Poirot—. Yo sólo he hablado una vez con la señora Drake —añadió, preocupado—. Visité su casa acompañado de mi amiga Ariadne Oliver. Para decirlo en tono novelesco y melodramático: quise visitar el escenario del crimen. Durante los pocos minutos de que dispuse para estudiar a la señora Drake me formé una idea de ella, como es natural, juzgándola una señora difícil de asustar. ¿Está usted de acuerdo con mi punto de vista?

—Completamente de acuerdo. En eso radica una de las causas de mi extrañeza. ¿No le hizo usted, en aquel momento, ninguna pregunta sobre el particular?

—¿Qué razones podía aducir yo para proceder así? Cuando la dueña de la casa en que una se halla como invitada tiene la desgracia de hacer añicos uno de sus mejores jarrones, ¿quién es el huésped que se dirige a ella inquiriendo en tono impaciente o de disgusto qué le ha pasado? No era procedente preguntarle «qué demonios» le había sucedido. Tampoco podía acusarla de desmañada o torpe, defecto que no cuenta para nada en el caso de la señora Drake…

—Y tras eso, como usted ha señalado, la reunión llegó a su fin. Los chicos se fueron con sus madres y amigos. Y Joyce no pudo ser localizada. Nosotros sabemos ahora que Joyce se hallaba detrás de la puerta de la librería o biblioteca. Muerta, por añadidura. ¿Quién pudo ser el que estuviera a punto de salir de la puerta de la biblioteca poco antes y que se apresurara a cerrar aquélla al advertir unas voces en el vestíbulo? Tendría que aplazar la salida, esperar a que cesara el movimiento en aquel sitio de la casa. Los asistentes a la reunión se despedían, estaban poniéndose los

abrigos… Sólo después del hallazgo del cadáver de la muchacha, señorita Whittaker, me figuro que se detendría usted a estudiar detenidamente cuanto viera entonces.

—Así fue —la señorita Whittaker se puso en pie—. Me parece que ya no tengo nada más que decirle. Y pienso que el detalle aportado puede ser una tontería sin importancia.

—El detalle a que ha hecho usted alusión es de los que merecen ser tenidos en cuenta. A propósito… Me gustaría formularle una pregunta. Bueno, en realidad son dos las preguntas que quisiera hacerle.

Elizabeth Whittaker tornó a sentarse.

—Hable usted, monsieur Poirot. Puede usted hacerme las preguntas que desee.

—¿Es usted capaz de recordar el orden preciso en que se produjeron los distintos acontecimientos de la reunión?

—A mí se me antoja que sí…

Elizabeth Whittaker guardó silencio unos segundos, agregando luego:

—Todo empezó con la competición de las escobas. Se trataba de una serie de escobas laboriosamente adornadas. Existían tres o cuatro premios para esa competición. Luego, hubo otra a base de balones. Chicos y chicas se los disputaban ardorosamente. Era una forma como otra de hacerles entrar en calor. Después vino lo de los espejos… Las chicas entraban en una pequeña habitación y en sus espejos se reflejaban unos rostros masculinos…

—¿Cuál era el truco de eso?

—El truco no podía ser más simple. El montante superior de una puerta había sido quitado, asomándose por aquél diversos rostros que eran recogidos por los espejos de las chicas.

—¿Podían identificar las muchachas los rostros reflejados en sus espejos?

—Supongo que había quien era capaz de identificar aquellas caras… Otras no, seguramente. Los varones empleaban el maquillaje. Ya sabe usted que, a veces, para desfigurar un rostro es suficiente una peluca, unas patillas, una barba, ciertos toques de carmín… La mayor parte de los chicos eran conocidos suficientemente de las muchachas y lo más probable es que fuesen

agregados al grupo de los varones unos cuantos desconocidos. El juego, de una manera u otra, era de gran efecto, señalándose por la hilaridad que suscitaba entre las concursantes —agregó la señorita Whittaker, poniendo de relieve el desdén que le inspiraba aquel tipo de diversión juvenil—. Tras eso hubo una carrera de obstáculos. Y luego el juego del pastel de harina, con su moneda de seis peniques encima. Todo el mundo intentó cortar su tajada… Si la harina se deshacía, el concursante era eliminado de la competición. Los otros seguían luchando, hasta que quedaba uno que se adjudicaba la recompensa. Tras esto venía el baile y la cena. La etapa final la constituía el episodio del «Snapdragon».

—¿Cuándo vio usted a Joyce por última vez?

—No tengo la menor idea —dijo Elizabeth Whittaker—. No la conocía muy bien. No figuraba entre mis alumnas. Tampoco era una muchacha especialmente interesante, por lo cual no me fijé mucho en ella. Sí, recuerdo que cuando le tocó cortar el pastel de harina lo hizo con mucha torpeza, deshaciéndosele su tajada. Seguía sin novedad entonces… Pero, bueno, era aquélla una hora muy temprana…

—¿No la vio entrar en la biblioteca en compañía de alguien?

—Desde luego que no. Lo habría dicho antes. Me habría parecido el detalle muy significativo e importante.

—Y ahora —declaró Poirot—, pasemos a mi segunda pregunta o serie de preguntas… ¿Cuánto tiempo lleva ya en este colegio?

—Este otoño se cumplirán los seis años.

—¿Y qué es lo que usted enseña aquí?

—Matemáticas y latín.

—¿Se acuerda usted de una joven que hace cosa de dos años estuvo aquí ejerciendo de profesora? Se llamaba Janet White.

Elizabeth Whittaker se irguió en su asiento. Estuvo a punto de levantarse de la silla, en realidad. Finalmente, volvió a la postura relajada de momentos antes.

—Pero… Usted menciona algo que nada tiene que ver con toda esa historia. Bien… Seguramente.

—Pudiera existir una relación —manifestó Poirot.

—¿En qué aspecto? ¿Cómo?

Poirot pensó que los círculos académicos poseían menos

informes que el vulgo.

—Joyce, delante de testigos, proclamó haber visto cometer un crimen, hace varios años. ¿Se trataría de la acción que costó la vida a Janet White? ¿Cómo murió Janet White?

—Fue estrangulada una noche, cuando se dirigía a su casa, desde el colegio.

—¿Iba sola?

—Probablemente no.

—Pero no era Nora Ambrose quien la acompañaba, ¿verdad?

—¿Usted qué sabe acerca de Nora Ambrose?

—Nada, todavía —replicó Poirot—. Me gustaría, sin embargo, conocer algunos detalles referentes a su persona. ¿Cómo eran Janet White y Nora Ambrose?

—Vivían muy pendientes de los representantes del sexo opuesto, por así decirlo —declaró Elizabeth Whittaker—. Cada una en su estilo, no obstante. ¿Cómo pudo haber visto Joyce algo relacionado con aquel episodio? Cómo podía estar informada acerca de él? Todo sucedió en un camino de las inmediaciones de Quarry Wood. Por entonces la chica no tendría más de diez u once años de edad.

—¿Cuál de ellas tenía novio? —inquirió Poirot—. ¿Nora o Janet?

—Todo eso pertenece al pasado.

—«Los viejos pecados tienen largas sombras» —citó Poirot—. A medida que avanzamos en la vida vamos comprendiendo la verdad de ese dicho. ¿Dónde para Nora Ambrose en la actualidad?

—Después de dejar el colegio se colocó en el norte de Inglaterra… Naturalmente, se mostró profundamente afectada por todo lo sucedido. Las dos eran… grandes amigas.

—¿No llegó a aclarar el caso nunca la policía?

La señora Whittaker movió la cabeza de un lado para otro. Púsose en pie al tiempo que echaba un vistazo a su reloj de pulsera.

—Tengo que dejarle…

—Muchas gracias por la información que ha tenido la amabilidad de facilitarme.

Capítulo XI

HÉRCULES Poirot paseó lentamente la mirada por la fachada de Quarry House. Era una sólida construcción, un ejemplo clásico de la arquitectura de la época victoriana. Se imaginó su interior: un pesado aparador de caoba en el comedor, con una mesa central en forma rectangular de la misma madera; una estancia destinada a alojar el billar, quizás; una cocina inmensa, dotada de armarios con numerosas piezas de vajilla; un pavimento de grandes losas de piedra; una chimenea tremenda, imponente, que funcionaría ya a base de energía eléctrica o gas. Notó que la mayor parte de las ventanas superiores tenían todavía sus cortinas. Oprimió el botón del timbre, a un lado de la puerta. La llamada fue atendida por una mujer muy delgada, de grisáceos cabellos, quien notificó a Poirot que el coronel y la señora Weston se encontraban de viaje a Londres y que no regresarían hasta la semana siguiente.

Preguntó por Quarry Woods y le dijeron que la zona de arboleda y bosques estaba abierta al público, al que no se cobraba nada por la visita. La entrada se hallaba situada a unos cinco minutos de distancia, a lo largo de la carretera. Si seguía avanzando no tardaría en ver un rótulo y una puerta de hierro.

Dio con lo que buscaba con gran facilidad. Después de dejar la puerta a su espalda, empezó a deslizarse por un sendero descendiente que serpenteaba entre frondosos matorrales y árboles

de gruesos troncos.

Finalmente, hizo un alto. Quedóse inmóvil, reflexionando. Su mente no se fijaba de un modo exclusivo en lo que veían sus ojos, ni en lo existente a su alrededor, presentido más que visto. Intentaba relacionar en aquellos momentos un par de frases y analizar dos o tres hechos que le habían sido facilitados. Escudriñaba en ellos afanosamente. Había en aquel asunto por en medio un testamento, un testamento falsificado y una joven. Ésta había desaparecido… Y el testamento había sido falsificado para favorecerla. Se acordó de la existencia de un joven artista que había llegado allí para convertir una cantera abandonada en un bello jardín.

De nuevo, Poirot miró a su alrededor, haciendo un gesto claro de aprobación. Allí había habido que trabajar mucho. Habrían tenido que ser desplazadas vastas masas rocosas para trazar los prácticos senderos interiores. Toda una empresa… Aquélla era distinta de otras muchas que podían ser juzgadas de alcance similar. En Poirot todo lo que estaba contemplando avivaba vagos recuerdos. La señora Llewellyn-Smythe había tomado parte en un *tour* nacional de jardines, por Irlanda. Poirot recordaba haber visitado este país cinco o seis años atrás. Habíase trasladado allí para investigar un robo. Habían surgido algunas cuestiones interesantes en lo tocante al caso que excitaron su curiosidad. Como de costumbre, habiendo resuelto el enigma, apuntándose un nuevo éxito, Poirot se concedió a sí mismo unos cuantos día de feliz holganza, desplazándose de un lado para otro sin más objetivo que el de familiarizarse con el paisaje irlandés.

No acertaba a centrar en su memoria el jardín que había visitado entonces… Se figuró que no caería muy lejos de Cork. ¿Killarney? No, no era Killarney. De todos modos, no podía quedar muy lejos de Bantry Bay. Lo recordaba porque había sido para él aquel jardín muy diferente de los que denominara los grandes éxitos de la época, los jardines de los *Châteaux* de Francia, la formal belleza de Versalles.

Había subido a una embarcación pequeña, en compañía de varias personas. Dos fuertes y ágiles boteros lo habían tomado en brazos prácticamente. De otro modo no hubiera podido embarcar fácilmente. Remando, remando, se aproximaron a una pequeña isla.

La isla en cuestión le pareció a Poirot poco o nada interesante. Hubiera querido verse entonces a mucha distancia de allí. Tenía los pies fríos y el viento agitaba de una manera molesta los faldones de su impermeable. ¿Qué belleza, habíase dicho, qué atractivo, qué simétrica disposición de gran hermosura podía haber en aquella rocosa isla, con sus escasos árboles? Constituía un error… Sí, un error concretamente.

Habían puesto los pies en el pequeño embarcadero. Los pescadores lo habían depositado en tierra con la misma facilidad que antes. Los restantes miembros del grupo habían echado a andar adelante, hablando y riendo. Poirot procedió a reajustarse su impermeable y a secarse brevemente los zapatos. Había seguido inmediatamente a sus compañeros a lo largo de un sendero delimitado por zarzales, arbustos y unos cuantos árboles. Juzgó aquel parque carente por completo de interés.

Y luego, más bien de repente, había salido de una masa de vegetación informe para adentrarse por una terraza que terminaba en una escalinata. A sus pies contempló enseguida algo que se le antojó enteramente mágico. Unos elementales seres, muy comunes dentro de la poesía irlandesa, habían abandonado sus refugios de las montañas para crear un fantástico jardín, más por arte de extraños encantamientos que por efecto de una continua y ardua labor. Uno se asomaba fascinado a aquél, saboreando su belleza, admirando las flores y arbustos, el lago artificial con su fuente, el camino que lo rodeaba, un camino encantado, bello y enteramente inesperado. Él se preguntó cómo habría sido todo originariamente. Se le figuraba demasiado simétrico para haber sido antes una cantera. Veíase un profundo hueco en el sector elevado de la isla, pero más allá se descubrían las aguas de la bahía, así como las colinas que se levantaban por el otro lado, con sus cumbres manchadas por jirones de niebla, componiendo una escena seductora. Poirot pensó que tal vez hubiese sido aquel especial jardín el que incitara a la señora Llewellyn-Smythe a poseer uno propio igual. Seguramente, había querido paladear el placer de transformar la abandonada cantera, de hacer un lugar acogedor en el seno de una campiña esencial, elemental, la que caracterizaba a aquella parte de Inglaterra.

Y enseguida había mirado a su alrededor en busca del esclavo a sueldo que fue capaz de corresponder a sus exigencias. Había dado con un joven profesionalmente bien calificado: Michael Garfield, a quien llamara a su lado. Indudablemente, había sido generosa con él, levantando en su momento una casa para que su colaborador la habitara. Michael Garfield, pensó Poirot, mirando a su alrededor, no la había decepcionado.

Sentóse en un banco, el cual había sido estratégicamente emplazado. Imaginóse el aspecto que debía ofrecer cuanto contemplaba bajo el estallido de la primavera. Vio jóvenes abedules y abetos de blancas y brillantes cortezas. Y también matorrales de espinos y rosas blancas, e, igualmente, cedros… Pero corrían por entonces los días de otoño y al paisaje del otoño correspondía lógicamente cuanto podía contemplar realmente. Había manchas vivas de oro y rojo junto a un sendero tortuoso que iba en busca de brisas refrescantes. Había macizos de aulagas y retamas de China… Poirot no se distinguía precisamente por sus conocimientos de botánica… Solamente era capaz de reconocer algunas especies de tulipanes y rosas.

Pero todo lo que crecía allí daba la impresión de haberse desarrollado espontáneamente. No se pensaba en aquel lugar que hubiese habido una mano dominadora, que forzara a la sumisión a ciertos elementos naturales. Y, sin embargo, se dijo Poirot, todo había sido previamente estudiado. Allí no había habido improvisación de ningún género. Todo había sido planeado, desde las diminutas plantas que llenaban unos insignificantes huecos, pasando casi inadvertidas, hasta los grandes arbustos que se erguían fieramente con sus ramas cargadas de hojas doradas y rojas. ¡Oh, sí! Todo allí era fruto de un meditado proyecto, de un planteamiento previo.

Poirot se preguntaba quién habría llevado la voz cantante en aquel asunto. ¿Había sido la señora Llewellyn-Smythe? ¿Había sido Michael Garfield? De éste a aquélla, la cosa cambiaba bastante, se dijo Poirot. Estaba convencido de que la señora Llewellyn-Smythe era una persona experta en la materia. Había practicado la jardinería durante muchos años, perteneciendo indudablemente, a la *Royal Horticultural Society*; asistiría a exposiciones, consultaría

catálogos, visitaría jardines… Llevada de su afición, por supuesto, realizaría viajes al extranjero. Al final, al enfrentarse con su proyecto, lo más seguro era que hubiese sabido concretamente qué era lo que quería, que hubiese dicho o traducido claramente sus aspiraciones. ¿Bastaba con esto? Poirot pensó que no. Lo más seguro era que ella hubiese dictado órdenes a los jardineros, procediendo luego a cerciorarse de que las órdenes en cuestión eran llevadas a cabo. Pero ¿sabía ella —lo sabía de veras—, en qué se traducirían sus órdenes más tarde, llevadas ya a la práctica? Pues no en el transcurso del primer año, ni a lo largo del segundo… Quizás entreviese la realidad más tarde.

Poirot pensó que Michael Garfield supo en todo momento qué era lo que ella deseaba. También se sentía con fuerzas y conocimientos para hacer de un pedregal un jardín, para conseguir que el desierto floreciera. Lo planeó todo o casi todo y seguidamente lo llevó a la práctica. Vivió, seguramente, los intensos placeres del artista impulsado a dar rienda suelta a su fantasía por un cliente que dispone de dinero en abundancia. El paisaje agreste iba a convertirse en una especie de refugio de hadas. La señora Llewellyn-Smythe tuvo que estampar repetidas veces su firma al pie de algunos cheques para procurarse determinadas especies arbóreas; habría también plantas sólo obtenibles mediante los buenos oficios de una amiga fiel y complaciente. En todos los grandes proyectos figuran detalles humildes que casi no cuestan nada, pero que resultan imprescindibles.

Poirot se preguntó por la gente que vivía ahora en Quarry House. Poseía sus nombres… Tratábase de un coronel retirado, ya con muchos años, acompañado de su esposa. Inclinábase a pensar que Spence le había referido algunos detalles complementarios acerca de sus personas. Tenía la impresión de que nadie podría mirar todo aquello con el cariño con que lo mirara la señora Llewellyn-Smythe.

Echó a andar por uno de los senderos. El camino era bueno, estaba cuidadosamente nivelado. Resultaba ideal para ser recorrido por una persona ya mayor, anciana. Nada de peldaños labrados en la roca, ni de pendientes. De trecho en trecho, a distancias muy bien estudiadas, se veían bancos rústicos. Fijándose bien, estos bancos

eran rústicos a primera vista tan sólo. Efectivamente, quien se sentara en ellos podía descansar la espalda y las piernas a su gusto, gracias al trazo del asiento.

Poirot pensó luego que le habría agradado entrar en relación con Michael Garfield. El hombre había hecho una buena labor. Conocía su trabajo, era un excelente proyectista, había sabido rodearse de personas competentes que le secundaron con eficacia. Y luego había sabido arreglar las cosas de tal manera que lo más probable era que la señora Llewellyn-Smythe hubiese estado convencida en todo instante de que el famoso proyecto le pertenecía por completo. «Yo no quisiera engañarme —se dijo Poirot—. La idea general debió nacer principalmente en la cabeza del joven… Sí. Me agradaría verle. Si se encontrase en la casa —o *bungalow*—, que fue construida para él, supongo que…».

El hilo de sus razonamientos se quebró.

Fijó la vista obstinadamente en un punto. Miró a sus pies, viendo entonces que varias ramas servían de marco a una figura que no supo de buenas a primeras si era real o constituía un efecto de las luces y las sombras entre las hojas de los árboles…

«¿Qué estoy viendo?», se preguntó Poirot. «¿Es esto el resultado de algún extraño fenómeno de encantamiento? Tal vez. En este lugar, aquí, todo es posible. Ya veo que se trata de un ser humano. ¿Y qué otra cosa podría ser, no obstante?»

Evocó algunas aventuras memorables de sus años juveniles, las que leyera en «Los Trabajos de Hércules». De pronto, se dijo que no se hallaba inmerso en un paisaje de jardín inglés propiamente dicho. Reinaba una atmósfera muy peculiar allí. Intentó aprehenderla. Observaba en ella cualidades de magia, de encantamiento, de belleza, de belleza absorbente, aunque salvaje. Plantado aquel jardín en el escenario de un teatro, cualquiera hubiera esperado ver ninfas, faunos, bellezas griegas… Pero allí había algo más, pensó Poirot. No acertaba a definirlo… Finalmente, pudo concretarlo: algo hablaba allí de un indefinido temor. ¿Qué era lo que había dicho la hermana de Spence? La hermana de Spence, sencillamente, habíale hablado de un crimen cometido en la cantera original, años atrás. La sangre había manchado las rocas del lugar. Después, la muerte había sido olvidada, apareciendo

Michael Garfield, con sus proyectos de creación de un jardín maravilloso. Una dama muy anciana, que sólo podría vivir contados años, había aportado su dinero para que todo se transformase en esplendorosa realidad dentro del marco de una naturaleza al parecer reacia.

Vio ahora que lo que enmarcaban las ramas, con sus hojas, de un tono rojo dorado, era la figura de un joven, de un joven, señaló Poirot, de extraordinaria belleza. Nadie alude a los jóvenes de hoy en estos términos. De los muchachos de ahora suele decirse que son atractivos en mayor o menor grado y tal escala de valores no es desatinada, a menudo. Se habla de chicos agradables para el sexo opuesto que se hallan en posesión de rostros de facciones irregulares y de grasientas cabelleras. Nadie acostumbra decir actualmente de un joven contemporáneo que es bello. Y cuando uno se expresa en estos términos más bien es en tono de excusa, como si se estuviese valorando una cualidad que no se estimase desde hace muchos años. Las chicas modernas ya no ansían la compañía de un Orfeo con su laúd. Les agrada más el clásico cantante de «pop» de voz ronca, de ojos muy expresivos y cabeza adornada con masas de rebeldes cabellos.

Poirot continuó caminando. Al cabo de unos metros, el joven salió de entre los árboles, marchando a su encuentro. Aquel ser parecía estar caracterizado especialmente por su juventud. Pero Poirot advirtió enseguida que no era en realidad tan joven. Habría dejado atrás los treinta años… Sí. Más bien debía estar cerca de los cuarenta. La sonrisa, en su rostro, constituía una nota muy débil. No era la suya una sonrisa de bienvenida; era un gesto de reconocimiento sereno, tranquilo.

Era alto, esbelto. Sus rasgos faciales, perfectos, eran los que un escultor clásico hubiera estampado en una creación propia. Tenía unos ojos muy negros. Negros eran también los cabellos, que se ajustaban a su cabeza como un casco.

Por un momento, Poirot creyó que su encuentro con aquel hombre se estaba produciendo encima del tablado de alguna fiesta popular, durante el ensayo de una función tradicional. Entonces, involuntariamente, se fijó en sus chanclos de goma, diciéndose que tendría que recurrir a los buenos servicios del jefe de la tramoya,

para que le procurase un equipo mejor.

—Quizás he entrado donde no debí de entrar. Si es así, le ruego que me dispense. Soy un forastero. Llegué a este lugar ayer…

—No creo que nadie pueda tacharle aquí de intruso —la voz del hombre era serena. A Poirot le pareció sumamente cortés, y también fría, despegada, como si su interlocutor estuviese pensando en cosas realmente apartadas de su contorno contemporáneo—. Esto no se halla abierto al público exactamente, pero la gente suele pasear por aquí. El coronel Weston y su esposa no dicen nada. Otra sería su actitud si vieran que los visitantes ocasionaban daños en los jardines. Pero no es eso lo que viene sucediendo, desde luego…

—No. No he advertido la menor huella de ningún acto vandálico —manifestó Poirot mirando en torno a él—. Tampoco se ven desperdicios de ningún tipo. Hasta resulta extraño, ¿verdad? Me sorprende no haber encontrado más personas por aquí. Uno habría esperado descubrir por estos parajes algunas parejas de enamorados.

—Los enamorados no vienen por aquí —repuso el joven—. Por una razón u otra, se supone que éste es un sitio desgraciado.

—¿Es usted el arquitecto?, me he preguntado al verle. Quizá me he equivocado en mis suposiciones.

—Me llamo Michael Garfield —contestó el joven.

—Llegué a figurármelo —declaró Poirot, quien abarcó con un movimiento de los brazos todo el terreno circundante—. ¿Es usted el autor de todo esto?

—Sí —replicó Michael Garfield con sencillez.

—Me ha parecido todo muy bello —comentó Poirot—. Esto no es corriente. Resulta muy hermoso para hallarse encajado en un sector campesino de escasas condiciones naturales. Bueno, le estoy hablando con entera franqueza… Debo felicitarle. Tiene usted que sentirse bien satisfecho por lo logrado aquí.

—Yo me pregunto, amigo mío, si existirá alguna persona que pueda considerarse plenamente satisfecha.

—Usted proyectó todo esto por encargo de una señora apellidada Llewellyn-Smythe, quien, según tengo entendido, murió ya. Luego, está el coronel y la señora Weston… ¿Son ellos los propietarios del terreno?

—Sí. Hicieron una adquisición a bajo precio. La casa es grande y no demasiado acogedora, a decir verdad. Es difícil de llevar… No es lo que apetece hoy en día la mayor parte de la gente. Ella señaló en su testamento que había de ser para mí.

—Y usted la vendió.

—Vendí la casa, sí.

—¿Pero no el jardín?

—¡Oh, sí! El jardín iba con la casa. Todo fue prácticamente tirado. ¿No se dice así en estos casos?

—¿Y por qué procedió de este modo? —inquirió Poirot—. Me parece muy interesante… ¿No le importa que me muestre, quizás, un poco curioso?

—Sus preguntas no son como las que me dirige la gente habitualmente —puntualizó Michael Garfield.

—Yo me intereso siempre por los hechos, por las razones. ¿Por qué A hizo esto y lo otro? ¿Por qué B emprendió lo de más allá? ¿Por qué C adoptó una conducta distinta de la seguida por A y B?

—Usted debiera entenderse bien con un científico —declaró Michael—. Es todo una cuestión (así suelen decírnoslo), de genes o cromosomas. Hay una disposición especial, unas normas reguladoras y todo lo demás.

—Usted acaba de decirme que no se sentía satisfecho por completo porgue no hay una sola persona que haya experimentado tal sensación. ¿Sintióse satisfecha acaso su cliente, su patrona, como quiera llamarla? ¿Se declaró contenta, sin limitaciones, ante este despliegue de belleza?

—Hasta cierto punto… —respondió Michael—. Yo me ocupé de este detalle. Resultaba fácil dejarla satisfecha.

—Me parece muy improbable su afirmación —dijo Hércules Poirot—. Según me han informado, ella tendría más de sesenta años. Unos sesenta y tantos, tal vez. ¿Es que las personas de esa edad se muestran en alguna ocasión satisfechas?

—Le aseguré que llevaría a cabo con toda exactitud sus instrucciones, que me esforzaría por traducir fielmente cuanto imaginara, cada una de sus ideas…

—¿Y fue así?

—¿Me pregunta usted eso en serio?

—No —respondió Poirot—. No. Con franqueza.

—Para triunfar en la vida —manifestó Michael Garfield—, uno tiene que abrazar la carrera que le agrada, apoyándose artísticamente en todo lo que va encontrando al paso… Hay que ser, sin embargo, también un poco comerciante. No lo olvide: cada uno dispone de unos géneros que ha de saber vender. De otro modo, cualquiera acaba viéndose atado a las ideas de otras gentes, de forma nada de acuerdo con las concepciones propias. Yo exhibí mis ideas y las vendí, las puse en el mercado (¿está mejor dicho así?), las sometí al cliente que me pagaba, nutriendo con ellas sus planes, sus proyectos. Se trata de un arte que no es muy difícil de aprender. Viene a ser algo así como vender huevos de cascara morena o blanca. Todo consiste en hacer ver a la parroquia cuáles son los mejores. Es la esencia de la campaña. Hay que hablar de huevos morenos, por ejemplo, de granja, de «huevos de campo». Cuesta más trabajo venderlos si se dice: «Todos son huevos. En este artículo sólo existe una cosa interesante: que sean frescos».

—Es usted un joven fuera de lo corriente, tengo que reconocerlo —opinó Poirot—. Le encuentro… arrogante —agregó, muy grave y pensativo.

—Es posible que esté usted en lo cierto.

—Ha hecho usted aquí cosas realmente hermosas. Ha sabido dar perspectivas originales a un sector de campiña caprichosamente alterado por la explotación de tipo industrial… ¿Qué belleza encerraba esto? Usted supo desplegar su fantasía y dar una aplicación práctica al dinero de su cliente. Tengo que felicitarle. Y he de ofrendar mi tributo, el de un hombre ya viejo, que se aproxima al final de su trabajo…

—Pero de momento usted sigue adelante con él, ¿eh?

—Así pues, ¿sabe quién soy?

Indudablemente, Poirot se sintió complacido. Le gustaba que la gente le reconociera. Temía, sin embargo, estar registrando muchos fallos en este sentido en los últimos tiempos…

—Sigue usted un rastro de sangre… Aquí ya es sabido eso. Nos encontramos en el seno de una reducida comunidad; las noticias tienen alas. Otra persona famosa le trajo aquí.

—¡Ah! Se está usted refiriendo a la señora Oliver.

—Me estoy refiriendo a Ariadne Oliver, autora de libros de mucho éxito. La gente desea que sea entrevistada para descubrir lo que opina sobre temas como el de la agitación estudiantil, el socialismo, los vestidos de las chicas, las relaciones amorosas entre los jóvenes y otros muchos asuntos que a ella deben tenerla sin cuidado.

—En efecto, en efecto —respondió Poirot—. Es deplorable, me imagino. Son pocas las enseñanzas que reciben todos de la señora Oliver. En lo único que se fija la gente con preferencia es, por ejemplo, en su afición por las manzanas. Es algo que se sabe desde hace veinte años, por lo menos, pero que ella da a conocer a quien quiera escucharla con la más agradable de las sonrisas. Últimamente, me temo que hayan dejado de gustarle las manzanas dichosas.

—Fueron unas manzanas la causa inicial de su presencia aquí, ¿no?

—Las manzanas de una reunión celebrada en la víspera de Todos los Santos —contestó Poirot—. ¿Estuvo usted en esa reunión?

—No.

—Es usted un hombre afortunado.

—¿Afortunado?

Michael Gardfield repitió el vocablo. Poirot observó un dejo de sorpresa en su voz.

—Figurar entre los invitados de una reunión en la cual fue cometido un crimen no constituye una experiencia agradable precisamente. Usted no ha pasado nunca por eso, quizá, pero yo le diré que le considero afortunado porque… —Poirot asumió ahora parte de su naturaleza extranjera— *il y a des ennuis, vous comprenez*? La gente empieza a preguntarle a uno datos, fechas, horas… La gente formula con facilidad preguntas impertinentes —Poirot se apresuró a añadir—. ¿Conocía usted a la niña?

—¡Oh, sí! Los Reynolds son muy conocidos aquí. Yo conozco, por otra parte, a la mayor parte de las personas que viven por los alrededores. La verdad es que dentro de Woodleigh Common todos nos hallamos relacionados de una forma u otra, en diversos grados. Todos tenemos nuestros amigos íntimos y otros más superficiales. Es lo que pasa en otros sitios por el estilo.

—¿Cómo era esa niña? Me refiero a Joyce.

—Era… ¿Cómo se lo explicaría yo…? Bien. No se trataba de una criatura que destacara positivamente de las demás. Poseía una voz más bien fea. Chillona. Es cuanto recuerdo principalmente de la chica, ¿sabe? Le confesaré que los pequeños a mí no me dicen nada, normalmente. Me cansan, me fastidian. Joyce era de las niñas que me fatigaban más. Cuando hablaba lo hacía siempre en primera persona.

—¿No era una chica interesante?

Michael Garfield pareció sentirse ligeramente sorprendido.

—Yo creo que no. ¿Usted cree que forzosamente tenía que ofrecer algún interés especial su persona?

—En mi opinión, es improbable que una persona que no ofrezca el menor interés sea asesinada. Hombre y mujeres, criaturas incluso, mueren asesinados porque ofrecen la perspectiva de facilitar una ganancia, porque inspiran temor, porque despiertan amor también. Siempre existe un punto de arranque justificativo en mayor o menor grado…

Poirot se interrumpió echando un vistazo a su reloj.

—Tengo que continuar mi camino. He de hacer frente a un compromiso. Reciba, una vez más, mis felicitaciones.

Poirot continuó andando, con todo cuidado. Se alegró en aquellos instantes de no calzar estrechos zapatos de cuero.

Michael Garfield no iba a ser la única persona que encontraría en el jardín aquel día. Al llegar al fondo de la depresión, Poirot divisó tres senderos que apuntaban a distintas direcciones. A la entrada del camino central, sentada sobre el tronco caído de un árbol, le estaba esperando una chica. Fue esto último algo que ella reveló inmediatamente.

—Supongo que usted es el señor Hércules Poirot… —le dijo.

La chica tenía una voz muy clara y sonora. Era una frágil niña. Había en su persona algo especial que la hacía encajar perfectamente en aquel original marco. Hacía pensar en un gracioso duendecillo de los bosques.

—Tal es mi nombre, en efecto —respondió Poirot.

—He querido salirle al encuentro —manifestó la niña—. Usted va a tomar el té con nosotras, ¿verdad?

—Con la señora Butler, con la señora Oliver, ¿eh? Pues sí, efectivamente.

—Cierto. Está usted hablando de mamá y de tía Ariadne —la niña agregó en tono de censura— se ha retrasado usted.

—Lo siento. Hice una parada para hablar con alguien…

—Sí. Ya lo vi. Estuvo usted hablando con Michael, ¿verdad?

—¿Lo conoces?

—Desde luego. Vivimos aquí hace mucho tiempo. Yo conozco a todo el mundo.

«¿Qué edad tendría aquella chiquilla?», se preguntó Poirot. Optó por preguntarle cuántos años tenía. La chica respondió:

—Tengo doce años. El que viene ingresaré como interna en un colegio.

—¿Te alegra o te entristece?

—Me sentiré alegre o triste cuando conozca el colegio a que voy a ir. Esto de aquí ya no me agrada tanto como me gustó en otras ocasiones. Me parece que lo mejor que podría hacer usted ahora es acompañarme. Por favor, señor Poirot…

—¡No faltaba más, mujer! Tengo que excusarme, desde luego, por el retraso.

—¡Oh! Eso no tiene importancia realmente.

—¿Cómo te llamas?

—Miranda.

—Creo que el nombre te viene al pelo, muchacha —declaró Poirot.

—¿Está usted pensando en Shakespeare?

—Sí. ¿Lo has estudiado en tus lecciones?

—Naturalmente que sí. La señorita Emilyn nos ha leído algunos trozos literarios suyos. Me han gustado mucho. Mamá también me leyó algunos pasajes de sus obras. Sus versos suenan de una manera maravillosa. *Un mundo nuevo y valiente*. No existe nada semejante a eso, ¿verdad?

—¿No crees en él?

—¿Usted sí?

—Siempre ha habido un mundo nuevo y valiente —declaró Poirot—, pero sólo para gente muy especial, ¿sabes? Estoy refiriéndome a las personas afortunadas. Son las que llevan a cabo

la elaboración de ese mundo dentro de sí.

—¡Oh, ya! —contestó Miranda, con una expresión en el rostro que revelaba la facilidad con que había comprendido las palabras de su interlocutor.

No obstante, Poirot no podía saber hasta dónde había profundizado la chica.

Ésta echó a andar por el sendero y volviendo la cabeza hacia su acompañante dijo:

—Iremos por aquí. La distancia es corta. Luego, cruzaremos uno de los setos de nuestro jardín…

La muchacha lanzó una mirada por encima de uno de sus hombros, manifestando al tiempo que señalaba en determinada dirección:

—Ahí, en el centro estaba la fuente.

—¿Una fuente?

—¡Oh, sí! Hace algunos años. Me imagino que sigue ahí todavía, bajo los matorrales y las azaleas y las otras cosas. Se rompió. La gente se llevó algunos trozos. Nadie se ocupó de colocar una nueva en el mismo sitio.

—Es una lástima, ¿no?

—No lo sé. No estoy muy segura de ello. ¿Le agradan a usted mucho las fuentes?

—*Ça depend* —contestó Poirot.

—Yo sé un poco de francés —declaró Miranda—. *Eso depende*, acaba usted de decir, ¿no?

—Has dado en el blanco. Pareces ser una chica muy instruida.

—Todo el mundo dice que la señorita Emilyn es una profesora estupenda. Es nuestra directora. Resulta una mujer terriblemente rigurosa, pero en ocasiones dice cosas muy interesantes.

—Pues entonces sí que debe ser una buena profesora —comentó Hércules Poirot—. Oye niña: tú conoces estos rincones muy bien, estás familiarizada con todos los caminos. ¿Es que vienes por aquí a menudo?

—¡Oh, ya lo creo! Es uno de mis sitios preferidos éste, a la hora de pasear. Cuando aparezco por aquí nadie sabe nunca dónde paro exactamente. Me subo a los árboles… Me instalo en las ramas, observando lo que sucede a mi alrededor. Me gusta… Me entretiene

ver lo que pasa en mis inmediaciones…

—¿Y qué es lo que ves exactamente?

—Observo a los pájaros; sigo las andanzas de las ardillas. Las aves riñen entre sí con mucha frecuencia, ¿lo sabía usted? Esto no es lo que se nos dice en muchas poesías. En cuanto a las ardillas…

—¿Sigues también a veces las andanzas de algunas personas?

—A veces, sí. Pero, bueno, por aquí no viene mucha gente, a decir verdad.

—¿Por qué?

—Me imagino que la gente siente miedo.

—¿A causa de qué?

—Alguien fue asesinado aquí hace mucho tiempo. Antes de que todo esto se transformara en un jardín. Había aquí una cantera… La encontraron en un gran montón de arena o grava. Ahí. ¿Usted cree en la verdad del antiguo dicho, aquél que afirma que unos nacen para ser colgados y otros para morir ahogados?

—Nadie nace en nuestros días para ser colgado. En este país ya no se cuelga a nadie.

—Pero en otros continúan colgando a la gente, como antes. Se cuelga en ellos a las personas en medio de las calles para que su muerte sirva de ejemplo. Yo lo he leído en los periódicos.

—¡Ah! ¿Y tú qué crees? ¿Es eso bueno o malo?

La respuesta de Miranda no se ajustó estrictamente a la pregunta. Poirot advirtió, sin embargo, que otra había sido la intención de la muchacha.

—Joyce murió ahogada. Alguien la ahogó —declaró Miranda—. Mamá no quiso decírmelo, pero esto fue una tontería, ¿no cree usted? Tengo ya doce años…

—¿Era Joyce amiga tuya?

—Sí. En cierto modo, éramos muy amigas. Me contó muchas cosas interesantes. Me habló con detalles de elefantes y de rajás indios. Había visitado la India… Tratábase de un viaje que a mí me gustaría hacer… Joyce y yo nos intercambiábamos todos nuestros secretos. Claro, yo nunca he tenido tantas cosas que contar como mi madre. Mi madre estuvo en Grecia, ¿lo sabía usted? Allí fue donde conoció a tía Ariadne… Pero a mí no me permitió que la acompañara entonces.

—¿Quién te refirió lo de Joyce?

—La señorita Perring. Es nuestra cocinera. Estaba hablando con la señora Minden, que viene a casa de cuando en cuando, para limpiar. Alguien la obligó a permanecer algún tiempo con la cabeza metida en un cubo lleno de agua.

—¿Tienes alguna idea sobre la identidad del autor de esa hazaña?

—Creo que no. Ellas tampoco estaban enteradas de nada, pero, en fin, hay que tener en cuenta que las dos mujeres son bastante estúpidas…

—¿Y tú que opinas de lo sucedido, Miranda?

—Yo no estuve allí. Me dolía la garganta; tenía fiebre. Por eso, mamá no me dio permiso para asistir a la reunión. Estoy convencida de que habría descubierto algo. Por el hecho de haber sido ella ahogada. He aquí por qué le pregunté si usted creía que había gente que nacía para ser ahogada… Ahora cruzaremos el seto. Cuide usted de sus ropas.

Poirot siguió dócilmente a la muchacha. Pero aquella entrada era más adecuada a su gentil guía, con su fantástica esbeltez… La chica, no obstante, se mostró muy solícita con Poirot, previniéndole contra los espinos de los matorrales y apartando algunas pequeñas y molestas ramas.

Fueron a parar a un jardín adyacente de aspecto descuidado, en el que Poirot descubrió un montón de estiércol y dos cubos llenos de desperdicios. A continuación vieron un sector de terreno de labor más cuidado, saturado de rosas. Por allí se accedía ya fácilmente al pequeño «bungalow». Miranda se aproximó a un ventanal, anunciando llanamente, con el orgullo de un coleccionista inveterado que acabara de asegurarse un ejemplar raro de escarabajo:

—Ya lo localicé.

—Miranda: no le habrás obligado a llegar hasta aquí por el seto, ¿eh? Debieras haber dado la vuelta. ¿Qué trabajo te costaba?

—Mi camino es mejor —respondió Miranda—. Se recorre mucho antes. Es más corto.

—Pero exige un poco más de esfuerzo.

—Se me olvidaba —dijo la señora Oliver—. ¿Llegué a

presentarle a usted a mi amiga, la señora Butler?

—Por supuesto que sí. En la estafeta de correos.

Aquella presentación había requerido sólo unos segundos, todo el tiempo que estuvieron en fila delante de un mostrador. Poirot pudo estudiar mejor ahora a la amiga de la señora Oliver. Quedaba atrás la imagen de una mujer delgada embutida en un impermeable y con la cara medio oculta detrás de una bufanda. Judith Butler era una mujer de alrededor de treinta y cinco años de edad. En tanto que su hija hacía pensar en una ninfa de los bosques, Judith parecía poseer más bien los atributos de un espíritu de las aguas. Hubiera podido pasar por una sirena del Rin. Sus largos y rubios cabellos le caían sobre los hombros. Su faz era alargada y de delicada expresión. Los ojos, verde mar, miraban por entre filas de largas pestañas.

—Me alegro mucho de poder darle las gracias adecuadamente, monsieur Poirot —dijo la señora Butler—. Ha sido usted muy amable al venir aquí, conforme a la petición de Ariadne.

—Cuando mi amiga, la señora Oliver, me pide algo, yo termino siempre por seguir dócilmente sus indicaciones —contestó Poirot.

—¡Bah! ¡Qué tontería! —comentó la aludida, sonriendo.

—Ariadne está convencida, absolutamente convencida, de que usted será capaz de aclarar enseguida este terrible embrollo… Miranda, querida: ¿quieres pasar a la cocina? Encontrarás los bizcochos en la fuente que se halla encima del horno.

Miranda desapareció. Al irse obsequió a su madre con una sonrisa muy explícita, que rezaba: «Te empeñas en deshacerte de mí por unos minutos, para hablar a tus anchas».

—Por todos los medios a mi alcance —declaró la señora Butler —, he procurado que Miranda no conociese detalles del drama, al menos de un modo directo. Pero supongo que en esto fracasé desde el principio.

—Es posible —corroboró Poirot—. En los centros residenciales no hay nada que corra más que las nuevas de un desastre. Cuanto mayor es éste, más rápidamente se esparce la noticia. Y de todos modos —añadió—, no se puede pasar la vida uno ocultando a los demás lo que sucede a nuestro alrededor. Los chicos, por otro lado, parecen sintonizar con especial facilidad aquello que nos

empeñamos en disimular.

—No sé si fue Burns o sir Walter Scott quien dijo: «Hay siempre un duendecillo entre vosotros, tomando notas» —declaró la señora Oliver—. Sea quien fuere de los dos, dejó sentada una gran verdad…

—Ciertamente que Joyce Reynolds, al parecer, fue testigo de algo tan terrible como un crimen —manifestó la señora Butler—. Le cuesta a una trabajo creerlo.

—¿Le cuesta trabajo creer que la chica presenciara tal cosa?

—A mí lo que me extraña es que habiendo tenido ocasión de presenciar un hecho así no hubiese hablado nunca de él antes. Esto es algo que se aparta de la forma de ser de Joyce.

—Al hablar de Joyce Reynolds, lo primero que se apresuran a decirme los de aquí es que la chica era una redomada embustera —señaló Poirot sin brusquedad.

—Supongo que cabe la posibilidad de que una chica se invente algo que andando el tiempo resulte ser verdad —dijo Judith Butler.

—He aquí el punto de arranque de todos nuestros movimientos —indicó Poirot—. Incuestionablemente, Joyce Reynolds murió asesinada.

—Es muy probable que sepa ya todo lo que se puede saber acerca de este enigmático asunto —declaró la señora Oliver.

—Señora: no me pida imposibles, por favor. Va usted siempre muy deprisa.

—¿Y por qué no? —inquirió la señora Oliver—. Haraganeando es como no se logra nunca nada.

Miranda regresó en estos instantes, portadora de una fuente llena de bizcochos.

—¿Los dejo aquí? —preguntó—. Me figuré que habrían acabado de hablar ya. ¿Quieren acaso que les traiga algo más de la cocina?

Había una leve inflexión maliciosa en su voz. La señora Butler procedió a servir el té. Miranda puso al alcance de todos los bizcochos y los bocadillos preparados con unos cuantos severos y elegantes movimientos casi impropios de sus años.

—Ariadne y yo nos conocimos en Grecia —informó Judith.

—Caí al mar —explicó la señora Oliver—. Fue al regreso de una de las islas… El mar estaba un tanto movido… «¡Salte usted!», me

ordenó uno de los marineros del bote en que tuve que embarcar. Yo le obedecí. Ahora bien, esos hombres siempre le dicen a una que salte cuando la borda del bote se aleja del muelle o sube y baja alocadamente —Ariadne Oliver hizo una pausa para respirar—. Judith colaboró en mi pesca y el episodio sirvió para que entre nosotras quedase establecido un vínculo amistoso.

—Así fue —declaró la señora Butler—. Sucedía, además, que a mí me gustaba su nombre de pila. Me pareció muy apropiado, no sé por qué.

—Sí. Supongo que es un nombre griego —contestó la señora Oliver—. Es el mío, ¿eh? No es que lo adoptara con fines literarios. Sin embargo, nada de estilo Ariadne me ha ocurrido nunca. Nunca supe lo que significaba ser abandonada en una isla desierta por mi verdadero amor, o algo así.

Poirot se llevó una mano al bigote con objeto de ocultar la sonrisa que inevitablemente había florecido en sus labios al imaginarse a la señora Oliver encarnando el papel de una doncella griega en el marco de una isla.

—No podemos hacer la vida que sugieren nuestros nombres —indicó la señora Butler.

—Naturalmente que no. Yo no acierto a verla a usted cortando la cabeza de su amante. ¿No es eso lo que sucedió entre Judith y Holofernes?

—Ella tuvo que cumplir con su deber de patriota —alegó la señora Butler—. Si no recuerdo mal, ella fue altamente ensalzada y recompensada por sus servicios.

—En realidad no estoy muy impuesta de lo que pasó entre Judith y Holofernes. Eso figura en los Libros Apócrifos, ¿no? Pensando en estas cuestiones hay que convenir que existe gente que da nombres muy raros a sus hijos… ¿Quién fue aquel personaje que introdujo unos clavos a golpes de martillo en la cabeza de otro? Jael o Sisera… Nunca recuerdo en este caso quién es el nombre ni quién es la mujer. Jael… no me acuerdo de haber conocido a ninguna criatura bautizada con este nombre.

—Ella puso delante de él un poco de manteca, en un plato señorial —manifestó Miranda inesperadamente, haciendo una pausa cuando se disponía a retirar la bandeja con el servicio de té.

—No me mire —dijo Judith Butler a su amiga—. No fui yo la introductora de Miranda en los Libros Apócrifos. Eso corresponde a su instrucción puramente escolar.

—Pues no es nada corriente el proceder en las escuelas de ahora, ¿eh? —opinó la señora Oliver—. En vez de eso, las criaturas suelen asimilar ciertas normas éticas.

—Con la señorita Emilyn, la cosa cambia —declaró Miranda—. Ella dice que cuando vamos a la iglesia hoy en día solamente aprendemos a conocer la moderna versión de la Biblia, que nos es leída en sucesivas lecciones, careciendo de méritos literarios. Nosotros hemos de conocer, por lo menos, la pulida prosa y los expresivos versos de la versión autorizada. A mi me gustó muchísimo la historia de Jael y Sisera —la chica se quedó pensativa unos segundos, añadiendo—. No es una cosa que se me haya pasado por la cabeza hacer nunca. Hablo de introducir clavos a martillazos en la cabeza de alguien que esté tranquilamente durmiendo.

—Y espero que en el futuro observes la misma actitud —dijo la madre.

—Y, viéndote precisada, Miranda, ¿cómo te desharías tú de tus enemigos? —preguntó Poirot.

—Me conduciría con una gran suavidad —respondió Miranda, plácidamente—. Todo me resultaría más difícil, pero prefiero las maneras dulces porque no me gusta causar daño a nadie. Yo utilizaría alguna droga que permitiera a «mi gente» quedarse dormida y tener hermosos sueños, de los que no despertaría jamás —la chica cogió varias tazas y platos del pan y la mantequilla—. Yo me encargaré de enseñar a monsieur Poirot el jardín. En uno de los macizos todavía quedan algunas rosas «Queen Elizabeth».

La niña abandonó la habitación, llevando con las máximas precauciones la bandeja.

—Miranda es una chiquilla asombrosa —comentó la señora Oliver.

—Tiene usted una hija muy guapa, señora —dijo Poirot.

—Pues sí… Hoy por hoy, Miranda no tiene mal aspecto, lo que una no sabe es cómo será cuando crezca. Chicas y chicos, a veces, se ponen gordos, parecen cerditos bien cebados, y se deforman. Ahora, en cambio, Miranda es una especie de ninfa de los bosques,

¿no cree usted?

—No es de extrañar, por tal razón, que le gusten tanto los jardines vecinos.

—Yo preferiría que no les tuviese tanta afición. Esto de que ande vagando por sitios solitarios… No importa que a mayor o menor distancia se encuentren siempre personas a mano, ni que todo quede cerca de un poblado. Una se pasa la vida en continuo sobresalto. Ahí tiene usted, por ejemplo, la terrible desgracia de los Reynolds. Las madres de este lugar no estaremos tranquilas, al menos mientras no sepamos a qué atenernos con respecto a la identidad del asesino de la pobre muchacha. Ariadne: ¿me haría el favor de acompañar a monsieur Poirot al jardín? Dentro de unos minutos iré en su busca.

La señora Butler cogió dos tazas y un plato que habían quedado sobre la mesa, dirigiéndose a la cocina. Poirot y la señora Oliver encaminaronse a la gran puerta que daba al jardín. Era éste un espacio reducido, de las características comunes a todos los jardines de otoño. En un macizo vieron algunas varitas verdes y floreadas, unas cuantas margaritas y diversas rosas «Queen Elizabeth» que parecían empeñadas en destacar sobre la vegetación circundante. La señora Oliver se dirigió rápidamente hacia un banco de piedra, en el cual se sentó, invitando a Poirot con un gesto a acomodarse a su lado.

—Usted dijo lo que pensaba de Miranda: que parecía una ninfa de los bosques —manifestó Ariadne Oliver—. ¿Y qué es lo que opina de Judith?

—Yo creo que Judith no debiera llamarse así, que debiera haber sido bautizada con el nombre de Ondina —repuso Poirot.

—Un espíritu de las aguas, sí. En efecto, da la impresión de haber acabado de emerger del Rin, o del mar, o de un estanque del bosque, o de algún sitio similar. Sus cabellos dan la impresión de haber estado sumergidos en el agua. Sin embargo, no hay nada de repelente ni aparatoso en su persona, ¿eh?

—Es también una mujer realmente atractiva —manifestó Poirot.

—Dígame todo lo que piensa acerca de ella.

—No he tenido tiempo todavía de hacerme mi composición de lugar. Me ha parecido una mujer bella, atractiva…, sumamente

preocupada por algo que ignoro.

—Eso se ve enseguida, ¿no?

—Yo lo que quisiera, amiga mía, es que me diese a conocer todo lo que ha averiguado acerca de su persona y cuantos pensamientos le haya inspirado.

—Bien. La conocí muy a fondo durante nuestro crucero. Ya se sabe lo que pasa en esos viajes. Una entabla relación con bastantes personas que finalmente no superan la categoría de simples conocidos. A veces surge uno, cuyo trato se frecuenta más, con el que verdaderamente se intima. Judith fue una de esas amistades que luego da gusto volver a ver…

—¿No tuvo relación con ella jamás antes del crucero?

—No.

—Pero usted estará enterada de muchas particularidades acerca de su existencia…

—Sé lo corriente. Es viuda —explicó la señora Oliver—. Su esposo falleció hace muchos años… Era piloto de líneas aéreas. Murió en un accidente de tráfico. La desgracia la afectó muchísimo. Es un episodio desventurado de su existencia que no quiere evocar nunca.

—¿No tiene más hijos que Miranda?

—No tiene más descendencia, desde luego. Judith trabaja como secretaria por horas en este sector residencial, pero carece de empleo fijo.

—¿Conoce a la gente de Quarry House?

—¿Se refiera usted al viejo coronel y a la señora Weston?

—Estaba pensando en la antigua propietaria de la finca: en la señora Llewellyn-Smythe. ¿No se llamaba así?

—Eso creo. Me parece haber oído mencionar ese apellido con anterioridad. Pero como murió hace dos o tres años, su persona, naturalmente, no sale a colación a cada paso… Pero, bueno, Poirot, ¿es que no tiene usted ya bastante con las personas que ve vivitas y coleando? —inquirió la señora Oliver, un poco irritada.

—Ciertamente que no —manifestó Poirot, sin inmutarse—. Me veo obligado a efectuar indagaciones sobre las que murieron ya o desaparecieron en este escenario por cualquier causa.

—¿Quiénes figuran en este último grupo?

—De momento, una joven *au pair* —contestó Poirot.

—¡Oh! —exclamó la señora Oliver—. Desaparecidas de esa clase las hay a cada paso. Muchas chicas entran en una casa, tienen una aventurilla con consecuencias, solicitan la paga que se les adeude y se pierden camino de un hospital, donde reciben al bebé inocente fruto de su desliz, al que dan el nombre de Auguste Hans Boris o cualquier otro nombre semejante. Estas muchachas acaban casándose con alguien en otro lado o se resignan a ir detrás de su amante…

»¡No quiera usted saber las cosas que mis amigas me han contado sobre este tema! Las chicas *au pair* tienen los dos extremos. En algunos hogares caen como una bendición del cielo para alivio de madres excesivamente recargadas de trabajo que siempre se separan de ellas con sincero dolor; en otros se dedican a robarle las medias a la dueña de la casa… cuando no acaban siendo asesinadas… —la señora Oliver hizo una pausa—… ¡Oh! —exclamó llevándose una mano a la boca.

—Calma, calma, madame —dijo Poirot—. No parece existir ninguna razón que induzca a pensar que una chica *au pair* haya sido asesinada… Todo lo contrario.

—¿Y qué quiere decir ese «todo lo contrario»? La cosa carece de sentido.

—Es probable que tenga usted razón, pero…

Poirot sacó su agenda efectuando una anotación en ella.

—¿Qué está usted escribiendo ahí?

—Ciertas cosas que ocurrieron en el pasado.

—Usted me da la impresión de hallarse sumamente interesado por el tiempo ya ido.

—El pasado es el padre del presente —contestó Poirot, sentencioso.

Ofreció a la señora Oliver su agenda.

—¿Quiere usted leer lo que he escrito?

—Naturalmente que quiero. Me atrevería a asegurar que su anotación no significará nada para mí. Siempre pasa lo mismo con los detalles confiados al papel y juzgados por usted importantes.

Poirot tendió la pequeña agenda de cubiertas negras a su amiga.

«Muertes: Señora Llewellyn-Smythe (persona acaudalada), Janet White (profesora). Leslie Ferrier, Pasante de abogado, apuñalado. Procesado anteriormente por falsificación.»

Debajo de eso había otro escrito:

«Desaparición de una muchacha au pair.»

—¿Por qué había de desaparecer la joven? —inquirió la señora Oliver.

—Es muy posible que corriera el peligro de verse en complicaciones de tipo legal.

El dedo de Poirot se detuvo en la siguiente anotación. Había allí solamente una palabra: «Falsificación», acompañada de dos signos de interrogación, situados inmediatamente después del vocablo.

—«Falsificación» —leyó la señora Oliver—. ¿A qué viene este apunte?

—Ya lo veremos más adelante, sin duda.

—¿De qué género de falsificación se trata?

—Fue falsificado un testamento… Un codicilo, más bien. Un documento que favorecía a la chica *au pair*.

—¿Por efecto de indebidas influencias? —sugirió Ariadne Oliver.

—La falsificación de un documento es algo bastante más grave que la utilización de influencias injustas o indebidas —señaló Poirot.

—Yo no sé por qué puede tener que ver todo eso con el asesinato de la pobre Joyce.

—Tampoco yo lo sé —notificó Poirot—. Pero la cuestión no deja de encerrar cierto interés.

—¿Cuál es el siguiente vocablo? No logro descifrarlo.

—«Elefantes».

—No acierto a ver relacionada esta palabra con nada.

—Pues podría tener alguna relación con algo, créame.

Poirot se puso en pie.

—Tengo que marcharme —dijo—. Discúlpeme, por favor, ante la señora Butler por no despedirme de ella. Me ha agradado mucho

conocerla. Igualmente, me he sentido muy complacido por haber tenido ocasión de charlar con su atractiva y nada vulgar hija. Dígale que vigile a la pequeña, que no la pierda de vista.

La señora Oliver asintió.

—Está bien. Adiós. Si es su gusto mostrarse misterioso, supongo que seguirá adoptando la misma pose. Ni siquiera me ha dicho qué es lo que se dispone a hacer ahora.

—Mañana por la mañana estoy citado con los señores Fullerton, Harrison y Leadbetter, de Manchester.

—¿Con qué fin?

—Vamos a hablar de una falsificación y de otras cosas.

—¿Y luego?

—Deseo ponerme al habla con varias personas que se hallaban también presentes…

—¿En la reunión?

—No… En los preparativos de la misma.

Capítulo XII

El domicilio social de Fullerton, Harrison y Leadbetter era como tantos otros correspondientes a entidades que contaban con muchos años de existencia y poseían una merecida fama de respetables. El paso del tiempo se había notado en la firma. Ya no había en ella ningún Harrison ni Leadbetter. Figuraban al frente un tal Atkinson y un Cole, éste muy joven. Quedaba todavía el señor Jeremy Fullerton, socio principal.

El señor Fullerton era un hombre delgado, ya entrado en años, de faz impasible, de voz seca y formal, de ojos que, inesperadamente, parecían al interlocutor astutos. Debajo de una de sus manos había una pequeña hoja de papel que acababa de leer. La leyó una vez más, imponiéndose lentamente de su contenido. Luego, miró al hombre que le presentaba precisamente aquella nota…

—¿El señor Hércules Poirot?

Procedió a calibrar detenidamente a su visitante. Era un hombre ya mayor, un extranjero correctamente vestido, calzado con unos zapatos de cuero que el señor Fullerton juzgó demasiado pequeños para sus pies. En torno a los ojos comenzaban a dibujarse unas arrugas. Hallábase Fullerton, en su opinión, ante un «dandy», ante un atildado individuo, un extranjero, quien le era recomendado por el inspector Henry Raglan, de la Brigada de Investigación Criminal

(¡quién hubiera podido adivinarlo!) y también por el superintendente Spence, en situación de jubilado, que en otro tiempo perteneciera a la plantilla de Scotland Yard.

Fullerton conocía a Spence. Éste había trabajado bien en su tiempo, mereciendo el aprecio de sus superiores. Por la mente de Fullerton cruzaron algunos recuerdos. Tales recuerdos guardaban relación con un caso célebre. Su sobrino Robert habíase ocupado de él. Un asesino psicopático, un hombre que no demostró el menor interés por defenderse, un individuo que aparecía empeñado en que lo colgaran, había sido el protagonista central del episodio. Nada de unos cuantos años de prisión, ni de un número indefinido de lustros entre rejas. Había que pagar la máxima penalidad.

Spence había estado encargado de la investigación de aquel caso. Obstinadamente, sin aspavientos, muy normal, insistió un día tras otro en que se habían hecho con el hombre *que no era*. Y así fue. Y la persona que había dado con lo que probaba la aseveración inicial de Spence resultó ser una especie de *aficionado* extranjero, en realidad un detective retirado de la policía belga. Fullerton pensó que el detective tenía ahora más años, pero que sin embargo sabría dar con el camino a seguir con la eficiencia de otros tiempos. Información. Esto era lo que se le pedía. ¿Y qué iba a decirle? Sinceramente, no creía poder serle útil en aquel particular asunto. El caso a indagar ahora era el del asesinato de una niña.

El señor Fullerton creíase en posesión de una idea segura al pensar en el probable autor de aquel homicidio. Bueno, seguridad no tenía ninguna, verdaderamente, ya que había tres aspirantes, como mínimo, en el asunto. Cualquiera de los tres jóvenes haraganes podía ser el autor del crimen. Flotaban las palabras de siempre en su cerebro: «subdesarrollo mental»… Un informe del psiquiatra. Así terminaría aquella historia, indudablemente. No obstante, aquello de ahogar a un niña en el transcurso de una fiesta juvenil era otro cantar, una cosa que nada tenía que ver con las inacabables historias de los niños que habiendo salido del colegio a su hora no llegaban jamás a sus casas, por haberse subido, en contra de las instrucciones recibidas de sus padres, a cualquier coche… Al final, en estos casos, el cadáver aparecía en unos matorrales o en cualquier hoyo o zanja… Un hoyo o zanja… ¿Cuándo fue eso?

Muchos, muchos años atrás.

Toda esta operación mental se llevó sus buenos cuatro minutos. El señor Fullerton, luego, se aclaró la garganta, dejando oír una tos más bien de asmático. Seguidamente habló:

—Monsieur Hércules Poirot —repitió de nuevo—: ¿en qué puedo servirle? Supongo que desea hablarme del desgraciado caso de Joyce Reynolds. Un asunto desagradable, muy desagradable… No acierto a ver en qué puedo serle de utilidad aquí. Mis conocimientos sobre el tema son escasísimos.

—Veamos… Usted, según tengo entendido, es el consejero legal de la familia Drake, ¿no?

—¡Oh, sí, sí! Hugo Drake… ¡Pobre hombre! Un tipo sumamente grato. Hace muchos años que conozco a la familia. Desde que los miembros de ésta adquirieron «Apple Tress», viniéndose aquí a vivir. Una cosa muy triste, la polio… Él contrajo la enfermedad cierto año, mientras pasaba unas vacaciones en el extranjero. Mentalmente, desde luego, su salud era impecable. Resulta impresionante la enfermedad y sus efectos cuando ella se ceba en un hombre que ha sido un atleta durante toda su vida, un deportista, un tipo especialmente apto para todos los juegos que exigen destreza física. Sí. Tiene que ser ya bastante triste que un hombre se sepa un inválido para todos los años que le restan de existencia.

—Creo que ustedes cuidaban también los asuntos de la señora Llewellyn-Smythe…

—Su tía. Sí. En efecto. Una mujer muy notable esta señora. Vino aquí para reponer su quebrantada salud en la medida de lo posible. También para encontrarse cerca de sus sobrinos. Adquirió esa especie de «elefante blanco» que viene a ser Quarry House. Pagó por la finca más de lo que en realidad valía… Pero, en fin, el dinero no constituía para ella ningún obstáculo insuperable. Era una mujer acomodada. Pudo haberse hecho con una casa más atractiva, pero sucedió que el sector de la cantera le fascinaba, le interesó desde un principio. Después, se puso al habla con un especialista en trazado de jardines, un individuo que gozaba de un gran crédito dentro de su actividad profesional, tengo entendido. Era uno de esos tipos de cabellos largos, muy bien parecido… Ahora, competente de veras.

Lo demostró más tarde, con su obra ya realizada. No en balde había sido uno de los ilustradores de *Home and Gardens* y otras publicaciones del ramo. Pues sí, amigo mío… La señora Llewellyn-Smythe sabía rodearse de buenos colaboradores. En el caso del joven no era que se sintiese atraída por su porte, aspirando a protegerlo por pura simpatía. Hay mujeres que se dejan llevar de esos detalles puramente superficiales… No. El hombre tenía algo detrás de la frente y se había destacado en su profesión realmente. Bueno, me parece que estoy divagando un poco. La señora Llewellyn-Smythe falleció hace un par de años, casi.

—De repente.

Fullerton fijó sus ojos en los de Poirot, muy serio.

—No. Yo no diría tanto. La mujer padecía del corazón y los médicos le ordenaron que no hiciese esfuerzos. Sin embargo, hay que señalar que no era de las personas que se pliegan fácilmente a determinadas órdenes. No era un ser hipocondríaco, desde luego —Fullerton tosió, añadiendo—. Supongo que nos estamos apartando del tema acerca del cual deseaba usted hablarme…

—No, no lo crea —contestó Poirot—. Si usted me lo permite, yo desearía hacerle algunas preguntas sobre otro asunto completamente distinto. Quisiera que me facilitase información relativa a un hombre que trabajó para ustedes, llamado Lesley Ferrier.

El señor Fullerton no disimuló su sorpresa.

—¿Lesley Ferrier? —inquirió—. Lesley Ferrier… Veamos… La verdad es que yo había olvidado casi por completo este nombre. Murió apuñalado, ¿no?

—A ese hombre me estoy refiriendo.

—Pues… Me parece que no voy a poder contarle muchas cosas acerca de él. Eso sucedió hace ya algún tiempo. Sí, en efecto: murió apuñalado una noche, en las inmediaciones del «Cisne Verde». No se arrestó a nadie. Me atrevería a decirle que la policía conocía la identidad del responsable del episodio, pero el problema radicaba en que no consiguió hacerse con las pruebas indispensables.

—¿El móvil fue de tipo amoroso? —preguntó Poirot.

—¡Oh, sí! Creo estar seguro de que sí… Los celos, ¿sabe usted? Lesley Ferrier había tenido relaciones con una mujer casada. El

marido de ésta era dueño de una taberna. Estoy aludiendo al «Cisne Verde», de Woodleigh Common, un lugar sin pretensiones. Parece ser que el joven Ferrier inició otro juego amoroso con una segunda mujer… También se dijo que había habido más de una en danza. El hombre vivía pendiente de las faldas. Tuvo problemas antes, en una o dos ocasiones.

—¿Estaba usted contento con él como empleado?

—No estábamos quejosos. Tenía sus cosas. Se entendía bien con los clientes. Estudiaba con auténtica aplicación sus problemas y de haber prestado más atención a éstos, adoptando otro género de vida, otra conducta distinta, le hubiera ido mejor, indudablemente, ya que reunía ciertas condiciones. Una noche hubo una riña en el «Cisne Verde» y Lesley Ferrier fue apuñalado cuando se encaminaba a su casa.

—¿Usted qué cree? ¿Tuvo que ver con eso una de sus amiguitas o fue cosa de la mujer del «Cisne Verde»?

—No se puede contestar su pregunta de un modo radical, concreto. A mí me parece que la policía vio en el episodio una cuestión de celos y…

El señor Fullerton se encogió de hombros.

—¿No está seguro en cuanto a eso?

—Son cosas que pasan, a veces —manifestó el señor Fullerton—. «En el Infierno no se encuentra nada más furioso que una mujer desdeñada». He aquí una cita que se oye frecuentemente en las salas de justicia. La realidad la confirma a menudo.

—Pero yo creo ver en sus palabras que usted no está convencido del todo de que ahí radicara la explicación de lo ocurrido…

—Bueno, a mí me hubiera gustado disponer de más pruebas. Es lo mismo que le pasaba a la policía.

—¿Pudo tratarse de algo completamente distinto?

—¡Ya lo creo! Se hubieran podido aventurar varias hipótesis. El joven Ferrier no era un carácter firme, estable. Se había criado bien. Había disfrutado de una buena madre, viuda. El padre dejó bastante que desear, sin embargo. Salió con bien de algunas situaciones apuradas por verdadero milagro. Poca suerte la de su pobre esposa. Nuestro joven, en determinados aspectos, le salió al padre. Se hizo amigo de gente dudosa. Le aconsejé lo mejor que pude. Tenía pocos

años todavía. Le advertí más tarde que había comenzado a seguir un camino que no podía acarrearle más que perjuicios. Tuvo que ver con transacciones de poca monta que tendían a burlar las leyes. Con franqueza: de no haber sido por su madre, yo no lo habría retenido. Era joven y tenía condiciones naturales para abrirse paso en la vida, honestamente. Hice lo posible porque se salvara. Fue inútil. Hay mucha corrupción en nuestros días. Y en los últimos diez años, esta corrupción no ha hecho más que aumentar, multiplicándose incesantemente.

—Pudo haber alguien que lograra gobernarlo a su antojo, ¿no cree?

—Es muy posible. Estos muchachos corren un peligro auténtico cuando se integran en cualquier asociación de maleantes. No es fácil salirse de ellas. Y muchos casos de rebeldía se resuelven con la hoja de acero hundida oportunamente entre las paletillas del disidente… No son nada raras estas cosas, créame.

—¿No hubo ningún testigo?

—No. No hubo. Es lógico. Quien planeó la operación tomó todas las precauciones… Se buscó una coartada, escogió el sitio más conveniente y la hora más a propósito…

—No obstante, alguien pudo presenciar el episodio. El personaje más insospechado: una criatura, por ejemplo.

—¿A hora avanzada de la noche? ¿En las inmediaciones del «Cisne Verde»? La idea me parece muy poco digna de crédito, monsieur Poirot.

—Una criatura —insistió Poirot—. Supongamos que se trata de una niña que salía de la casa de una amiga. Ambas vivían cerca una de otra. La chica pudo haber avanzado unos metros por un camino o haberse asomado por detrás de un seto…

—La verdad es que tiene usted una imaginación tremenda, monsieur Poirot. Eso que está usted diciendo se me antoja totalmente improbable.

—A mí no me lo parece tanto —respondió Poirot—. Los niños suelen ver más cosas de las que todo el mundo supone… Muy frecuentemente, están donde nadie se figura que puedan estar.

—Pero lo más seguro, cuando sorprenden algo que les llama la atención, es que se lo cuenten a sus familiares…

—Puede ser que ocurra lo contrario —declaró Poirot—. En muchas ocasiones no están seguros de su interpretación de los hechos presenciados. Especialmente si lo que han visto provoca en ellos un gran temor. No siempre los niños cuentan en casa el accidente de tráfico que presenciaron en la calle; no siempre refieren a los mayores la escena violenta que se ofreció a sus ojos. Los chicos saben guardar bien sus secretos. Y hasta acostumbran a convertirlos en centro de sus reflexiones.

—¡Bah! Todos acaban contándoselos a sus madres —objetó el señor Fullerton.

—Yo no diría tanto —contestó Poirot—. Sé por experiencia que son muchas las cosas que chicos y chicas ocultan a sus madres.

—¿Y por qué se interesa usted tanto por el caso Lesley Ferrier? Actualmente no es, por desgracia, un fenómeno raro la muerte violenta de un joven…

—Yo no sé nada acerca de él. Pero quería conocer algunos detalles sobre el joven. Fue una muerte violenta la suya que se produjo hace no muchos años. Esto puede ser de gran importancia para mí.

Un poco acre, el señor Fullerton contestó:

—En realidad, monsieur Poirot, no sé por qué ha venido a verme. Tampoco acierto a ver qué es lo que a usted le interesa de veras. No es posible que sospeche que pueda existir alguna relación entre la muerte de Joyce Reynolds y la de un joven de conducta un tanto rara que fue asesinado hace varios años.

—Las sospechas no pueden serlo todo —manifestó Poirot—. Lo que importa es averiguar más y más…

—En los asuntos que se refieran a crímenes, permítame que le diga que lo que interesa es dar con pruebas.

—Usted se habrá enterado, quizá, de que la chica muerta, Joyce, proclamó ante varios testigos que ella había tenido ocasión de presenciar un crimen.

—En un sitio como éste —repuso el señor Fullerton—, llegan a los oídos de uno todos los rumores que circulan por el lugar. También hay que dejar sentado que lo usual es que las habladurías vayan siendo cada vez más exageradas, hasta el punto de sentirse uno inclinado a rechazarlas, como absolutamente indignas de ser

creídas por una persona sensata.

—Cierto —corroboró Poirot—. Según tengo entendido, Joyce contaba trece años de edad. Los acababa de cumplir… Una niña de nueve es capaz de retener en su memoria cualquier episodio que haya presenciado: un accidente de tráfico, una riña con navajas en las sombras de una calle, la muerte de una profesora, estrangulada por un desconocido… Estas escenas originan una fuerte impresión en la mente de una criatura, que no se atreve a hablar de lo que ha visto, que se siente indecisa en lo tocante a su interpretación y significado, que convierte tales experiencias indirectas en materia de reflexión constante. El chico —o la chica—, puede llegar a olvidar las escenas en cuestión, hasta que más tarde sucede algo que lleva a recordar una de ellas o varias. ¿Conviene usted conmigo en que todo eso puede pasar, es bastante normal?

—¡Oh, sí, sí! Sin embargo… Sin embargo, me parece la suya una suposición… muy traída por los pelos.

—Si no recuerdo mal, creo que usted podría hablarme de cierto caso extraño, referente a la desaparición de una chica extranjera. Se llamaba Olga… o Sonia, no me acuerdo bien… ¿Cuál era su apellido?

—La chica se llamaba Olga Seminoff.

—No era una persona en quien se pudiese confiar sin más, ¿no es verdad?

—No.

—Fue señorita de compañía o doncella de la señora Llewellyn-Smythe, ¿no?, de quien hace unos momentos hemos estado hablando… La tía de la señora Drake…

—Sí. Habían ocupado el puesto anteriormente otras dos chicas. También extranjeras, por cierto. Con una de ellas se disgustó casi inmediatamente; la otra era amable y complaciente, pero estúpida a más no poder. La señora Llewellyn-Smythe, no estaba hecha precisamente para soportar a las personas necias. Olga, su última servidora, se acomodó, al parecer, perfectamente a su modo de ser. Si mi memoria no me falla, creo recordarla como una joven no dotada de atractivos fuera de lo común. Era de escasa estatura, rechoncha, más bien tenía unas maneras bruscas y a la gente del sector residencial no le cayó bien.

—En cambio, la señora Llewellyn-Smythe sentía auténtica debilidad por ella —sugirió Poirot.

—Se mostró muy apegada a la joven, sí… Hasta un punto rayano en la imprudencia, se vio luego.

—¡Ah, claro!

—Indudablemente —manifestó el señor Fullerton—, yo no le estoy diciendo a usted nada que no haya oído antes… Estos rumores se esparcen como un reguero de pólvora.

—Tengo entendido que la señora Llewellyn-Smythe dejó una gran suma de dinero a la muchacha.

—Una de las cosas más sorprendentes que podían suceder —declaró el señor Fullerton—. La señora Llewellyn-Smythe había mantenido fijas sus disposiciones testamentarias fundamentales durante muchos años. Lo único que hizo fue añadir a aquéllas algunos donativos o alterar ciertos legados que ya no tenían objeto, por el hecho de haberse producido determinadas defunciones. Quizá le esté refiriendo cosas que usted ya conoce, si es que se encuentra interesado por este asunto. El dinero de la anciana tenía que ir a parar a su sobrino, Hugo Drake, y a la esposa de éste, que además era su prima y sobrina también de la señora Llewellyn-Smythe. Si uno de ellos moría antes, el dinero iría a parar al superviviente. En el testamento se atendía a las necesidades de muchas instituciones benéficas y se recompensaba a algunos viejos servidores. Pero el documento que, según se alegó, contenía las últimas disposiciones, fue redactado tres semanas antes de su fallecimiento y no por nuestra firma, como el precedente. Tratábase de un codicilo escrito de su puño y letra. Incluía dos o tres donativos, menos que antes, y los viejos criados se quedaron sin nada. Lo que restaba de la considerable fortuna era cedido a Olga Seminoff, como muestra de gratitud por sus abnegados servicios y por el afecto con que había tratado a su señora. Tal medida resultaba extraordinariamente extraña. Nadie podía esperar semejante proceder de aquella dama…

—¿Qué pasó entonces? —inquirió Poirot.

—Tiene usted que haber oído comentarios sobre lo que ocurrió posteriormente. Los expertos en la materia dictaminaron que el codicilo en cuestión era una pura falsedad. La letra que figuraba en el documento se parecía a la de la señora Llewellyn-Smythe. Ya no

había más… A la anciana no le había agradado nunca la máquina de escribir, solicitando de Olga en numerosas ocasiones que le escribiera cartas muy personales imitando con la máxima perfección su letra. La joven había llegado a firmar los escritos con el nombre de su señora, con su rúbrica también. Había logrado una gran práctica en este aspecto. Al parecer, al morir la señora Llewellyn-Smythe la chica decidió dar un paso más adelante, creyendo que se hallaba en condiciones de hacer pasar un documento falso por auténtico. Pero a los peritos calígrafos no se les puede engañar fácilmente. Era imposible…

—¿Se adoptaron medidas para refutar enseguida legalmente el documento?

—Naturalmente. Por supuesto, produjéronse ciertas dilaciones inevitables. Hay trámites ineludibles en estos asuntos… Durante ese período de tiempo, la joven debió perder la serenidad, se puso nerviosa y, como le dije hace unos instantes, desapareció…

Capítulo XIII

CUANDO Hércules Poirot se hubo despedido, saliendo del despacho, Jeremy Fullerton se recostó en su sillón, tabaleando suavemente sobre el borde de la mesa con las yemas de sus dedos. Su mirada daba la impresión de haberse perdido en la lejanía, salvando el obstáculo material de los muros de la estancia… Fullerton se hallaba ensimismado, absorto en sus pensamientos.

Cogió un papel que tenía delante y paseó la mirada por él, pero sin llegar a leerlo. Oyóse entonces un leve zumbido. Era el intercomunicador.

—Diga, señorita Miles.

—El señor Holden se encuentra aquí.

—Sí. Yo creo que ha llegado con tres cuartos de hora de retraso… ¿Ha justificado éste? Sí, sí. Es la misma excusa que dio la última vez. Deseo que le diga que he tenido que atender a otro cliente y que ahora ando muy escaso de tiempo. Cítele para la semana próxima. Estas cosas no pueden repetirse una y otra vez.

—Sí, señor Fullerton.

Éste cortó la comunicación, contemplando fijamente el documento que tenía delante. Seguía sin leerlo. Su mente repasaba algunos acontecimientos pertenecientes al pasado. Dos años… Habían transcurrido casi dos años… Y ahora, aquella mañana, se presentaba en su despacho aquel hombrecillo de los brillantes

zapatos de cuero y gran bigote, haciéndoselo recordar todo, formulándole todas aquellas preguntas…

Estaba repasando mentalmente una conversación que había tenido lugar casi dos años atrás.

Volvió a ver, sentada en el sillón que había delante de la mesa, la figura de una joven de escasa estatura, rechoncha, de aceitunada piel, de generosa boca, con los labios de un tono rojo oscuro… Evocó sus salientes pómulos y la fiereza de sus azulados ojos, hundidos bajo unas cejas pobladas. Era la de la chica una faz apasionada, un rostro lleno de vitalidad, un rostro que revelaba haber conocido el sufrimiento, del que nunca se separaría su dueña, quizá, pero que ésta jamás aprendería a aceptar. Tratábase de una mujer que lucharía y protestaría hasta el fin. ¿Dónde se encontraría en aquellos momentos?, se preguntó Fullerton. De una manera u otra, ella se las había arreglado para… ¿Qué era lo que había conseguido exactamente? ¿Quién la había ayudado? ¿Había hallado alguna mano amiga en realidad? Tenía que haber una contestación afirmativa para esta pregunta…

Suponía que se encontraría de vuelta a alguno de aquellos avisperos humanos de Europa Central, de donde procedía y a cuya tierra pertenecía. Había tenido que regresar allí porque no le quedaba otra salida. A menos que hubiese preferido perder por completo su preciada libertad.

Jeremy Fullerton era un defensor acérrimo de la ley. Creía en ella. Despreciaba a los numerosos magistrados de su tiempo que se inclinaban por las sentencias tibias, que aceptaban pasivamente ciertas situaciones que convenía atajar de raíz. Fullerton pensaba en los estudiantes que se dedicaban a robar libros, en las jóvenes casadas que practicaban la sustracción de artículos de los supermercados, en las chicas que hurtaban pequeñas cantidades a sus patronos, en los muchachos que destrozaban cabinas telefónicas… Ninguno de estos personajes actuaba impulsado por la necesidad; ninguno de ellos podía considerarse un desesperado. La mayor parte de tales personas procedían de aquel modo por la excesiva indulgencia con que habían sido educadas. Y se creían sinceramente en el derecho que les asistía a tomar por las buenas lo qué sus bolsillos no podían proporcionarles. Pero además de su fe

en la justicia, el señor Fullerton albergaba en su pecho otro sentimiento: el de la compasión. Le apenaban profundamente los reveses del prójimo. Sentía lo de Olga Seminoff. Y mucho. Sí. Pese a no aceptar los apasionantes argumentos que ella expuso en defensa propia.

—He venido a verle para solicitar su ayuda. Pensé que usted querría ayudarme. El año pasado fue usted muy amable conmigo. Me facilitó los trámites legales que habían de permitirme permanecer un año más en Inglaterra. Se me ha dicho: «Usted no tiene por qué contestar necesariamente a las preguntas que le formulen. Puede estar representada por un abogado». Es por lo que he venido aquí…

—Las circunstancias han cambiado —manifestó el señor Fullerton, recordando la sequedad, la frialdad con que pronunciara aquellas cuatro palabras—. No es lo mismo ahora. En este caso yo no me encuentro en libertad para actuar en su nombre legalmente. Represento ya a la familia Drake. Como usted sabe, soy desde nace tiempo el abogado de la señora Llewellyn-Smythe.

—Pero… ella murió ya. Y por el hecho de estar muerta no necesita de los servicios de ningún abogado.

—La señora Llewellyn-Smythe la apreciaba a usted mucho.

—En efecto. Es lo que he estado indicándole a usted. Ésa es la causa de que ella deseara dejarme su dinero.

—¿Todo su dinero?

—¿Y por qué no? ¿Por qué no? No sentía mucha inclinación por sus parientes más cercanos.

—Está usted en un error: quería mucho a sus sobrinos.

—Puede que sintiese algún aprecio por el señor Drake. La señora Drake, en cambio, no le decía nada. La encontraba muy pesada. La señora Drake se metía en todo. No permitía hacer a la señora Llewellyn-Smythe nada de lo que le agradaba. No le dejaba, por ejemplo, comer lo que a la anciana le apetecía más.

—Es una mujer consciente de sus obligaciones, quizás, e intentaba, probablemente, que su tía se ajustase a las instrucciones del médico en cuanto a su dieta, procurando, por otro lado, que no hiciese demasiado ejercicio físico y otras cosas que no favorecían en lo más mínimo su salud.

—Las personas no siempre desean atenerse estrictamente a las instrucciones del doctor. Muchas veces, su aspiración máxima es que no las importunen sus parientes. Es muy corriente que a la gente le guste vivir su vida, hacer lo que se le antoje, disfrutar de lo que la atrae más. La anciana tenía mucho dinero. ¡Podía conseguir lo que le pasara por la cabeza! Era rica. Era rica, rica, rica, y podía hacer lo que le diera la gana con su dinero. El señor y la señora Drake poseen ya bastante capital. Tienen una hermosa casa, buenas ropas, dos coches… Son gente acomodada. ¿Por qué ese afán de tener todavía más?

—Eran los únicos parientes de la anciana…

—Ella quería que yo disfrutase de su dinero. Yo le había inspirado siempre mucha compasión. Sabía perfectamente las pruebas por las cuales había pasado. Estaba enterada de que mi padre había sido detenido por la policía de mi país, para ser deportado posteriormente. Mi madre y yo no volvimos a verlo. Luego, le llegó el turno a mi madre… ¡Y cómo murió! Más tarde, murieron todos los miembros de la familia. Es terrible, terrible, todo lo que he tenido que soportar. Usted no tiene idea de lo que es vivir en un estado policíaco. Yo sé perfectamente lo que es esto. ¡Oh! Usted se encuentra de parte de la policía. Usted no está a mi lado.

—Yo no puedo estar a su lado, compréndalo —contestó el señor Fullerton—. Lamento muchísimo todo lo que le ha sucedido, pero creo que usted misma se lo buscó.

—¡Eso no es verdad! No es cierto que yo haya hecho algo que no debí hacer. ¿Cuál ha sido mi conducta? Fui amable con la señora Llewellyn-Smythe; me mostré complaciente con ella… Le proporcioné cosas que el médico le había prohibido que comiera. Chocolate y mantequilla, por ejemplo. El doctor insistía en que debía ceñirse a las verduras en su dieta. Era demasiado monótono. La apetecía especialmente la mantequilla. No quería que le faltase mantequilla en ningún momento.

—No se trata solamente de eso —declaró el señor Fullerton.

—La cuidé a conciencia. Fui complaciente con ella. Y la señora, lógicamente, se mostró agradecida. Y luego, cuando ella murió y me enteré de que a causa de su afecto y agradecimiento había redactado un documento por el que me cedía todo su dinero, los

Drake hicieron acto de presencia, asegurando que aquél no iba a ser para mí. Me dijeron todo lo que les pasó por la cabeza. Me dijeron que había influido astutamente en la anciana, para que me favoreciese. Y cosas peores. Mucho peores. Llegaron a asegurar que yo había redactado el testamento. ¡Tonterías! Fue ella quien lo escribió. Ella, sí. La señora me ordenó después que saliera de la habitación. Llamó a la mujer de la limpieza y a Jim, el jardinero. Les dijo que tenían que firmar el papel… No era yo quien tenía que estampar mi firma al pie a causa de que el dinero iba a parar a mí. ¿Y por qué no? ¿Por qué no había de haber en mi vida una racha de buena suerte, un poco de felicidad? La cosa me pareció maravillosa. ¡Cuántos proyectos para el futuro forjé al enterarme de aquello!

—Es natural, es natural…

—¿Y por qué no había de concebir yo mis planes? ¿Por qué no había de alegrarme de todo aquello? Voy a ser feliz. Y rica. Y tendré todas las cosas que tanto he ansiado poseer en la vida. ¿Hice yo algo malo? Nada. Tengo que repetírselo: *nada*.

—He intentado hacerle ver ciertos extremos…

—Se me ha dicho que yo he mentido. Se me ha dicho que yo fui la autora del documento. No es cierto que lo redactara yo. Fue *ella* quien lo escribió. Nadie puede sostener lo contrario.

—Son muchas las afirmaciones que ha hecho cierta gente —declaró el señor Fullerton—. Y ahora, escúcheme… Cese en sus protestas y preste atención a lo que voy a indicarle. ¿Verdad que la señora Llewellyn-Smythe, en las cartas que usted escribió en nombre suyo, quiso que imitara fielmente su escritura? Esto sucedía porque estimaba que corresponder a las cartas de sus amistades con textos mecanografiados era una desatención, delatadora de la existencia de un afecto más bien superficial. He aquí una creencia que arranca de los días victorianos. Hoy en día nadie se preocupa por el hecho de recibir cartas escritas a mano o mecanografiadas. ¡Ah! Pero la señora Llewellyn-Smythe consideraba la misiva escrita a máquina una descortesía. ¿Usted entiende lo que le estoy diciendo?

—Naturalmente que lo entiendo. Pero me lo pedía ella… Me decía: «Olga: hazme el favor de contestarme esas cuatro cartas en el tono que te he indicado. Traduce las notas taquigráficas que

tomaste y haz que la letra de las cartas se parezca lo más posible a la mía propia». La señora llegó a aconsejarme que practicara; haciéndome fijar en su modo de trazar la a, la be, y la s… «Esta treta dará resultado, querida Olga —me dijo mi señora—, siempre que tu imitación sea buena y puedas firmar incluso con mi nombre. Pero tampoco quiero que la gente me suponga incapaz de escribir mis misivas… Lo malo es que, como tú sabes, el reumatismo de mi muñeca se va acentuando día tras día. Progresivamente, hallo más y más dificultades cuando quiero coger la pluma… En fin, no quiero que mientras pueda evitarlo salgan de esta casa mis cartas personales mecanografiadas».

—Usted pudo haber escrito las cartas con su escritura normal —manifestó el señor Fullerton—. Luego con poner al pie dé las misivas alguna fórmula clásica, como la de «por orden» u otra por el estilo, asunto concluido.

—La señora no quería que hiciese eso. Deseaba que las personas a quienes iban destinadas las cartas pensasen que las había escrito ella misma.

Y eso, pensó el señor Fullerton, podía ser verdad. El detalle encajaba perfectamente en la manera de ser de la señora Llewellyn-Smythe. La anciana se había quejado siempre de no poder hacerse sus cosas, de tener que delegar ciertos menesteres en otras personas. No se había resignado tampoco ante la prohibición de los largos paseos, de las prolongadas excursiones por la campiña, que tanto le habían agradado. Se lamentaba de la torpeza de sus manos, de la derecha especialmente. Le gustaba repetir: «Me encuentro bien, perfectamente bien y puedo hacer todo lo que de veras me proponga».

Sí. Lo que Olga le estaba diciendo era indudablemente cierto. Debido a ello, precisamente había sido aceptado al principio, sin la menor desconfianza, el codicilo que prolongaba el último testamento, adecuadamente redactado y firmado por la señora Llewellyn-Smythe. El señor Fullerton reflexionó que había sido en su despacho donde nacieran las primeras sospechas, debido a que él y su joven socio conocían muy bien la letra de la anciana. Fue el joven Cole quien comentó:

—Me cuesta trabajo creer que haya sido la señora Llewellyn-

Smythe la autora de este codicilo. Sé que últimamente padecía mucho de artritis… Compare esa letra con la de los otros documentos que acabo de sacar de entre sus papeles. En este codicilo hay algo muy extraño.

El señor Fullerton se mostró de acuerdo con su socio. Se pensó entonces en el juicio de los peritos calígrafos. La contestación no había dejado lugar a dudas. Habiendo sido solicitada la opinión de otros por separado, todo se mantuvo igual. La letra del codicilo no era la de la señora Llewellyn-Smythe. El señor Fullerton pensó que si Olga hubiese sido menos codiciosa, no obstante, si se hubiese limitado a conseguir —«En virtud del gran cariño y atención con que me ha tratado, por la solicitud con que atendió todos mis deseos, dejo a…»— una buena suma de dinero como donativo, los parientes de la difunta podían haber considerado aquélla excesiva, quizá, pero habrían optado por aceptarla, sin más rodeos, ni complicaciones desagradables. Ahora bien, aquello de suprimir a los parientes radicalmente… Después de todo, el sobrino había sido siempre el heredero principal en los últimos cuatro testamentos que la anciana dictara en los veinte años transcurridos. Una extraña, en fin de cuentas, Olga Seminoff, se convertía por efecto de aquel papel en la dueña de todos los bienes de su señora. No. Nadie podía pensar que ésta hubiese sido la última voluntad de la fallecida, Louise Llewellyn-Smythe.

Hablóse inmediatamente de supuestas coacciones. Desde luego, había sido evidente la ambición de la joven. Cabía la posibilidad de que la señora Llewellyn-Smythe hubiese anunciado a su servidora que pensaba dejarle algún dinero para recompensarla por su afecto, por sus amabilidades, por su devoción. No en balde había hecho todo lo que le pidiera. Incluso ciertas cosas que no le convenían… Esto sería, tal vez, como una revelación para Olga. La chica pensó entonces que podía tenerlo todo, que todo podía ir a parar a sus manos: dinero, la casa, las ropas, las joyas. Todo. Era una mujer muy codiciosa. Luego, había pasado lo que tenía que pasar, ineludiblemente.

Y el señor Fullerton, en contra de su voluntad, contra sus instintivos deseos de justicia y muchas más cosas, sintióse compadecido. Aquella muchacha le inspiraba una gran piedad.

Había empezado a sufrir de niña, había conocido los rigores del estado policíaco, perdiendo a sus padres, y luego a un hermano y una hermana. Nada más echar a andar por el mundo supo lo que eran las injusticias y el temor. Todo esto había marcado su existencia, favoreciendo la aparición de una desmesurada codicia.

—Todo el mundo va contra mi —dijo Olga—. Todo el mundo, sí. Todos ustedes me atacan. No son justos conmigo, por el hecho de ser una extranjera, por el hecho de no ser de este país, porque no sé en realidad qué debo decir ni qué hacer. ¿Qué es lo que puedo hacer yo aquí, en las presentes circunstancias? ¿Por qué se niega a informarme sobre el particular?

—Es que yo no creo que tenga usted muchas salidas —respondió el señor Fullerton—. Creo que lo que más le conviene es sincerarse, no dar más vueltas a la cosa…

—Si yo digo lo que usted me aconseja que diga no revelaré más que mentiras, no declararé la verdad. El testamento válido fue obra de la señora. Lo redactó ella… Me ordenó que saliera de la habitación en que se encontraba mientras los otros firmaban al pie del documento.

—Sepa que esgrimirán pruebas contra usted. Hay personas que dirán que muy a menudo la señora Llewellyn-Smythe no sabía lo que firmaba. Manejaba a veces varios papeles a un tiempo y no siempre releía los textos que se le ponían delante.

—Bien. Entonces no sabía ni lo que se decía…

—Mi querida amiga —contestó el señor Fullerton—: sus mejores esperanzas radican en el hecho de ser en este país una extranjera y en el de conocer el idioma inglés de una forma más bien rudimentaria. Por tal motivo, podría salir del trance con una condena de poca importancia…, o dejada en libertad vigilada…

—¡Oh! ¡Palabras! ¡Sólo palabras! Lo más seguro es que acabe ingresando en cualquier prisión para no recuperar la libertad jamás.

—Ahora empieza usted a decir insensateces —señaló el señor Fullerton.

—Sería mejor, seguramente, que huyese, escondiéndome en cualquier parte, de suerte que nadie pudiera ya dar conmigo.

—En cuanto circulase una orden decretando su detención, darían con usted.

—En modo alguno, si yo me decidiese a actuar con la máxima rapidez. O si diese con alguien que me ayudara. Lo de huir no es ninguna utopía. Podría salir de Inglaterra. Por vía marítima o aérea. No me costaría trabajo localizar a alguien que se dedicase a falsificar pasaportes y visados u otros papeles necesarios. ¿Por qué no he de encontrar una persona que se decida a hacer algo por mí? Tengo amigos. Hay gente que me aprecia. Alguien podría ayudarme a desaparecer de aquí. Es lo que necesito… Podría disfrazarme. ¿Por qué no hacerme pasar por una mujer inválida, por ejemplo?

El señor Fullerton se había puesto serio al llegar la conversación a este punto.

—Mire, Olga… Yo siento mucho todo lo que sucede. La recomendaré a un abogado, quien hará cuanto esté en su mano para favorecerla. No tiene que pensar en desaparecer de la noche a la mañana. Ahora habla como una niña.

—Dispongo de bastante dinero. Siempre he procurado ahorrar, cuando mi situación me lo ha permitido —Olga Seminoff hizo una pausa, agregando—. Usted ha intentado mostrarse complaciente conmigo. Sí. Creo que no me equivoco… Pero no hará nada por mí prácticamente… No obstante, yo encontraré a alguien que me ayude de una manera efectiva. Seguro que lo encontraré. Y me esfumaré. Iré a parar allí donde nadie pueda localizarme nunca.

El señor Fullerton se dijo que, desde luego, nadie había dado con ella. Habíase preguntado en muchas ocasiones dónde estaba, dónde podría estar…

Capítulo XIV

Ya en «Apple Trees», Hércules Poirot fue introducido en el cuarto de estar. Le dijeron que la señora Drake no tardaría en hacer acto de presencia allí.

Al deslizarse por el vestíbulo oyó un rumor de voces femeninas al otro lado de una puerta que resultó ser la del comedor.

Poirot cruzó el saloncito de estar, acercándose a la ventana, desde la cual inspeccionó el limpio y grato jardín que rodeaba la vivienda. Estaba bien atendido, evidentemente. Había un orden en su vegetación. Sobrevivían allí plantas de otoño, cuidadosamente sostenidas por varitas colocadas de un modo estratégico. Los crisantemos no habían renunciado del todo a la vida. Y había alguna que otra valiente rosa que contemplaba con desdén la llegada inminente de la época más cruda del invierno.

Poirot no logró dar con ningún indicio revelador de la presencia, incluso en actividades preliminares, de un especialista en jardinería, de un profesional. Todo aquí era convencional. Se preguntó si la señora Drake había sido demasiado fuerte para Michael Garfield. Habría extendido sus cebos en vano. Allí no había más que un jardín suburbano maravillosamente atendido.

Abrióse la puerta de la estancia.

—Lamento haberle hecho esperar, monsieur Poirot —dijo la señora Drake.

Afuera en el vestíbulo, el rumor de voces era cada vez más débil. Varias personas salían de la casa.

—Nos hemos estado ocupando de las fiestas navideñas en nuestra iglesia —explicó la señora Drake—. Acabamos de celebrar la reunión de costumbre por esta época. Hay que anticiparse, ya se sabe. Los preliminares suelen durar más que las fiestas en sí, desde luego. Siempre surge alguien que pone peros a cualquier proyecto… También se da en ocasiones con la persona que aporta la idea más provechosa… aparentemente. Y es que la mejor idea resulta ser casi siempre la más irrealizable.

Había un tono ligeramente agrio en aquellas palabras. Poirot se imaginaba sin esfuerzo a Rowena Drake rechazando conceptos, tachándolos de absurdos, con firmeza, sin apelación. Deducía de las observaciones formuladas por la hermana de Spence y de las sugerencias más o menos veladas de otras personas, que Rowena Drake era una mujer dominante, un ser que instintivamente se ponía al frente de todo, sin llegar a conquistar nunca el afecto de sus colaboradores. Poirot se dijo también que las cualidades positivas que tuviese no eran las más indicadas para ser apreciadas por un pariente de más edad y psicología semejante. La señora Llewellyn-Smythe había ido a vivir a aquel lugar para estar cerca de su sobrino y de la esposa de éste. Seguramente, ella habíase dedicado a fiscalizar todos los movimientos y decisiones de la anciana, supervisando hasta las cosas más nimias sin hallarse dentro de la casa. La señora Llewellyn-Smythe había reconocido, probablemente, que debía mucho a Rowena, pero lamentaba al mismo tiempo sus modales, tan bruscos.

—Bueno, ya se han ido todas —comentó Rowena Drake al oír el ruido de una puerta al cerrarse—. ¿En qué puedo servirle? ¿Quiere saber algo más acerca de la terrible reunión de la víspera de Todos los Santos? Ojalá no la hubiéramos celebrado nunca aquí. Pero es que no había ninguna otra casa que reuniera mejores condiciones… ¿Sigue la señora Oliver en casa de Judith Butler?

—Sí. Creo que dentro de uno o dos días emprenderá el regreso a Londres. ¿No la conocía de antes?

—No. Sus libros me gustan mucho.

—Me parece que goza de muy buena reputación como escritora

—indicó Poirot.

—Lo es, lo es, indudablemente. Resulta también una persona encantadora. Tiene ideas propias… ¡Oh! ¿Posee alguna referencia a la posible identidad del misterioso autor de la muerte de la pequeña Joyce?

—Yo creo que no. ¿Y usted, señora Drake?

—Ya le contesté negativamente con anterioridad.

—Bueno, ya sé… Sin embargo, cabe la posibilidad ahora de que se le haya ocurrido una idea, una idea apenas esbozada, formada a medias…

—¿Y por qué ha de inclinarse usted a pensar eso?

Rowena Drake miró a su interlocutor fijamente, con curiosidad.

—Usted pudiera haber visto algo, algo menudo y carente de importancia para otra persona quizá, pero muy significativo a sus ojos…

—Usted, monsieur Poirot, debe estar pensando en una cosa concreta, en un incidente bien definido.

—He de admitir que sí. Se trata de algo que me comunicó una persona.

—¿De veras? ¿Quién?

—La señora Whittaker, una de las profesoras del colegio local.

—¡Oh, sí, claro! Elizabeth Whittaker. Es la profesora de matemáticas de «Los Olmos», ¿verdad? Recuerdo que estuvo en nuestra reunión. ¿Y es que vio algo de particular?

—No se trata de que ella viera algo… La señorita Whittaker piensa que la que vio algo, quizá fue usted.

La señora Drake pareció sorprendida, moviendo la cabeza.

—No acierto a recordar nada que… —contestó—. Pero, en fin, nunca se sabe…

—Es algo que tuvo que ver con un jarrón de flores —manifestó Poirot.

—¿Un jarrón de flores? —el gesto de Rowena Drake era de desconcierto. Finalmente, dejó de fruncir el ceño—. ¡Oh! Ya sé… Sí, había un gran jarrón de hojas de otoño y crisantemos en la mesa, en las escaleras. Tratábase de un jarrón precioso. Era uno de los regalos que me hicieron cuando mi boda. Las hojas parecían estar un tanto marchitas, así como algunas de las flores. Recuerdo

haberlo notado al pasar por allí… Fue hacia el final de la reunión, creo, pero, no estoy segura… Me pregunté por qué ofrecía aquel aspecto el jarrón y al introducir mis dedos en él advertí que algún estúpido o estúpida no se había acordado de poner un poco de agua después de haber arreglado el conjunto. Me enfadé mucho… Entonces me trasladé al cuarto de aseo, y llené el jarrón de agua. Pero ¿qué podía haber visto yo en el cuarto de aseo? No había nadie allí. Estoy segura de eso. Creo que una pareja o dos integradas por chicos y chicas de los mayores habían estado tomándose algunas familiaridades en el curso de la reunión… No obstante es cierto que allí no había nadie cuando entré con el jarrón.

—No, no… Yo no me estaba refiriendo a eso —declaró Poirot—. Tengo entendido que allí se produjo un incidente. Me consta que el jarrón resbaló entre sus manos, cayendo al suelo del vestíbulo, donde se hizo añicos.

—¡Oh, sí! —contestó Rowena—. Se hizo pedazos, en efecto. La cosa me afectó bastante porque, ya se lo he dicho, el jarrón era uno de mis regalos de boda. Era además, muy bello y apropiado para los ramos de otoño… Fue una estupidez mía. Sentía que mis dedos resbalaban por la superficie del jarrón, que se estrelló contra el piso del vestíbulo. Elizabeth Whittaker se hallaba por allí. Me ayudó a recoger los fragmentos… Quisimos evitar que alguien resbalase por culpa de los trozos de cristal. Acabamos dejando éstos junto al reloj de caja que se encuentra en un rincón del *hall*. Yo abrigaba, naturalmente, la intención de retirarlos de aquel lugar más adelante.

La señora Drake miró inquisitivamente a Poirot.

—¿Era ése el incidente a que usted deseaba referirse?

—Sí —contestó sencillamente Poirot—. La señora Whittaker se preguntó, me parece, por qué había dejado usted caer el jarrón. Ella se imaginó que lo más probable era que algo le hubiese producido en aquellos instantes un fuerte sobresalto.

—¿Un sobresalto? —Rowena Drake miró atentamente a su interlocutor, frunciendo de nuevo el ceño como si se esforzase en reflexionar—. Creo que no hubo nada que me sobresaltara. ¿A usted no se le ha escapado nunca, así, por las buenas, nada de las manos?

Esta experiencia se vive frecuentemente cuando una se halla muy fatigada. Yo lo estaba en aquellos instantes. Los preparativos de la reunión, la organización de la misma… Ya se sabe. Todo marchaba bien. Fue una de esas torpes acciones inevitables cuando una se siente verdaderamente cansada.

—¿No hubo nada que la sobresaltara? ¿Está segura de ello? ¿No vio nada inesperado?

—¿Que si vi…? ¿Dónde? ¿En el vestíbulo? No, no vi nada, monsieur Poirot. El vestíbulo se hallaba desierto a causa de que todo el mundo presenciaba el «Snapdragon», con la excepción, desde luego, de la señorita Whittaker. Puedo aventurar incluso que no advertí la presencia de la señorita Wnittaker hasta el momento en que ella se me acercó para ofrecerme su ayuda.

—¿No vio usted a nadie saliendo de la biblioteca?

—Saliendo de la biblioteca… Ya sé lo que quiere usted decir. Sí, claro. Pude distinguir a alguien allí —la señora Drake hizo una larga pausa. Seguidamente, dirigió a Poirot una expresiva mirada—. Yo no vi a nadie salir de la biblioteca… A nadie en absoluto…

Poirot se rascó la barbilla, reflexivo.

La forma de hablar suscitó en su mente la sospecha de que ella no estaba diciendo la verdad. Lo más lógico era pensar que ella no era sincera… Tenía que haber visto alguien o algo… Tal vez hubiese abierto la puerta un poco… quizás hubiese entrevisto la figura de alguna persona, todavía dentro de la otra estancia…

Pero en su negativa, la señora Drake se notaba muy firme. ¿A qué venía tanta firmeza? ¿Acaso la persona que viera en el momento crítico figuraba, a su juicio, entre las que, sin ningún género de dudas no habían tenido nada que ver con el crimen cometido al otro lado de la puerta? Podía tratarse de alguien que ella apreciara, de alguien —esto era sumamente probable—, a quien Rowena deseaba proteger a toda costa. Cabía pensar en alguien que no hubiese dejado todavía muy atrás la niñez, en alguien que ella no juzgara consciente del todo de la significación del terrible suceso…

Poirot juzgaba a Rowena Drake una persona áspera, pero íntegra. La comparaba mentalmente con otras mujeres de su corte, mujeres que eran a menudo magistrados o que regentaban concejos

o fundaciones benéficas, «que se interesaban en lo que se ha dado en llamar «buenas obras». Tales mujeres solían sacar el máximo provecho de las circunstancias, hallándose dispuestas, cosa bastante extraña, a formular excusas para justificar especialmente a los jóvenes delincuentes. Un chico adolescente, una muchacha retrasada mental. Alguien, quizá, que ya había estado, de acuerdo con la frase conocida, «bajo tutela».

Si a ese tipo de personas pertenecía aquélla que viera asomar por la puerta de la biblioteca, cabía pensar en que, inmediatamente, había entrado en juego el instinto protector de Rowena Drake. En los tiempos que corrían no constituía una novedad, por desgracia, que los niños cometieran crímenes. Había habido en esos casos chicos de siete, de nueve años… Muy a menudo, resultaba tremendamente difícil dilucidar el camino a seguir con aquellos criminales naturales, al parecer, con los que desfilaban ante los tribunales que se ocupaban de la delincuencia juvenil. Había que especificar pretextos para defenderlos. Era preciso hablar de hogares deshechos, de padres negligentes, nada adecuados a su temperamento. Pero la gente que hablaba con más vehemencia de ellos, que argüía todas las excusas utilizables en mayor o menor grado, era gente del tipo de Rowena Drake, una mujer intransigente y severa…, salvo en esos casos.

Poirot no estaba conforme con aquel modo de proceder. Él era un hombre que pensaba ante todo en la justicia. Recelaba a la hora de enjuiciar los efectos beneficiosos de la tolerancia excesiva. Recordaba que, lo mismo en Bélgica que en aquel país, la misericordia exagerada se había traducido en nuevos crímenes, de los que resultaron víctimas inocentes que no tenían por qué haberlo sido si a todo se hubiese antepuesto la justicia, dejando la piedad como término secundario.

—Ya, ya —murmuró Poirot.

—¿Y no ha pensado usted en la posibilidad de que la señora Whittaker hubiese visto entrar a alguien en la biblioteca? —sugirió la señora Drake.

Poirot se mostró interesado por aquella idea.

—¡Ah! ¿Usted cree que puede haber ocurrido semejante cosa?

—Se me antoja, simplemente, una posibilidad. Ella pudo haber

visto entrar en la biblioteca a alguien, digamos que unos cinco minutos antes… Luego, al caérseme de las manos el jarrón, es posible que se imaginara que yo llegué a distinguir a la misma persona. Quizás ella no quiera decir nada que pueda apuntar, injustamente tal vez, a alguien que sólo vio a medias, por lo que no está segura de nada… La espalda de una niña o de un chico dicen bien poco…

—Usted, madame, cree, ¿verdad?, que fue una chica… o un chico, un adolescente, tal vez… Cierto que no se halla en condiciones de puntualizar, pero se inclina a pensar que el crimen a que indirectamente nos estamos refiriendo fue cometido por alguna persona joven, ¿no?

La señora Drake consideró este extremo detenidamente.

—Pues sí —respondió por fin—. Supongo que sí… No me había detenido a reflexionar sobre este punto. En nuestros días hay mucha delincuencia juvenil. Los jóvenes no se dan cuenta en muchas ocasiones de lo que hacen; desean ardientemente vengarse de no se sabe qué; se hallan impulsados por un instinto de destrucción. Fíjese en esos muchachos que destrozan las cabinas telefónicas, en los que rajan con navajas los neumáticos de los coches… A veces atacan también a las personas… No odian a nadie en particular; sienten odio por el mundo. Es el símbolo de la época que nos ha tocado vivir. Al enfrentarse con el cadáver de una criatura ahogada en el curso de una alegre reunión sin móviles aparentes, una no tiene más remedio que pensar en su autor, o autora, que no es totalmente responsable de sus acciones. ¿No reconoce usted conmigo que… que ahí hay una posibilidad que no debe perderse de vista en ningún instante?

—Creo que la policía comparte su opinión… O la ha compartido…

—Esa gente sabrá a qué atenerse. Tenemos muy buenos agentes de policía en este distrito. Su actuación ha sido muy meritoria con ocasión de ciertos sucesos ya pasados. Son muy competentes y no se dan por vencidos así porque sí. Me inclino a pensar que acabarán dando con el autor de este crimen, si bien me figuro que no lo localizarán rápidamente. Necesitarán días y más días, dedicados pacientemente a la búsqueda de pruebas.

—Estas pruebas, madame, serán muy difíciles de hallar.

—Sí. Supongo que sí. Cuando mi esposo murió… Era un lisiado, ¿sabe usted? Cruzaba la carretera y un coche se precipitó sobre él. No se encontró jamás la persona responsable del accidente. Usted sabrá, quizá, que mi marido era víctima de la polio… Sufría de una paralización parcial de sus miembros desde hacía seis años. Había mejorado bastante, pero continuaba siendo un impedido y tenía que costarle forzosamente mucho trabajo evitar un vehículo que se le viniera encima de un modo inesperado. Me sentí culpable, en su día… Él insistía en salir solo, sin nadie que le acompañara. Rechazaba los buenos oficios de una enfermera o de una esposa que se prestara a desempeñar el papel de ésta. Pero tomaba siempre las máximas precauciones cuando se disponía a cruzar una calzada. Claro, sucede que cuando se presenta una desgracia de éstas los que se hallan alrededor de la víctima no cesan de formularse reproches…

—¿Ocurrió esto a raíz de la muerte de su tía?

—No. Ella falleció poco después. Los acontecimientos, gran número de veces, se precipitan de una manera extraña, ¿eh?

—Cierto —confirmó Hércules Poirot, que inquirió a continuación—. ¿No fue capaz la policía en su día de dar con el coche que atropello a su esposo?

—El vehículo era un «Grasshopper Mark 7», me parece recordar… Uno de cada tres coches de los que circulaban entonces por la carretera pertenecían a esa marca. Me dijeron que era el automóvil más popular del mercado. Los agentes alegaron que había sido robado en Market Place, dentro de Medchester. Hay allí una zona de estacionamiento de turismos. Era propietario del coche un tal señor Waterhouse, viejo comerciante de semillas de Medchester. El tal señor Waterhouse era un conductor prudente, poco amigo de las grandes velocidades. No había sido él, desde luego, el autor del atropello. Evidentemente, se trataba de uno de esos episodios corrientes de robos de automóviles en que se ejercita nuestra juventud actual, estos negligentes muchachos, estos despreocupados jóvenes, habrían de ser juzgados, creo yo, con más severidad…

—Lo oportuno sería una prolongada estancia en prisión, quizá.

La multa, que por añadidura suele ser pagada por los parientes más próximos, siempre indulgentes, no produce ningún efecto, normalmente, no les causa la más leve impresión.

—Hay que tener presente —añadió Rowena Drake—, que esos jóvenes se hallan en un momento crítico de sus vidas, en que resulta de vital importancia proseguir los estudios emprendidos, si es que desean abrirse paso en el mundo…

—«La vaca sagrada de la educación» —dijo Hércules Poirot—. He aquí una frase que he oído en labios de personas que debieran saber vigilar sus expresiones… Se trata de gente que ocupa puestos académicos de cierta responsabilidad.

—Y que no da con las soluciones urgentes que se requieren.

—Es posible que usted sea partidaria de otra acción, aparte de la recomendada de privación de libertad…

—A nuestra juventud hay que imponerle un tratamiento adecuado de aplicación inmediata —manifestó Rowena Drake con firmeza.

—¿Y usted cree que tal proceder nos permitirá siempre dar con escondidos tesoros? ¿No piensa, como muchos, que cada ser humano tiene su destino trazado?

La señora Drake adoptó una expresión dubitativa. Daba la impresión ahora de sentirse a disgusto frente a Poirot.

—Me he referido al fatalismo árabe —aclaró Poirot.

La señora Drake miró fríamente a su interlocutor.

—Espero —manifestó— que no lleguemos a organizar nuestras vidas a base de extraer nuestros ideales del Oriente.

—Uno tiene que aceptar los hechos tal como son —contestó Poirot—. Uno de estos hechos es el expresado por los modernos biólogos. Estoy refiriéndome a los biólogos occidentales —se apresuró a agregar—. Al parecer, se ha sugerido que la raíz de nuestra personalidad arranca de la genética propia. Es decir, que un criminal de veinte años era ya un asesino en potencia cuando contaba dos o tres… En otro sentido, lo mismo puede afirmarse de un genio de las matemáticas o de la música…

—No estamos hablando de criminales —alegó la señora Drake—. Mi esposo murió a consecuencia de un accidente. Fue un accidente causado por una persona descuidada, mal ajustada emocionalmente.

Fuese un muchacho o un joven el conductor del vehículo, cabe siempre la esperanza de que se llegue a asimilar la creencia de que constituye un deber considerar al prójimo. Hay que orientar a los adolescentes, hacerles ver que una negligencia puede ser criminal, aunque no exista una intención de tipo censurable.

—¿Usted está convencida entonces de que en el accidente de que fue víctima su esposo no hubo una intención criminal?

—Lo dudo, al menos —la señora Drake dio muestras de hallarse ligeramente sorprendida—. Yo no creo que la policía llegara a considerar en serio tal posibilidad. Yo no, desde luego. Fue un accidente, como tantos otros que ocurren todos los días. Fue un trágico accidente que alteró varias vidas, entre las cuales figuraba en primer lugar la mía.

—Usted ha dicho que no estábamos hablando de criminales —dijo Poirot—. Pero en el caso de Joyce es distinto… Aquí no hubo ningún accidente. Fueron unas manos ignoradas las que, con plena deliberación por parte de su dueño o dueña, mantuvieron la cabeza de la niña sumergida en el agua del cubo. Así hasta que se presentó la muerte. Fue un intento deliberado de asesinato, coronado por el éxito.

—Lo sé, lo sé. Y es terrible. No me gusta pensar en ese desgraciado episodio. No quiero que me lo recuerden.

La señora Drake se levantó, paseando de un lado para otro muy nerviosa. Poirot continuó hablando, despiadadamente.

—Nos enfrentamos aquí a otra cosa: hemos de averiguar el móvil…

—Yo creo que un crimen de esta clase puede carecer de móvil.

—¿Alude a la posibilidad de que haya sido cometido por un perturbado mental, por alguien que disfrute sólo con ver morir a un semejante?

—Hemos oído hablar de estos casos, todos. Resulta difícil de determinar, sin embargo, la causa determinante de tales acciones. Ni siquiera los psiquiatras se muestran de acuerdo al enjuiciar estos problemas.

—¿Se niega usted a admitir una explicación más simple?

El desconcierto de la señora Drake era ahora evidente.

—¿Una explicación más simple?

—Pudiera ser que hubiese aquí un personaje que no tuviese nada en absoluto de perturbado mental, que no fuese un caso para los psiquiatras, ni mucho menos… Pienso en alguien que, sencillamente, quisiera sentirse a salvo.

—¿A salvo? ¡Oh! Usted cree…

—La chica había estado alardeando dentro del mismo día, unas horas antes, de que había visto cometer un crimen a alguien…

—Joyce —declaró la señora Drake calmosamente—, era realmente una niña estúpida. He de señalar, lamentándolo mucho, que mentía con bastante frecuencia.

—Eso me lo han dicho ya varias personas —confirmó Hércules Poirot—. Estoy empezando a creer que no debe haber error en lo que me ha contado todo el mundo —añadió con un suspiro—. Habitualmente, es lo que pasa.

Poirot púsose en pie, adoptando otra actitud.

—He de excusarme, madame. Le he hablado de cosas dolorosas, molestas, de cosas que quizá no me conciernan. Ahora bien, me pareció, guiándome por las palabras de la señorita Whittaker…

—¿Por qué no intenta obtener más detalles de ella? ¿Quiere usted indicarme que…?

—La señorita Whittaker trabaja como profesora. Ella sabe, mejor que yo, cual es el auténtico carácter de cada una de las chicas de cuya instrucción se ocupa.

Hizo una pausa y la señora Drake agregó:

—La señora Emilyn se encuentra en idéntica situación.

—¿La directora del colegio? —inquirió Poirot, extrañado.

—Sí. Ella sabe muchas cosas. Quiero decir que posee grandes conocimientos de psicología… Usted me ha indicado la posibilidad de que albergase ideas (formadas a medias) sobre la identidad del asesino de Joyce. Se equivoca… Sin embargo, pienso que la situación de la señorita Emilyn ha de ser distinta.

—Eso es sumamente interesante…

—No he querido decir que posea *pruebas*. He sugerido que pudiera saber *algo*. Ella podría decirle… Pero no creo en absoluto que se muestre muy bien dispuesta.

—Empiezo a darme cuenta —declaró Poirot—, de que todavía me queda por recorrer un largo camino. La gente de aquí sabe

cosas… Pero no todo el mundo estará dispuesto a revelármelas.

Se quedó mirando con gesto pensativo a Rowena Drake.

—Su tía, la señora Llewellyn-Smythe —manifestó después Poirot —, tuvo a su servicio una chica extranjera…

—Al parecer se ha impuesto usted perfectamente de todas las habladurías de la localidad —repuso la señora Drake, muy seca—. Efectivamente, no le han engañado. Tras la muerte de mi tía, la muchacha en cuestión desapareció de aquí casi de repente.

—Impulsada por muy sólidas razones, según tengo entendido.

—Yo no sé si decir esto podrá ser considerado pecado de escándalo, especie calumniosa, pero es casi seguro que falsificó un codicilo, un apéndice del testamento de mi tía… Parece ser también que alguien la ayudó…

—¿Alguien?

—Esa muchacha era amiga de un joven que trabajaba en las oficinas de un abogado de Medchester. Él había andado mezclado con un caso de falsificación anteriormente. El caso nunca llegó a verse en las salas de justicia debido a que la chica desapareció. Comprendió que el testamento no sería admitido legalmente y que lo más lógico era que fuese procesada. La muchacha se fue inesperadamente y ya no volvió a saberse más de ella.

—La joven procedía, según me han dicho, de un hogar destrozado —agregó Poirot.

Rowena Drake tornó a mirarle con fijeza, pero sonreía amistosamente de nuevo.

—Gracias por la información que me ha facilitado, madame —dijo Poirot.

Después de abandonar la casa, Poirot decidió estirar un poco las piernas por la carretera. Al doblar una curva vio a lo lejos un rótulo sobre una entrada vallada. El rótulo rezaba, según pudo comprobar unos minutos más tarde: «Cementerio del Camino de Helpsly». Había estado andando unos diez minutos. El cementerio no contaría más que un par de lustros. Había ido creciendo a la par que Woodleigh como entidad residencial. La iglesia era de regulares dimensiones y dataría de dos o tres siglos atrás. El camposanto venía a ser una especie de camino que ponía en contacto dos sectores distintos. Era de trazo moderno, se dijo Poirot, estudiando

las lápidas, de granito y mármol. Veíanse urnas, macetones y pequeños setos de verde vegetación y flores. No había inscripciones ni epitafios que llamaran la atención. Nada se encontraba allí que pudiese atraer el interés de un aficionado a las cosas antiguas. Tratábase de un sitio limpio, tranquilo, aseado. Los sentimientos de los familiares de las personas que allí descansaban habían quedado sobriamente expresados.

Poirot se detuvo para leer el texto labrado en una tablilla plantada en la cabecera de una sepultura. Había otras por las inmediaciones, todas las cuales databan de dos o tres años atrás. La inscripción era sencilla:

«A la memoria de Hugo Edmund Drake,
amado esposo de Rowena Arabella Drake,
fallecido el 20 de marzo de 19…
Dios le dio el merecido descanso»

Se le ocurrió pensar a Poirot, recientemente alcanzado por los disparos de la dinámica Rowena Drake, que el descanso le había llegado a su esposo por la ruta más inesperada.

Descubrió una urna de alabastro que contenía restos de un ramos de flores. Un jardinero ya viejo, evidentemente dedicado en el recinto a cuidar de las tumbas de los buenos ciudadanos de Woodleigh Common que habían abandonado definitivamente el sector residencial, se aproximó a Poirot con la esperanza de charlar unos minutos con él. Dejó su azada y la escoba de que era portador a un lado…

—Usted no es de aquí, ¿verdad, señor? —inquirió el anciano.

Poirot asintió, acogiéndolo con una afable sonrisa.

—El señor Drake… —murmuró el jardinero, pensativo, habiendo fijado la mirada en la tumba que tenían delante—. Un auténtico caballero. Era un lisiado, el pobre. Padecía de parálisis infantil. Y digo yo: ¿por qué *infantil*? Esta enfermedad ataca también a las personas mayores. Tanto hombres como mujeres. Mi esposa tenía una tía que la contrajo en España. Hizo un «tour» por el país, bañándose en no sé qué río. Los médicos no saben a qué atenerse muchas veces. Hoy las cosas han cambiado mucho. Usted habrá

visto que todos los pequeños son inyectados con la vacuna contra la enfermedad. No hay tantos casos… Pues sí… El señor Drake era todo un caballero. No se quejaba, pese a que su padecimiento era el peor de los castigos que una persona puede soportar. No en balde había sido un deportista excelente. Formó parte del equipo de béisbol… Desde luego, era una gran persona el señor Drake.

—Falleció a consecuencia de un accidente, ¿no?

—Cierto. Fue en el momento de cruzar la carretera, a la hora del crepúsculo. Se le echó encima uno de esos vehículos que a menudo ve uno por ahí, conducidos por jóvenes de abundantes cabelleras o barbas. Es lo que dijeron. El coche no se detuvo siquiera. Sus ocupantes no volvieron para averiguar lo que habían hecho. Abandonaron el automóvil no sé dónde, en un estacionamiento, me parece, a unos treinta kilómetros de distancia del lugar del suceso. El coche no pertenecía a sus ocupantes. Éstos lo habían robado… ¡Oh! Es terrible… ¡Hay que ver los accidentes de automóviles que se producen hoy en día! Y la policía, a todo esto, se ve impotente. Apenas puede hacer nada. La señora Drake quería mucho a su esposo… Fue un duro golpe para ella la desgracia. Viene aquí casi todas las semanas con flores, que deposita en el sepulcro. Los dos se llevaban muy bien. Con todo, a mi me parece que esa mujer estará ya muy poco en este sector residencial…

—¿De veras? ¿Pese a disfrutar en este sitio de una hermosa vivienda?

—Sí, sí… Y en el poblado esa mujer se mueve lo suyo. Se la ve en todas partes. Forma parte de las directivas de las sociedades femeninas, organiza tés y reuniones… Se halla al frente de muchas cosas. Alguna gente piensa que le gusta demasiado mandar. Es así, realmente. Pero el párroco, por ejemplo, confía en ella. Es una mujer de iniciativa. Monta viajes de turismo, excursiones cortas… ¡Oh, sí! Yo no se lo digo a mi mujer, pero lo pienso: no por dejarse ver esas personas son más populares. ¿Usted entiende lo que quiero decir? Lo normal es que vayan incesantemente de un lado para otro indicando qué es lo que debe hacerse y qué es lo que hay que evitar. Esas señoras tienen alma de dictadoras. No tienen la más leve idea de lo que significa la libertad para algunos seres… Claro que hay que reconocer que actualmente en ningún lado se disfruta

de ella.

—¿Y usted cree posible que la señora Drake acabe marchándose de aquí?

—No me extrañaría nada que el día menos pensado se fuese, estableciéndose, para vivir, en cualquier punto del extranjero. El matrimonio abandonaba el país periódicamente; a los dos les agradaba pasar sus vacaciones fuera de Inglaterra.

—¿Y por qué piensa usted que ella desea salir de aquí?

Una sonrisa saturada de picardía floreció en los labios del anciano.

—Bueno, yo diría que ella ha hecho aquí todo lo que podía hacer. Voy a indicarlo como en el libro sagrado: anda necesitada de otro viñedo en que trabajar. Pretende, seguramente, acometer nuevas empresas, buenas obras. La labor ha sido completada en este poblado.

—¿Necesita un nuevo campo en el que proseguir sus tareas? —inquirió Poirot.

—Exactamente. A la señora Drake le conviene dar con un nuevo escenario, donde cambiar el orden de las cosas, donde animar a otro puñado de gente, incitándola a desarrollar continuas y provechosas actividades. Aquí ya nos ha llevado a donde quería llevarnos. Pocos son ya los objetivos que puede fijarse.

—Es posible —convino Poirot.

—Ya ni siquiera le queda su marido, al que habría podido dedicar todos sus afanes en la presente situación. Lo cuidó durante muchos años. Su marido justificaba su existencia entonces. Merced a él y a sus otros trabajos conseguía llenar sus días, andar ocupada a todas horas. Es de esas personas que no gustan de haraganear ni un minuto durante la jornada. Y no tiene hijos… ¡Eso sí que es una lástima! En mi opinión, la señora Drake, cuando lleve algún tiempo en cualquier otro sitio, montará su existencia exactamente igual que aquí. Es su carácter.

—Y yo no tengo más remedio que darle la razón en vista de lo que acaba de decirme. ¿A dónde piensa encaminar sus pasos la señora Drake?

—No puedo decírselo, la verdad. No sé tanto. Seguramente, pensará en algún punto de la Riviera Francesa… Quizá se traslade a

España o Portugal. O a Grecia… Le he oído hablar en una ocasión de las islas griegas. La señora Butler participó en un «tour» por aquella región de Europa…

Poirot sonrió.

—Las islas griegas, ¿eh? —murmuró. De pronto, preguntó al anciano—. ¿A usted le es simpática realmente la señora Drake?

—¿Qué si me es simpática…? ¡Hombre! No es precisamente simpatía lo que ella inspira. La señora Drake es una buena mujer. Sabe servir al prójimo cuando se tercia… Ahora bien, se mete demasiado, a veces, en todo. Hay gente que no le agrada que le estén recordando a cada instante las cosas que debe hacer. A mí me molesta, por ejemplo, que salga alguien explicándome cómo he de podar mis rosales. Yo sé muy bien cómo he de llevar a cabo este delicado trabajo. También me revienta que me digan que una verdura he de cultivarla así o asá. Precisamente a mí me ha gustado siempre la huerta y creo que hay pocos aficionados que puedan compararse conmigo en este terreno.

Poirot sonrió.

—Tengo que seguir mi camino, amigo mío. ¿Usted podría indicarme dónde viven Nicholas Ranson y Desmond Holland?

—Más allá de la iglesia, desde luego. ¿Ve usted hacia la izquierda la casa tercera? Están alojados en el hogar de la señora Brand. Van todos los días a la Escuela Técnica de Medchester, dónde estudian actualmente. Seguramente, se encontrarán en estos momentos en la vivienda.

El viejo miró a Poirot con curiosidad.

—De manera que ha pensado usted en esos chicos, ¿eh? Los muchachos son el centro de la atención de algunas personas del poblado hoy en día ciertamente.

—La verdad es que, en concreto, yo no he pensado nada todavía. Esos jóvenes figuraban entre los que tomaron parte en la reunión de la víspera de Todos los Santos… Eso es todo.

En el momento de separarse del anciano, Hércules Poirot musitó:

—Por lo que respecta a los participantes en la reunión… estoy llegando al final de la lista.

Capítulo XV

DOS pares de ojos se fijaron, inquietos, en Poirot.

—No sé que otras cosas podríamos decirle a usted. Nosotros hemos sido ya interrogados por la policía, monsieur Poirot.

Éste se fijó en uno de los muchachos, escrutando a continuación el rostro del otro. Ya no podían ser considerados unos chiquillos. Sus modales, intencionadamente, resultaban ser los de dos adultos. Cerrando los ojos, sus palabras habrían podido ser juzgadas como salidas de los labios de dos miembros de un club social. Nicholas contaba dieciocho años; Desmond tenía dieciséis.

—Con objeto de complacer a una persona amiga estoy efectuando indagaciones sobre los que se hallaban presentes en cierta ocasión. No me refiero a la reunión de la víspera de Todos los Santos; hablo de los preparativos para la fiesta. Vosotros desarrollasteis mucha actividad en ellos, ¿no?

—En efecto.

—Hasta ahora —manifestó Poirot—, me he entrevistado con mujeres de la limpieza, no he perdido el contacto con los puntos aceptados por la policía, he charlado con el doctor que examinó antes que nadie el cadáver, he cambiado impresiones con una profesora, han llegado a mis oídos muchas de las habladurías de la gente del poblado… ¡Ah! A propósito… Tengo entendido que disfrutáis de una bruja en la localidad… ¿Es cierto?

Los dos muchachos se echaron a reír.

—Usted se refiere a mamá Goodbody. Pues sí… Se presentó en la reunión, desempeñando el papel de bruja.

—Acabo de aproximarme a dos representantes de la última generación —declaró Poirot—. Tengo en cuenta que sois chicos de visión aguda, de oído muy fino, que poseéis conocimientos científicos rigurosamente puestos al día, junto con una gran filosofía… Siento un gran interés por conocer vuestras opiniones acerca de esta materia.

«Dieciocho y dieciséis años…», pensó Poirot, estudiando las caras de los dos chicos. Dos «jóvenes», simplemente, para la policía; unos chicos para él; un par de *adolescentes* para los reporteros. Daba igual que fuesen llamados de un modo o de otro. Eran productos de la época. Ninguno de los dos podía ser considerado un muchacho estúpido, si bien tampoco se hallaban en posesión de la elevada mentalidad que él había sugerido al principio, halagadoramente, para animar la conversación. Los dos habían estado en la reunión. Los dos se habían encontrado en las primeras horas del día en la casa de la señora Drake, para ayudarla en lo que ésta consideraba necesario.

Habían trepado por las escaleras de mano, colaborando en la colocación de calabazas en los puntos más estratégicos. Habían tendido una nueva línea eléctrica a base de minúsculas luces; uno u otro, o la pareja a un tiempo, habíanselas arreglado para componer una colección de falsas fotografías, a tono con los rostros imaginados por las chicas de once años en adelante. Estaban en la edad más indicada para figurar en los primeros lugares de la lista de sospechosos que el inspector Raglan llevaba en uno de sus bolsillos, y en la mente de un jardinero ya entrado en años. A lo largo de los últimos años, el porcentaje de crímenes cometidos por individuos de su edad había ido subiendo incesantemente. No era que Poirot estimase este detalle definitivo. Ahora bien, todo era posible… Cabía incluso la posibilidad de que el acto delictivo de dos o tres años atrás hubiese sido obra de un chico de catorce o doce años de edad. Tales casos se habían dado. No había más que leer los reportajes publicados últimamente en algunos diarios.

Poirot tenía en cuenta todas estas posibilidades, pero las

relegaba a un segundo plano. Teníalas en reserva, por así decirlo. Decidió de momento concentrarse en el estudio del carácter de sus dos interlocutores; fijóse en sus miradas, en sus ropas, en sus modales, en sus voces y así sucesivamente… Actuó a su manera, a la clásica de Hércules Poirot, valiéndose de conceptos halagadores, disponiendo las cosas con determinado aire para ayudarles a sentirse hasta desdeñosos con respecto a su persona, sin merma de la cortesía y de la buena crianza obligadas.

Pues los dos estaban bien educados, efectivamente. Nicholas era el que contaba dieciocho años. Su rostro ofrecía rasgos correctísimos; llevaba patillas y una poblada nuca. Vestía de negro. Parecía haber asistido a un funeral. No era así, sin embargo. Tampoco se podía pensar que vistiese de luto recordando la reciente tragedia. Nicholas, simplemente, se embutía en aquellas prendas fúnebres porque respondían las mismas a su gusto personal en materia de indumentaria. Su compañero llevaba una chaqueta de terciopelo rosa, pantalones verdosos y una camisa con adornos. Los dos jóvenes gastaban, evidentemente, mucho dinero en vestir. Sus prendas no habían sido adquiridas en su localidad de residencia. Lo más seguro era que las hubiesen pagado ellos mismos, con su dinero, y que ni sus padres ni sus parientes estuvieran enterados de aquellos detalles.

Los cabellos de Desmond eran rojos. Muy abundantes, si su dueño había pasado un peine por ellos recientemente lo disimulaba muy bien.

—Según tengo entendido, estuvisteis colaborando a la hora de llevar los preparativos indispensables, con vistas a la reunión, ¿no es así?

—Es cierto. Estuvimos allí a primera hora de la tarde —declaró Nicholas.

—¿En qué clase de preparativos estuvisteis vosotros trabajando? Son varias las personas que me han informado sobre el particular hasta ahora, pero no he sacado de sus palabras ninguna idea clara. No coinciden las manifestaciones de unas con otras.

—Tuvimos trabajo con la iluminación.

—Permanecimos la mayor parte del tiempo en lo alto de las escaleras de mano.

—Tengo entendido que realizasteis algunos trucos fotográficos también.

Inmediatamente, Desmond hundió una mano en un bolsillo de su chaqueta extrayendo de aquél un sobre que contenía unas cuantas cartulinas.

—Estuvimos arreglando estos retratos —explicó—. Buscábamos esposos para las chicas. Todos estos tipos son por el estilo… Han sido puestos por nosotros «al día». No forman una mala colección, ¿verdad?

Poirot tuvo ocasión de contemplar sucesivamente, con gran interés, unas cuantas caras: la de un joven de barba muy roja con los cabellos en forma de aureola; la faz de otro cuyos pelos le llegaban a las rodillas; varios rostros más semiocultos bajo frondosas patillas…

—Los diferenciamos perfectamente, ¿verdad? No nos salió mal del todo.

—Dispusisteis de los correspondientes modelos, ¿eh?

—¡Somos nosotros mismos! Cosas del maquillaje. Nick y yo nos arreglamos mutuamente. Nos limitamos a variar el motivo principal: los pelos.

—Una medida muy inteligente —reconoció Poirot.

—Las fotografías salieron algo desenfocadas. Así parecían las caras un poco fantasmales, espirituales, por así decirlo.

El otro muchacho añadió:

—A la señora Drake le gustaron mucho nuestras fotografías. Se apresuró a felicitarnos. La hicieron reír a placer. En la casa nos ocupamos principalmente de la cuestión eléctrica. Preparamos las luces de suerte que los espejos de las chicas reflejaran un rostro u otro en determinado momento, al tomar ciertas posiciones. La imágenes eran alternadas: unas veces se veía en los espejos un melenudo, otra captaban la cabeza de un individuo con grandes patillas, etc.

—¿Sabían las chicas que andabais por en medio?

—En algunos momentos, creo que no. En el transcurso de la reunión, por supuesto que no. Todas sabían que habíamos estado ayudando en la iluminación de la vivienda, pero estimo que no llegaron a reconocernos en los espejos. Eran algo tontas esas

muchachas. Nicholas y yo nos alternábamos atinadamente, por añadidura. Las muchachas se rieron lo suyo. No cesaban de chillar… La sesión fue de lo más divertido…

—¿Y qué me decís de las otras personas que se encontraban en la casa? Bueno, no voy a pretender que os acordéis de todas las presentes.

—A mí me parece que en la casa de la señora Drake no habría menos de treinta invitados. Por la tarde se encontraban allí la señora Drake, por supuesto, y la señora Butler. Recuerdo a una de las profesoras: la señorita Whittaker… ¿Se apellida así, realmente? Estaba la señora Flatterbut… No sé si me equivoco… Es la hermana del organista… O la esposa. Vi también a la señorita Lee, quien trabaja con el doctor Ferguson. Era su tarde libre de la semana y fue allí para ayudar, como las demás, como algunas amigas nuestras. No podría asegurar que la aportación de éstas fue especialmente interesante. Las chicas no hacían, en general, más que zascandilear de un lado para otro, riéndose constantemente por los motivos más nimios.

—¡Oh, claro! ¿Te acuerdas de las muchachas que visteis por allí?

—Bien… Estaban los Reynolds. La pobre Joyce desde luego. Y su hermana Ann, mayor que ella. A Ann hay que tenerle miedo. No hay quien pueda con ella. Se cree terriblemente inteligente. Con toda seguridad que aprobará los exámenes que se le avecinan… En cuanto a Leopold… Es un buen «elemento» —manifestó Desmond—. Se cuela en todas partes. Espía, escucha conversaciones que no debiera escuchar. Cuenta toda clase de cuentos a cada paso… Resulta sumamente desagradable. ¡Ah! Me acuerdo de Beatrice Ardley y de Cathie Grant, siempre muy silenciosas y enigmáticas… Vi también un par de útiles mujeres. Me refiero a las encargadas de la limpieza. Y conocí a la escritora, a la señora que le hizo venir a usted para esta zona residencial…

—¿Había algún hombre por allí?

—¡Oh! El vicario… Es buena persona. Algo callado, pero… Y el nuevo sacerdote. Tartamudea un poco cuando se pone nervioso. Lleva aquí poco tiempo. No recuerdo más…

—Tengo entendido que, luego, vosotros oísteis a Joyce Reynolds afirmando que había sido testigo de un crimen…

—Yo no oí nada de eso —declaró Desmond—. ¿Se expresó la chica en tales términos?

—He oído contar que sí —manifestó Nicholas—. Yo no sé nada de tales palabras. Bueno, lo que han dicho. Supongo que no me encontraba en la habitación al expresarse ella en esos términos. ¿Dónde estaba la chica entonces?

—En el cuarto o saloncito de estar.

—La mayor parte de los invitados se hallaban allí a menos que anduviesen haciendo algo especial en otro sitio. Nick y yo —declaró Desmond—, nos pasamos la mayor parte del tiempo en la estancia que había de ser visitada por las chicas con sus espejos, en cuyas superficies habían de verse reflejados los rostros de sus futuros maridos. Instalamos unos cables y atendimos a otras cosas… En la escalera que conduce a la planta superior anduvimos ocupados también. Del techo del salón de estar colgamos unas cuantas calabazas que habían sido ahuecadas para contener sus luces… Sin embargo, yo no oí esas palabras hallándonos allí. ¿Tu qué dices, Nick?

—Lo mismo que tú —el muchacho añadió, muy interesado—. ¿Declaró Joyce realmente haber visto cometer un crimen? En caso afirmativo, la cosa es notable…

—Notable… ¿por qué? —inquirió Desmond.

—Se trata de un caso de percepción extrasensorial, ¿no? La chica vio cometer un crimen y al cabo de una o dos horas murió asesinada. Supongo que tuvo una breve visión del suceso. Esto da que pensar un poco. ¿Tú estás al tanto de los últimos experimentos realizados en la materia? Se habla de fijar un electrodo a la yugular de una persona… Lo he leído en alguna parte, no sé dónde.

—En estos asuntos de la percepción extrasensorial la verdad es que no se ha ido nunca lejos —contestó Nicholas, desdeñoso—. En ciertos experimentos, la gente se reparte en dos habitaciones intentando adivinar las mismas cartas o palabras. No acierta nunca. O muy pocas veces…

—Esos experimentos tienen éxito cuando los que participan en ellos son gente de pocos años. Los adolescentes resultan más eficaces que las personas adultas.

Hércules Poirot, que no abrigaba deseo de asistir como oyente a

una discusión de aquel género, medió en la conversación.

—Así que, por lo que vosotros recordáis, nada ocurrió durante vuestra estancia en la casa que pudiese parecer siniestro o significativo en cualquier sentido… Quedamos en que no observasteis nada que hubiese podido pasar inadvertido a los demás…

Nicholas y Desmond guardaron silencio, frunciendo el ceño, esforzándose evidentemente por recordar cualquier dato que hubiese podido olvidárseles.

—Pues no… Allí sólo tuvimos tiempo de hacer sobre la marcha lo que se nos indicaba.

—¿Os habéis forjado alguna hipótesis?

Poirot se había dirigido a Nicholas.

—¿Hipótesis relativas a la identidad del asesino de Joyce?

—Sí. ¿No habéis descubierto nada en ningún sitio que os haya llevado a sospechar de alguien? Hablando en pura teoría. No me refiero a pruebas concretas…

—Sí, ya le comprendo. Es posible que hubiera algo en estas condiciones.

—La señorita Whittaker… —declaró Desmond, titubeante quebrando el ensimismamiento de Nicholas.

—¿La profesora? —inquirió Poirot.

—Exactamente. Es la clásica solterona. Se le van los ojos detrás de los hombres. Y luego, su profesión, eso de andar siempre entre mujeres, no la ha favorecido lo más mínimo. Tú te acordarás que hace un año o dos una de sus compañeras fue estrangulada… La mujer era un poco extraña.

—¿En qué aspecto? —quiso saber Nicholas.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Recuerdas a Nora Ambrose, la muchacha que vivía con ella? No estaba mal físicamente. La rondaban un par de amigos y a ella le disgustaba eso. Hubo alguien que aseguró que, pese a ser soltera, había tenido descendencia. Estuvo ausente unos cuantos meses, al cabo de los cuales regresó. Aquí, en este poblado, se habla de todo.

—La señorita Whittaker estuvo en el saloncito la mayor parte de la mañana. Probablemente, oyó las palabras de Joyce. No las olvidará fácilmente, ¿eh?

—Veamos… —dijo Nicholas, pedante—. Supongamos que la Whittaker… ¿Qué edad tendrá? ¿Unos cuarenta años? Irá camino de los cincuenta, seguramente… Las mujeres hacen cosas muy raras a esa edad.

Los dos muchachos se quedaron mirando a Poirot, adoptando el aire de unos sabuesos satisfechos por haber dado con algo que su amo les encomendara localizar con mucho interés.

—Apostaría cualquier cosa a que la señorita Emilyn sabe a qué atenerse con respecto a esa persona. Poco, muy poco de lo que sucede en el marco del colegio que regenta se le escapa.

—Habría hablado…

—Quizá piensa que debe serle leal sirviéndole de escudo si se tercia.

—¡Oh! No creo que esa mujer haga tal cosa. Si Elizabeth Whittaker hubiese perdido la cabeza en los últimos tiempos, lo más probable es que lo hubiesen notado las alumnas del colegio.

—¿Y qué me dice usted del nuevo sacerdote? —inquirió Desmond, esperanzado—. Pudiera estar un tanto obcecado con el tema del pecado original, el asunto de las manzanas y el agua, las otras diversiones, fruto de supersticiones aunque inocentes… Un momento, un momento. Pudiera tratarse de un chiflado. ¿No le parece una excelente idea? Supongamos que le impresionó especialmente el juego del «Snapdragon»… ¡El fuego del Infierno! ¡Unas llamas que lo devoran todo! Seguidamente, cogió de la mano a Joyce, diciéndole: «Ven conmigo, muchacha, que vas a presenciar algo interesante». Y en la habitación, le ordenó que se arrodillase delante del cubo lleno de agua, en la que flotaban las manzanas. Añadiría: «Éste va a ser tu bautismo». A continuación, apoyó una mano en la nuca de la chica, obligándola a que acercara la cabeza al agua. De ahí a lo otro ya no había más que un paso… ¿Se da cuenta? Todo encaja a las mil maravillas. Allí se podía hablar de Adán y Eva, de la manzana del fuego del Infierno, del «Snapdragon», del último bautismo con la pretensión de liberar a la muchacha del pecado…

—Quizás habló de sí mismo primero con la chica —apuntó Nicholas, muy serio—. En todos estos acontecimientos cabe siempre la posibilidad de hallar una explicación de tipo amoroso,

justificante de determinadas reacciones, por extravagantes que puedan parecer a primera vista.

Los dos jóvenes miraron a Poirot. Sus rostros denotaban un evidente contento.

—Perfectamente —replicó Poirot—. Vosotros, desde luego, me habéis facilitado ya algo en qué pensar.

Capítulo XVI

Hércules Poirot escrutó con interés la cara de la señora Goodbody. En realidad, como modelo para el rostro de una bruja resultaba perfecta. El hecho de que su dueña poseyera un carácter afable no atenuaba lo más mínimo aquella ilusión. La mujer se expresaba con toda naturalidad, pareciendo hallar un motivo de complacencia en sus propias manifestaciones.

—Pues sí, yo estuve allí… Los papeles de bruja corren siempre a mi cargo. El año pasado, el vicario me felicitó, diciéndome que había actuado tan bien que podía contar para mi siguiente representación con un sombrero de estreno. Los sombreros de las brujas se gastan, como todas las cosas de este mundo. Pues sí, yo estuve allí, como acabo de decirle… En esos casos recito siempre determinadas canciones tradicionales basadas en los nombres de pila de las chicas. Una para Beatrice, otra para Ann, etcétera. Yo soy la voz fantasmal, en tanto que los muchachos, Nicholas y Desmond, facilitan las imágenes falsas de los espejos. Todas muy puestas al día, eso sí, ya que se trata de un par de jóvenes que van muy con su época. Yo me he reído lo mío, no crea. El otro día vi a Desmond. No sé si me creerá si le explico su indumentaria de aquella jornada. Vestía una chaqueta color de rosa y unos pantalones ajustadísimos. ¿A dónde vamos a llegar? Fíjese en las chicas… No hacen más que subirse las faldas. ¿Y qué logran con ello? A medida que suprimen

tela por arriba han de pensar en cubrir por abajo. Ya llevan medias que les llegan a la cintura, y pantalones estrechísimos… Se gastan en estos extravagantes caprichos hasta sus últimos peniques.

»Los chicos quedan peor que las muchachas en este terreno de la extravagancia. A mí me dan la impresión algunos de encontrarme ante un martín pescador, ante un pavo real o un ave del paraíso. Y eso que a mí siempre me ha gustado el color, por lo cual me agradan muchísimo los trajes de época, que puedo admirar a mi antojo en las películas históricas. Ya sabe a lo que me refiero: encajes, rizos, pelucas, sombreros de copa y todo lo demás. Entiendo que esas cosas ya pasadas realzaban la belleza de las chicas, entonces se podían poner todo lo que se les antojaba ya que todo les estaba bien. Tendían a recargar y no a suprimir como ahora. Mi abuela me hablaba con frecuencia de las batas que había llevado, ella como sus amigas, hasta los tobillos… Las jóvenes de entonces eran más recatadas y los hombres se sentían tan atraídos por ellas como ahora. O más, mejor dicho… Es natural que el misterio, ¿eh…?

»Presté a la señora Drake mi bola de bruja para que la usara en su reunión. La compré en un saldo, no sé dónde. Ahí la puede ver usted ahora, colgando junto a la chimenea. Me agrada su tono azul marino, muy brillante.

—¿Dice usted la buenaventura?

—No debo hacerlo, ¿verdad? —inquirió la mujer, riendo—. A la policía no le gusta eso. Claro que a los agentes les tiene sin cuidado lo que yo pueda contar a mi eventual clientela. Tampoco hay mucho que decir. Aquí se sabe todo lo que sucede en cada casa, de manera que la misión de una no puede resultar más sencilla.

—¿Usted podría llegar a ver en su bola al personaje que mató a la pequeña Joyce?

—Me parece que anda usted algo confundido —replicó ahora la señora Goodbody—. Para ver cosas hay que recurrir a la clásica bola de cristal. La bola de la bruja es algo distinto… Si yo le dijera quién me figuro que es el autor de ese crimen haría usted una mueca de disgusto. Me diría que he sugerido algo imposible, apartado de lo natural. Sin embargo, en la actualidad existen muchos hechos así, que van contra el orden normal establecido.

—Es posible que tenga razón, señora Goodbody.

—En conjunto, puede decirse que aquí se vive agradablemente. Quiero decir que la gente es honesta, en su mayor parte… Ahora, adondequiera que vaya usted se encontrará con los diablos haciendo de las suyas. Somos débiles.

—¿Está usted pensando en… la magia negra? —aventuró Hércules Poirot, en su deseo de animar la conversación.

—No. No me refería a eso —replicó la señora Goodbody, desdeñosa—. La magia negra es una insensatez. Está hecha para las personas estúpidas. Estaba pensando en aquéllos que el diablo ha tocado con sus manos. Nacen así. Son los hijos de Lucifer. Nacen con la idea de que matar no significa nada, siempre y cuando la muerte del prójimo les reporte beneficios. Cuando desean una cosa, la desean con todas sus fuerzas. Y se muestran rudos a la hora de conseguirla. Pueden parecer a los demás bellos como ángeles. Hace tiempo conocí a una chiquilla de once años. Mató a sus dos hermanos, una niña y un niño gemelos. No tendrían más de cinco o seis meses. Los ahogó con las ropas de sus cunas.

—¿Sucedió eso en Woodleigh Common?

—No, no. No fue en Woodleigh Common. Me enteré de ello en Yorkshire, ahora que me acuerdo. Un caso muy desagradable. He de decir que aquélla era una criatura preciosa. Hubieran podido ponérsele dos alas e instalarla en cualquier escenario con motivos navideños y a todo el mundo le habría parecido un personaje adecuado. Pero sólo era una capa externa… Se hallaba podrida por dentro. Usted ya me entiende. Usted ya tiene algunos años. Usted está al tanto de la perversión que hoy impera en el mundo.

—¡Ay! —exclamó Poirot—. ¡Cuánta razón tiene usted! Lo sé perfectamente. Si Joyce vio a alguien cometiendo un crimen…

—¿Quién ha dicho que vio tal cosa? —inquirió la señora Goodbody.

—Ella.

—Ése no es motivo suficientemente poderoso para creerle. Siempre había sido un poco embustera —la mujer escrutó atentamente el rostro de Poirot—. Usted no le creería, ¿eh?

—Pues sí —respondió Poirot—. Sí, creo que fue sincera. Son demasiadas ya las personas que me han referido ese hecho, para

que no considere la idea.

—¡Qué raras cosas se cuecen en el seno de las familias! —manifestó la señora Goodbody—. Fíjese, por ejemplo, en los Reynolds… Empecemos por el padre… Anda metido en la compra-venta de fincas rústicas y urbanas. Nunca ganó mucho dinero. Yo creo que no se desenvolverá con desahogo jamás. La señora Reynolds, la esposa de nuestro hombre, siempre se halla preocupada, todo lo encaja a disgusto. Ninguno de los chicos se parece a sus padres. Ann es una chica en posesión de un cerebro despierto. Los libros se le dan bien. Irá a parar a una institución de enseñanza superior, indudablemente, y llegará a ser, andando el tiempo, una profesora excelente. He de subrayar que la muchacha se siente muy satisfecha de sí misma. En consecuencia, habitualmente, nadie puede aguantarla. Los chicos no llegan a mirarla dos veces.

»Tenemos después a Joyce… No era tan inteligente como su hermana Ann, ni como su hermano, de menos edad, Leopold. Sin embargo, aspiraba a parecerse a ellos a toda costa. Quería siempre saber más que nadie, superar las cosas que emprendían los demás, pronunciar frases que dejasen admirados a todos, que obligasen a sus amigos y amigas a concentrar la atención en su persona. Ahora, una no podía dar crédito a nada de lo que decía. Porque de cada diez palabras que pronunciaba, nueve componían una mentira completa.

—¿Y qué puede usted contarme del chico?

—¿De Leopold? No tiene más de nueve o diez años, me figuro. Es muy listo, desde luego. Posee una manifiesta habilidad manual, pero también se destaca en las tareas intelectuales, las que desarrolla con arreglo a su edad. Quiere estudiar Física… Las matemáticas se le dan perfectamente. En el colegio tiene muchos admiradores. Sí, es inteligente. Llegará a ser, me imagino, uno de esos hombres de ciencia famosos… Por si le interesa conocer mi opinión he de comunicarle que cuando ese chiquillo sea un hombre de ciencia lo más seguro es que haga y piense cosas desagradables ¡bombas atómicas, por ejemplo!

»Gracias a sus estudios y a su cabeza logrará dar, en unión de los individuos como él, con algo que sirva para destruir nuestro globo y

con éste a los pobres humanos que lo habitamos. Guárdese de Leopold… Hace a la gente víctima de sus tretas y procura enterarse de lo que no le importa. Se entera de las cosas más reservadas de sus vecinos. Me gustaría saber de dónde saca el dinero que normalmente gasta. Seguro que no procede de la cartera del padre, ni del bolsillo de la madre. Ellos no pueden darle mucho y el chico disfruta de él con relativa abundancia. Lo guarda en un cajón, bajo sus calcetines. Suele adquirir los objetos más variados. Tiene preferencias por los chismes mecánicos caros. ¿De dónde sale ese dinero? Me gustaría saberlo… Creo que ha llegado a descubrir secretos importantes de alguna gente, haciéndose pagar por los interesados a cambio de mantener cerrado el pico.

La mujer hizo una profunda inspiración.

—Bueno… Siento no poderle ayudar a usted. En nada, me parece.

—Ya me ha ayudado usted bastante —declaró Poirot—. ¿Qué le sucedió a la chica extranjera, aquélla de la cual se dijo que había huido?

—He de indicarle, monsieur Poirot, que, en mi opinión, no fue muy lejos. *Ding dong dell, pussy's in the well*[5]. Eso es lo que siempre he pensado, de todos modos.

Capítulo XVII

PERDÓN, señora… ¿Podría hablar con usted unos momentos?

La señora Oliver habíase instalado en la terraza de la casa de su amiga, con objeto de comprobar si Hércules Poirot regresaba ya. Él había llamado por teléfono, para comunicarle la hora aproximada en que volvería.

La señora Oliver volvió la cabeza.

Junto a ella descubrió a una mujer de mediana edad, limpiamente vestida, que se retorcía nerviosamente las manos, enfundadas en unos guantes blancos inmaculados.

—Usted dirá —contestó la señora Oliver.

—Lamento mucho molestarla, señora, pero… Bueno, pensé que…

Ariadne Oliver no hizo lo más mínimo para animarla, esperando calmosamente a que se decidiera a explicarse con más claridad. ¿Por qué se mostraba aquella mujer tan desasosegada?

—Creo que no me he equivocado… Usted es la señora que se dedica a escribir, ¿verdad? Usted escribe relatos de crímenes y cosas semejantes.

—Sí, sí —replicó la señora Oliver.

Su curiosidad se agudizó ahora. ¿Era aquél el preámbulo obligado para solicitar un autógrafo o una fotografía dedicada? Nunca sabía a qué atenerse ya. Sucedían las cosas más imprevistas.

—Me figuré que usted era la persona indicada —declaró la mujer.

—Será mejor que tome usted asiento primero —dijo la señora Oliver.

Ariadna juzgó que la visitante era una de esas personas que necesitan dar unos cuantos rodeos antes de ir al grano. La mujer se sentó para continuar retorciéndose las manos, todavía enfundada en los blancos guantes.

—¿Hay algo que le preocupa a usted mucho? —aventuró la señora Oliver recurriendo a lo primero que se le ocurrió para animarla a hablar.

—Pues… Quisiera un consejo de usted… Se trata de algo que sucedió hace algún tiempo. En aquellos momentos, no me sentí nada preocupada. Pero ya sabe usted lo que pasa… Se piensa en ciertos detalles y una desearía conocer a alguien a quien recurrir para hacerle unas preguntas…

—Ya —contestó la señora Oliver, esperando llegar a inspirar confianza con tan lacónica contestación.

—Viendo las cosas que han sucedido últimamente, nunca se sabe…

—¿Se refiere usted a…?

—Me refiero a lo sucedido en esa reunión de la víspera de Todos los Santos. Lo de la fiesta demuestra que no todas las personas que habitan en este sector residencial son dignas de confianza. Y que las cosas de antes no eran como una las veía o se las figuraba. Quiero decir que pudieran no haber sido como se las imaginara una… No sé si me entenderá…

—Sí, sí —repuso la señora Oliver, imprimiendo a los dos monosílabos una inflexión de duda—. Me parece que ignoro todavía su nombre —declaró.

—Soy la señora Leaman. Me dedico a hacer faenas de limpieza en algunos hogares de por aquí. Hago esto desde que mi esposo murió, cinco años atrás. Trabajé para la señora Llewellyn-Smythe, la dama que vivía en Quarry House. Precedió allí al coronel y a la señora Weston. No sé si llegó usted a conocerla…

—No. No llegué a conocerla. He estado por vez primera en Woodleigh Common ahora.

—Entendido. Bien. Usted no sabrá entonces mucho acerca de lo que ocurría en aquella época, ni de lo que se decía…

—Desde mi llegada a este poblado he oído referir muchas cosas —aclaró la señora Oliver.

—Fíjese… Yo no entiendo de leyes y siempre que he tenido que ver con ellas me he sentido preocupada. Estoy pensando en los abogados… Éstos pueden enredarlo todo y a mí no me gustaría tener relación con la policía. Tratándose de un asunto legal no tendrá que ver nada con aquélla, ¿verdad?

—Quizá no —repuso la señora Oliver, cautamente.

—Usted está enterada tal vez de lo que se dijo sobre el codicilo… ¿Se dice así? ¿Codicilo? Es un nombre tan raro…

—El codicilo, sí. Una especie de apéndice de un testamento —explicó la señora Oliver, con toda clase de detalles.

—Así es. A eso quería referirme. La señora Llewellyn-Smythe redactó uno de esos codi… cilos, dejando su dinero a la muchacha extranjera que la cuidaba. Fue una sorpresa eso, ya que la anciana tenía parientes directos aquí, aparte de que había venido aquí para vivir cerca de ellos. Habíase mostrado siempre muy afectuosa con los mismos, con la señora Drake en particular. A la gente le extrañó aquello, desde luego. Y posteriormente, los abogados comenzaron a formular comentarios. Alegaron que la señora Llewellyn-Smythe no era la autora del codicilo… que había redactado el documento la chica extranjera. Sólo así se explicaba que todo el dinero de la anciana fuese a parar a sus manos. Se afirmó que los tribunales iban a aclarar el misterio… que la señora Drake denunciara el testamento, pretextando que era falso…

—Los abogados iban a rechazar el testamento, en efecto. Sí, creo que he oído hablar de eso por aquí —manifestó la señora Oliver, empeñada en animar a la mujer a ser más explícita en sus declaraciones—. Y usted me imagino que sabe algo acerca del tema…

—Yo no he querido causar a nadie molestias o daños… —declaró la señora Leaman.

Exteriorizó una especie de quejido con el cual se había familiarizado la señora Oliver unos minutos atrás.

Pensó que la señora Leaman era una mujer en la que no se podía

confiar, quizá.

Lo más seguro era que se tratara de una entrometida, una de esas personas que gustan de escuchar detrás de las puertas.

—Yo no dije nada en su día, porque no sabía en realidad a qué atenerme. Pero le confiaré que todo aquello me pareció raro; admitiré también, puesto que me encuentro ante una señora comprensiva, que yo ansiaba enterarme de la verdad. Trabajé para la señora Llewellyn-Smythe durante algún tiempo y una ansía conocer cómo sucedieron las cosas.

—Es lógico —indicó la señora Oliver.

Hubo una pausa en la conversación, llena de baches, que la señora Oliver se esforzaba por salvar.

—Bien —dijo aquélla—. Me estaba usted hablando del codicilo…

—Cierto día, la señora Llewellyn-Smythe no se encontraba muy tranquila… Nos pidió que entráramos en la habitación en que se encontraba, estoy hablando de mí y del joven Jim, que cuidaba del jardín, que partía la leña y hacía otros menesteres parecidos.

»Entramos, pues, en la estancia, y ella no tardó en ponerse delante de unos papeles, sobre una mesa. Volvióse hacia la muchacha extranjera (a la señorita Olga, como todos la llamábamos), diciéndole: “Tú debes salir de la habitación ahora, querida, ya que no es conveniente que te mezcles con lo que voy a hacer a continuación”. Bueno, si sus palabras no fueron éstas, diría algo parecido.

»Habiendo salido de la estancia la señorita Olga, la señora Llewellyn-Smythe, nos ordenó que nos acercáramos a ella, al tiempo que decía: “Éste es mi testamento”. Luego añadió: “Voy a escribir algo en esta hoja de papel y deseo que vosotros seáis testigos de lo que anoto con mi firma al pie”. Empezó, pues, a escribir… Fueron dos o tres líneas. Firmó. Seguidamente, se dirigió a mí en estos términos: “Ahora, señora Leaman, va usted a estampar su nombre aquí. Su nombre y sus señas”. A Jim le hizo idénticas indicaciones. Al final insistió en resaltar lo que habíamos hecho, dándonos las gracias por haberla atendido.

»Jim y yo nos fuimos. No pensé más en aquello. Me causó extrañeza, eso fue todo. Todo sucedió al volver yo la cabeza, en el

instante de abandonar aquella habitación. La puerta no cerraba muy bien… Había que dar un pequeño tirón. Era lo que estaba haciendo cuando… Yo no estaba realmente mirando… ¿Me entiende?

—Me parece que lo entiendo perfectamente —respondió la señora Oliver, en un tono de voz que no la comprometía mucho.

—Entonces vi a la señora Llewellyn-Smythe abandonar su asiento… Padecía de artritis y experimentaba unos dolores muy fuertes cuando hacía algunos movimientos. La anciana se aproximó a una estantería, de la que sacó un libro, colocando el papel que firmara, convenientemente alojado en un sobre dentro del volumen. Tratábase de un libro grande, que se hallaba en uno de los estantes inferiores. Aquél volvió a ocupar el mismo sitio… Bueno, pues no volví a pensar en aquello. Es verdad. Pero cuando sucedió todo ese embrollo… Bien. Me sentí, desde luego… Al menos yo creí…

La señora Leaman se quedó callada de pronto.

Ariadne Oliver tuvo una de sus útiles intuiciones.

—Pero, seguramente —aventuró—, usted no esperaría mucho tiempo…

—Seré sincera: sí que esperé. He de admitir que mi curiosidad era grande. Hasta cierto punto, estaba justificada, ¿no? Siempre que se firma algo, la persona interesada quiere saber qué es lo que ha atestiguado. Es la naturaleza humana…

—En efecto, en efecto —declaró la señora Oliver, pensando que la curiosidad era uno de los elementos más importantes componentes de la humana naturaleza de la señora Leaman.

—Al día siguiente, la señora Llewellyn-Smythe se trasladó a Medchester… Me dediqué a arreglar su dormitorio, cómo siempre. Luego pensé: «Bien. Es necesario que estés al tanto de lo que has firmado». Esto era como leer la letra menuda en ciertos documentos.

»Me dije también que no causaba daño alguno a nadie con mi decisión. No era lo mismo que apoderarse de una cosa ajena. Convencida de que obraba normalmente, empecé a repasar los estantes en que se alineaban los libros. Andaban necesitados de un poco de plumero, de todas maneras. Localicé el que buscaba. Era un viejo libro, de gran tamaño, de la época victoriana. Encontré, asimismo, el sobre que contenía el papel plegado…

—Lo sacó usted y lo leyó, ¿no?

—Cierto, señora. No sé si procedí bien o mal… Bueno, ya estaba hecho. Era un documento legal. En la última página del volumen se encontraba el escrito que ella redactara la mañana anterior. El texto era perfectamente legible, pese a que la señora tenía una letra muy picuda…

—¿Y qué se especificaba allí? —inquirió la señora Oliver, cuya curiosidad ahora corría pareja con la que en su día sintiera la señora Leaman.

—No puedo recordar las palabras exactas, claro… Se hablaba allí de un codicilo y de que deducidos los legados mencionados en el testamento, la fortuna entera de la anciana pasaba a Olga… No recuerdo su apellido… Creo que comenzaba por una S… ¡Ah! Era Seminoff. La señora Llewellyn-Smythe aludió a las extraordinarias atenciones que había tenido con ella la joven extranjera durante su enfermedad. Al pie del documento figuraba su firma. Y luego venía la de Jim y la mía… Volví a dejar las cosas como estaban. No quería que la anciana supiera que había estado escudriñando entre sus efectos personales.

»Me dije que aquello tenía que constituir una sorpresa para todo el mundo, lo que había sido para mí. Una muchacha extranjera, una sencilla servidora de la casa, iba a heredar todo el dinero de la señora Llewellyn-Smythe, que era muy rica. Su esposo había sido un famoso armador, dejándole a su muerte su gran fortuna. “Hay gente con suerte”, me dije.

»Debo confesar que a mí no me inspiraba grandes simpatías la señorita Olga. Solía ser brusca en sus maneras; era una persona de mucho genio. Pero con la anciana se mostró en todo momento atenta y cortés. Vivía pendiente de sus menores necesidades… Reflexionando más tarde, me dije que no debía dar a la decisión de la señora Llewellyn-Smythe la importancia que le diera al principio. Podía ser que hubiese sido dictada por cierto enojo temporal con sus parientes. ¿Quién aseguraba que pasado algún tiempo aquella dama no podía cambiar de opinión? Y entonces, con redactar otro testamento o codicilo, listos… Más adelante, llegué a olvidar el episodio en cuestión.

—¿Y luego?

—Luego vinieron todos esos enredos sobre el testamento, del cual se dijo que había sido falsificado, negándose que la señora Llewellyn-Smythe hubiese redactado el codicilo… Se aseguraba que eso era obra de otra persona…

—Ya. ¿Y entonces qué hizo usted?

—No hice nada. Y es lo que realmente me preocupa… No me di cuenta de cómo había quedado planteada la situación inmediatamente. Y cuando pensé en ésta un poco, no supe realmente qué era lo que yo debía hacer. Los abogados se habían declarado en contra de la muchacha extranjera. Siempre pasa lo mismo… Admito que yo tampoco simpatizo mucho con los de fuera. De todos modos, la joven se mostraba jactanciosa, desafiante, dando la impresión de que se hallaba muy complacida con la decisión de la señora. Sus adversarios declaraban que ella no tenía ningún derecho al dinero por no estar emparentada con la anciana. Todo acabaría saliendo bien para éstos, que renunciaron luego a que se viese el caso ante los tribunales de justicia. Con harta justificación. Porque la señorita Olga huyó. Se trasladó a no se sabe qué punto del continente europeo de donde procedía. Se esfumó misteriosamente, como obediente al mando de un gran prestidigitador. Quizá se hubiese atrevido a amenazar a su señora y ésta prefirió atender sus indicaciones… ¡Quién sabe! Uno de mis sobrinos, que estudia medicina, alega que se pueden lograr cosas maravillosas valiéndose del hipnotismo. ¿Podría ser que Olga hipnotizara a la señora Llewellyn-Smythe?

—¿Cuánto tiempo hace de todo esto?

—La señora Llewellyn-Smythe murió hace… veamos… hace casi dos años.

—¿Y no se sintió preocupada ante toda aquella historia?

—Pues no. En aquella época, no. En su momento, no concedí a ciertos detalles la importancia adecuada. Todo marchaba bien… Lo de la señorita Olga consiguiendo hacerse con el dinero era un asunto aparte… Creí que no tenía por qué inmiscuirme…

—Y ahora piensa usted de otra manera.

—Todo se debe a ese repugnante crimen. Pienso en la chiquilla que murió ahogada en un cubo lleno de agua, en la que flotaban unas manzanas. Ella había hablado de un crimen, de haber visto

cómo lo cometían o de estar enterada de muchos datos a él relativos… Pensé en la posibilidad de que Olga hubiese asesinado a su señora, al enterarse de que iba a convertirse en heredera de su dinero. Posteriormente, pudo ser que se asustara al observar los manejos de los abogados y la posible intervención de la policía, decidiendo emprender la huida. Comprendí que debía confiarme a alguien después… ¿A quién? A usted, una mujer que cuenta, indudablemente, con buenas amistades en las secciones policíacas y de justicia. Usted podría explicar a sus amigos que yo sólo me dedicaba a quitar el polvo de un estante y que el papel se encontraba allí, dentro de un libro, donde lo dejé. Yo no me lo llevé…

—Pero eso fue lo que usted vio en aquella ocasión, ¿no? Usted vio cómo la señora Llewellyn-Smythe escribía un codicilo para su testamento. Usted le vio estampar su nombre al pie… Usted misma, en compañía de Jim, firmó. ¿Fue así o no?

—Así fue, en efecto.

—Pues si usted vio a la señora Llewellyn-Smythe escribir su nombre no se puede hablar de que la firma fuese falsa, ¿verdad? Dice que la vio firmar personalmente…

—La vi firmar y ésta es la pura verdad. También estaba presente Jim… Lo malo es que Jim no se encuentra en este país. Se fue a Australia. Marchó allí hace cosa de un año y desconozco su actual paradero.

—Y usted desea que yo haga algo… ¿Qué?

—Yo quisiera que me dijese si hay algo ahí que yo debiera decir ahora. He de notificarle que nadie me ha hecho la menor pregunta. Nadie me ha preguntado si yo sabía algo acerca del testamento.

—Usted se apellida Leaman. ¿Cuál es su nombre de pila?

—Harriet.

—Harriet Leaman. ¿Y cómo se apellidaba Jim?

—¿Cuál era su apellido? ¡Ah! Jenkins. Cierto: James Jenkins. Le quedaría muy reconocida si usted me ayudase, ya que ando algo preocupada. ¡Menuda historia! Si la señorita Olga asesinó a la señora Llewellyn-Smythe, la criatura, llegó a verla… La joven extranjera no se amilanó de buenas a primeras. Se puso a la altura de las circunstancias al enterarse de que podía entrar en posesión de

una gran fortuna. Pero todo cambió cuando hizo acto de aparición la policía, formulando preguntas a diestro y siniestro. Entonces, al poco, se esfumó de repente. A mí no me preguntó nadie nada. Ahora, sin embargo, no ceso de preguntarme si debiera haber referido algo espontáneamente, en su día.

A este discurso, la señora Oliver respondió con las siguientes palabras:

—Estimo que lo más lógico es que cuente usted su historia a quienquiera que representase a la señora Llewellyn-Smythe como abogado. Estoy convencida de que un buen abogado comprenderá a la perfección sus sentimientos y los móviles determinantes de su conducta.

—Bueno, yo creo que si usted les dice algo… Además de ser una mujer, usted entiende de estas cosas legales, por lo que puede acercarse a esa gente, explicarle nuestra entrevista y decirle que nunca me propuse… decirle que no quise incurrir en nada deshonesto, en forma alguna. Todo lo que yo…

—Todo lo que usted hizo fue callar —manifestó la señora Oliver —. Ésta parece ser una explicación sumamente razonable.

—Yo le quedaría muy agradecida si al tocar el tema con sus amigos accediese a presentarme convenientemente.

—Haré lo que esté en mi mano por usted —repuso con una sonrisa Ariadne Oliver.

Su mirada se orientó hacia el sendero del jardín, por el que avanzaba una figura conocida.

—Bueno. Muchas gracias por todo. Ya me habían dicho que era usted una señora muy amable. Veo que no me han engañado y le quedo muy reconocida de antemano.

La mujer se puso en pie, calzándose los guantes blancos de algodón, que no había cesado de retorcer angustiada cuando pasara tantos apuros para explicarse. La señora Leaman hizo un gesto de asentimiento a medias o pequeña reverencia y se alejó de la casa a buen paso.

Ariadne Oliver aguardó a que Poirot se le acercara.

—Venga para acá —le dijo—. Siéntese. ¿Qué le ocurre? Parece hallarse usted cansado.

—Los pies me duelen horriblemente —manifestó Hércules

Poirot.

—La culpa es de esos terribles zapatos de charol que calza —aseguró la señora Oliver—. Tome asiento y descanse. Dígame todo lo que ha venido aquí a comunicarme que yo le contaré a continuación algo que es bastante probable que le deje sorprendido.

CAPÍTULO XVIII

POIROT se sentó, estirando las piernas. Seguidamente exclamó:

—¡Ah! Esto ya es otra cosa.

—Quítese los zapatos —le recomendó la señora Oliver—. Todavía se encontrará más a gusto.

—No, no. Yo no puedo hacer tal cosa.

Poirot parecía hallarse impresionado ante la posibilidad de seguir el consejo de la señora Oliver.

—¿Por qué no? Nosotros nos conocemos desde hace mucho tiempo —alegó Ariadne Oliver—, y a Judith si llega a salir de la casa, y le ve, esto le tendrá sin cuidado. Permítame que le diga una cosa: no debiera usar zapatos de charol en pleno campo. ¿Por qué no se procura unos de piel de ante? Repare en el calzado tan cómodo que emplean los «hippies»… Se deslizan casi por sí solos en los pies y no hay ni que pensar en limpiarlos. Cualquiera diría que se limpian por algún proceso natural. Se trata de uno de tantos inventos que tienden a ahorrar esfuerzos.

—¡Oh! Eso no me llama la atención, de veras.

La señora Oliver empezó a deshacer uno de sus paquetes sobre la mesa.

—Lo peor de usted es que insiste en ser un hombre *elegante*. A usted le preocupan más sus ropas, su bigote y su aspecto, en

general, que el hecho de sentirse cómodo, a gusto. Cuando, realmente, la comodidad personal es lo más grande que hay. Rebasados los cincuenta años, digamos, la comodidad es lo único que interesa.

—Madame, *chère* madame: me parece que no estoy muy de acuerdo con usted en tal aspecto.

—Pues haga un esfuerzo y créame —respondió la señora Oliver —. De lo contrario, le toca a usted sufrir mucho. Y la cosa irá empeorando año tras año.

La señora Oliver extrajo del paquete una caja de vivos colores. Después de quitarle la tapa, cogió una pequeña porción de su contenido, llevándoselo a la boca. Finalmente, se chupó los dedos. Luego, se los secó con un pañuelo, murmurando:

—Pegajoso…

—¿Es que ya no come usted manzanas? ¡La he visto tantas veces con su bolsa de manzanas, comiendo manzanas o derramándolas por la acera!

—Voy a confiarle una aspiración mía: no quiero volver a ver una manzana en mi vida. No. Las manzanas me inspiran un odio feroz. Es posible que llegue un día en que me sobrepondré a esto, pero de momento…

—¿Y qué es lo que come ahora?

Poirot examinó la alegremente coloreada tapa de la caja, adornada con una palmera.

—¡Ah! Son dátiles… Le ha llegado el turno a los dátiles.

La señora Oliver cogió uno, llevándoselo a la boca. Habiéndole quitado el hueso, lanzó éste hacia un matorral próximo y continuó masticando.

—*Dates*[6] —comentó Poirot—. Es extraordinario.

—¿Qué es lo que tiene de extraordinario esta fruta? Es del gusto de mucha gente

—No, no. Me refería a eso. Lo extraordinario radica para mí en que me hable de… *dates*.

—¿Por qué?

—Porque nuevamente, una vez más, usted me señala la ruta a cubrir, el *chemin* que debo tomar o que debía haber tomado… Usted me ha señalado oí rumbo. *Fechas*, hasta este momento yo no me

había dado cuenta de la importancia que tienen las fechas en este asunto.

—No logro ver que las fechas tengan una relación tan interesante con lo que ha sucedido aquí. Quiero decir que no hay implicado un *tiempo* real. Todo ocurrió… hace cinco días solamente.

—Ese episodio tuvo lugar hace cinco días. Sí. Eso es muy cierto. Pero para todo lo que suceda ahí tiene que haber un pasado. Un pasado que se incorpora ahora al día de hoy, pero que existió ayer, o el mes pasado, o el año anterior. El presente se halla casi siempre enraizado en el pasado. Hace un año, dos, tres, quizá, fue cometido un crimen. Una niña lo presenció. Por el hecho de haber visto la niña cometer el crimen en determinada fecha, que queda bastante atrás, aquélla murió. ¿No es así?

—En efecto. Así es. Es lo que me supongo, al menos. Pudiera no haber ocurrido lo que nos figuramos, también. Todo pudiera ser obra de un perturbado mental, de alguien que disfruta matando a la gente, de alguien que cree que con el agua sólo se puede jugar a base de mantener la cabeza de una criatura sumergida en ella… Para un loco, ése podía constituir el número más atractivo entre los diversos esparcimientos de una reunión juvenil.

—Madame: estoy seguro de que no fue precisamente esa creencia lo que la llevó a pensar en mí.

—No, efectivamente —reconoció la señora Oliver—. No me gusta lo que husmeo aquí. No me gustó desde un principio.

—Estamos de acuerdo. Y cuando a uno no le gusta algo lo inteligente es que se esfuerce por averiguar el porqué. Yo me estoy esforzando de veras, aunque pudiera ser que no fuese eso lo que usted piensa.

—¿Alude a lo de ir de un lado para otro charlando con la gente, enterándose de si ciertas personas son amables o no, haciéndoles continuas preguntas?

—Exactamente.

—¿Y a qué conclusiones ha llegado hasta ahora?

—He recogido algunos hechos —contestó Poirot—. Hay hechos que en su momento serán encajados en sus sitios respectivos mediante las fechas correspondientes, por decirlo de alguna manera.

—¿Eso es todo? ¿Qué otras cosas ha averiguado?

—Que nadie cree en la veracidad de las declaraciones de Joyce Reynolds, por ejemplo.

—¿Cuando dijo que ella había sido testigo de un crimen? Yo la oí…

—Sí. La chica declaró eso. Pero nadie cree que sea verdad lo que afirmó. Así, pues, lo más seguro es que la gente acierte. En resumen: que la chiquilla no vio nada de lo que explicó.

—Saco la impresión yo ahora de que sus hechos le llevan a retroceder en lugar de mantenerle en el mismo punto o hacerle avanzar.

—Hay que procurar encajar esos hechos, amiga mía. Hablemos de uno de ellos, de la falsificación, por ejemplo… Todo el mundo explica que una joven extranjera, una chica *au pair*, se entregó de tal manera en el servicio de una viuda anciana y muy rica que logró que la mujer redactara un documento, o codicilo, dejándole a ella toda su fortuna. ¿Falsificó la muchacha el testamento? ¿Hizo este trabajo alguien por la chica?

—¿Quién pudo hacer tal labor por ella?

—Hubo en este poblado otro falsificador. Hubo alguien que una vez fue acusado de tal. Pero por tratarse de una primera infracción pudo escapar del embarazoso asunto.

—¿Habla usted de un nuevo personaje? ¿Conocido por mí?

—No, usted no lo conoce. Murió ya.

—Hace un par de años, aproximadamente. Todavía no conozco la fecha exacta. La conoceré. Fue una persona que vivió en este sector residencial. A causa de una cuestión de faldas que suscitó celos y excitó otros sentimientos, fue apuñalado, falleciendo a resultas de las heridas. Tengo una idea: existen unos sucesos separados que pudieran estar relacionados entre sí más estrechamente de lo que se advierte en principio. No pretendemos cogerlos todos… Probablemente, la conexión mutua se da en varios tan sólo.

—Se me antoja sumamente interesante lo que usted dice, pero si he de ser sincera, debo decir que en estos momentos no logro ver…

—A mí me pasa lo mismo, querida —contestó Poirot—. Me figuro que las fechas pueden constituir una gran ayuda. Nos

interesa conocer fechas de ciertos episodios en los que tomó parte determinada gente… ¿Qué le ocurrió a ésta? ¿Qué estaba haciendo allí? Todo el mundo piensa que la joven extranjera falsificó el testamento y lo más seguro es que todo el mundo tenga razón. Ella era la única persona que podía salir beneficiada con este paso, ¿no? Espere… espere…

—¿Qué es lo que tengo que esperar? —murmuró la señora Oliver.

—Acaba de cruzar una idea por mi cabeza —explicó Poirot.

La señora Oliver suspiró, llevándose otro dátil a la boca.

—¿Regresa usted a Londres, madame?

—Me iré pasado mañana —contestó Ariadne Oliver—. No puedo seguir aquí más tiempo. Se me está amontonando el trabajo en casa.

—Dígame: ¿dispone en su piso de una habitación reservada para huéspedes? Se ha mudado de casa tantas veces en los últimos tiempos que no recuerdo la disposición de su vivienda.

—Nunca me ha gustado admitir la existencia de esa habitación públicamente —declaró la señora Oliver—. Si usted quiere ganársela no tiene más que proclamar que dispone de una estancia en su piso de la capital destinada a los compromisos… Entonces es muy fácil que empiece a recibir cartas de sus amigos y conocidos (conocidos suyos y de algún pariente en tercer grado también), rogándole la cesión del preciado refugio por una noche, cuando menos. Yo pienso en que hay siempre sábanas por lavar y fundas de almohada por sustituir… Luego viene lo del té por las mañanas, seguido de alguna que otra comida. En consecuencia, lo de la habitación de reserva para los huéspedes es uno de mis secretos mejor guardados. Mis amigos de verdad terminan por pasar por mi casa, es decir, la gente que yo quiero realmente ver. Con los otros… todo es distinto. Siempre me ha gustado hacer un favor a cualquiera, pero eso de que me usen de comodín…

—A todos nos pasa lo mismo —manifestó Hércules Poirot—. Es usted sumamente precavida.

—Bueno, ¿y a qué viene eso?

—De ser necesario, ¿podría usted hacerse cargo de uno o dos huéspedes?

—Sí que podría —indicó la señora Oliver—. ¿A quién o quiénes

desea que aloje en mi casa? De usted no se trata, sin duda. Usted ya dispone de un piso espléndido. Recuerdo que es un piso ultramoderno, muy abstracto, todo a base cuadros y cubos.

—Es que quizá tengamos que adoptar una sabia precaución.

—Que afecta… ¿a quién? ¿Es que va a ser asesinado alguien más?

—Confío en que no se llegue a eso. Rezo porque no ocurra nada de este tipo… Ahora, cabe tal posibilidad de que suceda.

—¿En quién está usted pensando? ¿En quién? No comprendo…

—¿Hasta qué punto cree conocer a su amiga?

—La verdad es que no la conozco muy bien. Simplemente: simpatizamos en el curso de un «tour» y empezamos a ir juntas de un lado para otro. Encontré en ella, en su carácter, algo que me interesó, que atrajo mi atención, era diferente de otras personas…

—¿Usted cree que podría utilizar a esa mujer como personaje de una de sus obras?

—No sabe usted lo que me disgusta esa pregunta. Me la han hecho mil veces. No hay nada de eso. La gente que yo trato todos los días, la gente que yo conozco, no pasa jamás a mis libros.

—Puntualicemos, madame. Usted no hará pasar a las páginas de sus novelas aquellas personas que conoce… Pero sí irán a ellas algunas de las que ve accidentalmente.

—Cierto —repuso la señora Oliver, tras unos momentos de reflexión, dedicados a considerar las últimas frases de Hércules Poirot—. En ocasiones, es usted un excelente adivino. Estas cosas suceden de la manera siguiente: una ve a una señora en un autobús, devorando un bollo; sus labios no cesan de moverse… Entonces yo, a lo mejor, me la imagino confiando unas palabras al oído de alguien, rumiando una conferencia telefónica que piensa hacer, o planeando el texto de una carta que se propone escribir.

»A continuación viene lo de fijarse en ella y ponerse a estudiar sus zapatos y el vestido, y el sombrero; se pretende adivinar su edad y se escrutan las manos para ver si lleva en un dedo el anillo de desposada; se profundiza en otros detalles… Finalmente, una abandona el autobús. No se aspira a ver a la mujer de nuevo… Pero he aquí que una empieza a planear un argumento relativo a una señora Carnaby, quien se dirige a su casa en un autobús, después de

haber sostenido una rara entrevista con alguien en el interior de una pastelería, en el transcurso de la cual le recordaron a una persona que solamente viera una vez, de cuya muerte había oído hablar, pero que en realidad sigue viviendo, al parecer.

La señora Oliver hizo una pausa para respirar a sus anchas.

—Mi querido Poirot: tengo que decirle que todo esto es rigurosamente cierto. Poco antes de abandonar Londres estuve sentada en el interior de un autobús delante de determinada persona… ¡Oh! Aquí dentro —agregó la señora Oliver dándose una palmada en la frente—, anda cociéndose la historia ya. Veo la secuencia completa, lo que ella va a contestar, si va a correr algún peligro o el peligro será para otra mujer. Me parece que conozco ya su nombre completo. Veamos… Constance. Constance Carnaby. Solamente una cosa podría echarlo todo a perder.

—¿Qué cosa?

—Todo se iría a pasear, Poirot, si yo volviese a ver a la mujer en otro autobús, si le hablara, si me hablara ella, si yo empezara a tener noticias directas de su persona.

—Ya, ya. El argumento ha de ser suyo, ¿no? Exactamente igual que el personaje. La criatura literaria ha de nacer de usted. Usted ha de forjarla, comprenderla, saber cómo siente, animarla… El estímulo partió de un ser humano vivo, auténtico, real. Pero si usted llega a hacer averiguaciones sobre él… Bien. Entonces ya no habrá historia, ¿eh?

—Exactamente —corroboró la señora Oliver—. Con respecto a lo que estaba usted diciendo sobre Judith, he de decirle que nosotras pasamos juntas muchas horas durante el crucero, visitando lugares curiosos. Sin embargo, no llegué a conocerla muy bien, no ahondé mucho en su carácter. Es viuda. Al morir su esposo se quedó sola con su hija, Miranda, a quien usted ya conoce.

»Debo confesarle que madre e hija me han hecho sentir impresiones muy extrañas. Instintivamente, veo en ellas a dos personajes importantes, como si hubiesen estado mezclados en algún drama apasionante. No quiero conocer los detalles del drama en cuestión. Nada quiero que me digan acerca de él. Deseo pensar únicamente en el tipo de conflicto en que a mí me gustaría ver a esas personas.

—Ya. Veo a dos candidatas al ingreso en las páginas del próximo «best-seller» de Ariadne Oliver.

—Es usted muy rudo en ocasiones —manifestó la señora Oliver —. Le da usted a todo eso un tono vulgar —la señora Oliver se quedó pensativa—. Quizá lo sea.

—No, no. Nada vulgar. Es humano exclusivamente.

—¿Y usted quiere que yo invite a Judith y a Miranda a trasladarse a mi piso de Londres?

—Todavía no —replicó Poirot—. Primero he de asegurarme de que ando en lo cierto con una de mis pequeñas ideas.

—¡Vaya con sus pequeñas ideas! Bien. Tengo noticias que darle.

—Madame: me encantaría saber de qué se trata.

—No sé si le encantarán, verdaderamente. Probablemente, alterarán su composición de lugar. Supongamos que le digo que la falsificación de que tanto le han hablado no era tal falsificación…

—¿Qué está usted diciéndome?

——La señora Smyth, o como se llamara, redactó un codicilo, un apéndice de su testamento, dejando toda su fortuna a la joven extranjera que la servía. La anciana firmó el documento y también estamparon sus firmas en el papel dos testigos, uno en presencia del otro. A ver… Acérquese eso al bigote y husméelo… ¿Le sugiere algo?

Capítulo XIX

La señora… Leaman… —dijo Poirot, tomando nota del apellido.

—Eso es. Harriet Leaman. Y el otro testigo fue James Jenkins. El hombre se fue a vivir a Australia. Se supone con relación a la señorita Olga Seminoff que regresó a Checoslovaquia u otro país europeo, aquél de donde procedía… Aquí todo el mundo parece haber decidido en su día esfumarse.

—¿Hasta qué punto cree usted que podemos confiar en la señora Leaman?

—Yo opino que la mujer no ha inventado nada, que se ha sincerado conmigo… ¿No es eso a lo que quiere usted referirse? La mujer tuvo que estampar su firma al pie de un papel e impulsada por la curiosidad aprovechó la primera ocasión que se le deparó para ver qué era concretamente lo que atestiguara.

—Es decir, que sabe leer y escribir perfectamente…

—Me imagino que sí. Ahora bien, hay que tener en cuenta que la mayor parte de la gente tropieza con dificultades a la hora de leer los escritos de las señoras ya ancianas, cuya letra suele ser temblorosa. Si circularon rumores más tarde acerca del testamento o el codicilo, la mujer pudo deducir que lo que había tenido delante, redactado con letra más bien indescifrable, fue uno de esos papeles…

—Un documento auténtico —comentó Poirot—. Pero hubo también un codicilo falsificado.

—¿Quién ha dicho eso?

—Los abogados.

—Quizá no fuese tan falso…

—Los abogados se han conducido de una manera muy especial al enfocar este asunto. Es lo normal, tratándose de lo que se trata. Se hallaban dispuestos a llevar el caso a los tribunales presentando las pruebas de los expertos.

—¡Ah! —exclamó la señora Oliver—. Entonces resulta fácil ver que es lo que ocurrió.

—¿Qué es lo que resulta fácil ver? ¿Qué es lo que ocurrió?

—Verá usted… Al día siguiente, o unos cuantos días más tarde, una semana después, por ejemplo, la señora Llewellyn-Smythe tuvo un disgusto con su solícita servidora o se reconcilió sin reservas con su sobrino Hugo, o su sobrina Rowena. Entonces hizo pedazos el testamento o rompió el codicilo o pegó fuego a esos documentos…

—Y luego…, ¿qué?

—Luego, la señora Llewellyn-Smythe muere. Viene la joven extranjera y escribe un nuevo codicilo imitando la letra de la fallecida, redactándolo en idénticos términos lo mejor que puede. Es probable que conozca también la letra de la señora Leaman. La firma pudo verla en su tarjeta de la Seguridad Social, por ejemplo. Esto es válido, asimismo, para el jardinero… La muchacha exhibe el papel pensando que ya saldrá alguien que asegure haberlo atestiguado. Todo marchará bien en consecuencia, se imagina. Pero la falsificación de que es autora adolece de bastantes imperfecciones y entonces comienza el conflicto.

—¿Usted me permitirá, *chère* madame, utilizar su teléfono?

—Le permito utilizar el teléfono de Judith Butler, sí, señor.

—¿Dónde para su amiga?

—Ha ido a la peluquería. Y Miranda salió para dar un paseo. El teléfono se encuentra en esa habitación de ahí, junto a la ventana.

Poirot regresó diez minutos más tarde.

—¿Y bien? ¿Qué ha estado usted haciendo?

—He telefoneado al señor Fullerton, el abogado. Deseo decirle a usted algo ahora. El codicilo, el codicilo falsificado, no fue

atestiguado por Harriet Leaman, sino por una tal Mary Doherty, ya fallecida, quien estuvo al servicio de la señora Llewellyn-Smythe. Murió recientemente… el otro testigo fue James Jenkins, quien se trasladó a Australia, tal como su amiga, la señora Leaman, le informó…

—Así, pues, hubo un codicilo falsificado —manifestó la señora Oliver—. Y, al parecer, hubo también un codicilo auténtico. Oiga, Poirot: ¿no cree que esto se está complicando demasiado?

—Se está complicando de una manera increíble —declaró Hércules Poirot—. Se habla ya excesivamente de falsificaciones aquí…

—Es posible que el codicilo auténtico se encuentre todavía en la estantería de Quarry House, metido en las páginas de un libro.

—Tengo entendido que todas las cosas de la vivienda fueron vendidas al fallecer la señora Llewellyn-Smythe, con la excepción de unos cuantos muebles familiares y algunas pinturas.

—¿Cómo se titulaba el libro de que me habló la señora Leaman, aquel en que fue guardado el documento? —se preguntó la señora Oliver, adoptando una actitud reflexiva—. Algo así como *Informatodo*… El título es estupendo, ¿verdad? Recuerdo que mi abuela poseía un ejemplar de esa obra. Es un libro al cual pueden hacérsele las preguntas que se le antojen a una… Lo mismo habla de trámites legales que de recetas de cocina o del procedimiento para quitar las manchas de tinta de una tela. Enseña también, por ejemplo, a fabricar polvos para el maquillaje… ¡Oh! Contiene un sinfín de datos. Bueno, ¿no le gustaría tener un libro como ése a mano en estos momentos?

—No hay ni que dudarlo —replicó Hércules Poirot—. Contendrá alguna receta para el tratamiento de los pies fatigados.

—Contendrá más de una, seguramente. Pero, en fin, ¿por qué no se decide a utilizar unos zapados más adecuados para estos terrenos?

—Madame: a mí me gusta que me vean *soigné* en cuanto a mi aspecto.

—Perfectamente. Pues entonces resígnese a llevar cosas que le han de molestar, que le harán daño incluso —alegó la señora Oliver —. No obstante… Ahora resulta que no entiendo nada de nada.

¿Qué es lo que hizo la mujer llamada Leaman? ¿Limitarse a contarme un puñado de mentiras?

—Cabe esa posibilidad siempre.

—¿Le ordenó alguien que me las contara?

—También eso es posible.

—¿Le pagó alguien para que me contara sus embustes?

—Continúe… Siga… Lo está usted haciendo muy bien —comentó Poirot.

La señora Oliver, cavilosa, manifestó:

—Supongo que la señora Llewellyn-Smythe, como pasa con todas las mujeres ricas, disfrutaba haciendo testamentos. Probablemente, hizo muchos a lo largo de su existencia. Ya sabe usted lo que pasa: se trata de beneficiar a uno u otro, según los servicios prestados y a tenor del humor del momento. Se produjeron cambios. Los Drake, a fin de cuentas, eran gente de buena posición. Les dejaría en todo caso un sabroso legado. En cuanto a Olga… Quisiera saber algo más de lo que sé acerca de la joven. Ciertamente que a la hora de desaparecer actuó de un modo eficiente: no hubo nadie que diera ya con ella. Si es que existió alguien que la buscara.

—En breve, mis informaciones sobre su persona van a ser ampliadas —notificó Hércules Poirot.

—¿Y cómo?

—Ya lo verá.

—Yo sé que ha estado usted haciendo indagaciones en este poblado.

—En este poblado solamente, no. Estoy en contacto con un agente londinense que me ha procurado frecuentemente informaciones en el extranjero y dentro de este país. Pronto llegarán aquí noticias de la Bosnia-Herzegovina.

—¿Sabrá usted si ella regresó alguna vez allí?

—Pudiera ser, pero me inclino a pensar que la información que voy a conseguir es de otro tipo. Es posible que conozca cartas escritas por la joven durante su estancia entre nosotros. Quizás aluda en ellas a algún amigo personal, con quien intimara…

—¿Qué me dice de la profesora? —inquirió la señora Oliver.

—¿A qué profesora se refiere usted?

—Estoy pensando en la que fue estrangulada, en esa de que le habló Elizabeth Whittaker… La verdad es que Elizabeth Whittaker no me agrada mucho. Es una mujer que resulta fastidiosa. La tengo por persona inteligente, sin embargo —Ariadne Oliver entornó los ojos antes de añadir—. Pertenece al grupo de seres humanos especial que estimo capaces de cometer un crimen.

—¿Cree usted que pudo estrangular a su compañera?

—Una tiene que agotar todas las posibilidades.

—Yo estoy dispuesto a dejarme guiar de sus intuiciones, madame, como muchas otras veces.

La señora Oliver se llevó a la boca otro dátil, siempre cavilosa.

Capítulo XX

TRAS abandonar la casa de la señora Butler, Poirot se alejó de ella por el camino que le enseñara Miranda. El claro en el seto había sido ampliado. Alguien, quizás alguna persona más voluminosa que Miranda, había utilizado el pasadizo. Subió por el sendero de la antigua cantera, observando una vez más la belleza de aquel escenario. «He aquí un hermoso jardín», se dijo Poirot. Pero sintió lo mismo que sintiera durante su primera visita. Aquel lugar le parecía hechizado. Dentro de su belleza había algo de dura expresión, como si estuviese animado por una savia violenta. Podía ser que mucho tiempo atrás, por aquellos serpenteantes caminos, hubiesen corrido fantasmales personajes tras sus víctimas; más de una diosa, tal vez, decretaría por allí los sacrificios que tenían que serle ofrecidos.

Se hacía cargo perfectamente de por qué no se había convertido en centro de excursiones habitual aquel sitio. El escenario, de otro lado prodigioso, rechazaba los típicos huevos hervidos de los excursionistas, sus ensaladas, sus naranjas, las bromas más o menos finas que seguían a las meriendas. El paisaje había cambiado. Quizás hubiese resultado más humano y acogedor de no haberse dejado guiar tal fielmente la señora Llewellyn-Smythe de su fantasía. Le habría venido bien la supresión de su especial atmósfera. ¡Ah! Pero la señora Llewellyn-Smythe no se contentaba

con cualquier cosa. Era una dama ambiciosa y, por añadidura, muy rica.

Poirot pensó por un momento en los testamentos… Pensó en los testamentos que solían hacer las mujeres acaudaladas; reparó en las numerosas mentiras que circulaban en torno a los documentos de tal carácter redactados por las mujeres ricas; enumeró los diversos sitios en que las mujeres de dinero escondían sus testamentos; se esforzó por imaginarse la manera de reflexionar de un falsificador: indudablemente, el testamento aquél había sido una pura falsedad. El señor Fullerton era un abogado precavido y competente. Estaba seguro de eso. Era de los abogados que aconsejaban lealmente a sus clientes, que les sugerían un camino a seguir cuando se veras existía una salida para su problema.

Dobló una curva del sendero experimentando la sensación momentáneamente de que sus pies tenían más importancia que sus especulaciones. ¿Estaba siguiendo un atajo para llegar cuanto antes a la casa del superintendente Spence o no? Estaba avanzando en línea recta, desde luego, pero en la carretera principal sus pies lo habrían pasado mejor. El sendero en cuestión no se hallaba alfombrado por ninguna capa de césped. Presentaba la dureza de la piedra. Hacía pensar en un vestigio escondido de la antigua cantera.

De pronto, se detuvo.

Enfrente de él divisó dos figuras. Sentado en un saliente rocoso, contempló a Michael Garfield. Tenía un bloc de papel sobre las rodillas y estaba dibujando, concentrando enteramente su atención en la labor que tenía entre manos. A escasa distancia de él, de pie junto a un pequeño y rumoroso arroyo, se encontraba Miranda Butler. Hércules Poirot se olvidó por completo de sus pies, olvidó los trastornos del cuerpo humano y se recreó en el bello espectáculo que pueden ofrecer dos seres humanos bien conjuntados.

Indudablemente, Michael Garfield era un joven de una perfección física asombrosa. Poirot no supo responder a sí mismo a la pregunta de si aquel hombre era o no de su agrado. Siempre es difícil saber si a uno le gusta alguien tan bello. Cualquiera gusta de contemplar la belleza, pero… La belleza en las mujeres era una *cosa permitida*, familiar, pero Hércules Poirot no estaba seguro de que le agradara en los hombres. A él mismo no le habría complacido, ni

mucho menos, ser un hombre guapo. Claro que nunca había corrido semejante riesgo… Había solamente una cosa de su persona que satisfacía plenamente a Hércules Poirot: su espléndido bigote. Y también la forma en que éste reaccionaba ante sus esmerados cuidados. El bigote en cuestión era magnífico. No sabía de nadie que conociese otro mejor. Ni siquiera que lo igualara. Él no había sido jamás un hombre hermoso, ni bien parecido. La belleza, en su caso, podía ser dejada a un lado…

En cuanto a Miranda… Pensó de nuevo, como ya había pensado antes, que era su gravedad lo que en ella resultaba más atractivo. Se preguntó qué era lo que pasaría por su cabeza en aquellos instantes. Nunca lo sabría… La muchacha no diría así como así lo que estaba pensando. Probablemente, ni siquiera formulándole preguntas directas. Tenía una mente original, una mente reflexiva. Poirot se dijo que ella era vulnerable. Muy vulnerable. Acerca de las chicas él sabía ya algunas cosas. O creía saberlas. Todo era una pura hipótesis, pero se sentía casi seguro…

Michael Garfield levantó la vista diciendo:

—¡Oh! El señor «Bigotes». Buenas tardes, señor.

—¿Me permite que mire lo que está usted haciendo? ¿Le importuno, quizá? No quisiera que me juzgase impertinente.

—Puede usted mirar lo que quiera. A mí me da igual —repuso Michael Garfield—. No sabe usted lo que me estoy divirtiendo en estos instantes.

Poirot se asomó al bloc por encima de uno de sus hombros. Asintió. Tenía delante un dibujo a lápiz de muy delicadas líneas, unas líneas qué resultaban casi invisibles. Poirot pensó que el joven sabía dibujar. Y no solamente era capaz de proyectar jardines. Exclamó en voz baja, casi:

—¡Exquisito!

—Es lo mismo que yo estaba ahora pensando —declaró Michael Garfield.

Adrede, dio a sus palabras una entonación especial, para significar, que también podía estar refiriéndose a la deliciosa criatura que tenía delante, como modelo.

—¿Cómo se le ocurrió a usted la idea de llevar a la chica a su bloc de apuntes?

—¿Quiere saber por qué estoy haciendo esto? ¿Cree usted de veras que existe alguna razón?

—Pudiera existir.

—Es verdad. Si yo me voy de aquí algún día, hay una o dos cosas que deseo recordar. Miranda es una de ellas.

—¿La olvidaría usted fácilmente de otro modo?

—Muy fácilmente. Yo soy así. Pero me consta, sé muy bien que el olvido de algo o de alguien, la imposibilidad de evocar un rostro, el giro de un hombro, un simple gesto, la estampa de un árbol, una flor, un trozo de paisaje, producen en uno una terrible angustia, una verdadera agonía, a veces. Uno ve algo, este algo se fija en la memoria, pero es perecedero y por fin el recuerdo se desvanece…

—No es precisamente lo que va a suceder con este jardín, creo yo.

—¿Usted cree? Este jardín no constituirá una excepción. Se perderá si no hay nadie que se ocupe de él. La Naturaleza lucha por lo que es suyo. Esto necesita amor y atención, cuidado y destreza. Si se forma algún comité para atender lo que estamos viendo (que es la solución que se da a estas cosas hoy en día), sus miembros se dedicarán a «conservar» lo que han encontrado. Y sucederá entonces, inevitablemente, que se incorporarán al paisaje muchos otros adornos, que serán abiertos nuevos senderos, que serán instalados asientos a ciertas distancias. Hasta pudiera ser que fuesen colocados en los caminos algunos bidones para la recogida de basuras. ¡Oh, sí! La gente que integra tales comités es muy celosa, atenta y *conservadora*. Y esto que tenemos aquí no se presta a esos manejos. Esto es algo salvaje. Mantener el paisaje de esta manera es más difícil que planear una ordenación convencional.

—¡Monsieur Poirot! —dijo la chica, desde el otro lado del arroyo.

Poirot avanzó unos cuantos pasos para oír mejor su voz.

—Por fin te he encontrado. Viniste para que te hiciesen un retrato a lápiz, ¿no es así?

Ella denegó moviendo la cabeza.

—No vine aquí por eso. Fue una casualidad…

—Sí —confirmó Michael Garfield—. Fue una casualidad… A veces tiene uno rachas de suerte.

—¿Querías dar un paseo por tu jardín favorito, sencillamente?

—En realidad, iba en busca del pozo.

—¿Hablas de un pozo?

—Hubo un pozo «de los deseos» en este bosque…

—Piensa que esto fue en otro tiempo una cantera. No sé de pozos de esa clase ni de ninguna otra en las canteras normales.

—La cantera estuvo rodeada siempre por un bosque. Hubo árboles por aquí. Michael sabe dónde está el pozo, pero no ha querido decírmelo.

—Te resultará más divertido buscarlo, niña —manifestó Michael Garfield—. Especialmente, por el hecho de no estar muy segura acerca de su existencia.

—La señora Goodbody sabe todo lo que se puede saber sobre este asunto.

Miranda agregó:

—La señora Goodbody es una bruja.

—Muy cierto —declaró Michael—. Es la bruja local, monsieur Poirot. Usted ya sabe que en la mayor parte de los pueblos suele haber una bruja. No siempre se las llama así, pero todo el mundo sabe a qué atenerse… Estas mujeres predicen el futuro, impulsan el crecimiento de unas begonias, prohíben a la vaca de un granjero que siga dando leche y hasta administran o ceden pociones amorosas…

—Era el pozo de los deseos —dijo Miranda—. La gente venía aquí y formulaba los suyos. Tenían que darle tres vueltas al revés y se encontraba en la ladera de una elevación, por lo cual la maniobra no era tan fácil como parece a primera vista —Miranda miró más allá de Poirot y Garfield—. Acabaré localizándolo, aunque nadie me dé una orientación. Está aquí, en alguna parte… Fue sellado, ha informado la señora Goodbody. ¡Oh! Años atrás cayó en él un niño… Han podido caer en él otras personas posteriormente…

—Bueno, sigue pensando así —recomendó Michael Garfiled—. Es una leyenda local muy buena… Ahora, he de indicarte que hay un pozo semejante al citado, en Little Belling.

—Pues sí —repuso Miranda—. Lo sé todo acerca de ése. Es muy corriente. Todo el mundo sabe dónde para, lo cual lo echa todo a perder. La gente arroja monedas al interior de él… Ni siquiera tiene

agua, de modo que no se produce ni el más leve chapoteo.

—Chica, lo siento.

—Le pondré al corriente cuando encuentre el mío —aseguró Miranda.

—No debes dar crédito siempre a todo lo que te asegure una bruja. Yo no creo que cayera ninguna criatura en el pozo en cuestión… Supongo que sí caería al mismo algún gatito, ahogándose.

—*Ding, dong dell, pussy's in the well* —recitó Miranda, levantándose—. Tengo que irme ahora. Mi madre estará esperándome.

La niña se deslizó cuidadosamente por encima de la roca en que estaba, sonrió a los dos hombres y se alejó.

—*Ding, dong dell* —repitió Poirot, pensativo—. Uno cree lo que quiere creer, Michael Garfield. ¿Estaba en lo cierto la chica o no estaba en lo cierto?

Michael Garfield contempló caviloso a su interlocutor. Luego sonrió.

—Está en lo cierto —replicó—. Hay un pozo y se encuentra sellado, como ella declaró. Supongo que resultaría peligroso. No creo que fuese nunca el clásico y fantástico «Pozo de los deseos». Me figuro que la señora Goodbody habrá hablado más de la cuenta. También hay un *árbol de los deseos*. Lo hubo al menos. Es uno de los abedules de la ladera. La gente le daba tres vueltas caminando hacia atrás, formulando luego un deseo.

—¿Y qué fue de él? Ya no hay nadie que vaya a darle vueltas, ¿eh?

—No. Me parece que fue derribado por un rayo hace unos seis años. Lo partió en dos.

—¿Habló usted con Miranda de eso?

—No. Pensé que era mejor que concentrara su atención en el pozo. El abedul, de todos modos, podría proporcionarle menos diversiones.

—Tengo que continuar mi camino —advirtió Poirot a su interlocutor.

—¿Va usted a casa de su amigo el policía?

—Sí.

—Da usted la impresión de estar cansado.

—Es que, en efecto, lo estoy —contestó Hércules Poirot—. Me siento extraordinariamente cansado.

—Se sentiría más cómodo si calzara zapatos de lona o sandalias.

—Ah, *ça non*.

—Le entiendo. Le preocupa su aspecto exterior —Michael estudió a Poirot con detenimiento—. El *tout ensenble* es muy bueno. Tengo que aludir de una manera muy especial a su soberbio bigote.

—Me satisface mucho que haya reparado en él —contestó Poirot.

—¿Y quién es el que podría dejar de advertirlo?

Poirot hizo una pausa. Luego dijo:

—Al referirse a su dibujo usted declaró antes que lo hacía porque deseaba recordar a Miranda. ¿Significa eso que se marcha de este lugar?

—Pensaba en ello, sí.

—No obstante, usted se me ha antojado *bien placé, ici*.

—Y no se ha equivocado. Dispongo de una casa para vivir, una casa de reducidas dimensiones, pero proyectada por mí mismo. También he de decir que tengo mi trabajo, si bien me resulta menos satisfactorio que en otra época. En consecuencia, me asalta una inquietud cada vez más creciente.

—¿Por qué le parece su trabajo ahora menos satisfactorio?

—Porque la gente me obliga a cada paso a hacer las barbaridades más atroces. Hay gente que aspira a mejorar sus jardines; otros compran un trozo de tierra y levantan una casa en él, solicitando un proyecto de jardín…

—¿No está trazando el de la señora Drake?

—Eso quiere ella. Le hice algunas sugerencias que creo que le agradaron. Pero esa mujer —añadió Michael Garfield, pensativo—, no me inspira mucha confianza.

—¿Opina que no le dejará llevar a cabo lo que usted se propone?

—Opino que hará lo que quiera y que aunque se sienta atraída por las ideas que le he esbozado, cuando menos me lo piense saltará con algo distinto e inesperado. Solicitará, quizás, algo utilitario, caro, ostentoso… Jugará conmigo. Insistirá en que sean llevadas a

la práctica sus sugerencias. Yo me opondré y entonces reñiremos. Lo mejor sería que me fuese de aquí antes de que se produjera esa riña. Lo que acabo de decirle de la señora Drake es válido para otras vecinas. Yo soy, profesionalmente, conocido. No tengo necesidad de establecerme en un sitio determinado. Creo que daré con un paraje que sea de mi agrado dentro de Inglaterra. Quizás algún atractivo rincón de Normandía o Bretaña…

—Cualquier sitio donde pueda usted ayudar a la Naturaleza, mejorarle, le sirve, ¿no? Usted busca un lugar donde poder experimentar sus ideas, donde poder hacer cosas extrañas, donde dar vida a vegetaciones desconocidas en el ambiente, donde no haya que temer los rigores del sol ni de la nieve… Usted busca, tal vez, una tierra en la que poder sentirse Adán… ¿Siempre fue usted un hombre inquieto?

—Nunca estuve en ninguna parte mucho tiempo.

—¿Ha visitado Grecia?

—Sí. Y me agradaría visitarla de nuevo. ¿Ve? Allí podría existir para mí una labor en perspectiva: un jardín en la ladera de una de las elevaciones del país. Podrían prosperar los cipreses y no muchos más árboles allí. Una extensión rocosa y estéril. Sin embargo, deseándolo, ¿qué es lo que no se puede hacer?

—*Un jardín para que paseen por él los dioses*…

—Sí. Usted es un lector consciente, de buena memoria, además, monsieur Poirot.

—Quisiera serlo. Y me gustaría saber muchas cosas que en la actualidad desconozco.

—Está hablándome ahora de algo completamente prosaico, ¿no?

—Desgraciadamente, así es.

—¿Piensa en algún delito? ¿De qué clase? ¿Incendio premeditado, asesinato? ¿Se ha acordado de alguna muerte repentina?

—Más o menos… No sé que haya considerado lo del incendio… Dígame, señor Garfield… Usted lleva aquí ya bastante tiempo. ¿Llegó a conocer en este poblado a un joven llamado Lesley Ferrier?

—Sí. Me acuerdo de él, desde luego. Estuvo colocado en las oficinas de unos abogados de Medchester, ¿no? Fullerton, Harrison y Leadbetter, creo que era la razón social. Trabajó como simple

empleado, me parece. Era un individuo de muy buen ver.

—Acabó mal, ¿verdad?

—En efecto. Murió apuñalado una noche. Cosas de faldas, según creo. Todo el mundo, al parecer, estaba convencido de que la policía conocía la identidad del asesino, pero los investigadores no pudieron hacerse con las pruebas indispensables. Tuvo que ver en mayor o menor grado con una mujer llamada Sandra. Sandra No-sé-qué… No recuerdo su apellido. El marido tenía un establecimiento, una taberna. Ella y Lesley sostenían relaciones amorosas y luego el muchacho empezó a ir con otra. Tal fue al menos la historia que por aquí circuló.

—Y a Sandra no le agradaron sus andanzas, ¿eh?

—No. En absoluto. Por lo visto, al hombre se le daban bien las chicas. Aquí tuvo relación con unas cuantas…

—¿Eran todas chicas inglesas?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? No creo que nuestro amigo se interesase exclusivamente por las muchachas inglesas. La única condición que pondría sería la de que las chicas hablasen su propio lenguaje, en la medida suficiente para lograr entenderlas y que ellas les entendieran a él. Lo de su nacionalidad sería el detalle accesorio, seguramente.

—¿Se han visto muchachas extranjeras frecuentemente por esta zona residencial?

—Naturalmente. ¿Dónde no las hay? Las más corrientes son las chicas *au pair*… Forman parte de la vida cotidiana. Las hay feas, guapas, honestas, inmorales, para todos los gustos. Las hay que se portan perfectamente con sus amas de casa respectivas; en otros hogares se encuentran de las que no sirven para nada; se sabe también de aquellas que se pasan la jornada callejeando. Otras terminan por esfumarse…

—Como Olga…

—Usted lo ha dicho: como Olga.

—¿Era Lesley amigo de Olga?

—¡Ah! De manera que estaba usted apuntando ahí. Sí. Era amigo de Olga. No creo que la señora Llewellyn-Smythe estuviese al corriente de tal amistad. Olga era muy precavida, me parece. Hablaba gravemente de un hombre con quien esperaba contraer

matrimonio algún día en su país. No sé si esto era verdad o se lo había inventado. Lesley era un joven de grandes atractivos personales, como he indicado. No sé qué es lo que vio en Olga. La muchacha no tenía nada de bella. Sin embargo… —Garfield reflexionó unos segundos antes de continuar hablando—: observábase en su persona una intensidad vital curiosa. Yo opino que un inglés habría podido hallar refrescante tal detalle. Sea lo que fuere, Lesley se comportó bien y entretanto sus otras amiguitas no se sentían a gusto.

—Todo eso llama la atención —comentó Poirot—. Me figuré que usted podría facilitarme una información que precisaba.

Michael Garfield escrutó atentamente el rostro de Poirot.

—¿Por qué? ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué ha salido Lesley a colación? ¿Por qué escarbamos en el pasado?

—En el pasado hay siempre cosas que uno desea conocer. Se desea saber muchas veces cuál ha sido el hilo de los acontecimientos. Al volver la cabeza hacia atrás, yo miro mucho más lejos incluso… Me remonto a la fecha en que esa pareja, la formada por Olga Seminoff y Lesley Ferrier, se veía secretamente, sin que lo supiese la señora Llewelyn-Smythe.

—Bueno, de eso no estoy yo muy seguro. Ha sido una idea… Una idea personal. Hablé con ellos en ocasiones, pero Olga no se confió nunca a mí. Por lo que respecta a Lesley Ferrier, he de decir que apenas lo conocía.

—Quiero remontarme más atrás. Tengo entendido que él pasó por ciertos apuros en el pasado.

—Así lo creo. Se habló de él al menos aquí. El señor Fullerton lo colocó en su oficina, esperando hacer del joven un hombre honrado. El viejo Fullerton es una buena persona.

—Fue autor de una falsificación, ¿no?

—Sí.

—Era la primero que cometía… Le rodeaban unas circunstancias muy especiales… Su madre estaba enferma; su padre era un alcohólico. Algo se afirmó en este tipo. De todas maneras, escapó bien del asunto.

—Nunca conocí los detalles del caso. Hubo muchas habladurías. Falsificación. Sí. Tal fue el cargo que se formuló contra él: el de

falsificación.

—Y cuando la señora Llewellyn-Smythe falleció y se leyó su testamento descubrióse que éste había sido falsificado.

—En efecto. Ya me doy cuenta de lo que está usted pensando. Usted alude a estas dos cosas suponiendo que guardan relación entre sí.

—Estamos ocupándonos de un hombre que hasta cierto punto es un buen falsificador. Es un joven que se hace amigo de la chica, de una chica que, de haber sido declarado auténtico el testamento, habría heredado la mayor parte de una gran fortuna.

—Sí, sí, desde luego. Es lo que hubiera pasado.

—Y la chica y el joven de la falsificación eran grandes amigos. Él se había separado de su antigua amiga, incluso, relacionándose en su lugar con la extranjera.

—Usted está sugiriendo que el testamento falsificado salió de las manos de Lesley Ferrier.

—Es una suposición bastante razonable, ¿no?

—Decíase de Olga que era capaz de imitar la letra de la señora Llewellyn-Smythe bastante bien… Pero a mí me parece que ése fue siempre un punto confuso. Escribía cartas a mano en nombre de su señora, pero yo no creo en una similitud total. El parecido sería superficial seguramente. La cosa cambiaba, no obstante, de haber unido Lesley y ella sus fuerzas. Yo me atrevería a afirmar que él era capaz de realizar un buen trabajo, de hacer pasar un papel falso por auténtico. Bueno, se creía capaz… La primera vez se equivocó y me imagino que también le pasó eso luego. Es posible que al «hincharse» aquello, cuando los expertos fueron llamados y formularon algunas preguntas, la muchacha perdió los estribos, se dejó llevar por sus nervios y riñó con Lesley. Finalmente, se evaporó, esperando que él cargaría con toda la culpa.

Michael Garfield movió la cabeza repetidas veces.

—¿Y por qué viene usted aquí, a mi hermoso jardín, a hablarme de semejantes cosas?

—Quería estar informado.

—Es mejor ignorar ciertos datos. Es mejor ignorarlo todo. Es mejor dejar las cosas como están. Vale más estarse quieto, no curiosear, no meter la nariz en esto y aquello.

—Usted es un hombre ansioso de belleza —dijo Hércules Poirot —. Desea conseguir la belleza a cualquier costo. Yo lo que necesito es la verdad. Siempre la verdad.

Michael Garfield se echó a reír.

—Reúnase de nuevo con sus amigos policías y déjeme tranquilo aquí, en mi paraíso local. *Vade retro, Satanás*!

Capítulo XXI

POIROT empezó a remontar el promontorio. De pronto, dejó de notar la dolorosa palpitación de sus pies, que tanto le había estado atormentando. En su cerebro se había hecho un poco de luz. Instintivamente, había sospechado el ensamblaje de determinados detalles; se había dado cuenta de su relación mutua, pero sin ver su tipo de conexión, el *cómo*… Era consciente ahora de la existencia de un peligro. Un peligro que se cernía sobre alguien, era necesario dar los pasos indispensables para atajarlo. Tratábase de algo grave.

Elspeth Mackay salió a la puerta.

—Le veo a usted muy cansado. Entre y siéntese.

—¿Está aquí su hermano?

—No. Ha ido a la comisaría. Me parece que ha sucedido algo…

—¿Qué ha sucedido…? —Poirot se mostró sobresaltado—. ¿Tan pronto? No es posible.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Elspeth.

—Nada. Nada. ¿Qué ha pasado, concretamente?

—No puedo decírselo, ya que no estoy en condiciones de concretarle nada. Tim Raglan telefoneó, pidiéndole que se acercara por allí. ¿Quiere que le sirva una taza de té?

—No —respondió Poirot—. Muchísimas gracias. Cre… creo que tendré que volverme a casa —no quería ni enfrentarse con la perspectiva de un té oscuro y amargo. Quiso dar con una buena

excusa, que enmascarara cualquier indicio de malos modales—. Mis pies… —explicó—. Mis pies. En lo que atañe al calzado no estoy bien equipado para caminar por el campo. Lo que se impone es cambiar de zapatos.

Elspeth Mackay observó los que Poirot llevaba puestos en aquellos instantes.

—Desde luego que no lleva usted el calzado más a propósito para caminar por aquí. Los zapatos de charol protegen poco o nada los pies, los fuerzan… ¡Ah! El cartero ha traído una carta para usted. El sobre lleva sellos extranjeros. Está dirigido al «Superintendente Spence, Pine Crescent», con el ruego de su entrega a usted. Voy a traerle la carta, espere.

Elspeth Mackay regresó unos momentos después.

—Si usted no tiene interés en conservar el sobre, me quedaré con él… Unos de mis sobrinos colecciona sellos.

—No faltaba más…

Poirot extrajo del sobre la carta, poniendo en manos de la hermana de Spence aquél. La mujer, a continuación, se retiró.

Hércules Poirot procedió a leer la misiva.

El servicio de información del señor Goby para el extranjero funcionaba con idéntica perfección que el que se ocupaba de los asuntos nacionales. El hombre no reparaba en gastos y llegaba a obtener resultados francamente satisfactorios.

Bueno, en aquel caso, los resultados no ascendían a mucho…

Poirot tampoco se había hecho ilusiones.

Olga Seminoff no había regresado a su ciudad natal. No quedaba ningún miembro de la familia con vida. Había tenido allí una amiga, una señora ya entrada en años, con la que se carteara de cuando en cuando y a la que había facilitado detalles referentes a su existencia en Inglaterra…

Las últimas cartas recibidas de Olga llevaban fechas correspondientes a un año y medio atrás, aproximadamente. Había sido mencionado en ellas un joven… Había sido apuntada la posibilidad del matrimonio. Pero, según explicaba ella, el joven en cuestión, cuyo nombre no llegó a mencionar, tenía que abrirse camino todavía y nada podía concretarse aún. En su última carta decía, contenta, que sus perspectivas personales no podían ser

mejores. Al dejar de recibir aquellas cartas, la amiga de Olga supuso que ésta se había casado, cambiando de dirección. Eran cosas que ocurrían frecuentemente cuando las muchachas emigraban a Inglaterra. Si eran felices en su nuevo estado no volvían a escribir.

Poirot pensó que todo aquello venía muy bien a cuanto imaginara. Lesley había hablado de matrimonio, pero, probablemente, no había sido sincero. La señora Llewellyn-Smythe fue calificada de «generosa». A Lesley le había dado dinero alguien. Olga quizás (el dinero procedería de la anciana), para convencerle de que debía realizar la falsificación que tanto le beneficiaba.

Elspeth Mackay salió a la terraza de nuevo. Poirot la consultó con respecto a sus suposiciones sobre una posible asociación entre Olga y Lesley.

Ella reflexionó unos momentos antes de contestar.

—De haber sido así fueron muy discretos. No circularon ni los más leves rumores sobre esos dos. Lo habitual en un sitio como éste es que se hable con cualquier motivo, con el menor pretexto.

—El joven Ferrier estaba ligado a una mujer casada por culpables lazos. Probablemente, indicó a la chica que no debía hablar de él ante su señora.

—Es bastante probable, sí. Seguramente, la señora Llewellyn-Smythe sabía que el tal Lesley Ferrier era una mala pieza. Enseguida habría puesto en guardia a la chica, para que no se relacionara con él.

Poirot plegó la carta, guardándosela en un bolsillo.

—Desearía que me permitiese servirle una taza de té.

—No, no… He de volver a casa, con objeto de cambiarme de calzado. ¿No sabe usted cuándo estará de vuelta su hermano?

—No tengo la menor idea. No le comunicaron para qué le querían en comisaría.

Poirot echó a andar por un lado de la calzada, camino de su alojamiento. Quedaba éste a unos centenares de metros de distancia. En el momento de aproximarse a la puerta principal, ésta se abrió, plantándose en la entrada su patrona, una animosa señora de treinta y tantos años de edad.

—Hay aquí una mujer esperándole —le explicó—. Llegó hace un rato. Le dije que no sabía a dónde había ido usted exactamente, ni a

qué hora regresaría y entonces ella insistió en esperar —añadió tras una breve pausa—. Se trata de la señora Drake. Yo afirmaría que se encuentra algo excitada. Habitualmente, se muestra calmosa con todo… Yo creo que tiene que haber sufrido una fuerte conmoción. La localizará en el cuarto de estar. ¿Quiere usted tomar una taza de té con cualquier cosa? ¿Y ella?

—No se preocupe por eso ahora —respondió Poirot—. Quiero escuchar inmediatamente lo que esa señora tenga que decirme.

Abrió una puerta y penetró en el cuarto de estar. Rowena Drake habíase situado junto a la ventana de la habitación. Daba a la parte posterior de la finca, por lo cual no se había enterado de la llegada de Hércules Poirot. Giró bruscamente en redondo al oír el rumor metálico del tirador de la puerta.

—Monsieur Poirot… ¡Por fin! La espera se me ha antojado interminable.

—Lo siento, madame. He estado en Quarry House, hablando también con mi amiga, la señora Oliver. Dos muchachos me han entretenido bastante. Tuve que charlar con ellos. Son Nicholas y Desmond.

—¿Nicholas y Desmond? Sí, ya sé… Me pregunté… ¡Oh! Por la cabeza de una pasan todo género de cosas.

—Se encuentra usted algo alterada, señora Drake —manifestó Poirot suavemente.

Nunca creyó Poirot ver a la señora Drake en aquel estado. Rowena Drake nerviosa, habiendo perdido el control de los acontecimientos, desganada a la hora de ordenar en una colectividad… ¡Increíble!

—Se ha enterado usted, ¿verdad? —inquirió—. ¡Oh! Quizá no sepa nada todavía…

—Que si me he enterado… ¿de qué?

—Es algo tremendo, horrible. Él… él ha muerto. Alguien lo asesinó.

—¿Quién ha muerto?

—Entonces no se ha enterado usted de nada, ¿eh? Y él es solamente un niño, también, y me figuré… ¡Oh! ¡Qué estúpida he sido! Hubiera debido decírselo a usted… Sí. Cuando me interrogó. Eso me produce una sensación terrible. Me siento culpable… Pero

procedí de ese modo porque creía que era lo mejor, monsieur Poirot.

—Siéntese, madame, siéntese. Cálmese, primero. Luego, hable. ¿Hay otra criatura muerta? ¿Otra, sí?

—El hermano de la chiquilla —explicó la señora Drake—: Leopold.

—¿Leopold Reynolds?

—Sí. Su cuerpo fue encontrado en un camino. Debía de regresar del colegio, apartándose de su camino momentáneamente para jugar en un arroyo no muy lejano de su ruta. Alguien le obligó a permanecer unos instantes con la cabeza sumergida en el agua…

—Pasó por la misma experiencia que Joyce…

—Sí, sí. Ya sé lo que es… Estamos ante una locura de una clase u otra. Y es terrible, pero nadie sabe de quién se trata. Yo, en cambio, he tenido una idea recientemente…

—Debe confiarse por entero a mí, madame.

—Sí. Para eso deseaba hablarle. Vine aquí sin otro objeto… Usted fue a verme a casa tras haber hablado con Elizabeth Whittaker. Ella le explicó que se había dado cuenta de que algo, en determinado momento, me había producido un gran sobresalto. Le indicó que yo debía de haber visto algo raro… Algo que se encontraba en el vestíbulo de la casa, de mi casa. Le contesté que yo no había visto nada y que nada me había producido sobresalto alguno, porque… ¿sabe?… pensé…

—¿Qué es lo que usted vio?

—Hubiera debido decírselo entonces. Vi que la puerta de la habitación se abría, más bien cautelosamente… Y, finalmente, salió él. Bueno, no llegó a salir. Se plantó en el marco de la puerta, que tornó a cerrar rápidamente, perdiéndose en el interior…

—¿Quién era él?

—Leopold. Leopold… La criatura que ha sido asesinada ahora. Y ya ve usted, yo pensé que, ¡oh, qué equivocación, qué equivocación tan terrible! Si yo se lo hubiera dicho a usted, quizá… quizás habría hecho averiguaciones, descubriendo qué había realmente tras aquel episodio…

—¿Usted cree? —preguntó Poirot—. ¿Se figuró usted que Leopold había matado a su hermana? ¿Es eso lo que usted pensó?

—Sí, eso es lo que pensé. No en aquellos momentos, desde luego, porque yo no sabía que ella hubiese muerto. Pero recuerdo la rara expresión de su rostro. Siempre me había parecido un niño un tanto raro. Lo ha sido siempre, realmente. Es decir, lo fue…

»Pensé: "Bueno, ¿y por qué sale Leopold de la biblioteca ahora, en lugar de encontrarse en la habitación en que se lleva a cabo el episodio del «Snapdragon»? ¿Qué ha estado haciendo que tiene una cara tan rara?". Supongo que me alteró bastante la expresión de su faz. En un torpe movimiento, se me escapó el jarrón de entre las manos. Elizabeth me ayudó en la tarea de recoger los fragmentos de vidrio. Regresé al sitio en que se llevaba a cabo el juego del «Snapdragon» y ya no volví a pensar en aquello. Hasta que encontramos el cuerpo de Joyce. Y entonces fue cuando reflexioné, diciéndome…

—Usted pensó en Leopold como el autor del crimen.

—Sí, sí. Es lo que pensé. Me dije que quedaba explicado así su sorprendente gesto. Pensé estar en el secreto de todo lo sucedido. Sabía ya a qué atenerme. A lo largo de mi existencia he tenido que reflexionar mucho y casi siempre, de resultas de ello, sé elegir el camino más seguro. ¡Ah! Pero yo, como todo el mundo, a veces me equivoco, naturalmente.

»Su muerte, ahora, da a entender algo completamente distinto de la primera interpretación. El chico pudo haber entrado en aquella estancia, encontrando a su hermana, muerta, lo cual le produciría una tremenda impresión, sintiendo enseguida una oleada de pánico. Quiso salir del cuarto sin que nadie le viera. Al mirar hacia arriba me descubriría a mí y volvería rápidamente a la biblioteca. Cerró la puerta, aguardando para salir a que el vestíbulo se encontrase desierto. Él no mataría a la chiquilla. No. El susto que denotaba procedía de haber encontrado inesperadamente su cadáver.

—¿Y por qué calló usted? Usted no reveló la identidad de la persona que había visto, ni siquiera tras el descubrimiento del cadáver.

—No. No podía… Es… era muy joven. Diez… Once años, todo lo más, tendría. Pensé que no era posible que se hubiese dado cuenta cabal de lo que había hecho. Toda la culpa no era imputable

a él. Moralmente, quizá, no fuera responsable. Había sido siempre muy raro y me dije que existía la posibilidad de lograr algún tratamiento adecuado para variar su modo de ser. No se podía dejar todo en manos de la policía. No podía ser enviado a los sitios de costumbre en estos casos. Un tratamiento psicológico especial, bien meditado, era lo que le hacía falta a aquella criatura… Mis propósitos eran buenos, monsieur Poirot. Debe creerme. Yo no abrigaba malas intenciones.

«¡Qué palabras tan tristes! —pensó Poirot—. Son las palabras más tristes que he oído en mucho tiempo». La señora Drake debía de estar figurándose lo que pasaba por el cerebro de su interlocutor.

—Sí —insistió ella—. Procedí de ese modo porque creí que no se me ofrecía otro camino mejor. Mi intención era buena. Una cree siempre estar en el secreto de lo que más conviene a las demás personas, pero se equivoca a menudo… El desconcierto que reflejaba el rostro del muchacho debió nacer de haber visto él al criminal o de haber descubierto algún detalle, una pista, que hubiese podido llevar hasta aquél. El asesino debió de ver algo más adelante que le dio a entender que no se encontraba a salvo. Entonces se dedicó a aguardar una ocasión propicia… Finalmente, habiendo hallado al chico sólo, le ahogó en un arroyo. Así cerraba su boca para siempre. ¡Oh! Si yo hubiese hablado, si me hubiese decidido a contárselo todo a usted, o a la policía, o a cualquier otra persona del poblado… Pero creí proceder mejor de la otra manera…

Poirot había tenido la vista fija en la señora Drake, que se esforzaba por contener sus sollozos.

—Una de las cosas que he sabido —declaró—, es que el pequeño Leopold disponía de bastante dinero recientemente. Alguien debía de estar pagándole su silencio.

—Sí, pero ¿quién? ¿Quién?

—Ya lo averiguaremos —contestó Poirot—. No tendrá que transcurrir ya mucho tiempo…

Capítulo XXII

No era peculiar en Hércules Poirot la demanda de la ajena opinión. Habitualmente, se sentía satisfecho con sus propias convicciones. Sin embargo, había veces en que hacía excepciones. Aquélla era una de éstas.

Él y Spence charlaron brevemente. A continuación, Poirot se puso al habla con un servicio de automóviles de alquiler. Otra breve conversación con su amigo y el inspector Raglan se puso en camino. Tenía que dirigirse con el coche a Londres, pero hizo un alto en plena ruta. Se dirigió luego a «Los Olmos». Anunció al conductor del vehículo que no tardaría en volver, que estaría en el edificio un cuarto de hora todo lo más. Seguidamente, solicitó ser recibido por la señorita Emilyn.

—Lamento molestarla a esta hora. Seguramente, es para usted la de la cena.

—Monsieur Poirot; no puedo sentirme molesta por su presencia aquí, si su visita es justificada.

—Es usted muy amable. Con franqueza: necesito su consejo.

—¿De veras?

La señorita Emilyn se mostró ligeramente sorprendida. Bueno, había algo más que sorpresa en su rostro: había un profundo escepticismo.

—Eso no parece estar muy de acuerdo con su manera de ser,

monsieur Poirot. ¿No se siente habitualmente satisfecho con sus propias opiniones?

—Sí. Me siento satisfecho con mis propias opiniones, pero me sentiría auténticamente respaldado y tranquilo si alguien cuyo modo de pensar al respecto estuviese de acuerdo conmigo.

Ella no habló, limitándose a mirarle fijamente a los ojos.

—Sé quién es el asesino de Joyce Reynolds —manifestó Poirot —. Estoy firmemente convencido de que usted también conoce su identidad.

—Yo no diría eso —respondió la señorita Emilyn—. No lo he dicho.

—Usted no lo ha dicho, desde luego. Y tal hecho puede inducirme a pensar que se trata por su parte de una opinión solamente.

—¿De una corazonada? —inquirió la señorita Emilyn.

Su tono fue ahora más frío que nunca.

—Preferiría no verme obligado a utilizar esa palabra. Preferiría decir que usted se ha formado una opinión concreta.

—Muy bien, entonces. Admitiré que me he formado una opinión concreta. Eso no significa que esté obligada a dársela a conocer.

—Lo que yo quisiera, mademoiselle, es escribir cuatro palabras en un trozo de papel. Luego, le preguntaré si está de acuerdo con lo que yo haya anotado.

La señorita Emilyn se puso en pie. Cruzó la habitación, en dirección a su mesa, cogió un papel y se aproximó a Poirot con él.

—Ha conseguido usted despertar mi interés —manifestó—. Cuatro palabras.

Poirot había sacado de un bolsillo de su americana una pluma. Escribió algo en el papel, dobló el mismo y lo puso en manos de ella. La señorita Emilyn procedió a desdoblar parsimoniosamente la hoja, fijando la vista en su texto.

—¿Y bien?

—Por lo que respecta a dos de las palabras que figuran en el texto, estoy de acuerdo con usted, sí. En lo tocante a las otras dos, lo encuentro más difícil. Carezco de pruebas, realmente, y no se me había ocurrido la idea.

—Pero por lo que se refiere a los dos primeros vocablos…,

¿tiene pruebas concretas?

—Yo considero que sí.

—Agua —dijo Poirot, pensativo—. Nada más oír eso, usted lo supo. Nada más oír eso, yo lo supe. Usted está segura; yo también. Y ahora —añadió Poirot—, un niño ha muerto ahogado en un arroyo, en una corriente de agua. ¿Está informada?

—Sí. Alguien me llamó por teléfono, para decírmelo. Es el hermano de Joyce. ¿En qué punto le afectaba todo?

—Deseaba dinero —declaró Poirot—. Lo logró. Y claro, cuando se presentó la oportunidad, fue ahogado…

El tono de su voz continuó siendo el mismo de momentos antes. Todo lo más, pudo advertirse en sus palabras una inflexión dura.

—La persona que me puso al corriente del episodio —manifestó Poirot—, sentía una compasión inmensa por el chiquillo. Estaba trastornada emocionalmente. Pero yo no me siento así. Es la segunda criatura de este poblado que muere. Ahora bien, su muerte no constituye un accidente. Ha sido, como tantas cosas de nuestra existencia, el resultado de sus acciones. Quería dinero y corrió un riesgo. Era inteligente, era suficientemente astuto para darse cuenta de que se enfrentaba con un riesgo… ¡Ah! Pero necesitaba a toda costa el dinero. Tenía diez años, pero la causa y el efecto es igual en cuanto a su relación que pueda serlo a los treinta, cincuenta o noventa años. ¿Usted sabe qué es lo primero que pienso en semejantes situaciones?

—Yo diría —declaró la señorita Emilyn—, que a usted le interesaba mucho más la justicia que la compasión…

—La compasión que yo pudiera sentir —indicó Poirot—, no ayudaría en nada a Leopold. Éste ya no necesita la ayuda de nadie. La justicia, si es que conseguimos que se haga justicia, usted y yo, tampoco va a servirle de nada al pequeño. Pero pudiera ser que fuese útil a algún otro Leopold, pudiera ser que lográsemos que salvasen sus vidas otros niños… Para ello tendríamos que actuar con rapidez. El asesino que ha actuado más de una vez es temible, pues ha encontrado en el crimen una especie de seguridad. Me dirijo ahora a Londres, donde me entrevistaré con ciertas personas, a fin de tratar con ellas la mejor forma de proceder. Quizás haya de esforzarme por contagiarles mis incertidumbres.

—Es posible que la tarea le resulte difícil —observó la señorita Emilyn.

—No. No lo creo. Las formas, los medios, pudieran ser difíciles, pero creo que podré convencerles al darles mi opinión sobre lo sucedido realmente. Y es que esas personas se hallan en posesión de cerebros que entienden el mecanismo de la mente criminal. Hay algo más que quisiera pedirle. Deseo conocer su opinión… Su opinión solamente. No hablemos de pruebas. Quiero saber lo que piensa acerca del carácter de Nicholas Ransom y Desmond Holland. ¿Me aconsejaría usted que confiara en ellos?

—Yo diría que esos dos muchachos son dignos de confianza. Tal es mi sincera opinión. Los dos son muy superficiales, pero se muestran así en las cosas de la vida que carecen de importancia. Fundamentalmente, están bien formados. Son chicos sanos como una manzana… sin gusanos.

—De una manera u otra, siempre acabamos volviendo a las manzanas —comentó Hércules Poirot, entristecido—. Tengo que irme ahora. Mi coche espera. Todavía he de hacer otra gestión.

CAPÍTULO XXIII

1

¿SE ha enterado usted de lo que ocurre ahora en Quarry House, en sus jardines? —preguntó la señora Cartwright, colocando en su cesta de la compra dos grandes paquetes.

—¿Se refiere usted a la zona denominada Quarry Wood? —inquirió Elspeth Mackay, a quien se estaba dirigiendo la señora Cartwright—. Pues no… No me he enterado de nada en particular.

Elspeth seleccionó un paquete de cereales. Las dos mujeres habían entrado en aquel supermercado, abierto recientemente, para hacer sus compras de la mañana.

—Se afirma que los árboles del lugar son peligrosos. Hoy llegaron dos especialistas, dos de esos hombres que trabajan con los ingenieros de montes. En una ladera de mucha inclinación hay un árbol a punto de caer al suelo. Bueno, estas cosas no son raras en tales sitios. Uno de los árboles de Quarry Wood fue alcanzado por un rayo el invierno pasado… El caso es que los hombres están poniendo al aire las raíces de los árboles en cuestión. Una lástima. Aquello va a quedar de cualquier modo.

—Me imagino que esos dos individuos sabrán lo que se traen entre manos —manifestó Elspeth Mackay—. Tendrán quiénes les manden, sus superiores…

—Por las inmediaciones anda también una pareja de policías, manteniendo a la gente a raya, procurando que no se acerque demasiado a donde no debe… Se habla de averiguar qué fue lo que afectó a los árboles primero.

—Ya —repuso, lacónica, Elspeth Mackay.

Probablemente, comprendía el alcance de las palabras que acababa de escuchar. No era que alguien le hubiese explicado su significado anteriormente. Pocas veces necesitaba Elspeth que le dieran explicaciones.

2

Ariadne Oliver desplegó el telegrama que acababa de serle entregado en la puerta. Estaba tan habituada a tomar sus telegramas por teléfono, mientras buscaba desesperadamente a su alrededor un lápiz para tomar nota, al tiempo que insistía firmemente en que debía serle enviada una copia confirmatoria, que se sobresaltó al hacerse cargo de lo que estimaba un despacho telegráfico «de verdad».

Haga el favor de llevarse a la señora Butler y a Miranda a su piso enseguida. Punto. No hay tiempo que perder. Punto. Importante ver doctor para operación.

La señora Oliver entró en la cocina, donde Judith Butler andaba ocupada, preparando una mermelada.

—Judy —le dijo Ariadne—. Coja una maleta y ponga en ella lo más indispensable. Regreso a Londres y usted va a acompañarme,

con Miranda.

—Es usted muy amable, Ariadne, pero tengo un puñado de cosas por en medio aquí todavía. De todos modos, además, no tenemos por qué apresurarnos tanto… ¿Ha de ser hoy eso?

—Sí… Me han dicho que tiene que ser hoy —dijo la señora Oliver.

—¿Qué le han dicho? ¿Quién? ¿La asistenta que cuida de su piso?

—No. Otra persona. Una de las pocas personas cuyas indicaciones suelo atender. Vamos, señora Butler. Apresúrese.

—No puedo irme ahora. Me es imposible.

—Tiene usted que hacerme caso —insistió la señora Oliver—. El coche está preparado. Lo dejé delante de la puerta principal. Nos podemos ir enseguida.

—No quisiera llevarme a Miranda… Podría dejarla aquí con alguien, con los Reynolds o Rowena Drake.

—Miranda nos acompañará, desde luego —dijo la señora Oliver, tajante—. Le ruego que no ponga dificultades, Judy. Esto es muy serio. No sé cómo se le ocurre pensar siquiera en la conveniencia de dejarla aquí con los Reynolds. Dos de sus hijos han sido asesinados, ¿no?

—Sí, sí, es verdad. Cualquiera podría caer en la cuenta de que la desgracia se cierne sobre ese hogar. En él hay alguien, por lo visto, que…

—Creo que estamos hablando demasiado —declaró la señora Oliver—. Si alguien ha de morir ahora, creo que lo más probable es que sea Ann Reynolds…

—¿Qué ocurre con esa familia? ¿Por qué han de ser asesinados todos sus miembros, uno tras otro? ¡Oh, Ariadne! ¡Esto me da miedo, francamente!

—Es natural —repuso la señora Oliver—. Hay veces en que resulta muy lógico sentir miedo. Acabo de recibir un telegrama y estoy actuando de acuerdo con las instrucciones que en el mismo me han pasado.

—¡Oh! No oí sonar el timbre del teléfono.

—Es que no me comunicaron el texto por teléfono. El telegrama me fue entregado en la puerta.

Ariadne Oliver vaciló un momento y luego alargó el papel a su amiga.

—¿Qué significa esto, lo de la operación?

—Se refiere a las amígdalas, probablemente —replicó la señora Oliver—. A Miranda le dolía la garganta la semana pasada, ¿no? Bueno ¿y qué tiene de particular que sea llevada a la consulta de un especialista, en Londres?

—¿Es que se ha vuelto usted loca, Ariadne?

—Lo más seguro. Vámonos, Judy. Miranda se sentirá muy a gusto en Londres. No tiene por qué estar preocupada. Ella no va a ser sometida a ninguna operación. Eso es lo que se denomina una «cobertura» en las novelas de espionaje. La llevaremos al teatro, a la ópera, a ver algún ballet… Depende de lo que la chiquilla prefiera. Me parece que lo mejor que podemos hacer es llevarla al ballet.

—Estoy asustada —declaró Judith.

Ariadne Oliver miró fijamente a su amiga. Temblaba levemente. La señora Oliver pensó que en aquellos instantes le parecía una *ondina* más que en ninguna otra ocasión. La estaba viendo divorciada por completo de la realidad.

—Vámonos —insistió la señora Oliver—. Prometí a Hércules Poirot sacarla de aquí cuando él me lo indicara. Bien. Ya me lo indicó.

—¿Qué está ocurriendo en este poblado? —inquirió Judith—. No sé por qué se me ocurrió venirme a vivir aquí.

—Una pregunta semejante me he hecho yo —dijo la señora Oliver—. Ahora, la gente se va a vivir a un lado o a otro y no hay que buscar explicaciones. El otro día, una amiga mía estableció su residencia en Moreton-in-the-Marsh. Le pregunté por qué se iba a vivir allí. Me contestó que había sido una ilusión acariciada desde muchos años atrás. Cada vez que pensaba en la jubilación pensaba en el lugar. Le sugerí que debía ser un terreno muy húmedo. Ella me contestó que no sabía… por no haber visitado la región, jamás. He de advertir que mi amiga no es una demente.

—¿Se puso en camino finalmente?

—Sí.

—¿Y le gustó el lugar de sus sueños?

—Bueno, no he vuelto a tener noticias de ella —manifestó la

señora Oliver—. Hay que reconocer que la gente es muy rara, ¿eh? Se forja deseos, obligaciones…

Trasladáronse al jardín.

—Miranda: nos vamos a Londres.

La chica se les acercó lentamente.

—¿Que nos vamos a Londres?

—Ariadne nos va a llevar en su coche —anunció la madre—. Una vez allí, asistiremos a una representación teatral. La señora Oliver piensa incluso en que tengamos la oportunidad de conseguir unas entradas para el ballet. ¿Te gustaría ver el ballet?

—Me gustaría mucho, muchísimo —contestó Miranda, con los ojos encendidos de entusiasmo—. Antes de marcharme, sin embargo, tengo que despedirme de una de mis amigas.

—Es que nos vamos ahora mismo prácticamente.

—¡Oh! No tardaré. Debo justificarme, ¿sabes? Prometí hacer ciertas cosas y ahora, ya ves…

Miranda echó a correr por el jardín, perdiéndose por la abertura del seto.

—¿Y quiénes son los amigos habituales de Miranda? —preguntó la señora Oliver, con curiosidad.

—Nunca lo he sabido realmente —informó Judith—. Esta chica no dice nada nunca. En ocasiones me figuro que los únicos amigos que tiene son los pájaros, las aves en general, que se dedica a observar. Y otros pobladores de la campiña. Las ardillas, por ejemplo. Creo que es una niña que cae bien en todas partes, pero no sé que tenga amigos especiales… Muy de tarde en tarde invita a sus amigos a tomar el té. Yo creo que su mejor amiga fue siempre Joyce Reynolds —la señora Butler añadió—. Joyce le refería cosas fantásticas, le hablaba de elefantes y tigres —la madre de Miranda hizo una pausa—. Bueno ya que usted ha insistido tanto, habré de ponerme a preparar nuestros efectos personales. No quisiera irme, sin embargo. Me dejo muchas cosas a medias. Esta mermelada, que estaba preparando… ¡Oh! No es posible.

—Tenemos que marcharnos, Judy —dijo la señora Oliver.

Judith sacó de una habitación un par de maletas. Miranda se plantó inesperadamente en la puerta, respirando de una manera agitada. Había vuelto corriendo.

—¿Es que no vamos a comer primero? —inquirió.

A pesar de su aspecto de personaje menudo del bosque, era una criatura llena de salud, que disfrutaba comiendo.

—Por el camino comeremos. Haremos un alto en cualquier parte —anunció la señora Oliver—. Nos detendremos en «El Muchacho Negro» de Haversham. Lo pasaremos bien. El establecimiento se encuentra a unos tres cuartos de hora de aquí y sirven allí unas comidas estupendas. En marcha, Miranda. Esto no vamos a dejarlo para luego, ¿sabes?

—Ya no dispongo de tiempo para decirle a Cathie que no puedo ir al cine con ella mañana. Quizá sería mejor que la telefoneara…

—Venga, date prisa —recomendó la madre.

Miranda entró en el cuarto de estar, donde se encontraba el teléfono. Judith y la señora Oliver colocaron las maletas en el coche. Miranda salió de la habitación.

—Dejé un recado —declaró, casi sin aliento—. Ya está todo en orden.

—Creo que está usted loca, Ariadne —dijo Judith nada más entrar en el vestíbulo—. Completamente loca. ¿A qué viene todo eso?

—Ya lo sabremos a su debido tiempo, me parece. ¿Quién de los dos es el loco verdaderamente? ¿Él o yo?

—¿Él? ¿A quién se refiere usted?

—A Hércules Poirot, naturalmente —respondió la señora Oliver.

3

Hércules Poirot se hallaba en una habitación de un edificio londinense, charlando con cuatro hombres. Uno de ellos era el inspector Timothy Raglan, quien exhibía su rostro de póquer y su expresión respetuosa, como siempre que se encontraba en presencia

de sus superiores. El segundo acompañante era el superintendente Spence. El tercero era Alfred Richmond, condestable jefe del condado. En el cuarto se veía un individuo de grave aspecto, perteneciente a la oficina del fiscal. Todos miraban a Hércules Poirot atentamente, sopesando sus palabras con cuidado.

—Parece estar usted muy seguro de lo que dice, monsieur Poirot.

—Lo estoy, en efecto. Hay detalles que me reafirman en mis opiniones.

—Los móviles parecen muy complejos, si me permite realzar tal circunstancia.

—No hay nada de complejo en realidad. Todo es difícil de ver por el mismo hecho de su sencillez.

—Dispondremos de una prueba concluyente —anunció el inspector Raglan para combatir el escepticismo de su oponente—. Por supuesto, si hubo error en este asunto.

—*Ding, dong dell, no pussy's in the well*[7] —respondió Hércules Poirot—. ¿No es eso lo que quiere usted significar?

—Bien. Tiene usted que convenir conmigo en que se trata solamente de una suposición por su parte.

—Hay cosas que apuntan claramente a lo que yo sostengo. Una chica desaparece… Y no existen muchas causas probables determinantes de su desaparición. Lo primero que se piensa es que se ha ido con algún hombre. Después viene lo de imaginarse que ha muerto. Todo lo demás, aparte de estas dos causas, suele ser muy traído por los pelos, no dándose prácticamente en la vida real.

—¿No puede someter a nuestra consideración otros puntos, monsieur Poirot?

—Sí. He estado en contacto con una firma muy conocida que se dedica a la venta de fincas. Sus directores son amigos míos, hallándose especializados en la adquisición de bienes inmuebles en las Indias Occidentales, el Egeo, el Adriático y el Mediterráneo, aparte de otros sitios. Sus clientes, habitualmente, como es natural, son ricos. He aquí una operación realizada por ellos que quizá merezca su interés.

Poirot mostró a sus oyentes un papel plegado.

—¿Y usted cree que esto guarda relación con lo otro?

—Estoy seguro de ello.

—Yo creí que la venta de islas estaba prohibida por ese gobierno…

—El dinero se abre camino por los puntos más insospechados.

—¿Hay algo más que usted desea que examinemos?

—Es posible que dentro de veinticuatro horas pueda ofrecerles algo que, en mayor o menor grado, liquide el asunto.

—¿De qué se trata?

—¿De qué se trata? Nada menos que de un testigo…

—¿Quiere usted decir…?

—Hablo de alguien que fue testigo de un crimen.

El hombre de la oficina del fiscal miró a Poirot, con un gesto de incredulidad más acentuado.

—¿Dónde se encuentra actualmente ese testigo?

—Espero que camino de Londres. Confío en no equivocarme.

—Parece estar preocupado, ¿eh?

—Estoy preocupado, efectivamente. Yo he hecho lo que en mi mano estaba para que todo saliese bien, pero he de admitir que me siento muy inquieto. Sí. Tengo miedo a pesar de las medidas que he tomado. Fueron medidas de protección… Es que nos enfrentamos… no sé cómo decirlo… nos enfrentamos con un despliegue de rudeza, de rápidas reacciones, de codicia, una codicia que va más allá de los límites normales en el ser humano… Estimo posible, incluso, que haya en todo este asunto como un ramalazo de locura. Hablo de una locura no espontánea, sino cultivada. Se trata de una semilla que ha enraizado bien, desarrollándose deprisa. Finalmente, ha terminado por inspirar una actitud ante la vida que nada tiene de humana.

—Sobre este caso habremos de acoplar algunas opiniones —manifestó el hombre de la oficina del fiscal—. Hay que evitar precipitaciones nocivas. Desde luego, mucho es lo que depende de la experiencia… forestal. Si de ella sale algo positivo, podremos seguir adelante; de ser negativa, tendremos que medir nuestros pasos.

Hércules Poirot se puso en pie.

—He de marchar ahora. Les he dicho ya todo lo que sé, todo lo que temo, aquello que estimo posible. Me mantendré en contacto

con ustedes.

Poirot estrechó sucesivamente las manos de todos sus oyentes.

—Encuentro a ese Poirot un tanto extravagante —dijo el hombre de la oficina del fiscal—. ¿Ustedes no creen que está un poco tocado de la cabeza? Los años seguramente… ¿Puede uno confiar enteramente en las facultades mentales de una persona de su edad?

—A mí me parece que puede usted confiar por entero en él —declaró el condestable jefe—. Al menos, tal es mi impresión. A usted, Spence, le conozco hace muchos años. Usted es amigo suyo. ¿Cree que Hércules Poirot ha empezado a chochear? Sinceramente.

—No lo creo, en absoluto —indicó el superintendente Spence—. ¿Cuál es su opinión, Raglan?

—Hace muy poco tiempo que lo conozco, señor. Al principio pensé… Bueno estimé que su manera de hablar, sus ideas, resultaban un tanto fantásticas. Luego, me convencí de lo contrario. Yo opino que al final va a ser él quien tenga razón.

Capítulo XXIV

1

La señora Oliver se había refugiado tras una mesa, junto a una de las ventanas de «El Muchacho Negro». Era todavía temprano, de modo que el comedor todavía no se había llenado. Luego, Judith Butler, que había entrado en el tocador de señoras para empolvarse un poco la nariz, regresó, sentándose enfrente de su amiga.

—¿Qué es lo que va a comer Miranda? —inquirió la señora Oliver—. Diremos que nos sirvan algo para ella también, ¿eh? Supongo que no tardará ya en volver.

—A Miranda le gusta mucho el pollo asado.

—Bueno. No tendremos dificultades entonces. ¿Y usted qué prefiere?

—Lo mismo.

—Tres pollos asados —dijo la señora Oliver al camarero.

Ariadne se recostó en su asiento, estudiando a su amiga.

—¿Por qué me mira de esta forma, Ariadne?

—Estaba pensando —respondió la señora Oliver.

—Pensando…, ¿qué?

—Pensaba en las pocas cosas que yo conozco acerca de usted.

—Bueno, eso es lo que nos pasa con todas las personas que tratamos.

—Quiere usted decir que nunca lo sabemos todo con respecto al prójimo.

—Aproximadamente.

—Quizás esté usted en lo cierto.

Las dos mujeres guardaron silencio.

—Los camareros son aquí bastante lentos a la hora de servir las mesas —comentó después la señora Butler.

Llegó un camarero con una bandeja llena de platos.

—Miranda, tarda ya… ¿Sabe dónde queda este comedor?

—Debe saberlo. Llegamos a asomarnos a él.

Judith se puso en pie, impaciente.

—No tendré más remedio que ir en su busca.

—¿Se habrá sentido mareada después del viaje en coche? ¿Se trastorna en los vehículos su hija?

—De más niña sí que le ocurría eso…

La señora Butler se reunió con Ariadne de nuevo cuatro o cinco minutos más tarde.

—En el tocador de señoras no está —manifestó—. Hay en él una puerta al exterior, que da al jardín. Es posible que la utilizara al salir de allí. Vería algún pájaro raro, algún árbol que le llamara la atención. Esta chiquilla es así…

—Hoy no disponemos de tiempo para los pájaros —contestó la señora Oliver—. Vaya a buscarla… Haga lo posible por localizarla cuanto antes. Tenemos que proseguir con nuestro viaje.

2

Elspeth Mackay cogió varias salchichas con un tenedor,

colocándolas sobre un plato que introdujo en el frigorífico. Luego, empezó a pelar unas patatas.

Sonó el timbre del teléfono.

—¿La señora Mackay? Aquí el sargento Goodwin. ¿Está su hermano en casa?

—No. Se encuentra en Londres.

—El caso es que he telefoneado a Londres… Se fue. Cuando regrese dígale que hemos obtenido un resultado positivo.

—¿Quiere usted decir que han encontrado un cadáver en el pozo?

—No ha conducido a nada silenciar la cosa. Se ha sabido enseguida en todas partes.

—¿De quién se trata? ¿Es el cadáver de la servidora de la señora Llewellyn-Smythe?

—Al parecer, sí.

—¡Pobre muchacha! —exclamó Elspeth—. ¿Se arrojó al pozo? ¿Qué le pasó concretamente?

—No fue un suicidio… La muchacha murió apuñalada. Se trata, indudablemente, de un asesinato.

3

Después de haber abandonado su madre el tocador de señoras, Miranda aguardó un minuto o dos… Seguidamente, abrió la puerta, asomándose con todo género de precauciones. Luego, le llegó el turno a la que llevaba al jardín. Unos momentos más tarde se deslizaba por el sendero que conducía a un lugar en el que habían estado las cuadras de la antigua posada, convertidas ahora en un flamante garaje.

Desde allí, por una pequeña puerta, se salía a un camino. A escasa distancia había un automóvil estacionado. Dentro del mismo

vio un hombre de enmarañadas cejas, grisáceas, como su barba, que estaba leyendo un periódico. Miranda abrió la portezuela y subió al vehículo, instalándose en el asiento situado junto al conductor. Inmediatamente, dejó oír una risita.

—Tiene usted un aspecto muy gracioso.

—Ríete, ríete, pequeña, si es eso lo que te apetece. Aquí no va a llamarte nadie la atención.

El coche arrancó. Poco después abandonaba el camino, torciendo a la derecha. Un giro a la izquierda y otro a la derecha, de nuevo, llevó el automóvil a otra carretera, de menor importancia que la anterior.

—En cuanto a la hora, vamos bien —dijo el hombre de la barba gris—. En el momento preciso podrás ver el hacha doble como debe ser admirada. Y también Kilterbury Down. La vista es maravillosa.

Otro coche les pasó a tan escasa distancia que se vieron forzados a echarse hacia una cuneta.

—Esos jóvenes idiotas… —comentó el barbudo.

Uno de los jóvenes llevaba los cabellos muy largos, tanto que le llegaban a los hombros siendo portador de unas gafas que le daban aspecto de búho. El otro, con sus largas patillas y moreneces, parecía un tipo latino, mediterráneo.

—¿Usted cree que mamá se sentirá preocupada por mi ausencia? —inquirió Miranda.

—No tendrá tiempo de preocuparse por ti. Cuando empiece a sentirse inquieta, tú te encontrarás ya en el sitio que deseas visitar.

4

Hércules Poirot, que todavía seguía en Londres, descolgó el teléfono. Llegó a su oído la voz de la señora Oliver.

—Se nos ha extraviado la pequeña Miranda.

—¿Qué me dice usted?

—Quisimos comer en «El Muchacho Negro». Ella visitó el tocador. Ya no regresó. Alguien dijo que la había visto en un coche, en compañía de un hombre de edad. Quizá no fuera la chica… Pudo ser otra niña. No sé…

—Ustedes no debieron perderla de vista un instante. Cualquiera de las dos pudo acompañarla al tocador. Ya le dije, amiga mía, que existía un riesgo, un peligro… ¿Se encuentra la señora Butler preocupada?

—Claro que está preocupada. ¿Por qué me lo pregunta? Está fuera de sí, realmente. Insiste en poner el hecho en conocimiento de la policía.

—Sí. Eso es lo lógico. Yo también haré una llamada con el mismo motivo.

—Pero ¿por qué ha de estar Miranda en peligro?

—¿No lo sabe usted? Debiera saberlo ya —Poirot añadió—. El cadáver ha sido hallado. Me acabo de enterar…

—¿De qué cadáver me habla?

—Del que ha sido encontrado en un pozo.

Capítulo XXV

TODO esto es muy bonito —comentó Miranda, fijando la vista en torno a ella lentamente.

Kilterbury Ring era un lugar muy atractivo, si bien no resultaba ser particularmente famoso. Todo había sido desmantelado muchos siglos atrás. No obstante, veíanse grandes piedras megalíticas aquí y allí que hablaban de ritos de un remoto pretérito.

Miranda empezó a formular preguntas.

—¿Para qué servían estas piedras?

—Para los sacrificios religiosos. Tú sabes lo que es un sacrificio, ¿verdad, Miranda?

—Creo que sí.

—Los sacrificios tienen que existir, tienen que darse siempre. Es una cosa de gran importancia.

—¿Quiere usted decir que no constituyen una especie de castigo? ¿Son… otra cosa distinta?

—Son otra cosa, decididamente. Fíjate: uno muere para que puedan vivir otros. Tú, por ejemplo, mueres para que la belleza pueda subsistir. Eso es lo interesante.

—Yo me figuré que tal vez…

—A ver… Sigue, sigue, Miranda…

—Yo pensé que tal vez una persona debía morir si lo que hizo provocó la muerte de alguien.

—¿Qué es lo que te llevó a pensar así?

—Me acordé de Joyce. Si yo no le hubiese revelado cierta cosa ella no habría muerto, ¿verdad?

—Es posible.

—Desde la muerte de Joyce me he sentido muy preocupada. No tenía por qué haberle dicho nada, ¿eh? Se lo dije porque quería impresionarla, estar a su altura… Había estado en la India y no cesaba de hablar de aquel viaje, aludiendo a cada momento a los tigres que viera, a los elefantes, cubiertos de adornos, de vistosas telas. Ocurrió también que, de repente, quise que estuviese informado alguien más… Y es que en realidad no había pensado en ello antes —la chiquilla agregó—. ¿Era… era eso un sacrificio también?

—En cierto modo.

Miranda se quedó pensativa, inquiriendo luego:

—¿No es la hora todavía?

—El sol no se encuentra aún en la posición debida. Otros cinco minutos más, quizá, y caerá directamente sobre la piedra.

Los dos guardaron silencio de nuevo, permaneciendo junto al coche.

—Yo creo que *ahora* —dijo el acompañante de Miranda, levantando la vista hacia el firmamento. El sol se aproximaba rápidamente al horizonte—. Éste de ahora es un momento maravilloso. Aquí no hay nadie. Nadie sube hasta aquí a esta hora del día; nadie sube hasta la cumbre de Kilterbury Down para ver Kilterbury Ring. Hace demasiado calor en el mes de noviembre y las fresas se han terminado. Voy a enseñarte el hacha doble primeramente. Fue labrada cuando la llegada de las gentes de Micenas o Creta, hace muchos siglos. Es algo sorprendente, maravilloso, ¿no te parece, Miranda?

—Sí, sí —repuso Miranda—. Enséñeme eso.

Los dos echaron a andar en dirección a la piedra más elevada. Había al lado de la misma otra caída. Un poco más lejos divisaron una tercera, inclinada, como si denotara el peso de los años, de los siglos.

—¿Tú eres feliz, Miranda?

—Sí, soy muy feliz.

—Aquí está el signo.

—¿Es eso realmente el signo del hacha doble?

—Sí… Aparece desgastado por el tiempo, pero se trata del mismo. He aquí el símbolo, en efecto. Pon tu mano sobre él. Y ahora… ahora nosotros beberemos por el pasado, el futuro y la belleza.

—¡Oh! Es curioso…

Su acompañante le puso una copa dorada en la mano. Aquél sacó luego un frasco, vertiendo parte de su contenido, también dorado, en el recipiente.

—Sabe a fruta, a melocotones, concretamente. Bébete esto, Miranda, y te sentirás más feliz todavía.

Los dedos de la chica se ciñeron con fuerza a la dorada copa. Acercó entonces su nariz al borde…

—Sí. Es verdad que huele a melocotones ¡Oh! Fíjese… Ahí está el sol… Me gustan esos tonos rojizos… Da la impresión el sol de estar descansando sobre el borde del mundo.

El hombre se volvió hacia la niña.

—Levanta la copa y *bebe*…

Ella se dispuso a obedecer. Una de sus manos se apoyaba en la piedra megalítica, precisamente en su símbolo borrado a medias. El hombre se había apostado a su espalda. De la parte posterior de la piedra inclinada, la tercera del grupo, emergieron dos figuras encorvadas. La pareja de la cumbre tenía sus espaldas vueltas hacia ellos, por lo cual no advirtieron su presencia. Rápidamente, con firmeza, sin embargo, remontaron la elevación.

—Bebe en nombre de la belleza, Miranda.

—*¡No se te ocurra hacer tal cosa, pequeña!* —gritó alguien a espaldas de la niña y el sujeto.

Una chaqueta de terciopelo rojo salió disparada sobre una cabeza; un puñal desapareció de la mano, que lentamente, se estaba levantando. Nicholas Ransom cogió en volandas a Miranda, alejándose enseguida del punto en que los otros dos forcejeaban furiosamente.

—¡Qué estúpida eres, chica! —exclamó Nicholas Ransom—. ¿A quién se le ocurre plantarse en este lugar, en compañía de un asesino? Niña: debieras saber ya lo que te haces.

—Lo sabía, en cierto modo —repuso Miranda—. El mío iba a ser un sacrificio… Todo fue culpa mía, ¿sabes? Joyce fue asesinada por mi culpa. Lo lógico era que yo fuese sacrificada, ¿no? Tenía que ser una muerte de ritual…

—No empieces a decir tonterías hablando de muerte de ritual. Ha sido encontrada la joven. Ya sabes a cuál me refiero, la chica *au pair* que durante tanto tiempo fue echada de menos. Un par de años, tal vez. Todo el mundo pensó en su día que había huido por el hecho de haber falsificado el testamento. No es que huyera… Su cadáver fue hallado en el pozo.

—¿Estaba en el pozo de los deseos? ¡Con qué interés lo busqué! ¡Oh! No quisiera que el cadáver de la muchacha hubiese sido descubierto allí. ¿Quién… quién lo depositó en aquel lugar?

—La misma persona que te trajo a ti aquí.

Capítulo XXVI

UNA vez más, cuatro hombres permanecían sentados y mirando a Poirot. Timothy Raglan, el superintendente Spence y el condestable jefe ponían unas caras que hacían pensar en la expresión ansiosa de un gato que estuviese a punto de ver materializarse ante él una fuente de leche. El cuarto hombre daba la impresión de contener su escepticismo momentáneamente.

—Bueno, monsieur Poirot —dijo el condestable jefe—. Usted ya sabe por qué estamos aquí…

Poirot hizo un movimiento de manos, una seña. El inspector Raglan salió de la habitación, regresando en compañía de una mujer de treinta años, aproximadamente, una chica y dos adolescentes, dos muchachos.

Procedió a efectuar las presentaciones.

—La señora Butler… La señorita Miranda Butler… Los señores Nicholas Ransom y Desmond Holland…

Poirot se levantó, cogiendo a Miranda por una mano.

—Siéntate aquí, junto a tu madre, Miranda… El señor Richmond, condestable jefe de la policía, quiere hacerte algunas preguntas. Desea, naturalmente, que tú se las contestes. La cuestión se refiere a algo que tú viste… hace más de un año, hace casi dos. Tú hablaste de ello con una persona, una sola persona, tengo entendido. ¿Es cierto lo que acabo de decir?

—Hablé de aquello con Joyce.

—¿Y qué es lo que le dijiste a Joyce, exactamente?

—Que había sido testigo de un crimen.

—¿Referiste eso a alguna otra persona?

—No. Sin embargo, creo que Leopold se enteró… Usted ya sabe que tenía la costumbre de espiar a los demás, de escuchar las conversaciones ajenas. Se paraba detrás de las puertas… Hacía todas esas cosas. Siempre le había agradado estar informado de los secretos del prójimo.

—Tú oíste afirmar que Joyce Reynolds, durante la tarde, antes de la reunión en casa de la señora Drake, aseguró que ella había visto a alguien cometer un crimen… ¿Era eso cierto?

—No. Joyce se limitó a repetir lo que yo le había dicho… Fingía, simplemente, ya que quería dar la impresión de que aquello le había sucedido a ella.

—¿Querrás decirnos ahora qué es lo que viste?

—Yo no supe al principio que se trataba de un crimen. Me figuré que había sido un accidente. Pensé que ella se había caído…

—¿Dónde ocurrió la escena?

—En el jardín de Quarry House, en el hueco que ocupara en otro tiempo la fuente. Yo me encontraba subida a la copa de un árbol. Había estado observando los manejos de una ardilla… Era preciso que me mantuviera muy quieta, ya que de lo contrario el animal habría huido, espantado. Las ardillas son muy rápidas en sus movimientos.

—Cuéntanos lo que viste.

—La llevaban un nombre y una mujer a lo largo de un sendero. Me figuré que pensaban conducirla al hospital o al edificio de Quarry House. De pronto, la mujer se detuvo, diciendo: «Alguien nos está espiando». Levantó la vista hacia el árbol en que yo me hallaba. El hombre se limitó a responder: «¡Bah! ¡Tonterías!». Entonces, siguieron su camino. Yo vi rastros de sangre en una bufanda y también un cuchillo ensangrentado… Pensé que alguien podía haber intentado dar muerte a aquella gente… A todo esto, no me atrevía a hacer el menor movimiento.

—¿Porque tenías miedo…?

—Sí, pero sin saber por qué.

—¿No le referiste aquello a tu madre?

—No. Me dije que tal vez estuviese feo que yo me escondiera allí para observar lo que hacían los demás. Como al día siguiente no oí a nadie comentar ningún accidente, me olvidé de todo. No volví a pensar en eso hasta…

La chiquilla calló de repente. El condestable jefe despegó los labios, pero no articuló ningún sonido. Miró a Poirot haciendo un gesto apenas perceptible.

—Bien, Miranda… ¿Hasta cuándo?

—Fue como si todo se repitiera. Esta vez fue un verde picamaderos… Yo estaba inmóvil observándolo, metida en unos frondosos matorrales. Y aquellos dos estaban sentados tranquilamente, charlando… Hablaban de una isla, de una isla griega… Ella dijo unas palabras semejantes a éstas: «El contrato está firmado. Es nuestra. Podemos trasladarnos allí cuando se nos antoje. Pero será mejor que procedamos con calma… Es necesario que se hagan las cosas sin la menor precipitación».

»El picamaderos desapareció y yo hice un movimiento. La mujer dijo entonces: “¡Silencio! No digas nada ahora. Alguien nos está observando”. A mí me pareció que repetía las frases del episodio anterior. Vi la misma mirada en sus ojos. Y tuve miedo. Me acordé de lo otro como si hubiese acabado de vivirlo… Y ahora ya supe el significado de todo. Supe que había presenciado un crimen y que ellos habían sido portadores de un cadáver, con la intención de esconderlo en alguna parte de los jardines. Ya no era tan chiquilla como antes. Había aprendido muchas cosas y lo que éstas revelaban… Pensé en la sangre, en el cuchillo, en el cuerpo lacio, desmadejado, sin vida…

—¿Cuándo ocurrió todo eso? —inquirió el condestable jefe.

Miranda reflexionó un momento.

—En el mes de marzo pasado… Poco después de la Pascua de Resurrección.

—¿Podrías decirnos quiénes eran aquellas dos personas, Miranda?

—Naturalmente que puedo.

La chica pareció ahora un tanto desconcertada.

—¿Llegaste a ver sus caras?

—Desde luego.

—¿Quiénes eran?

—*La señora Drake y Michael*…

No hubo ninguna inflexión dramática en la denuncia. La voz de la niña sonó natural. Era la de una persona segura de lo que decía.

El condestable jefe dijo:

—No confiaste a nadie lo que habías visto. ¿Por qué procediste así?

—Pensé… pensé que eso podía ser un sacrificio.

—¿Quién te indicó tal cosa?

—Me lo dijo Michael… Él decía que los sacrificios eran necesarios.

Poirot inquirió suavemente.

—¿Querías tú a Michael?

—¡Oh, sí! —exclamó Miranda—. Le quería mucho.

CAPÍTULO XXVII

BUENO, ahora que he conseguido, por fin, que se presente aquí —manifestó la señora Oliver—, quiero saberlo todo acerca de… *todo*.

Miró a Hércules Poirot severamente, inquiriendo:

—¿Por qué no vino usted antes?

—He de pedirle que me excuse, madame… Estuve muy ocupado, ayudando a la policía en sus investigaciones.

—Fueron unos criminales los que planearon eso. ¿Qué demonios le hizo pensar en la posibilidad de que Rowena Drake pudiese andar mezclada en un crimen? A nadie que no fuera usted podía ocurrírsele semejante idea.

—Todo fue muy sencillo en cuanto logré la pista vital.

—¿Y a qué llama usted la pista vital?

—La pista vital era el agua. Yo necesitaba conocer a alguna persona de las participantes en la reunión que se viese *mojada*. El asesino de Joyce Reynolds, necesariamente, tuvo que mojarse. Pruebe usted a mantener la cabeza de una chica fuerte bajo el agua contenida en un cubo lleno hasta el borde… Se produciría, indudablemente un forcejeo, un chapoteo inevitable. Lo más curioso es que usted no saliese del empeño con las ropas mojadas.

»En consecuencia, era preciso hacerse de una explicación inocente, que justificase la mojadura. Cuando todo el mundo se

hallaba metido en el comedor para la sesión del «Snapdragon», la señora Drake se llevó a Joyce a la biblioteca. Cuando el anfitrión solicita ser acompañado por el huésped, lo lógico es que éste obedezca sin rechistar. Ciertamente, Joyce no recelaba nada desagradable de la señora Drake. Todo lo que Miranda le había dicho era que en una ocasión había presenciado un crimen. Joyce fue asesinada y la persona agresora se mojó el vestido. Había que presentar una causa y ella se dispuso a inventarla. Necesitaba un testigo, alguien que dijera cómo se había mojado el vestido.

»La señora Drake se detuvo en el descansillo de la escalera, siendo portadora entonces de un enorme jarrón de flores lleno de agua. En determinado momento, la señorita Whittaker salió del cuarto en que se estaba haciendo lo del «Snapdragon»… Hacía mucho calor allí dentro. La señora Drake, fingiendo un torpe movimiento, soltó el jarrón, poniendo buen cuidado en que el agua se vertiese sobre sus ropas. El recipiente se hizo añicos, sobre el pavimento del vestíbulo. La señora Drake bajó corriendo los últimos peldaños de la escalera y la señorita Whittaker le ayudó a recoger los fragmentos y las flores. A todo esto, la señora Drake no cesó de proferir lamentaciones, por la pérdida de su precioso jarrón. Se las arregló para dar a la señorita Whittaker la impresión de que había visto salir a alguien de la biblioteca, la habitación en que había sido cometido un crimen. Su oyente aceptó como digna de crédito por completo su declaración. Sin embargo, al poner el episodio en conocimiento de la señorita Emilyn, ésta descubrió en qué radicaba exactamente el interés del incidente. Entonces, apremió a la señorita Whittaker para que me lo refiriera.

Poirot se acarició las puntas de su bigote antes de añadir:

—Y así fue cómo supe yo también quién había matado a Joyce Reynolds.

—Y resulta que, en fin de cuentas, la pobre Joyce no había sido testigo de ningún crimen…

—La señora Drake no sabía eso. Pero siempre había sospechado que alguien habíase encontrado en los jardines de Quarry House cuando entre ella y Michael Garfield dieran muerte a Olga Seminoff, alguien que podía haberlo presenciado todo.

—¿Cuándo descubrió que la testigo había sido Miranda y no

Joyce?

—Tan pronto como el sentido común me obligó a aceptar el veredicto universal que proclamaba a Joyce una embustera. Miranda quedaba entonces como la criatura claramente indicada. Visitaba con frecuencia aquellos jardines porque le gustaba dedicarse a observar las costumbres de los pájaros, de las ardillas. Joyce era, según me dijo Miranda, su mejor amiga. Me explicó: «Nosotras nos lo contábamos todo». Miranda no se encontraba en la reunión, así que Joyce, presumida y embustera, pudo utilizar la historia que su amiga le contara… Declaró, sin más, que había visto cometer un crimen… Y, probablemente, quiso impresionarla a usted, madame. Se hallaba ante una conocida autora de novelas policíacas.

—Está bien… Habré de cargar yo esta vez con la culpa de todo.

—No, no es eso, madame.

—Rowena Drake —musitó la señora Oliver—. ¿Le extrañará si le digo que todavía me cuesta muchísimo trabajo creerlo?

—Reunía todas las condiciones necesarias. Siempre me he preguntado cómo hubiera podido ser lady Macbeth en la realidad, de haber existido la posibilidad de conocerla en la vida… Pues bien, yo creo haberla visto ya.

—¿Y qué me dice de Michael Garfield? No podían juntarse unos elementos más dispares para formar una pareja.

—He ahí una pareja interesante: lady Macbeth y Narciso, una combinación nada habitual.

—Lady Macbeth… —murmuró la señora Oliver, pensativa.

—Fue una hermosa mujer… Nos la presentaron eficiente, competente, una administradora nata; una buena actriz, inesperadamente. Se mostró ella así, en realidad. Debiera usted haberla oído lamentar la muerte del pequeño Leopold, sollozando largamente, con un pañuelo completamente seco entre las manos…

—Repulsiva.

—Usted recordará que quise conocer qué personas de Woodleigh Common resultaban, en su opinión, agradables o desagradables.

—Recuerdo muy bien su pregunta. ¿Estaba Michael Garfield enamorado de ella?

—A mí me parece que Michael Garfield no quiso nunca a nadie.

Se amó siempre a sí mismo, si acaso. Quería entrar en posesión de una buena fortuna… Cuánto más dinero hubiese por en medio, mejor. Quizá creyera al principio que podría influir en la señora Llewellyn-Smythe hasta el extremo de lograr que hiciese un testamento a su favor… Pero la anciana no pertenecía a ese tipo de mujeres.

—¿Qué me dice acerca de la falsificación? Todavía no he comprendido del todo ese punto de la historia. ¿A dónde se iba a parar con eso?

—Todo fue muy confuso al principio. Se habló con exceso de la falsificación… Sin embargo, considerando la cuestión con detenimiento, el propósito estaba claro. No tiene usted más que pensar en lo que sucedió para comprenderlo.

»Todo el dinero de la señora Llewellyn-Smythe fue a parar a Rowena Drake. El codicilo exhibido había sido falsificado de una manera tan evidente que cualquier abogado podía verlo. Los expertos darían lugar a que fuese rechazado, manteniéndose en vigor el testamento original. Como el esposo de Rowena Drake había muerto recientemente, aquélla se convertía en la heredera universal de la anciana señora Llewellyn-Smythe.

—Pero ¿qué hay del codicilo que la mujer de la limpieza atestiguó?

—Yo supongo que la señora Llewellyn-Smythe descubrió que Michael Garfield y Rowena Drake se hallaban unidos por otros lazos que no eran los de la amistad… Es posible que este asunto se iniciara antes de la muerte del esposo. Irritada, la anciana redactó un codicilo, como apéndice de su testamento, dejándoselo todo a la chica *au pair*. Probablemente, la muchacha puso a Michael al corriente de esto… Abrigaba la esperanza de convertirse en su esposa.

—Yo pensé que a quien quería ella era a Ferrier…

—Ése fue un cuento que me refirió Michael. No tuvo confirmación. La historia, desde luego, no resultaba creíble.

—Y entonces, si él sabía que existía un codicilo auténtico, ¿por qué no se casó con Olga? De esta manera, se hubiera apoderado del dinero en su totalidad también. Era otra ruta…

—Es que él dudaba de que la chica, realmente, llegase a heredar

la fortuna de la anciana. En el lenguaje legal se emplean con frecuencia palabras como «coaccionó»… La señora Llewellyn-Smythe era una mujer de muchos años, una enferma además. Todos sus testamentos anteriores habían favorecido a sus deudos y amigos… Eran testamentos lógicos, sensatos, de los que los tribunales dan por válidos e indiscutibles casi siempre. Aquella chica extranjera conocía a su señora desde hacía un año solamente… ¿Qué podía esperar normalmente? Aquel codicilo, pese a su autenticidad, podía ser desestimado. Además, dudo de que Olga se hubiese avenido a realizar la operación de compra de una isla griega o de cualquier otra nacionalidad… Lo más seguro es que no hubiese querido ni oír hablar de ello. No tenía amigos influyentes; carecía de relaciones en la esfera de los negocios. Michael la atraía profundamente. Éste le iba bien por otras razones a Olga: casándose con Garfield podría seguir viviendo en Inglaterra, que era lo que la joven ansiaba.

—Y en cuanto a Rowena Drake…

—Rowena Drake estuvo casada durante bastantes años con un inválido. De mediana edad ya, seguía siendo una mujer apasionada cuando en la órbita de su cotidiana existencia hizo acto de presencia un hombre de singular atractivo. Las mujeres se enamoraban de él fácilmente. Ahora bien, al joven en cuestión le interesaba, más que la mujer, el ejercicio de sus facultades como creador de belleza. Por tal motivo ansiaba entrar en posesión de dinero, de mucho dinero. En cuanto al amor… Se amaba a sí mismo, ¿no era ya bastante? Era un Narciso. Hace muchos años oí una vieja canción francesa… Poirot recitó en voz baja:

Regarde, Narcisse
Regarde dans l'eau
Regarde, Narcisse, que tu est beau
Il n'y a rien au monde
Que la Beauté
Et la Jeunesse…
Hélas! Et la Jeunesse…
Regarde, Narcisse
Regarde dans l'eau[8]…

—No puedo creerlo… Simplemente, que no puedo creer que haya alguien capaz de llegar hasta el asesinato incluso sólo para planear un jardín en una isla griega —manifestó Ariadne Oliver con un gesto de escepticismo.

—¿No? Usted es que no acierta a imaginarse cómo funcionaba su cerebro. Daría por descontado, quizá, que iba a enfrentarse con una roca pelada y gigantesca, pero de forma especial, como para dar pie a ciertas posibilidades. Haría falta tierra, cargamentos de tierra fértil, para cubrir las rocas, para rellenar los huecos de éstas… Después, harían falta las plantas, las semillas, los matorrales, los árboles. Probablemente, Garfield supo por alguna revista de la existencia de un armador multimillonario que convirtió una isla en un jardín pensando en su amada. Así se le ocurriría quizá la idea. No obstante, su jardín no iba a ser para ninguna mujer sino para él mismo.

—Aún así todo eso se me antoja una locura.

—Y lo es, realmente. Yo no creo que él llegara a decirse que no estaba justificado. Pensaba en aquello como en algo necesario para la creación de más belleza. La idea de crear le enloquecía. Sentíase complacido con lo de Quarry Wood, pero le seducía la perspectiva de otros jardines más grandiosos… Se enfrentaba con una empresa de más alientos: llenar de detalles bellos toda una isla. Y luego, estaba Rowena Drake, enamorada de él. Rowena representaba para el hombre la fuente del dinero necesario para su obra. Sí, es posible que perdiese la cabeza. Los dioses vuelven locos primeramente a aquellos que desean destruir.

—¿Tanto ansiaba la posesión de aquella isla realmente? ¿Pese a que Rowena Drake se esforzaría por no dejarle libre un momento? Seguramente, intentaría dominarlo…

—A veces, a las personas les suceden desgracias… Yo me figuro que a su debido tiempo Rowena Drake acabaría dando un traspiés fatal.

—¿Un crimen más?

—Sí. Todo era una cadena. Olga tenía que desaparecer por el hecho de conocer la existencia del codicilo… Ella sería la víctima propiciatoria, calificada de falsificadora. La señora Llewellyn-Smythe había escondido el documento original, así que, según creo,

el joven Ferrier recibió dinero para que produjera otro similar, falso. La falsificación sería tan evidente que suscitaría sospechas enseguida.

»Pronto decidí que el joven Ferrier no se había puesto de acuerdo con Olga, ni se hallaba unido a ella por lazos amorosos. Ésta fue una sugerencia que me hizo Michael Garfield, pero yo creo que éste es quien dio dinero a Lesley. Michael Garfield estaba poniendo sitio a la chica *au pair*, advirtiéndole que debía silenciar lo suyo, procurando que no supiese nada su señora, hablándole al mismo tiempo con sangre fría como la víctima que él y Rowena Drake necesitarían para lograr que el dinero fuese a parar a sus manos.

»No era preciso que Olga Seminoff fuese acusada de falsificación, ni procesada. Bastaba con que se sospechase de ella. La falsificación parecía beneficiarla. Podía haber sido hecha por la chica muy fácilmente, ya que existían pruebas de que había imitado en varias ocasiones la letra de su señora. Si desaparecía repentinamente, todo el mundo supondría, no sólo que era una falsificadora en efecto, sino que, por añadidura, había hecho algo para que la anciana muriera.

»Así que en una ocasión propicia Olga Seminoff pasó a mejor vida. Lesley Ferrier fue apuñalado, hablándose de unas amistades poco recomendables y de una mujer celosa. Ahora bien, el cuchillo que se encontró en el pozo se corresponde perfectamente con las heridas del joven.

»Pensé que el cadáver de Olga debía haber sido escondido en algún punto de la localidad, pero, lógicamente, no sabía dónde. Hasta que un día oí hablar a Miranda, que se interesaba por el *pozo de los deseos*. Apremiaba a Michael Garfield para que le llevara hasta él. Y él se negaba…

»Poco después, hablando con la señora Goodbody, dije que me estaba preguntando a dónde habría ido a parar la muchacha desaparecida y ella contestó: "*Ding dong dell, pussy's in the well*". Entonces, tuve la seguridad de que el cuerpo de la chica se encontraba en el pozo de los deseos.

»Descubrí que quedaba en los jardines, en el Quarry Wood, en una ladera situada no muy lejos de la casa de Michael Garfield, y

pensé que Miranda pudo haber presenciado el crimen o la ocultación del cadáver más tarde. La señora Drake y Michael temían que alguien les hubiese visto… Pero no tenían la menor idea acerca de la posible identidad del intruso… En fin de cuentas, sin embargo, como no ocurrió nada, los dos se sintieron seguros. Forjaron sus planes. No llevaban prisa, pero se mantenían en movimiento. Ella hablaba con frecuencia de adquirir algunos terrenos en el extranjero, daba pie para que la gente pensase que proyectaba abandonar Woodleigh Common. El sector residencial le hacía recordar días muy tristes… Aludía con estas palabras a la muerte de su esposo.

»Todo marchaba a las mil maravillas. Finalmente, se produjo el "golpe" de la reunión, con las palabras de Joyce, afirmando haber sido testigo de un crimen. Rowena, por fin, sabía a qué atenerse. Es lo que ella se figuraba, al menos. Creía haber descubierto la identidad de la persona que se encontraba en los jardines el día crítico. Decidió actuar lo antes posible.

»Pero hubo más. El pequeño Leopold pedía dinero. Pretendía adquirir ciertas cosas, declaró. ¿Qué sabía concretamente o adivinaba? Nadie podía imaginárselo. Ahora, se trataba del hermano de Joyce. Rowena y Michael, probablemente, le atribuyeron más conocimientos de los que en realidad poseía el chico… Por tal motivo… también él murió.

—Usted sospechó de Rowena Drake por lo del agua —manifestó la señora Oliver—. ¿Cómo fue el desconfiar de Michael Garfield?

—Encajaba muy bien su figura en la historia —respondió Poirot simplemente—. Además, la última vez que hablé con Michael, me sentí seguro. El hombre me dijo, riendo: «*Vade retro, Satanás*! Váyase con sus amigos, los policías». Supe ya lo que debía pensar, con entera certeza. *Había que ponerlo todo al revés*. Me dije: «Te estoy dejando a mi espalda, Satanás». Era un satanás bello, tal como Lucifer pudiera presentarse ante los mortales…

Había otra mujer en aquella habitación… Hasta aquel momento no había pronunciado una sola palabra. Ahora se agitó en su sillón.

—Lucifer —dijo—. Sí, ya comprendo. Siempre fue eso.

—Era una bella figura humana y se hallaba enamorado perdidamente de la belleza. Amaba la belleza que había creado con

su cerebro, con su imaginación y sus manos. Quería sacrificarlo todo a ella. A su manera, yo me inclino a pensar que amaba a la pequeña Miranda. Pero estaba dispuesto a sacrificarla con objeto de salvarse. Planeó su muerte con todo cuidado… Hizo de aquello una especie de rito. La adoctrinó. Ella tendría que avisarle si salía de Woodleigh Common… Le dio instrucciones para que lograse localizarlo en el hostal en que usted y la señora Oliver comieron. La chica sería encontrada en Kilterbury Ring, junto a la señal del hacha doble, con una capa dorada al lado… Era un sacrificio de ritual.

—Un loco —comentó Judith Butler—. Se había vuelto loco.

—Madame: su hija está a salvo. Hay, sin embargo, algo que me agradaría mucho saber.

—Creo que usted, monsieur Poirot, puede hacerme las preguntas que quiera. Me sería imposible negarme a contestarlas.

—Miranda es su hija, ciertamente… *¿Es hija ella también de Michael Garfield?*

Judith guardó silencio unos instantes, respondiendo luego:

—Sí.

—Pero ella no lo sabe, ¿verdad?

—No. No tiene la más leve idea sobre el particular. Mi encuentro con él aquí fue una pura coincidencia. Lo conocí siendo muy joven. Me enamoré de él… Después, más adelante, empezó a inspirarme miedo.

—¿Le inspiraba miedo?

—Miedo, sí, no sé por qué. No es que temiera lo que pudiese hacerme en un momento determinado… Me daba miedo su carácter. Le veía amable, pero detrás de esa amabilidad observaba una frialdad terrible y una rudeza amedrentadora. Me aterrorizaba su pasión por la belleza, su ansia de creación dentro de su trabajo. No le comuniqué que iba a tener un hijo. Le dejé… Más tarde nació Miranda. Inventé la historia del esposo piloto de aviación, muerto en accidente. Fui de un lado para otro. Una extraña casualidad, me trajo a Woodleigh Common. Tenía amistades en Medchester, donde pude colocarme como secretaria.

—Y luego apareció por aquí Michael Garfield…

—Sí. Tenía que llevar a cabo una serie de trabajos en Quarry House. Esto no me causó ninguna impresión. A él le pasó lo mismo.

Aquella historia pertenecía al pasado, pero más adelante, aunque no sabía que Miranda visitaba con excesiva frecuencia sus jardines, empecé a sentirme preocupada…

—Sí —corroboró Poirot—. Existía un lazo de cierto carácter entre ellos. Les unía una afinidad natural. Descubrí su semejanza… La diferencia radicaba en que Michael Garfield era un seguidor de Lucifer, por lo cual la belleza que perseguía tenía un signo negativo, maligno. Su hija, en cambio, era un ser inocente, una criatura que carecía de maldad en sus acciones.

Poirot sacó un sobre. De éste extrajo un dibujo a lápiz, de delicados trazos.

—Su hija —explicó.

Judith lo miró. Al pie del papel se veía escrito un nombre: «Michael Garfield».

—Hizo este dibujo junto a la corriente de agua —manifestó Poirot—, en los jardines de Quarry House. Dijo que lo hacía para no olvidarla… Temía olvidarla, por lo visto. Pero nada le hubiera impedido matar a la chica.

Poirot señaló una palabra escrita con lápiz en la parte superior de la cuartilla, a la izquierda.

—¿Ha leído eso?

Ella deletreó el vocablo, lentamente.

—Ifigenia.

—Sí —confirmó Poirot—: Ifigenia. Agamenón sacrificó a su hija, con objeto de que soplara un viento propicio, que llevara sus buques a Troya. Michael habría sacrificado a su hija con el fin de hacerse con un nuevo Jardín del Edén.

—Él sabía muy bien lo que estaba haciendo —dijo Judith—. Yo me pregunto si habría llegado a sentir algún pesar.

Poirot no contestó. Su mente forjó la imagen de un joven de singular belleza física, tendido junto a la piedra megalítica marcada con el signo del hacha doble, sosteniendo entre sus dedos sin vida la copa dorada que había asido y vaciado al ser salvada inesperadamente su víctima y caer él en manos de la justicia…

Michael Garfield, pues, había muerto… Poirot pensó que una de las islas griegas se quedaría sin el anhelado jardín.

Llevóse la mano de Judith a los labios, rozándola levemente.

—Adiós, madame, y salude en mi nombre a su encantadora hija.

—Miranda se acordará siempre de usted. Le debe muchísimo.

—Es mejor que me olvide. Con ciertos recuerdos ocurre que es mejor enterrarlos.

Poirot se dirigió a la señora Oliver.

—Buenas noches, *chère* madame. Lady Macbeth y Narciso. El asunto ha resultado extraordinariamente interesante. Tengo que darle las gracias por haberlo puesto todo en mi conocimiento con la mayor oportunidad.

—Esto es lo de siempre, Poirot —respondió la señora Oliver, cómicamente exasperada—. Puede usted ya comenzar a formular sus velados reproches de costumbre…

FIN

AGATHA CHRISTIE (Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976). Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas

posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.

Notas

[1] *Hallowe'en* es la vigilia de Todos los Santos, que un día estuvo asociada, especialmente en Escocia, con ciertas y agradables supersticiones, hábilmente extraídas del famoso poema de Burn «Hallowe'en». Esta noche los jóvenes (solteros y solteras), por la observación de ciertos ritos, suponen que sus futuras esposas y maridos les serán revelados. *(N. del T.)* <<

[2] «Los manzanos». *(N. del T.)* <<

[3] «Snapdragon» son granos de uva nadando en coñac ardiendo, es decir, uvas flambeadas. *(N. del T.)* < <

[4] *Au pair girl* es una chica que se tiene en casa, para el servicio de la misma, a cambio de la manutención y el alojamiento. *(N. del T.)* <<

[5] Verso de una canción infantil inglesa que podría traducirse por «Ding dong del, la gatita está en el pozo». *(N. del T.)* < <

[6] El significado de este vocablo en inglés es tanto *dátiles* como *fechas*. Poirot hace aquí un juego de palabras. *(N. del T.)* <<

[7] Cuya significación aproximada es: «Ding dong del, no hay ninguna gatita en el pozo». *(N. del T.)* < <

[8] *Mírate, Narciso / Mírate en el agua / Fíjate, Narciso, en lo bello que eres / Nada hay en el mundo / Como la belleza / Y la juventud / ¡Ay! Y la juventud / Mírate, Narciso / Mírate en el agua… (N. del T.)* <<